GUERRA MUNDIAL Z

Un Relato Oral de la Guerra Zombie

Para Henry Michael Brooks,
Que me hace desear cambiar el mundo

INTRODUCCIÓN

Le dan muchos nombres: "La Crisis," "Los Años Oscuros," "La Plaga que Camina," y también nombres más nuevos y de moda como "Guerra Mundial Z" o "Primera Guerra Z." En lo personal me disgusta ese último título, pues sugiere una inevitable "Segunda Guerra Z." Para mí, siempre será "La Guerra Zombie," y aunque algunas personas pueden discutir acerca de la exactitud científica de la palabra *zombie,* me gustaría invitarlos a encontrar otro término que tenga una aceptación tan universal para las criaturas que estuvieron a punto de provocar nuestra extinción. *Zombie* sigue siendo una palabra devastadora, con un poder sin igual para conjurar un sinfín de recuerdos y emociones, y son precisamente esos recuerdos y emociones los que forman el tema principal de este libro.

Este registro del más grande conflicto en la historia de la humanidad le debe su existencia a un conflicto mucho más pequeño y personal que tuve con la directora de la Comisión de las Naciones Unidas para el Reporte Posterior a la Guerra. Mi trabajo inicial para la Comisión no era para nada una tarea realizada por simple amor al arte. Mis gastos de viaje, mi autorización de seguridad, mi ejército de intérpretes, tanto humanos como electrónicos, y también mi pequeño pero invaluable aparato de transcripción activado por voz (el más grande regalo que el digitador más lento del mundo puede desear), todas eran muestras del valor y el respeto que tenía mi trabajo en este proyecto. Es por eso que no necesito expresar la enorme sorpresa que me llevé cuando vi que casi la mitad de ese trabajo había sido omitido del reporte final.

"Es demasiado personal," dijo la directora durante una de nuestras "animadas" discusiones. "Demasiadas opiniones, demasiados sentimientos. Eso no es lo que nos interesa en este reporte. Necesitamos hechos claros y números, datos que no estén contaminados por el factor humano." Desde luego, tenía razón. El reporte oficial debía ser una recolección de datos claros y concretos, un reporte objetivo "después de" que permitiera a las generaciones futuras estudiar los eventos de la década del apocalipsis sin la influencia del "factor humano." ¿Pero acaso no es el factor humano lo que nos conecta profundamente con nuestro pasado? ¿Acaso a las generaciones futuras les interesarán más los números y las estadísticas, que los recuerdos personales de unos individuos parecidos a ellos? ¿Al excluir el factor humano, no nos estamos desligando emocionalmente de nuestra historia y, que Dios no lo permita, quizá arriesgándonos a repetirla algún día? Y a fin de cuentas, ¿no es el factor humano lo único que nos

diferencia del enemigo al que ahora nos referimos como “los muertos vivientes”? Le presenté estas razones, quizá de una manera menos profesional de lo adecuado, a mi “jefa,” quien después de mi exclamación final de “no podemos dejar morir estas historias,” respondió inmediatamente diciendo, “Entonces no lo hagas. Escribe un libro. Todavía tienes todas tus notas y la libertad legal de utilizarlas. ¿Quién te está impidiendo que mantengas estas historias vivas en las páginas de tu (obscenidad editada) libro?”

Sin duda, algunos críticos se ofenderán con el concepto de un libro de vivencias personales editado tan poco tiempo después del fin de las hostilidades. Después de todo, sólo han pasado doce años desde que el “Día VA” fue declarado en el territorio continental de los Estados Unidos, y menos de una década desde que la última potencia mundial celebró su liberación con el “Día de la Victoria China.” Dado que muchos consideran que el Día VC es el final oficial de la guerra, ¿cómo es posible tener una perspectiva real, en palabras de uno de mis colegas de la ONU, “cuando hemos estado en paz apenas el mismo tiempo que estuvimos en guerra?” Es un argumento muy válido, y necesita una respuesta. En el caso de esta generación, los que lucharon y sufrieron para darnos esta década de paz, el tiempo es tanto un enemigo como un aliado. Seguro, los años venideros traerán una mayor introspección, agregando una mayor sabiduría a los recuerdos de un mundo maduro en la posguerra. Pero muchos de esos recuerdos ya no existirán, atrapados en unos cuerpos y espíritus demasiado viejos o enfermos como para cosechar los frutos de su victoria. No es ningún secreto que la expectativa de vida global es una mera sombra de lo que era antes de la guerra. Con toda la desnutrición, la polución, la reaparición de enfermedades que se consideraban erradicadas, incluso en los Estados Unidos, a pesar del actual resurgimiento económico y el sistema de seguridad universal en salud; simplemente no hay suficientes recursos para atender todas las secuelas físicas y psicológicas. Es por ese gran enemigo, el tiempo, que decidí prescindir de la posibilidad de una mayor introspección y publiqué los relatos de estos sobrevivientes. A lo mejor en unas cuantas décadas, alguien emprenderá la tarea de recolectar las memorias de unos sobrevivientes más viejos y quizá más sabios. Quizá entonces yo sea también uno de ellos.

Aunque este es principalmente un libro de relatos, incluye muchos de los detalles tecnológicos, sociales, económicos, y demás incluidos en el reporte original enviado a la Comisión, ya que están estrechamente relacionados con las historias y las voces registradas en estas páginas. Este libro es de ellos, no mío, y traté de mantenerme como una presencia lo más invisible que me fue posible. Las preguntas mías que

aparecen en el texto están allí sólo para ilustrar aquellas preguntas que los lectores podrían haberse realizado. He tratado de reservarme cualquier juicio de valor, o comentario de cualquier tipo, y si hay algún factor humano que deba ser removido del texto, que sea el mío.

ADVERTENCIAS

GRAN **C**HONGQING**, F**EDERACIÓN **U**NIDA DE **C**HINA

[En su apogeo antes de la guerra, esta región contaba con una población de más de treinta y cinco millones de personas. Ahora, son menos de cincuenta mil. Los fondos para la reconstrucción han llegado tarde a esta parte del país, pues el gobierno se ha concentrado en las áreas costeras de mayor población. No hay una central de energía, ni agua corriente aparte de la del río Yangtse, pero las calles están limpias y el "concejo de seguridad" local ha evitado cualquier otra epidemia posterior a la guerra. El director del concejo es Kwang Jingshu, un médico que, a pesar de su avanzada edad y las heridas de guerra, sigue atendiendo a sus pacientes en casa.]

La primera epidemia que vi fue en una remota aldea que oficialmente no tenía nombre. Los residentes la llamaban "Nuevo Dachang," pero lo hacían más por nostalgia que por cualquier otra razón. Su pueblo natal, el "Viejo Dachang," había existido desde la era de los Tres Reinos, con granjas, casas, e incluso árboles que tenían cientos de años. Cuando la Represa de las Tres Gargantas fue terminada, antes de que la aguas comenzaran a subir, la mayor parte de Dachang fue desmantelada, ladrillo por ladrillo, y reconstruida en un terreno más alto. Sin embargo aquel Nuevo Dachang ya no era un pueblo, sino un "patrimonio arquitectónico nacional." Para esos pobres campesinos debió ser una dolorosa ironía ver cómo su pueblo era salvado, para luego tener que ir a visitarlo sólo como turistas. Quizá por eso decidieron llamar a aquel pobre asentamiento "Nuevo Dachang," para conservar alguna conexión con su tradición, aunque fuese sólo a través del nombre. Yo ni siquiera sabía de la existencia de aquel "otro" Nuevo Dachang, así que podrá

imaginarse mi confusión cuando recibí esa llamada.

El hospital estaba en silencio; había sido una noche lenta, a pesar del incremento en los accidentes de tránsito por culpa del alcohol. Las motocicletas se habían vuelto muy populares. Solíamos decir que sus Harley-Davidsons mataban a más jóvenes Chinos que todos los soldados de la guerra de Corea. En realidad me sentí muy agradecido por una noche tranquila. Estaba cansado, me dolían los pies y la espalda. Me disponía a fumarme un cigarrillo y a mirar el amanecer cuando escuché mi nombre en el altavoz de llamadas. La recepcionista era nueva, y no pude entender muy bien lo que decía. Había un accidente, o una enfermedad. Era una emergencia, eso era claro, y necesitaban ayuda de inmediato.

¿Qué podía decir? Los médicos más jóvenes, esos niños que pensaban que la medicina era sólo una manera rápida de llenar la cuenta del banco, no iban a ir a ayudar a unos "nongmin" sólo por buena voluntad. Supongo que en eso todavía soy un revolucionario a la antigua. "Nuestro deber es hacernos responsables por el pueblo."[1] Esas palabras todavía significan algo para mí… y traté de recordármelo mientras mi Deer[2] saltaba y rebotaba sobre una carretera destapada que, aunque el gobierno había prometido pavimentar, nunca lo había cumplido.

Pasé unas horas horribles tratando de encontrar el lugar. Oficialmente no existía, y por lo tanto no estaba en ningún mapa. Me perdí en varias ocasiones y tuve que pedirle direcciones a los lugareños, y siempre creían que estaba buscando el pueblo que había sido convertido en museo. Estaba de muy mal humor cuando por fin llegué a una pequeña aglomeración de chozas de techo redondo. Recuero haber pensado, *más les vale que esto sea grave.* Cuando les vi las caras, lamente haber deseado eso.

Había siete, todos acostados en esterillas y casi inconscientes. Los aldeanos los habían llevado al recién construido salón comunal. Las paredes y el piso eran de cemento, aún sin baldosa ni pintura. El aire era frío y húmedo. *Con razón están tan enfermos,* pensé. Les pregunté a los aldeanos quién había estado cuidando a esa gente. Dijeron que nadie, que no era "seguro." Noté que la puerta había sido asegurada desde el exterior. Era obvio que la gente estaba aterrorizada. Hacían muecas de espanto y susurraban entre ellos; algunos mantenían su distancia y rezaban. Su comportamiento me hizo enojar, no por nada personal, si me entiende, no me enojé con ellos como individuos, sino por lo que representaban para nuestro país. Después de siglos de opresión extranjera, de explotación y humillaciones, al fin estábamos

logrando reclamar nuestro lugar como la principal potencia de la humanidad. Éramos el superpoder más rico y con la economía más dinámica del mundo, maestros de todo, desde el espacio exterior hasta el ciberespacio. Estábamos al principio de lo que el mundo había comenzado a llamar "El Siglo de la China" y sin embargo parte de nuestra gente seguía viviendo como campesinos ignorantes, tan retrógrados y supersticiosos como las primeras tribus salvajes de Yangshao.

Todavía me encontraba inmerso en mi gran crítica cultural cuando me arrodillé para revisar a la primera paciente. Tenía fiebre alta, cuarenta grados centígrados y temblaba violentamente. No podía hablar coherentemente y gemía cada vez que trataba de moverle las extremidades. Tenía una herida en el antebrazo derecho, una mordedura. Cuando la examiné más de cerca, noté que no era de ningún animal. El radio de la mordida y las marcas de los dientes tenían que ser de un niño, o quizá un adolescente. Aunque pensé que esa podía ser la causa de su infección, la herida en sí estaba sorprendentemente limpia. Le pregunté a los aldeanos, de nuevo, quién había estado atendiendo a esas personas. Una vez más, me dijeron que nadie. Sabía que eso no podía ser cierto. La boca humana está repleta de bacterias, peor aún que la del perro más sucio. Si nadie había estado limpiando la herida de aquella mujer, ¿por qué no estaba invadida de pus e infectada?

Examiné a los otros seis pacientes. Todos tenían síntomas similares, todos con heridas parecidas en diversas partes del cuerpo. Le pregunté a un hombre, el más lúcido de todo el grupo, quién o qué les había causado esas heridas. Me dijo que había sucedido cuando habían tratado de "controlarlo."

"¿A quién?" pregunté.

Encontré a mi "Paciente Cero" tras la puerta con llave de una casa abandonada, al otro lado de la aldea. Tenía doce años. Sus pies y manos estaban atados con correas plásticas para embalaje. Aunque se había arrancado la piel alrededor de las correas, no sangraba. Tampoco había sangre en ninguna de sus otras heridas, ni en las cortadas de sus piernas y brazos, ni en el enorme hoyo en donde alguna vez había estado el dedo gordo de su pié derecho. Se retorcía como un animal, y una mordaza ahogaba sus gemidos.

Al principio los aldeanos trataron de retenerme. Me advirtieron que no lo tocara, porque estaba "maldito." Me los quité de encima y me puse mi

mascarilla y mis guantes. La piel del niño estaba tan fría y gris como el piso de cemento en el que estaba tirado. No pude sentir ni su pulso ni los latidos de su corazón. Sus ojos se veían feroces, abiertos de par en par, pero hundidos en sus cuencas. Permanecían fijos en mí como los de un animal de presa. A lo largo de todo el examen se mostró inexplicablemente hostil, tratando de agarrarme con sus manos atadas, y de morderme a través de su mordaza.

Sus movimientos eran tan violentos que tuve que llamar a los dos aldeanos más grande para que me ayudaran a detenerlo. Al principio no respondieron, y se escondieron tras la puerta como conejos asustados. Les expliqué que no había riesgo de infección si usaban máscaras y guantes como yo. Cuando sacudieron sus cabezas, les grité que era una orden, a pesar de que no tenía la autoridad legal para hacerlo.

Eso fue todo lo que necesité. Aquel par de bueyes se arrodillaron a mi lado. Uno sosteniendo los pies del niño mientras el otro le agarraba las manos. Traté de tomarle una muestra de sangre, pero sólo obtuve un líquido café y viscoso. Mientras sacaba la aguja, el niño comenzó a retorcerse una vez más, ahora con más violencia.

Uno de mis "ayudantes," el encargado de sostenerle las manos, se dio por vencido al tratar de sostenerlo con sus propias manos, y pensó que quizá sería más seguro apoyarse sobre ellas con las rodillas. El niño se sacudió otra vez y escuché cómo se partía su brazo izquierdo. Los extremos rotos del cúbito y el radio se asomaron a través de su carne grisácea. Aunque el niño no gritó y ni siquiera pareció notarlo, eso fue suficiente para que mis dos asistentes se pararan de un salto y salieran corriendo del salón.

Yo también retrocedí instintivamente algunos pasos. Me sentí un poco avergonzado por eso; he sido médico casi toda mi vida adulta. Fui entrenado y… también podría decirse que fui "criado" por el Ejército de Liberación Popular. He tratado suficientes heridas de guerra, y he visto la muerte de cerca en más de una ocasión, pero estaba asustado, verdaderamente aterrorizado frente a aquel frágil niño.

El niño comenzó a retorcerse y arrastrarse hacia mí con su brazo sacudiéndose en el aire. La piel y el músculo del brazo roto se desgarraron hasta que sólo quedó un muñón. Su brazo derecho, ahora libre, seguía atado al antebrazo amputado, y lo arrastraba lentamente por el piso.

Salí corriendo, cerrando la puerta a mis espaldas. Traté de recobrar la

compostura, de controlar mi temor y mi vergüenza. Mi voz seguía temblando cuando le pregunté a los aldeanos cómo se había infectado el niño. Nadie me respondió. Escuché unos golpes contra la puerta cuando el puño del niño comenzó a golpear con fuerza la frágil madera. Hice todo lo que pude para no saltar de la sorpresa ante aquel sonido. Recé para que ellos no notaran el color que había abandonado mi rostro. Les grité, en parte por temor y en parte por la frustración, que *tenían* que decirme lo que le había pasado a aquel chico.

Una joven se acercó, seguramente era su madre. Podía notarse que había estado llorando por muchos días; sus ojos estaban hinchados y completamente rojos. Admitió que todo había sucedido cuando el niño y su padre habían estado haciendo "pesca lunar," un término que se usaba para describir la búsqueda de tesoros entre las ruinas hundidas por la Represa de las Tres Gargantas. Con más de once mil aldeas, pueblos, e incluso ciudades enteras abandonadas bajo las aguas, siempre cabía la posibilidad de recuperar algo valioso. Era una práctica muy común en esos días, y también era ilegal. Me explicó que no estaban robando nada, que era su propia aldea, Viejo Dachang, y que sólo estaban rescatando algunas reliquias familiares de las casas que no habían sido trasladadas. Siguió repitiendo lo mismo una y otra vez, y tuve que interrumpirla, prometiéndole que no llamaría a la policía. Por fin me explicó que el niño había salido del agua llorando y con una mordedura en el pié. No fue capaz de decir qué le había pasado, porque el agua estaba oscura y llena de lodo. Al padre nunca más lo volvieron a ver.

Tomé mi celular y marqué el número del Doctor Gu Wen Kuei, un viejo amigo del ejército que trabajaba en el Instituto de Enfermedades Infecciosas de la Universidad Chongqing.[3] Intercambiamos algunos saludos y formalidades, discutimos nuestro estado de salud, hablamos de nuestros nietos; era lo normal. Entonces le hablé de la infección y lo escuché hacer una broma sobre los hábitos de higiene de los campesinos. Traté de reírme con él, pero insistí en que el caso podía ser importante. Casi de mala gana me preguntó cuáles eran los síntomas. Le dije todo: las mordidas, la fiebre, el niño, el brazo… su cara se endureció de pronto. Dejó de reír.

Me pidió que le mostrara los infectados. Volví al salón comunal y pasé la cámara del teléfono sobre cada uno de los pacientes. Me pidió que acercara la cámara a algunas de las heridas. Lo hice, y cuando volví a mirar la pantalla, él ya no estaba allí.

"Quédate donde estás," dijo, con una voz distante y alejada del

teléfono. "Anota los nombres de todos los que han tenido contacto con ellos. Inmoviliza a todos los que ya están infectados. Si alguno de ellos entra en coma, evacua el salón y asegura cualquier salida." Su voz era plana, robótica, como si hubiese ensayado aquel discurso o lo estuviese leyendo de alguna parte. Me preguntó, "¿Estás armado?" "No, ¿por qué habría de estarlo?" respondí. Me dijo que me llamaría de nuevo, otra vez en un tono de sólo negocios. Me dijo que haría algunas llamadas y que llegaría "ayuda" en algunas horas.

Llegaron en menos de una hora, cincuenta hombres en grandes helicópteros Z-8A del ejército; todos llevaban trajes contra contaminación biológica. Dijeron que trabajaban para el Ministerio de Salud. No sé a quién trataban de engañar. Con esa forma de moverse y su arrogancia intimidante, incluso esos campesinos analfabetas podían de reconocer a los hombres del Guoanbu.[4]

Su primer objetivo fue el salón comunal. Sacaron a los pacientes en camillas, con sus miembros inmovilizados y mordazas en la boca. Luego fueron por el chico. Lo sacaron en una bolsa negra. Su madre no paraba de llorar mientras ella y todo el resto de la aldea eran reunidos para "examinarlos." Anotaron sus nombres y les tomaron muestras de sangre. Uno por uno, les quitaron la ropa y los fotografiaron. La última fue una pequeña y marchita anciana. Su cuerpo era delgado y retorcido, su cara surcada por miles de delgadas líneas, y sus pies eran tan pequeños que seguramente habían sido amarrados y deformados cuando era una niña. Sacudía su esquelético puño hacia los "doctores" gritando "¡Este es su castigo!" "¡Es su castigo por lo que hicieron con Fengdu!"

Se refería a la Ciudad de los Fantasmas, cuyos templos y altares habían estado dedicados al mundo de los muertos. Al igual que el Viejo Dachang, había sido un desafortunado obstáculo para el siguiente Gran Salto Adelante de China. La habían evacuado, demolido, y luego inundado casi por completo. Nunca he sido una persona supersticiosa y casi nunca me dejo convencer por esas historias que son como opio para el pueblo. Soy un médico, un científico. Creo sólo en lo que puedo ver y tocar. Nunca había creído en Fengdu más que como un engaño para atraer turistas. Por supuesto, las palabras de aquella vieja no tuvieron ningún efecto en mí, pero sí su tono, su furia… ella había visto suficientes calamidades en su paso por la tierra: los terratenientes, los japoneses, la terrible pesadilla de la Revolución Cultural… ella sabía que estaba a punto de ocurrir otra tormenta, aún a pesar de no tener la educación suficiente para entenderlo.

Mi colega, el Dr. Kuei, también lo había comprendido. Arriesgó su propio cuello para advertírmelo y me dio suficiente tiempo para hacer otra llamada más antes de que la gente del "Ministerio de Salud" llegara al lugar. Fue algo que dijo… una frase que no había usado en mucho tiempo, desde las "pequeñas" revueltas fronterizas con la Unión Soviética. Eso había sido en 1969. Estábamos en un búnker subterráneo en nuestro lado del Ussuri, a menos de un kilómetro rió abajo de Chen Bao. Los rusos se disponían a reclamar la isla y su enorme artillería estaba barriendo con nuestras fuerzas.

Gu y yo estábamos tratando de remover unos fragmentos de metralla del vientre de un soldado, que debía ser apenas unos años menor que nosotros. Los intestinos del muchacho se habían roto, y su sangre y excrementos manchaban nuestros uniformes. Cada siete segundos un mortero aterrizaba cerca y teníamos que echarnos sobre su cuerpo para proteger la herida de la tierra que caía, y en cada ocasión quedábamos lo suficientemente cerca de él para escuchar cómo lloraba llamando a su madre. Había otras voces también, saliendo de la oscuridad, cerca de la entrada de nuestro búnker; voces desesperadas y furiosas que se suponía que no deberían haber llegado a nuestro lado del río. Dos soldados estaban vigilando la entrada del refugio, y uno de ellos gritó "¡Spetsnaz!" y comenzó a disparar hacia la oscuridad. Podíamos escuchar muchos otros disparos, si eran nuestros o de ellos, no podíamos saberlo.

Otro mortero estalló y nos inclinamos sobre el chico moribundo. El rostro de Gu estaba a sólo unos pocos centímetros del mío. Gotas de sudor bajaban por su frente. Incluso con la poca luz de una vela de cera, pude ver que estaba pálido y temblaba. Miró al paciente y a la puerta, luego a mí, y de pronto dijo: "No te preocupes, todo va a salir bien." Ahora bien, aquel era un hombre que nunca había dicho nada positivo en toda su vida. Gu era un paranoico, un neurótico terco como una mula. Si le dolía la cabeza, tenía que ser un tumor; Si parecía que iba a llover, entonces decía que se arruinaría la cosecha. Esa era su manera de controlar cualquier situación, su estrategia de toda la vida había sido prepararse para lo peor. Pero allí, cuando la realidad superó cualquiera de sus predicciones más fatalistas, no tuvo más alternativa que darse la vuelta y tomar la dirección opuesta. "No te preocupes, todo va a salir bien." Y por primera vez, todo salió tal y como él dijo. Los rusos no llegaron a cruzar el río, e incluso logramos salvar a nuestro paciente.

Durante muchos años después de eso, bromeé con él acerca de lo que había sido necesario para sacarle un poco de optimismo, y él siempre

decía que haría falta algo mucho peor para que eso ocurriera de nuevo. Ya éramos un par de ancianos, y algo peor estaba a punto de suceder. Fue justo después de preguntarme si estaba armado. "No," le respondí, "¿por qué habría de estarlo?" Hubo un corto silencio, y estoy seguro de que alguien más estaba escuchando nuestra conversación. "No te preocupes," dijo, "todo va a salir bien." En ese momento me di cuenta que aquella no era una infección aislada. Corté la llamada y marqué rápidamente el número de mi hija en Guangzhou.

Su esposo trabajaba para Telecom de China y pasaba al menos una semana de cada mes en América. Le dije que sería una buena idea acompañarlo la próxima vez que viajara, y que debía llevarse a mi nieta y quedarse tanto tiempo como les fuera posible. No tuve tiempo de explicarle nada más; mi señal fue interferida cuando llegó el primero de los helicópteros. Las últimas palabras que pude decirle fueron: "No te preocupes, todo va a salir bien."

[Kwang Jingshu fue arrestado por el MSN y encarcelado sin presentar cargos formales. Para cuando logró escapar, el contagio ya se había extendido más allá de la frontera de China.]

LHASA**, R**EPÚBLICA **P**OPULAR **D**EL **T**ÍBET

[La ciudad más poblada del mundo todavía se está recuperando de las últimas elecciones populares. Los social-demócratas derrotaron al partido del Lama en una victoria atronadora, y las calles hierven de rebeldes. Me encontré con Nury Televaldi en un concurrido café a un lado de una cale principal. Tenemos que gritar para hacernos oír sobre la multitud eufórica.]

Antes de la plaga, el contrabando por tierra no era popular. Conseguir los pasaportes, los tiquetes falsos para el bus de turismo, los contactos y la protección al otro lado, todo eso requería mucho dinero. En ese entonces, las únicas rutas lucrativas eran hacia Tailandia y Myanmar. Donde yo vivía, en Kashi, la única opción era hacia las antiguas Repúblicas Soviéticas. Nadie quería ir allá, y por eso al principio yo no era un shetou.5 Yo era un importador: pasta de opio, diamantes en bruto, niñas, niños, cualquier cosa de valor que produjeran en esas

primitivas excusas de países. La plaga lo cambió todo. De repente nos vimos inundados de ofertas, y no sólo de los liudong renkou,[6] sino también, como ustedes dicen, de gente de las clases más altas. Tuve profesionales de las ciudades, ganaderos, incluso oficiales de los escalones bajos del gobierno. Eran gente que tenía mucho qué perder. No les importaba para dónde iban, sólo que tenían que salir.

¿Usted sabía de qué estaban huyendo?

Habíamos escuchado los rumores. Incluso habíamos tenido una infección en algún lugar de Kashi. Pero el gobierno lo ocultó todo de inmediato. Sin embargo, nosotros lo sospechábamos, sabíamos que algo no estaba bien.

¿Y el gobierno no trató de detenerlos?

Oficialmente sí. Las penas por el contrabando se hicieron más severas; se reforzaron los puntos de control en las fronteras. Incluso ejecutaron a algunos shetou, públicamente, para poner un ejemplo. Si no se conoce la historia real, si no la vieron desde nuestro lado, cualquiera pensaría que fueron medidas efectivas.

¿Entonces no lo fueron?

Sólo digamos que hice rica a mucha gente: guardias fronterizos, burócratas, policías, incluso alcaldes. Todavía eran buenos tiempos para China, y la mejor manera de honrar la memoria del Presidente Mao era ver su cara en la mayor cantidad posible de billetes de cien yuan.

Entonces tuvo mucho éxito.

Kashi era la ciudad de moda. Creo que el noventa por ciento, y quizá más, de todo el tráfico terrestre pasó por allí, e incluso un poco del aéreo.

¿Aéreo?

Sólo un poco. Sólo transporté renshe en un par de ocasiones, en algunos vuelos de carga hacia Kazajstán o Rusia. Trabajos pequeños. No era como en oriente, de Guangdong y Jiangsu estaban saliendo miles de personas cada semana.

¿Podría hablar un poco más de eso?

El tráfico aéreo se volvió un gran negocio en las provincias orientales. Esos eran clientes ricos, que podían comparar paquetes en vuelos de primera clase y visas turísticas. Se bajaban del avión en Londres o en Roma, o incluso en San Francisco, se registraban en el hotel, se iban de paseo por un día, y luego desaparecían. Ahí estaba todo el dinero. Siempre quise dedicarme al transporte aéreo.

¿Pero qué pasaba con la infección? ¿No había riesgo de ser descubiertos?

Fue sólo más tarde, después de lo que pasó con el vuelo 575. Al principio no había muchos infectados en los vuelos. Si lo estaban, entonces sólo sufrían las primeras etapas del contagio. Los shetou del aire eran muy cuidadosos. Si alguien tenía signos de infección avanzada, no los dejaban ni acercar. Tenían que proteger el negocio. La regla de oro era que no se podía engañar a los oficiales de inmigración si no se podía engañar primero al shetou. Tenían que verse y actuar como personas completamente sanas, e incluso entonces era una carrera contra el tiempo. Antes del vuelo 575, escuché una historia de una pareja, un hombre de negocios con mucho dinero y su esposa. A él lo mordieron. No era una mordida grave, si me entiende, sino una de esas "mechas lentas," porque el mordisco no agarró ninguno de los vasos sanguíneos principales. Estoy seguro de que creían que había una cura en occidente, muchos lo creían. Al parecer, alcanzaron a llegar hasta su cuarto de hotel en París antes de que él colapsara. La esposa trató de llamar a un doctor, pero él no la dejó. Tenía miedo de que los devolvieran. En lugar de eso, él le ordenó que lo abandonara, que se fuera antes de que entrara en coma. Dicen que lo hizo, y después de dos días de escuchar los gemidos y los golpes, la gente del hotel decidió ignorar el letrero de "NO MOLESTAR" y abrieron el cuarto. No estoy seguro de si fue así que comenzó la infección en París, pero tiene sentido.

Usted me dice que no llamaron a un doctor, porque tenían miedo de que los deportaran, ¿pero no se suponía que estaban buscando una cura en occidente?

¿Usted no entiende cómo funciona el corazón de un refugiado, verdad? Esa gente estaba desesperada. Estaban atrapados entre enfrentar la infección, y ser atrapados y "curados" por su propio gobierno. Si usted tuviera un ser querido, alguien de la familia, un hijo infectado, y creyera que existe la más mínima esperanza de cura en algún otro país, ¿no haría todo lo que estuviese en su poder para llegar hasta allá? ¿No preferiría creer en esa posibilidad?

¿Entonces la esposa de ese hombre, junto con los otros renshe, simplemente desaparecieron?

Siempre había sido así, incluso antes de la infección. Algunos se quedaban con sus familiares, o con amigos. Los más pobres tenían que trabajar para pagar su bao7 con la mafia china local. La mayoría simplemente se fundían en las zonas marginales de la sociedad en cada país.

¿Las áreas de bajos ingresos?

Si así es como le gusta llamarlas. ¿Qué mejor lugar para esconderse que esa parte de la población que nadie quiere ver? ¿Por qué cree que empezaron esas infecciones en los barrios pobres del Primer Mundo?

Se dice que muchos shetou propagaron el mito de que había una cura en otros países.

Algunos.

¿Usted lo hizo?

[Pausa.]

No.

[Otra pausa.]

¿Cómo afectó el vuelo 575 el contrabando por aire?

Las restricciones se hicieron mayores, pero sólo en algunos países. Los shetou del aire eran cuidadosos, pero también muy recursivos. Tenían un dicho: "Las casas de todos los hombres ricos tienen siempre una entrada para los sirvientes."

¿Qué quiere decir eso?

Si Europa Occidental aumentaba la seguridad, entraban por Europa Oriental. Si los Estados Unidos no los dejaban pasar, entraban por México. Eso hacía que los países ricos se sintieran más seguros, a pesar de que ya estaban infectados dentro de sus fronteras. Yo no soy un experto en eso, recuerde, yo me dedicaba al transporte terrestre, y mis objetivos eran los países de Asia Central.

¿Era más fácil entrar en ellos?

Prácticamente nos pedían que entráramos. Esos países estaban en la ruina, y sus oficiales eran tan ignorantes y corruptos que incluso nos ayudaban a conseguir todos los documentos a cambio de una parte de la tarifa. Hasta tenían sus propios shetou, o como sea que los llamen en su idioma de bárbaros, que trabajaban con nosotros para pasar los renshe a través de las Repúblicas Soviéticas hasta países como India, Rusia e Irán. Nunca pregunté ni quise saber qué tan lejos llegaban ellos. Mi trabajo terminaba en la frontera. Yo sólo les hacía sellar los papeles, marcar sus vehículos, les pagaba a los guardias y me largaba con mi parte.

¿Vio muchos infectados?

No al principio. La plaga trabajaba muy rápido. No era como en los viajes por avión. A la gente le tomaba semanas llegar hasta Kashi, e incluso los casos más lentos, según me han dicho, no duraban más que unos cuantos días. Los clientes infectados se reanimaban en alguna parte del recorrido antes de llegar y eran identificados y recogidos por la policía local. Después, cuando las infestaciones se multiplicaron y la policía ya no pudo contenerlos, comencé a ver un montón de gente infectada en mi ruta.

¿Eran peligrosos?

Casi nunca. Usualmente los familiares los tenían amarrados y amordazados. Uno veía algo moviéndose en la parte de atrás de un automóvil, sacudiéndose bajo un montón de ropa o unas sábanas. Se escuchaban golpes en la maleta de los autos, o, mucho después, en cajones de madera con agujeros en la parte de atrás de una camioneta. Agujeros… en verdad no tenían idea de lo que les estaba pasando a sus seres queridos.

¿Usted lo sabía?

Para entonces, sí, pero también sabía que tratar de explicárselo a sus familiares era una pérdida de tiempo. Yo sólo tomaba el dinero y los ponía en camino. Tuve suerte. Nunca tuve que enfrentar los problemas de los contrabandistas marítimos.

¿Eso era más difícil?

Y peligroso. Mis socios de las provincias costeras tenían que vivir con la posibilidad de que algún infectado rompiese sus cadenas y contaminara todo un cargamento.

¿Y qué hacían?

He escuchado de varias "soluciones." Algunas veces los barcos llegaban hasta alguna costa deshabitada —ya no importaba si era el país de destino o no, podía ser cualquier costa— y "descargaban" a los renshe infectados en la playa. También oí de algunos capitanes que navegaban hasta alta mar y los arrojaban a todos por la borda. Eso podría explicar esos casos de nadadores y buzos que desaparecían sin rastro, o por qué había gente por todo el mundo diciendo que los veían salir de entre las olas. Al menos yo nunca tuve nada que ver con eso.

Pero sí tuve un incidente parecido, uno que me convenció de que ya era hora de retirarme. Encontré este camión, un viejo y destartalado tráiler. Se podían escuchar los gemidos que salían de la parte de atrás. Un montón de puños golpeaban contra el aluminio. Tanto que se mecía de un lado para el otro. En la cabina iba un banquero muy rico de Xi'an. Había conseguido un montón de dinero haciendo préstamos para sacar tarjetas de crédito Americanas. Suficiente para llevarse a toda su familia fuera del país. El traje de Armani del tipo estaba arrugado y roto. Tenía arañazos por todo un lado de la cara, y en los ojos tenía ese fuego de locura que estaba comenzando a ver más y más seguido por esos días. Los ojos del chofer eran distintos, se veían como los míos, con la sospecha de que el dinero no iba a servir para nada dentro de muy poco tiempo. Le regalé un billete de cincuenta y le deseé buena suerte. Eso fue todo lo que pude hacer por él.

¿Hacia dónde iba ese camión?

Kirguiztán.

METEORA**, G**RECIA

[Una serie de monasterios están construidos en las empinadas e inaccesibles paredes de roca, con algunos de los edificios

soportados por altas y casi verticales columnas. Aunque originalmente era un refugio contra los turcos otomanos, más adelante probó ser un fuerte seguro contra los muertos vivientes. Escaleras construidas después de la guerra, casi todas de metal o madera y fáciles de retirar, indican la reciente afluencia de peregrinos y turistas. Meteora se ha convertido en un objetivo muy popular para ambos grupos en los últimos años. Algunos buscan sabiduría e iluminación espiritual, otros sólo buscan una sensación de paz. Stanley MacDonald pertenece a este segundo grupo. Un veterano de casi todas las campañas a lo largo y ancho de su nativa Canadá, su primer encuentro con los muertos vivientes fue en una guerra muy diferente, cuando el Tercer Batallón Canadiense de Infantería Ligera de la Princesa Patricia fue desplegado en una operación contra el tráfico de drogas en Kirguiztán.]

Por favor no nos confunda con esos "Equipos Alfa" americanos. Esto fue mucho antes de que esos entraran en operación, antes de "El Pánico," antes de la cuarentena Israelí… esto fue antes incluso que el primer contagio reportado en Ciudad del Cabo. Estábamos en las primeras etapas del contagio, antes de que nadie sospechara siquiera lo que estaba a punto de suceder. Nuestra misión era algo completamente convencional, opio y hachís, el principal producto de exportación de los terroristas para el resto del mundo. Eso era lo único que se podía encontrar en esa tierra desolada y llena de rocas. Traficantes, matones y guardaespaldas locales. Era lo único que esperábamos encontrar. Era lo único para lo que estábamos preparados.

La entrada a la caverna fue fácil de encontrar. Sólo seguimos el rastro de sangre que comenzó en la caravana. De inmediato supimos que algo estaba mal. No había cadáveres. En los enfrentamientos de grupos rivales, siempre dejaban las víctimas tendidas y mutiladas como una advertencia para los demás. Había mucha sangre, sangre y pedazos de carne descompuesta, pero los únicos cuerpos que encontramos fueron los de las mulas de carga. Habían sido muertas, sin disparos, por lo que parecía ser una manada de animales. Les habían abierto la panza y estaban cubiertas de heridas y mordiscos. Supusimos que habían sido perros salvajes. Manadas de esas malditas bestias acechaban en los valles, grandes y feroces como lobos árticos.

Lo más confuso fue cómo encontramos la mercancía, todavía en las mochilas, o regada alrededor de los cuerpos. Bueno, incluso aunque no

fuese por un asunto territorial, aunque se tratara sólo una venganza religiosa o tribal, nadie abandona cincuenta kilos de Bad Brown[8] de primera calidad, unos rifles de asalto en perfecto estado, y los demás trofeos de considerable valor que había, como relojes, reproductores de mini disc, y localizadores de GPS.

El rastro de sangre subía por la montaña desde el sitio de la masacre. Mucha sangre. Cualquiera que hubiese perdido tanta no se podría haber levantado de nuevo. Pero de alguna manera lo había hecho. No lo habían curado. No había más huellas. Por lo que pudimos ver, ese hombre había corrido, sangrando, y había caído de frente —todavía podíamos ver la huella de su rostro cubierto de sangre sobre la arena. De algún modo, sin ahogarse o desangrarse hasta morir, se había quedado allí tendido por algún tiempo y luego se había levantado y había vuelto a caminar. Las nuevas huellas eran diferentes de las anteriores. Parecía más lento, estaban más juntas. El pié derecho se arrastraba y había perdido su zapato, un viejo y gastado Nike de bota alta. Las huellas estaban salpicadas de algún fluido. No era sangre, no era humano, sino unas gotas de una sustancia negra y viscosa que ninguno de nosotros fue capaz de reconocer. Seguimos ese rastro y las huellas hasta la entrada de la caverna.

No hubo fuego a la entrada, ni recepción de ningún tipo. Encontramos la entrada del túnel abierta y sin vigilancia. De inmediato comenzamos a ver cuerpos, hombres muertos por sus propias trampas. Parecía que trataban de… que corrían… para escapar.

Mas allá, en la primera recámara, vimos evidencias de disparos de un solo bando, digo de un solo bando porque sólo una de las paredes de la caverna estaba cubierta de impactos de armas de fuego. En la pared opuesta estaban los combatientes. Habían sido despedazados. Sus extremidades, sus huesos, habían sido arrancadas y mordisqueadas… algunas todavía sostenían sus armas, como una mano que encontramos con una Makarov todavía entre sus dedos. A la mano le faltaba un dedo y lo encontramos al otro lado del salón, con el cuerpo de un tipo desarmado al que le habían disparado por lo menos cien veces. Algunos de los disparos le habían volado la tapa de los sesos. El dedo estaba engarzado entre sus dientes.

Cada una de las recámaras contaba una historia parecida. Encontramos barricadas destrozadas, armas abandonadas. Encontramos más cuerpos, o pedazos de ellos. Los únicos que habían permanecido casi intactos eran los que habían muerto de disparos en la cabeza. Tenían carne, pedazos de carne fresca y masticada atorada en sus gargantas y

estómagos. Las marcas de sangre, las huellas, los casquillos, y los agujeros en las paredes, sugerían que aquella batalla había comenzado en la enfermería.

Descubrimos varios catres, todos ensangrentados. Al fondo del salón vimos un cuerpo sin cabeza… supongo que un médico, tirado junto a un catre con las sábanas manchadas y un viejo y gastado Nike de bota alta, del pié izquierdo.

El último túnel que revisamos había colapsado al dispararse una carga de demolición que habían puesto como trampa. Una mano sobresalía de entre las rocas. Aún se movía. Reaccioné por instinto y me incliné para agarrar la mano, y sentí cómo me apretaba. Parecía un cepo de acero, casi me fractura los dedos. Traté de retirar mi mano, pero no me soltaba. Tiré más fuerte, apuntalándome con mis piernas. Primero salió un brazo, luego la cabeza, el rostro destrozado con los ojos abiertos y los labios grises, luego la otra mano, agarrándome del brazo y apretándome, luego los hombros. Caí hacia atrás y la mitad superior de esa cosa cayó conmigo. La cadera y todo lo demás seguían atorados bajo las rocas, conectados con el torso superior por una línea de entrañas. Todavía se movía, tratando de arañarme y de llevar mi brazo hasta su boca. Saqué mi arma.

El disparo salió hacia arriba, entrando justo por debajo de la quijada y regando sus sesos por el techo. Yo fui el único presente en el túnel cuando sucedió. El único testigo…

[Hace una pausa.]

"Exposición a agentes químicos desconocidos." Eso fue lo que me dijeron cuando regresé a Edmonton, eso, o una reacción adversa a las vacunas. También agregaron algo de TEPT9 por si acaso. Dijeron que necesitaba un descanso, descanso y una "evaluación" de largo plazo…

"Evaluación"… así la llaman cuando lo hacen los de tu propio lado. Sólo le dicen "interrogatorio" cuando es un enemigo. Te enseñan cómo resistirte al enemigo, cómo cerrar tu mente y tu espíritu. No te enseñan cómo resistirte ante tu propia gente, especialmente si se supone que están tratando de "ayudarte a ver la verdad." Ellos no me convencieron, yo mismo lo hice. Quería creerles y dejar que me ayudaran. Yo era un buen soldado, bien entrenado y con experiencia; Sabía lo que podía hacerle a otros seres humanos y lo que ellos podían hacerme a mí. Pensé que estaba listo para cualquier cosa. **[Mira hacia el valle, con los ojos perdidos.]** ¿Qué persona cuerda podría haber estado lista

para esto?

SELVA **L**LUVIOSA **D**EL **A**MAZONAS**, B**RASIL

[Me llevan con una venda en los ojos para no revelar la localización de mis "anfitriones." Los extranjeros les llaman los Yanomami, "La Gente Salvaje," y no se sabe si fue su naturaleza guerrera, o el hecho de que su aldea está suspendida entre los árboles más altos, lo que los ayudó a superar la crisis tan bien, o mejor aún, que los países industrializados. No está muy claro si Fernando Oliveira, el exiliado, el drogadicto hombre blanco de "la frontera con el mundo," es un invitado entre ellos, una mascota, o un prisionero.]

Yo todavía era un médico, eso era lo que quería creer. Sí, era rico, y conseguía más dinero todo el tiempo, pero al menos mi fortuna la había conseguido realizando procedimientos médicos necesarios. No vivía cortando y afilando narices de adolescentes, o cosiéndole "pintos" sudaneses a las *vedettes* transexuales.[10] Yo era un médico de verdad y ayudaba a la gente, y si eso era tan "inmoral" ante los ojos hipócritas y egoístas de los países del norte, ¿por qué sus ciudadanos seguían viniendo a buscarme todo el tiempo?

El paquete llegó al aeropuerto una hora antes que el paciente, empacado en hielo dentro de una nevera portátil de campamento. Los corazones eran extremadamente escasos. No como los hígados o la piel, y mucho menos como los riñones que, después de que aprobaron la ley de "consentimiento implícito", podían conseguirse en cualquier hospital o morgue del país.

¿Lo habían revisado?

¿Para detectar qué? Al hacer las pruebas de laboratorio, hay qué saber específicamente qué es lo que se está buscando. No sabíamos nada sobre la Plaga que Camina en ese entonces. Sólo teníamos los virus normales —hepatitis o VIH/SIDA— y ni siquiera tuvimos tiempo de

hacer las pruebas para esos.

¿Por qué?

Porque el vuelo venía retrasado. Los órganos no pueden tenerse en hielo para siempre. Ya estábamos apostando más de lo que debíamos con ese tipo.

¿De dónde había salido?

De China, con seguridad. Mi proveedor despachaba desde Macao. Confiábamos en él. Sus antecedentes eran sólidos. Cuando nos aseguró que el paquete estaba "limpio," creí en su palabra; tenía que hacerlo. Él sabía los riesgos que corríamos, y yo también, lo mismo que el paciente. Herr Muller, aparte de sus problemas cardiacos, sufría de una extremadamente rara dextrocardia con *situs inversus*. Sus órganos estaban en el lado opuesto a los de una persona normal; el hígado en el lado izquierdo, las arterias cardiacas en el derecho, y así todo lo demás. Puede ver la situación tan particular que enfrentábamos. No podíamos transplantarle un corazón normal y voltearlo para el otro lado, las cosas funcionan de esa manera. Necesitábamos un corazón fresco y saludable de un "donante" con el mismo problema. Aparte de China, ¿en dónde más íbamos a correr con tanta suerte?

¿Sólo suerte?

[Sonríe.] Y "facilidad política." Le dije a mi proveedor lo que necesitaba, le di los detalles, y tan sólo tres semanas después recibí un e-mail titulado simplemente: "Tenemos uno."

Entonces usted realizó la operación.

Como auxiliar, el doctor Silva fue el que realizó el procedimiento. Era un prestigioso cirujano cardiaco que atendía los casos del Hospital Israelita Albert Einstein de São Paulo. Hijo de puta arrogante, aún para ser cardiólogo. Me dolió en el alma tener que trabajar con… bajo las órdenes de ese imbécil. Me hablaba como si yo fuera un residente de primer año. ¿Pero qué más iba a hacer?… Herr Muller necesitaba un corazón nuevo y mi casa de playa necesitaba un jacuzzi.

Herr Muller no alcanzó ni a recuperarse de la anestesia. Mientras descansaba en la sala de recuperación, sólo unos cuantos minutos después de cerrarlo, comenzaron a aparecer los síntomas. La temperatura, el pulso, los niveles de oxígeno… Estaba muy preocupado,

y seguramente logré poner nervioso a mi “colega más experimentado.” Él me dijo que debía ser una reacción a los medicamentos inmunosupresores, o simplemente una de las complicaciones que podían esperarse en un hombre de sesenta y siete años, con sobrepeso, mala salud, y que acababa de pasar por uno de los procedimientos más traumáticos de la medicina moderna. Me sorprendió que no me diera un golpecito en la cabeza para terminar, hijo de puta condescendiente. Me dijo que me fuera a casa, me duchara, durmiera un poco, y que consiguiera a una o dos mujeres para relajarme. Él se quedaría a vigilarlo y me llamaría si ocurría algún cambio.

[Oliveira encoge sus labios en un gesto de enojo, y mastica un puñado de las hojas misteriosas que tiene a su lado.]

¿Y qué se supone que debía pensar yo? Quizá sí era por la droga, el OKT3. O quizá me estaba preocupando más de la cuenta. Era mi primer transplante de corazón. ¿Qué sabía yo? De todos modos… estaba tan preocupado que lo último que se me ocurrió fue dormir. Así que hice lo que cualquier médico haría si un paciente está sufriendo; me fui para la ciudad. Bailé, bebí, hice y me hicieron cosas que usted no se imaginaría. Al principio ni siquiera me dí cuenta de que lo que estaba vibrando en mis pantalones era mi teléfono. Debió pasar una hora hasta que finalmente contesté. Graciela, mi recepcionista, estaba en pánico. Me dijo que Herr Muller había entrado en coma hacía más de una hora. Ya estaba subiéndome al auto antes de que ella pudiese terminar esa frase. Estaba a media hora de la clínica, y nos maldije a Silva y a mí mismo durante todo el recorrido. ¡Por supuesto que tenía motivos para preocuparme! ¡Yo tenía la razón! Era una cuestión de orgullo; incluso si tener la razón me metía en problemas, disfruté el haber comprometido así la reputación de Silva.

Al llegar encontré a Graciela tratando de calmar a Rosa, una de mis enfermeras, que estaba histérica. La pobre chica estaba inconsolable. Le di una buena cachetada —eso la calmó un poco— y le pregunté qué estaba pasando. ¿Por qué su uniforme estaba manchado de sangre? ¿Dónde estaba en doctor Silva? ¿Por qué todos los pacientes estaban fuera de sus cuartos, y qué diablos era ese maldito ruido? Me dijo que Herr Muller había muerto de repente, sin aviso. Me explicó que habían estado tratando de resucitarlo, y que Herr Muller había abierto los ojos y había mordido al doctor Silva en la mano. Estuvieron forcejeando; Rosa trató de ayudarlo, pero estuvo a punto de ser mordida también. Abandonó a Silva, salió corriendo del cuarto, y cerró la puerta con llave.

Estuve a punto de reírme. Era ridículo. Quizá “Superman” había

cometido un error y lo había diagnosticado mal, si eso era posible. Quizá el viejo se había levantado, mareado, y había tratado de agarrase al doctor Silva para no caerse. Tenía que haber una explicación razonable… pero esa sangre en su uniforme y el sonido ahogado en el cuarto de Herr Muller… Regresé a mi auto por mi arma, más para calmar a Graciela y a Rosa que por mi propia seguridad.

¿Usted portaba un arma?

Vivía en Río. ¿Qué cree que llevaba conmigo, nada más mi "pinto"? Volví al cuarto de Herr Muller y toqué varias veces. No escuché nada. Los llamé a él y a Silva. No respondieron. Había sangre saliendo por debajo de la puerta. Entré y vi que estaba por todo el piso. Silva estaba tirado en una esquina, y Muller estaba arrodillado sobre él con su gorda, pálida y velluda espalda hacia mí. No recuerdo cómo llamé su atención, si acaso lo llamé, dije alguna grosería, o simplemente me quede allí parado. Muller se volteó, y unos pedazos de carne ensangrentada cayeron de su boca. Algunas de las grapas de acero de su sutura se habían abierto, y un fluido negro y gelatinoso salía de la incisión. Se puso se pié con torpeza, y cojeó lentamente hacia mí.

Levanté la pistola y apunté hacia su nuevo corazón. Era una "Desert Eagle" Israelí, grande y lujosa; precisamente por eso la había comprado. Nunca antes había tenido que dispararla, gracias a Dios. No estaba listo para el retroceso. La bala salió torcida y literalmente le hizo estallar la cabeza. Fue pura suerte, eso es todo. Yo era un idiota con suerte allí parado, con un arma humeante en la mano y un hilo de orina bajándome por la pierna. Esta vez fue mi turno de recibir varias cachetadas de parte de Graciela, hasta que por fin recuperé el sentido y llamé a la policía.

¿Lo arrestaron?

¿Está loco? Ellos también eran socios míos, ¿cómo cree que conseguía los órganos en el mercado local? ¿Cómo cree que pude ocuparme de todo ese asunto? Son buenos en eso. Me ayudaron a explicarle a mis otros pacientes que un asesino demente había entrado a la clínica y había matado a Herr Muller y al doctor Silva. También se aseguraron de que ninguno de los empleados dijera nada parta contradecir esa historia.

¿Y los cuerpos?

Registraron a Silva como la víctima sin identificar de un posible robo de

auto. No sé dónde dejaron en cuerpo; seguro en alguna chabola en la Ciudad de Dios, y seguramente le pusieron drogas en los bolsillos para hacer la historia más creíble. Espero que lo hayan quemado, o enterrado… muy hondo.

¿Usted cree que él…?

No lo sé. Su cerebro estaba intacto cuando murió. Si no estaba en una bolsa para cadáveres bien sellada… o si la tierra estaba blanda. ¿Cuánto tiempo podría haberse tardado en salir?

[Mastica otra hoja, y me ofrece un poco. Yo las rechazo.]

¿Y el señor Muller?

No dimos ninguna explicación, ni a su esposa, ni a la embajada de Austria. Sólo era otro turista desaparecido que no había tenido cuidado en una ciudad peligrosa. No sé si Frau Muller se creyó la historia, o si trató de investigar. Seguramente nunca se dio cuenta de la suerte que tuvo.

¿Por qué dice que tuvo suerte?

¿Lo dice en serio? ¿Qué habría pasado si no se hubiese reanimado en mi clínica? ¿Qué tal si hubiese alcanzado a regresar a casa?

¿Habría sido posible?

¡Claro que sí! Piénselo. Como la infección comenzó por culpa del corazón, el virus tuvo acceso directo a su sistema circulatorio, así que debió llegar al cerebro apenas segundos después de haberse implantado. Piense que habría pasado si hubiese sido otro órgano, el hígado o un riñón, o incluso una sección de piel. Se habría demorado mucho más, especialmente si el virus hubiese estado presente en concentraciones muy bajas.

Pero el donante…

Él tampoco debía haberse reanimado cuando le sacaron el corazón. ¿Qué tal si estaba recién infectado? El órgano podría no haber estado saturado por completo. Quizá sólo un rastro infinitesimal del virus. Si se pone un órgano así en otro cuerpo, podría tomarle días, semanas incluso, antes de poder llegar hasta el torrente sanguíneo. Para entonces el paciente podría haberse recuperado de la cirugía, y estar

feliz y saludable viviendo su vida normal.

Pero la persona que removió el órgano…

…quizá no sabía lo que tenía entre manos. Yo no lo supe. Todavía estábamos en los primeros días, cuando nadie sabía nada al respecto. Incluso aunque lo supieran, algunos miembros del ejército chino… ¿quiere hablar de algo inmoral?… Muchos años antes del contagio, ellos ganaban millones con los órganos de los prisioneros políticos ejecutados. ¿Usted cree que algo como un simple virus les iba a impedir seguir chupando de esa teta de oro?

¿Pero cómo…?

Si se retira el órgano justo después de que la víctima muere… incluso mientras todavía está viva… ellos solían hacer eso, usted sabe, remover órganos todavía vivos para garantizar que estuviesen frescos… luego se empaca en hielo y se envía en el primer avión hacia Río… China era el más grande exportador de órganos humanos del mercado mundial. Quién sabe cuántas córneas infectadas, cuántas glándulas pituitarias… Madre de Dios, cuántos riñones infectados despacharon en el mercado negro. ¡Y estamos hablando sólo de los órganos! ¿Quiere que hablemos de los óvulos "donados" por las prisioneras chinas, el esperma, y la sangre? ¿Cree que la inmigración fue la única manera en que la infección se diseminó por el planeta? No todos los primeros infectados en occidente fueron inmigrantes chinos. ¿Cómo explicar todas esas historias de gente que murió sin razón aparente, y luego revivió sin haber sido mordida? ¿Por qué tantas epidemias comenzaron en los hospitales? Los ilegales chinos no podían ir a los hospitales. ¿Sabe cuántos miles de personas se hicieron un transplante ilegal en esos años antes del Gran Pánico? Si tan sólo el diez por ciento de ellos quedaron infectados, o el uno por ciento…

¿Tiene alguna prueba para esta teoría?

No… ¡pero eso no quiere decir que no pudo pasar! Cuando pienso en todos los transplantes que realicé, todos esos pacientes de Europa, de los Emiratos Árabes, e incluso los hipócritas de los Estados Unidos. A muy pocos yanquis les interesaba saber de dónde había salido su nuevo páncreas o riñón. Podía ser de un niño de la Ciudad de Dios o de un estudiante desafortunado en una prisión política de China. No lo sabían y no les importaba. Ustedes sólo firmaban sus cheques de viajero, pasaban por el bisturí, y se devolvían para Miami, o Nueva York, o donde fuera.

¿Alguna vez trató de contactar a alguno de esos pacientes, de advertirles?

No. Estaba ocupado tratando de recuperarme de un escándalo, de volver a levantar mi reputación, mi clientela, mi cuenta de banco. Quería olvidar todo lo que había pasado, no investigarlo a profundidad. Para cuando me di cuenta del verdadero peligro, ya lo tenía golpeando la puerta de mi casa.

PUERTO **DE** **B**RIDGETOWN, **B**ARBADOS, **F**EDERACIÓN **D**E **L**AS **I**NDIAS **O**RIENTALES

[Me dijeron que debía esperar un "barco alto," aunque las "velas" del I.S. *Imfingo* son en realidad cuatro turbinas verticales de viento que se levantan desde su esbelto casco de trimarán. Al ver que están conectadas a una batería de PEMs, células de energía basadas en una membrana de intercambio de protones que le permiten convertir el agua de mar en electricidad, es fácil entender por qué la "I" del prefijo "I.S." se refiere a su energía "ilimitada." Reconocida como el futuro indiscutible del transporte marítimo, todavía es raro ver un barco con esa tecnología que no lleve la bandera de algún gobierno. El *Imfingo* es de propiedad privada. Jacob Nyathi es su capitán.]

Yo nací al mismo tiempo que la nueva Sudáfrica, después del apartheid. En esos días de euforia, el nuevo gobierno no sólo nos prometió una democracia de "un voto por cada hombre," sino empleo y vivienda para todo el país. Mi padre creyó que hablaban de algo inmediato. No entendía que esos eran objetivos a largo plazo, que se cumplirían sólo después de años—generaciones—de trabajo duro. Él pensó que si abandonábamos la tierra de nuestra tribu y nos mudábamos a la ciudad, habría una casa nueva y un trabajo bien pagado esperándonos al llegar. Mi padre era un hombre sencillo, un jornalero. No puedo culparlo por su falta de educación formal, por su sueño de una vida mejor para su familia. Así que nos establecimos en Kayelitsha, uno de los cuatro

poblados principales alrededor de Ciudad el Cabo. Tuvimos una vida de pobreza, humillación y miserias. Esa fue mi niñez.

La noche en que sucedió, iba caminando a casa desde la estación del autobús. Eran casi las cinco de la mañana y acababa de salir de mi turno como mesero en el T.G.I. Friday’s del barrio Victoria. Había sido una buena noche. Las propinas fueron grandes, y las noticias del campeonato de las Tres Naciones eran motivo suficiente para que cualquier sudafricano se sintiese como de tres metros de altura. Los Springboks habían barrido a los All Blacks… ¡otra vez!

[Él sonríe al recordarlo.]

Quizá esos pensamientos me distrajeron al principio, o quizá estaba un poco cansado, pero recuerdo que mi cuerpo reaccionó instintivamente incluso antes de escuchar los primeros disparos. Las balaceras no eran raras, no en mi barrio, y mucho menos en esos días. “Una pistola por cada hombre,” ese era el eslogan de mi vida en Kayelitsha. Como un veterano de guerra, uno desarrolla habilidades de supervivencia que parecen casi instintivas. Las mías eran afiladas como una navaja. Me agaché, traté de ver de dónde venía el sonido, y al mismo tiempo busqué la superficie más dura para resguardarme. Casi todas las casas eran chozas improvisadas con pedazos de madera y latas dobladas, o simples láminas de plástico amarradas a unos postes que apenas si se sostenían. El fuego arrasaba con esos tugurios al menos una vez cada año, y las balas pasaban a través de ellos como si no hubiese más que aire.

Salí corriendo y me oculté tras una barbería que habían construido usando un contenedor de mercancía del tamaño de un auto grande. No era lo mejor, pero serviría por algunos segundos, lo suficiente para tranquilizarme y esperar a que terminara el tiroteo. Sólo que no acabó. Pistolas, escopetas, y ese golpeteo que nunca olvidaré, el ruido que te indica que alguien por ahí tiene un Kalashnikov. Estaba durando demasiado como para ser una simple barrida de una pandilla. Luego siguieron las voces, gritos. Comencé a oler humo. Escuché el sonido de una multitud. Me asomé por una esquina. Docenas de personas, casi todos en pijama, y todos gritando: “¡Corran! ¡Salgan de aquí! ¡Ahí vienen!” A mi alrededor comenzaron a encenderse las luces, y a asomarse rostros en todas las chozas. “¿Qué está pasando?” preguntaban. “¿Quién viene?” Esos eran los más jóvenes. Los viejos simplemente comenzaron a correr. Tenían un instinto de supervivencia diferente, un instinto que nació cuando ellos eran esclavos dentro de su propio país. En esos días, todo el mundo sabía a quiénes se referían

cuando alguien decía "ahí vienen," y si "ellos" venían, lo único que se podía hacer era correr y rezar.

¿Usted salió corriendo?

No pude. Mi familia, mi madre y mis dos hermanas, vivían sólo a unas puertas de la estación de Radio Zibonele, justo de donde venía toda esa gente. No estaba pensando con claridad. Fui un estúpido. Debí darme la vuelta, y encontrar un callejón o una calle desierta.

Traté de pasar a través de la multitud, empujando en la dirección opuesta. Pensé que podría pasar si me quedaba pegado a las paredes de los tugurios. Me empujaron dentro de uno, contra una de sus paredes de plástico, la cual me envolvió mientras toda la estructura colapsaba sobre mí. Estaba atrapado, no podía respirar. Alguien me pasó por encima y me golpeó la cabeza contra el suelo. Logré liberarme, rodando y revolcándome hasta salir a la calle. Todavía estaba tendido cuando los vi: diez o quince, unas siluetas frente a los fuegos de las casas incendiadas. No pude ver sus caras, pero sí escuchaba sus gemidos. Se acercaban a mí cojeando, con sus brazos levantados.

Me puse en pié, mi cabeza dando vueltas, con dolor por todo mi cuerpo. Comencé a retroceder instintivamente, hasta la "puerta" de la choza más cercana. Algo me agarró por detrás, tirando del cuello de mi camisa, rasgando la tela. Me di la vuelta, me agaché, y pateé tan fuerte como pude. Era grande, más grande y pesado que yo, por muchos kilos. Un fluido negro se deslizaba por el frente de su camisa blanca. Tenía un cuchillo clavado en el pecho, justo entre dos costillas y hundido hasta el mango. La tela de mi camisa, que estaba atorada entre sus dientes, cayó al piso cuando volvió a abrir la boca. Gimió y me atacó. Yo traté de esquivarlo. Me agarró por la muñeca. Sentí como crujía, y el dolor recorrió todo mi cuerpo. Caí de rodillas, traté de rodar y quizá derribarlo. Mi otra mano tropezó con una cacerola de metal muy pesada. La agarré y lo golpeé con fuerza. Directo en la cara. Lo golpeé una y otra vez, hundiéndole la cabeza hasta que el hueso se partió y sus sesos se regaron en el suelo. Cayó a un lado. Logré liberarme justo en el momento en que otro de ellos aparecía en la entrada. Esta vez, la débil naturaleza de la construcción fue mi ventaja. Le di una patada a la pared para abrirme paso, saliendo de allí mientras toda la choza se venía abajo.

Corrí, sin saber hacia dónde iba. Estaba en una pesadilla de chozas, fuego y manos que pasaban a mi lado tratando de agarrarme. Pasé por entre una choza en la que una mujer estaba escondida. Sus dos hijos de

aferraban a ella, llorando. "¡Venga conmigo!" le dije. "¡Por favor, venga, tenemos que salir de aquí!" Extendí mis manos, acercándome a ella. Se puso delante de los niños, amenazándome con un afilado destornillador. Sus ojos estaban muy abiertos, llenos de terror. Podía escuchar sus sonidos detrás de mí… tropezando contra la paredes de la chozas, derribándolas a medida que se acercaban. Dejé de hablar en xhosa e intenté con el inglés. "Por favor," Le rogué, "¡tiene que correr!" Traté de agarrarla, pero me apuñaló la mano. La deje allí. No sabía qué más podía hacer. Todavía la recuerdo, algunas veces cuando duermo o cierro los ojos. Algunas veces veo a mi madre en su lugar, y en vez de los niños que lloran, veo a mis hermanas.

Vi una luz frente a mí, brillando a través de las grietas y los agujeros de las chozas. Corrí tan rápido como pude. Tratando de llamar a alguien. Me faltaba el aliento. Pasé a través de la pared de una choza y de pronto me encontré en una espacio abierto. Las luces me cegaban. Sentí algo que chocaba contra mi hombro. Creo que me desmayé antes de llegar al suelo.

Desperté en una cama del Hospital Groote Schuur. Nunca había estado en un pabellón de recuperación como ese. Estaba todo tan blanco y limpio. Creí que estaba muerto. Estoy seguro que los medicamentos ayudaron con esa sensación. Nunca antes había probado ningún tipo de droga, y ni siquiera había bebido alcohol. No quería terminar como tantas personas de mi barrio, como mi padre. Toda mi vida había tratado de mantenerme limpio, pero…

La morfina, o lo que sea que me inyectaron, se sentía deliciosa. No me importaba nada más. No me importó cuando me dijeron que la policía me había disparado por error. Vi como sacaban a toda prisa al hombre de la cama de al lado, tan pronto como dejó de respirar. No me interesó lo que dijeron sobre un brote de "rabia."

¿Quién estaba hablando de eso?

No lo sé. Como ya le dije, estaba volando más alto que las estrellas. Sólo recuerdo que había voces en el pasillo afuera de la sala, voces que gritaban y discutían. "¡Eso no es rabia!" gritó uno de ellos. "¡La rabia no le hace eso a la gente!" Luego… alguien más… sí "bueno, ¿entonces qué diablos sugieres? ¡Tenemos quince más en el piso de abajo! ¡Quién sabe cuántos más quedan ahí afuera!" Es gracioso, repaso esa conversación todo el tiempo en mi cabeza, lo que debería haber pensado, sentido, o hecho. Pasó mucho tiempo hasta que volví a estar sobrio, hasta que desperté y tuve que enfrentar la pesadilla.

TEL **A**VIV**, I**SRAEL

[Jurgen Warmbrunn es un apasionado de la comida etíope, y esa es la razón por la que nos reunimos en este restaurante de Falasha. Con su piel de un rosado brillante, y unas cejas blancas y desordenadas que hacen juego con su cabello al estilo "Einstein," sería fácil confundirlo con un científico loco o con un profesor universitario. No es ninguno de los dos. Aunque nunca ha reconocido para qué servicio de inteligencia israelí trabajaba, y posiblemente sigue trabajando, en cierto momento de la conversación admite abiertamente que podría referirme a él como "un espía."]

La mayoría de la gente no admite que algo puede pasar sino hasta después de que ha pasado. Eso no es estupidez ni debilidad, es sólo la naturaleza humana. No culpo a nadie por no creer. Y no me considero mejor ni más listo que ellos. Supongo que todo se reduce a un simple accidente de nacimiento. Sucede que yo nací dentro de una sociedad que vive con un constante temor a extinguirse. Es parte de nuestra naturaleza, parte de nuestro estado mental, y hemos aprendido a través de muchos errores y ensayos a estar siempre en guardia.

El primer aviso que tuve de La Peste fue a través de nuestros amigos y clientes en Taiwán. Llamaron a quejarse de nuestro nuevo software de decodificación de mensajes. Aparentemente había presentado fallas al descifrar unos e-mails de sus fuentes en la República Popular, o al menos los había descifrado tan mal, que el mensaje resultaba incomprensible. Sospeché que el problema no debía estar en el software, sino en los mensajes como tal. Los rojos del continente… supongo que ya no los llamaban rojos… ¿pero qué espera de un viejo como yo? Los rojos tenían la mala costumbre de usar muchos tipos diferentes de computadores, de distintos países y generaciones.

Antes de sugerirle esa solución a Taipei, pensé que sería una buena idea revisar yo mismo los mensajes. Me sorprendió ver que los caracteres estaban claramente decodificados. Pero el texto… tenía que ver con algún tipo de virus que primero eliminaba a la víctima, y luego

reanimaba el cadáver como algún tipo de animal furioso y homicida. Por supuesto, no creí que eso fuese literal, especialmente porque unas pocas semanas después, estalló una crisis en el área de Taiwán y todos los mensajes sobre cadáveres reanimados dejaron de llegar. Sospeché que había una segunda capa de encriptación, un código dentro de otro código. Era un procedimiento normal, que se remontaba incluso a los primeros días de la comunicación humana. Por supuesto que los rojos no podían estar hablando de cadáveres reales. Tenía que ser algún sistema nuevo de armas, o un plan de guerra ultra secreto. Dejé el asunto ahí, y traté de olvidarme de él. Sin embargo, como uno de sus grandes héroes nacionales solía decir: "Mi sentido arácnido me alertaba."

Poco tiempo después, durante la recepción de la boda de mi hija, me encontré hablando con uno de los profesores de mi yerno en la Universidad Hebrea. El tipo era un hablador, y había bebido más de la cuenta. Me dijo que un primo suyo había estado haciendo algún trabajo en Sudáfrica, y le había contado algunas historias sobre gólems. ¿Usted conoce la historia del Gólem? Esa vieja leyenda de un rabino que le dió vida a una estatua inanimada. Mary Shelley se robó esa idea para su libro *Frankenstein.* Al principio no le dije nada, sólo escuché. El tipo siguió hablando acerca de unos gólems que no estaban hechos de arcilla, ni eran dóciles y obedientes. Tan pronto como mencionó que eran cadáveres reanimados, le pedí su número. Resultó que su primo había estado en Ciudad del Cabo en una de esas "excursiones extremas," creo que era buceo alimentando tiburones…

[Hace un gesto girando los ojos.]

Al parecer, un tiburón le había arrancado un bocado justo del trasero, y por eso se encontraba internado en el Hospital Groote Schuur cuando llegaron las primeras víctimas del poblado de Kayelitsha. Él no vio ninguno de esos casos en persona, pero los empleados le contaron suficientes historias como para llenar mi viejo dictáfono. Luego presenté su relato, junto con los e-mails chinos descifrados, a mis superiores.

Fue en ese momento que me vi beneficiado por las particulares circunstancias de nuestra precaria seguridad. Antes, en octubre de 1973, cuando los ataques coordinados de los árabes nos hicieron retroceder casi hasta el Mediterráneo, habíamos tenido todos los informes de inteligencia a nuestra disposición, todas las señales de alerta, y simplemente habíamos dejado "caer la bola." Nunca creímos en la posibilidad de un ataque total, coordinado y convencional por parte de varias naciones, y mucho menos durante nuestros días de fiesta más sagrados. Llámelo como quiera, ingenuidad, rigidez, o una imperdonable

mentalidad de manada. Imagínese un grupo de gente mirando un mensaje escrito en una pared, y todos felicitándose por haber logrado leer el mensaje correctamente; pero que detrás de ellos hay un espejo, y sólo en el reflejo se puede ver el mensaje verdadero. Nadie está mirando al espejo, porque ninguno cree que es necesario. Bueno, después de que los árabes casi lograron terminar lo que Hitler había empezado, nos dimos cuenta de que no sólo era necesario mirar al espejo, sino que eso debía formar parte de nuestra política nacional. Desde 1973 en adelante, si nueve analistas de inteligencia llegaban a la misma conclusión, era obligación del décimo llevarles la contraria. Sin importar qué tan remota o absurda pudiese ser una conclusión, uno siempre debía investigar más a fondo. Si la planta nuclear de un país vecino podía ser usada para fabricar plutonio para armas, uno investigaba; si se corría el rumor de que algún dictador estaba construyendo un cañón tan grande que podía disparar cápsulas de ántrax a través de países enteros, uno investigaba; y si existía la más mínima posibilidad de que los muertos estuviesen siendo reanimados como máquinas asesinas sin control, uno investigaba e investigaba hasta dar con la absoluta verdad.

Y eso fue lo que hice, investigué. Al principio no fue fácil. Con China fuera del juego… la crisis en Taiwán había cortado cualquier fuente de inteligencia… me quedaron muy pocos lugares para conseguir información. La mayoría era basura, especialmente la de Internet; zombies del espacio y el Área 51… ¿Cuál es la obsesión qué tienen en su país con el Área 51? Después de un tiempo comencé a conseguir datos más útiles: casos de "rabia" similares a los de Ciudad del Cabo… el nombre de "rabia africana" se lo pusieron luego. Descubrí las evaluaciones psicológicas de de una tropa de soldados canadienses que habían regresado poco antes desde Kirguiztán. Encontré un artículo en el blog de una enfermera brasileña, en el que les contaba a sus amigos sobre el asesinato de un cardiólogo.

La mayor parte de mi información salió de la Organización Mundial de la Salud. Las Naciones Unidas son una obra maestra de la burocracia, con miles de fragmentos de información valiosa, enterrados bajo montañas de reportes que nadie lee. Encontré incidentes similares por todo el mundo, todos ellos descartados por medio de otras explicaciones más "posibles." Todos esos casos me permitieron formar un único mosaico de esa nueva amenaza. Los sujetos en cuestión estaban muertos de verdad, eran hostiles, y se estaban esparciendo sin lugar a dudas. También hice un descubrimiento muy esperanzador: cómo eliminarlos.

Destruir el cerebro.

[Se ríe.] Hablamos de eso hoy en día como si fuera cosa de magia, como el agua bendita o una bala de plata, ¿Pero por qué no sería lógico pensar que destruir el cerebro acabaría con esas criaturas? ¿Acaso no es la mejor manera de eliminarnos a nosotros?

¿Los seres humanos?

[Asiente.] **¿**No es eso todo lo que somos? Un cerebro que es mantenido con vida por una compleja y vulnerable máquina llamada cuerpo. El cerebro no puede seguir vivo si parte de la máquina es destruida, o por lo menos privada de algunos elementos básicos como comida y oxígeno. Esa es la única diferencia considerable entre nosotros y "los muertos vivientes." Sus cerebros no necesitan de todo ese sistema de soporte para vivir, así que es necesario atacar el órgano directamente. **[Su mano derecha, imitando una pistola, se levanta y apunta hacia su sien.]** ¡Una solución muy simple, pero sólo si se conoce el problema! Debido a la velocidad con la que se estaba propagando la plaga, pensé que sería prudente verificar mis datos con los círculos de inteligencia extranjeros.

Paul Knight había sido mi amigo por muchos años, desde que trabajamos juntos en Entebbe. La idea de usar una copia del Mercedes negro de Amín fue suya. Paul había dejado de trabajar para el gobierno desde las "reformas" de su agencia, y se había ido a trabajar con una firma privada de consultoría en Bethesda, Maryland. Cuando llegué hasta su casa, me sorprendió ver que no sólo había estado trabajando en el mismo asunto que yo, en su tiempo libre, claro, sino también que su archivo era tan grueso y pesado como el mío. Nos pasamos toda una noche leyendo cada uno los descubrimientos del otro. Ninguno de los dos habló. No creo que ninguno fuese consciente de la presencia del otro, o del mundo a nuestro alrededor, excepto por las palabras que teníamos frente a nuestros ojos. Terminamos de leer casi al mismo tiempo, justo cuando el cielo comenzaba a aclarar por el oriente.

Paul pasó la última página, luego me miró y dijo muy convencido: "¿Esto se ve mal, eh?" Asentí, él también, y luego dijo, "¿Entonces qué vamos a hacer al respecto?"

Y así fue como se escribió el informe "Warmbrunn-Knight."

Desearía que la gente dejara de llamarlo así. Había al menos otros quince nombres en ese informe: epidemiólogos, agentes de inteligencia, analistas militares, periodistas, incluso un árbitro de la ONU que había

estado vigilando las elecciones en Yakarta cuando ocurrieron los primeros casos en Indonesia. Cada uno era un experto o experta en su campo, y todos habían llegado a una conclusión similar antes de que los contactáramos. Nuestro informe tenía menos de cien páginas. Era conciso, incluía todo lo esencial, y era todo lo que pensamos que había que saber para evitar que la infección se convirtiese en una epidemia. Sé que gran parte del crédito se lo han dado al plan de guerra sudafricano, y eso es justo, pero si más gente hubiese leído nuestro informe y trabajado para hacer realidad sus recomendaciones, ese plan nunca hubiese tenido que existir.

Pero algunas personas sí leyeron y creyeron en su informe. Su propio gobierno…

Pero fueron muy pocos, y vea lo que eso nos costó.

BELÉN**, P**ALESTINA

[Con su aspecto duro y sus modales pulidos, Saladin Kader podría ser una estrella de cine. Es amigable pero nunca exagerado, seguro de sí mismo pero no arrogante. Trabaja como profesor de planeación urbana en la Universidad Khalil Gibrán, y, naturalmente, es el amor platónico de todas sus estudiantes. Nos sentamos bajo la estatua del personaje que da su nombre a la Universidad. Como casi todo lo demás en una de las ciudades más pobladas de Medio Oriente, el bronce pulido de la figura brilla bajo el sol.]

Nací y me crié en Ciudad de Kuwait. Mi familia era una de las pocas "afortunadas" que no fueron expulsadas después de 1991, cuando Arafat se alió con Saddam contra el resto del mundo. No éramos ricos, pero tampoco nos iba mal. Vivía confortablemente, quizá demasiado, podría decirse, y eso se notaba en mi actitud y en todo lo que hacía.

Estaba viendo las noticias del canal Al-Yazira desde el mostrador del Starbucks en el que trabajaba todos los días al salir de la escuela. Era la

hora pico de la tarde, y el lugar estaba lleno. Debería haber escuchado esa multitud, todos los gritos y las protestas. Estoy seguro de que el ruido allí era el mismo que se escuchaba en ese momento en el salón de la Asamblea General.

Por supuesto, muchos pensábamos que era otra mentira de los sionistas, ¿quién no? Cuando el embajador israelí anunció ante la Asamblea General de la ONU que su país asumiría una política de "cuarentena voluntaria," ¿qué se suponía que íbamos a pensar? ¿Se suponía que debía creer en esa absurda historia de que la rabia africana era en realidad algún nuevo tipo de virus que convertía a los muertos en caníbales sedientos de sangre? ¿Cómo puede alguien creer en semejante estupidez, especialmente si sale de la boca de tu más odiado enemigo?

Ni siquiera le presté atención a la segunda parte del discurso de ese gordo bastardo, la parte en la que ofrecía asilo, sin condiciones, a cualquier judío nacido de extranjeros, cualquier extranjero cuyos padres hubiesen nacido en Israel, cualquier palestino de los territorios previamente ocupados, o cualquier palestino cuya familia hubiese vivido dentro del territorio israelí. Esa última parte cobijaba a mi familia, refugiados de los ataques sionistas de la guerra del 67. Por recomendación de los líderes de la OLP, habían huido de su aldea creyendo que regresarían cuando nuestros hermanos egipcios y sirios expulsaran a los judíos hacia el mar. Yo nunca había estado en Israel, o lo que pronto sería absorbido dentro del Estado Unificado de Palestina.

¿Qué creyó que había detrás de da decisión de Israel?

Esto fue lo que pensé: Los sionistas estaban saliendo de los territorios ocupados, pero decían que era una retirada voluntaria, igual que en el Líbano y más recientemente en la Franja de Gaza, pero en realidad, justo como antes, éramos nosotros los que los habíamos expulsado. Ellos sabían que el siguiente golpe destruiría esa atrocidad ilegal que llamaban país, y para resistir ese golpe final estaban tratando de reclutar a los extranjeros judíos como carne de cañón y… *y* —me creí tan listo por pensar en esto— ¡llevarse también a todos los palestinos que pudieran para usarlos como escudos humanos! Yo creía saber todas las respuestas. ¿Quién no cree eso a los diecisiete años?

Mi padre no estaba tan convencido de mi ingenio para la política. Él era un empleado de limpieza en el Hospital Amiri. Estuvo de turno la noche del primer contagio de rabia africana. Él no vio los cadáveres levantándose de sus camillas, ni la masacre de los pacientes y los

guardias de seguridad, pero lo que vio después fue suficiente para convencerlo de que quedarse en Kuwait era un suicidio. Se decidió a salir el mismo día en que Israel hizo su declaración.

Eso debió ser difícil de escuchar.

¡Era una blasfemia! Traté de hacerlo entrar en razón, de convencerlo con mi lógica de adolescente. Le mostré las imágenes de Al-Yazira, las imágenes de la costa occidental del Nuevo Estado de Palestina; las celebraciones, las demostraciones. Cualquiera que tuviese ojos podía ver que la liberación estaba al alcance de nuestras manos. Los israelíes se habían retirado de los territorios ocupados y ya se estaban preparando para evacuar Al-Quds, ¡lo que antes llamaban Jerusalén! Todas las luchas de bandos, la violencia entre nuestros grupos de resistencia… sabía que todo terminaría cuando nos uniéramos para nuestro golpe final contra los judíos. ¿Acaso mi padre no podía verlo? ¿No podía entender que, en unos pocos meses o años, estaríamos regresando a nuestra tierra?, esta vez como libertadores, no como refugiados.

¿Cómo se resolvió esa discusión?

"Resolvió," qué eufemismo tan condescendiente. Se "resolvió" después del segundo contagio, el más grande, en Al-Jahra. Mi padre ya había renunciado a su trabajo y vaciado su cuenta del banco… todo nuestro equipaje estaba empacado… los tiquetes confirmados. La televisión sonaba en el fondo, algo sobre las fuerzas antimotines de la policía cercando una casa. No se podía ver a qué le estaban disparando. El informe oficial culpaba de la violencia a unos "extremistas pro-occidentales." Mi padre y yo estábamos discutiendo, como siempre. Estaba tratando de convencerme de lo que había visto en el hospital, de que para cuando nuestros líderes se dieran cuenta del peligro, sería demasiado tarde para todos nosotros.

Yo, por supuesto, le reproché su ignorancia, y su deseo de abandonar "la lucha." ¿Qué más podía esperar de un hombre que se había pasado toda la vida limpiando los retretes de un país que trataba a nuestra gente tan mal como a los inmigrantes filipinos? Él no veía las cosas en perspectiva, había perdido su orgullo. Los sionistas le ofrecían promesas vacías de una vida mejor, y él estaba lanzándose tras ellas como un perro tras las sobras.

Mi padre trató, con toda la paciencia que pudo reunir, de hacerme ver que él no sentía más amor por Israel que cualquiera de los mártires de

Al-Aqsa, pero que parecía ser el único país que se estaba preparando para la catástrofe que se avecinaba, y el único que estaba dispuesto a recibir a nuestra familia.

Me reí en su cara. Luego solté la bomba: le dije que había entrado al sitio Web de los Hijos de Yasín[11] y que ya estaba esperando el e-mail del agente de reclutamiento que operaba en Ciudad de Kuwait. Le dije a mi padre que podía largarse y trabajar como una puta en Yehud si eso era lo que quería, pero que la próxima vez que nos viéramos, sería cuando yo lo rescatase de un campo de prisioneros. Me sentí muy orgulloso de mis palabras y pensé que me había escuchado como a un héroe. Lo miré a los ojos, me levanté de la mesa, e hice mi última declaración: "¡Los seres peores, para Alá, son los que habiendo sido infieles en el pasado, se obstinan en su incredulidad!"[12]

La mesa del comedor quedó en silencio. Mi madre clavó sus ojos en el piso y mis hermanas se miraron entre sí. Lo único que se escuchaba era la TV, las palabras desesperadas del reportero en vivo, diciéndole a todo el mundo que conservara la calma. Mi padre no era un hombre grande. Para entonces, creo que yo ya era más grande que él. Nunca antes lo había visto enojado, y creo que nunca lo vi levantar su voz. Pero vi algo en sus ojos, algo que no pude reconocer, y de pronto lo tuve sobre mí, un torbellino de rayos que me arrojó contra la pared y me golpeó tan fuerte que mi oído izquierdo quedó silbando. "¡VAS a ir!" gritó mientras me agarraba por los hombros y me golpeaba una y otra vez contra la pared de aglomerado. "¡Yo soy tu padre! ¡Me obedecerás!" Su siguiente golpe nubló toda mi visión. "¡TE IRÁS CON TODA TU FAMILIA, O NO SALDRÁS VIVO DE ESTE CUARTO!" Más gritos, agarres, golpes y empujones. No entendía de dónde había salido ese hombre, ese león que había reemplazado a mi dócil y frágil excusa de padre. Un león que protegía a sus cachorros. Él sabía que el miedo era la única arma que le quedaba para salvar mi vida, y si yo no le temía a la plaga, maldita sea, ¡iba a temerle a él!

¿Y funcionó?

[Se ríe.] Valiente mártir que resulté, creo que estuve llorando todo el camino hasta El Cairo.

¿Cairo?

No había vuelos directos desde Israel hasta Kuwait, ni siquiera desde Egipto, desde que la Liga Árabe impuso sus restricciones de viaje. Teníamos que volar desde Kuwait hasta El Cairo, y luego tomar un

autobús a través del desierto de Sinaí hasta el cruce de Taba.

Cuando nos acercábamos a la frontera, vi la pared por primera vez. Todavía no estaba terminada, eran sólo unas barras de acero levantándose desde unos cimientos de concreto. Yo había oído sobre el infame "cerco de seguridad" —¿qué ciudadano del mundo árabe no lo había oído?— pero siempre había pensado que sólo rodeaba la costa occidental y la Franja de Gaza. Allí afuera, en medio de aquel desierto, eso sólo confirmaba mi teoría de que los israelíes estaban preparándose para un ataque a lo largo de toda su frontera. *Muy bien,* pensé. *Los egipcios por fin volvieron a descubrir dónde están sus pelotas.*

En Taba, nos bajaron del autobús y nos ordenaron que camináramos, en fila, junto a unas jaulas que encerraban unos perros muy grandes y de aspecto feroz. Pasamos uno por uno. Un guardia fronterizo, un africano negro y flaco —yo no sabía que había negros judíos13— nos hacía señas con la mano. "¡Esperen ahí!" dijo en un árabe casi irreconocible. Luego, "¡usted, venga!" El hombre frente a mí en la fila era viejo. Tenía una larga barba blanca y se apoyaba en un bastón. Cuando pasó junto a los perros, estos enloquecieron, aullando y ladrando, tratando de morder y embestir las paredes de sus jaulas. Instantáneamente, dos tipos grandes en ropas de civil se pusieron al lado del viejo, diciéndole algo al oído y llevándoselo lejos. Pude ver que el viejo estaba herido. Su *dishdasha* estaba rasgada a la altura de la cadera, con una mancha marrón de sangre. Con toda seguridad, esos hombres no eran médicos, y la camioneta negra y sin distintivos a la que lo llevaron no era ninguna ambulancia. *Malditos,* pensé mientras los familiares del anciano lo reclamaban llorando. *Están descartando a los que son muy viejos o enfermos como para serles útiles.* Luego fue nuestro turno de pasar por el camino de los perros. No me ladraron a mí, ni al resto de mi familia. Creo que uno de ellos sacudió la cola cuando mi hermana le extendió la mano. Sin embargo, el hombre que pasó después de nosotros… otra vez los ladridos y aullidos, y otra vez los tipos de civil. Volteé para mirarlo, y me sorprendí al ver un hombre blanco, americano quizá, o canadiense… no, tenía que ser americano, su inglés era muy ruidoso. "¡Vamos, estoy bien!" gritó mientras forcejeaba. "Vamos hombre, ¿qué pasa?" Iba bien vestido, de traje y corbata, y una maleta que le hacía juego, la cual fue arrojada a un lado cuando comenzó a luchar con los israelíes. "¡Vamos hombre, no te metas conmigo! ¡Soy uno de ustedes! ¡Vamos!" Se le rompieron los botones de la camisa, revelando un vendaje cubierto de sangre alrededor de su vientre. Seguía gritando y pateando cuando lo metieron detrás de la camioneta. No lo entendía. ¿Por qué esas personas? Era claro que no se trataba de ser árabe, y ni siquiera era por estar herido. Vi a varios

refugiados con heridas graves que pasaron tranquilamente sin ser molestados por los guardias. Los escoltaron hasta unas ambulancias, ambulancias de verdad, no las camionetas negras. Sabía que tenía algo que ver con los perros. ¿Estaba detectando infecciones de rabia? Esto era lo que tenía más sentido, y esa siguió siendo mi teoría durante el cautiverio en las afueras de Yerohán.

¿El campamento de reubicación?

Reubicación y cuarentena. En esos días, yo lo veía sólo como una prisión. Era exactamente lo que me había imaginado que nos pasaría: las tiendas, el hacinamiento, los guardias, el alambre de púas, y el ardiente y mortal sol del Desierto de Neguev. Nos sentíamos como prisioneros, *éramos* prisioneros, y aunque nunca tuve el coraje de decirle a mi padre "te lo dije," él podía leerlo claramente en mi expresión de amargura.

Lo que nunca me imaginé fueron todos esos chequeos médicos; todos los días, y por todo un ejército de personal médico. Sangre, piel, pelo, saliva, incluso orina y heces[14]… era agotador, humillante. Lo único que lo hizo soportable, y probablemente lo que evitó un motín general entre los musulmanes detenidos, fue que casi todos los médicos y enfermeras que realizaban los exámenes eran también palestinos. Los exámenes de mi madre y mis hermanas los realizó una mujer, una americana de un lugar llamado Jersey City. El hombre que nos examinó era de Jabalia, en Gaza, y él mismo había estado allí detenido sólo unos meses antes. Todo el tiempo nos decía, "Tomaron la decisión correcta al venir aquí. Ya lo verán. Ya sé que es difícil, pero verán que era la única salida." Nos dijo que todo era verdad, todo lo que los israelíes habían dicho. Todavía no era capaz de creerle, a pesar de que una parte de mí quería hacerlo.

Estuvimos en Yerohán por tres semanas, hasta que nuestros documentos fueron procesados y nuestros exámenes médicos dieron el resultado que buscaban. Usted sabe como era, en todo ese tiempo ni siquiera miraron nuestros pasaportes. Con todo lo que había trabajado mi padre para que nuestros documentos oficiales estuviesen en orden. Creo que eso era lo que menos les importaba. A menos que el Ministerio de Defensa Israelí o la policía lo estuviesen buscando a uno por actividades previas "no-kosher," lo único que importaba era el estado de salud.

El Ministerio de Desarrollo Social nos entregó vales para adquirir una vivienda subsidiada, educación gratuita, y un trabajo para mi padre con un salario suficiente para sostener a toda la familia. *Es demasiado*

bueno para ser verdad, pensé mientras subíamos al autobús rumbo a Tel-Aviv. *El martillo caerá sobre nosotros en cualquier momento.*

Y lo hizo cuando llegamos a la ciudad de Beer-Sheva. Yo estaba dormido y no escuché los disparos, ni ví cuando el parabrisas se rompió en mil pedazos. Me desperté al sentir el autobús sacudiéndose sin control. Chocamos contra el costado de un edificio. La gente gritaba, vidrios y sangre regados por todas partes. Toda mi familia estaba cerca de una salida de emergencia. Mi padre expulsó la puerta de una patada y nos empujó hacia la calle.

Había disparos, parecían salir de todas las puertas y las ventanas. Pude ver que eran soldados contra civiles, estos últimos con armas y bombas hechizas. *¡Al fin!* pensé. ¡Mi corazón quería saltar de mi pecho! *¡Ha comenzado la liberación!* Antes de que pudiese hacer algo, antes de poder unirme a mis compatriotas en batalla, alguien me agarró por la camiseta y me empujó a través de la puerta de un Starbucks.

Fui arrojado al piso, a un lado de mis familiares. Mis hermanas lloraban mientras mi madre trataba de cubrirlas con su propio cuerpo. Mi padre tenía una herida de bala en un hombro. Un soldado del ejército israelí me empujó contra el suelo, manteniendo mi cabeza alejada de la ventana. Me hervía la sangre; comencé a buscar cualquier cosa que pudiese ser usada como arma, quizá hasta un trozo de vidrio para clavárselo en el cuello a ese maldito *yehud*.

De repente, una de las puertas traseras del Starbucks se abrió. El soldado volteó hacia ella y comenzó a disparar. Un cuerpo ensangrentado cayó al suelo justo frente a nuestros ojos, y una granada salió rodando de su temblorosa mano. El soldado agarró la bomba y trató de arrojarla a la calle. Explotó en el aire. Su cuerpo nos protegió de la explosión. Cayó sobre el cuerpo de mi compatriota árabe asesinado. Excepto que no era un árabe. Cuando mis lágrimas se secaron, ví que en la cabeza traía unos *payot* y una *yarmulka*, y un *tzitzit* ensangrentado colgaba a un lado de sus pantalones desgarrados. Aquel hombre era un judío, ¡los rebeldes armados en las calles eran judíos! La batalla a nuestro alrededor no era un levantamiento de insurgentes palestinos, sino los inicios de la Guerra Civil Israelí.

En lo personal, ¿cuál cree que fue la causa de esa guerra?

Creo que fueron muchas causas. Sé que la repatriación de los palestinos no fue una decisión popular, ni la retirada de las orillas occidentales. Estoy seguro que el Plan Estratégico de Reubicación de

Poblaciones debió enojar a una buena parte de su gente. Un montón de israelíes tuvieron que ver cómo demolían sus casas para darle espacio a esos complejos residenciales fortificados y autosuficientes. Lo de Al-Quds… esa fue la última gota. El gobierno de la Coalición decidió que ese era su mayor punto débil, demasiado grande como para controlarla, y dejaba un hueco que llevaba justo al centro de Israel. No sólo evacuaron esa ciudad, sino también desde Nablus hasta el corredor de Hebrón. Pensaban que construir una muralla más baja a lo largo de la demarcación de 1967 era la única manera de asegurar una total seguridad, sin importar las represalias de sus propios grupos religiosos de derecha. Me enteré de todo eso mucho después, usted sabe, y también que la única razón por la que el ejército israelí triunfó al final, fue porque la mayoría de los rebeldes provenían del movimiento ultraortodoxo, y por lo tanto nunca habían prestado servicio en las fuerzas armadas. ¿Usted sabía eso? Yo no. Me di cuenta de que no sabía prácticamente nada acerca de esa gente que había odiado toda mi vida. Todo lo que creía cierto se desvaneció ese día y fue reemplazado por el rostro de nuestro verdadero enemigo.

Iba corriendo con toda mi familia hacia la parte trasera de un tanque israelí,15 cuando una de esas camionetas negras dobló la esquina. Un mortero la golpeó directamente en el motor. La camioneta salió despedida por los aires, aterrizó al revés, y explotó en una brillante bola de fuego naranja. Todavía me faltaban algunos pasos para alcanzar las puertas del tanque y tuve el tiempo exacto para ver cómo sucedía todo. Unas figuras se deslizaron fuera de la camioneta en llamas, lentas antorchas humanas, cuyas ropas y piel estaban cubiertas de gasolina ardiente. Los soldados a nuestro alrededor comenzaron a dispararle a las figuras. Podía ver los pequeños agujeros en sus pechos a medida que las balas los atravesaban sin producir daños. El líder de escuadrón a mi lado gritó: *"¡B'rosh! ¡Yoreh B'rosh!"* y los soldados ajustaron sus visores. Las… las cabezas de las criaturas estallaron. La gasolina terminó de consumirse cuando cayeron al suelo, sólo unos cadáveres carbonizados y sin cabeza. De pronto entendí lo que mi padre había estado tratando de advertirme, ¡lo que los israelíes habían estado tratando de advertirle al resto del mundo! Lo que no pude entender fue por qué el resto del mundo no quiso escucharlos.

CULPA

LANGLEY**, V**IRGINIA**, E**STADOS **U**NIDOS

[La oficina del director de la Agencia Central de Inteligencia podría confundirse con la de un gerente de negocios, un médico, o cualquier director de una escuela de pueblo. Está la habitual colección de textos de referencia en los anaqueles, diplomas y fotografías en la pared, y, en su escritorio, una bola de béisbol autografiada por Johnny Bench, el receptor de los Rojos de Cincinnati. Bob Archer, mi anfitrión, puede ver claramente en mi rostro que me esperaba algo muy distinto. Sospecho que por esa razón decidió concederme esta entrevista precisamente en ese lugar.]

Cuando usted piensa en la CIA, seguramente se imagina dos de nuestros mitos más populares y duraderos. El primero es que nuestra misión es registrar todo el planeta en busca de cualquier potencial amenaza contra los Estados Unidos, y el segundo mito es que en verdad tenemos el poder de hacer lo primero. Todo eso es consecuencia de de tener una organización que, dada su naturaleza, debe existir y operar en secreto. El secreto es como un vacío, y nada llena ese vacío tan bien como la especulación paranoica. "¿Hey, sabes quién mató a fulano de tal? escuché que fue la CIA. ¿Hey, escuchaste de ese golpe en la República de El Banano?, debió ser la CIA. Hey, ten cuidado al entrar a esa página Web, ¿sabes quién lleva un registro de todas las páginas de Internet que uno visita a toda hora?, ¡la CIA!" Esa era la imagen que casi todos tenían de nosotros antes de la guerra, y era una imagen que estábamos más que complacidos de cultivar. Queríamos que los malos sospecharan de nosotros, que nos temieran, y quizá que lo pensaran dos veces antes de lastimar a cualquiera de nuestros ciudadanos. Esa era la ventaja de nuestra fachada como algún tipo de pulpo omnisciente. La única desventaja era que nuestra propia gente creía también en esa imagen, así que cuando algo ocurría, en cualquier parte y sin previo aviso, ¿a dónde señalaba el dedo de las acusaciones? "¿Hey, cómo consiguieron esas armas nucleares en ese país? ¿Dónde estaba la CIA? ¿Cómo es que toda esa gente murió asesinada por ese fanático loco? ¿Dónde estaba la CIA? ¿Cómo es que, cuando los muertos volvieron a la vida, no nos enteramos sino hasta que entraron por las ventanas de la sala? ¡¿¡Dónde carajos estaba la maldita CIA!?!"

La verdad es que, ni la Agencia Central de Inteligencia, ni ninguna otra organización de investigación oficial o extraoficial de los Estados Unidos, son esa clase de omnipresentes y omniscientes *iluminati* de alcance

mundial. Para empezar, nunca hemos tenido tanto presupuesto. Aún en los años en que nos entregaban cheques en blanco, durante la guerra fría, no era físicamente posible tener ojos y oídos en cada cuarto, caverna, callejón, burdel, búnker, oficina, hogar, auto, y arrozal del planeta. No me malentienda, no estoy diciendo que éramos impotentes, y quizá sí podamos darnos crédito por muchas de las cosas que nuestros fanáticos y detractores han sospechado a lo largo de los años. Pero si se suman todas las teorías de conspiración de cada loco, desde Pearl Harbor16 hasta el día antes del Gran Pánico, tendríamos que haber sido una organización no sólo más poderosa que todos los Estados Unidos, sino mayor a todos los esfuerzos combinados de la raza humana.

No somos una superpotencia oculta, con secretos antiguos y tecnología extraterrestre. Tenemos limitaciones muy reales y recursos extremadamente limitados, ¿así que por qué íbamos a desperdiciarlos siguiéndole la pista a cada amenaza potencial? Eso vá de la mano con el segundo mito, acerca de lo que una oficina de inteligencia hace realmente. Nos debilitaríamos si tratásemos de abarcar todo el mundo con la esperanza de tropezar por casualidad con nuevos y posibles peligros. En lugar de eso, tenemos que identificar y concentrarnos en aquellas amenazas que son claras y presentes. Si un vecino ruso está tratando de incendiar tu casa, no puedes prestarle atención al árabe que vive unas cuadras más abajo. Si de pronto los árabes están en tu jardín, no hay tiempo de preocuparse por los chinos, y si un día los comunistas chinos aparecen en tu puerta con una orden de desalojo en una mano y un cóctel Molotov en la otra, lo último que se te pasará por la mente será mirar por encima de sus hombros por si acaso pasa un muerto viviente.

¿Pero la epidemia no comenzó en China?

Sí, al mismo tiempo que una de las más grandes Maskirovkas en la historia del espionaje moderno.

¿Disculpe?

Un engaño, una fachada. La República Popular sabía que era nuestro principal objetivo de vigilancia. Sabían que no podrían ocultar sus barridas de "Seguridad y Salud." Se dieron cuenta de que la mejor manera de enmascarar lo que estaban haciendo, era ocultarlo a plena vista. En lugar de mentir sobre las redadas, mintieron sobre la causa de las mismas.

¿La operación contra los disidentes?

Mucho más que eso, todo el asunto de las revueltas en Taiwán: la victoria del Partido Nacional Independentista de Taiwán, el asesinato del ministro de defensa de la República, la compra de armas, las amenazas de guerra, todas esas demostraciones y operaciones militares fueron idea del Ministerio de Seguridad Nacional, y todo fue para distraer la atención mundial de la verdadera amenaza que se gestaba en China. ¡Y funcionó! Cada trozo de información que nos llegaba de la República Popular, las desapariciones, las ejecuciones en masa, los toques de queda, el llamado a las tropas de reserva — todo podía ser justificado como una estrategia comunista normal. De hecho, funcionó tan bien, estábamos tan convencidos que la Tercera Guerra Mundial iba a explotar en Taiwán, que retiramos muchos agentes de inteligencia de los países en los que la amenaza de los muertos vivientes apenas comenzaba a manifestarse.

Los chinos lo hicieron bien.

Y nosotros muy mal. No fueron los mejores momentos de la Agencia. Todavía nos estamos recuperando de las purgas…

¿Habla de las reformas?

No, llámelas purgas, porque eso es lo que fueron. Cuando Joe Stalin ejecutó o arrojó en prisión a sus mejores comandantes, no le hizo ni la mitad del daño a su seguridad nacional que lo que la administración nos hizo a nosotros con sus "reformas." La última guerra en Medio Oriente había sido un desastre, y adivine a quién le echaron la culpa. Nos habían pedido que justificáramos algo que era en realidad una agenda política, y cuando esa acción se convirtió en un obstáculo político, las mismas personas que nos dieron las órdenes se mezclaron entre la multitud y nos señalaron con el dedo. "¿Quién nos dijo que debíamos declarar la guerra? ¿Quién nos metió en todo este problema? ¡La CIA!" No podíamos defendernos sin comprometer la seguridad nacional. Tuvimos que quedarnos sentados y aguantar el golpe. ¿Y el resultado? La pérdida de cabezas muy importantes. Por qué iban a quedarse para ser las víctimas de una cacería de brujas política, cuando podían pasarse al sector privado: un cheque más grande, horas de trabajo decentes, y quizá, sólo quizá, un poco de respeto y aprecio de la gente para la que trabajan. Perdimos a muy buenos hombres y mujeres, con mucha experiencia, iniciativa, y una invaluable capacidad de análisis. Sólo nos quedamos con las sobras, un montón de eunucos miopes y sin olfato.

Pero seguramente no eran todos así.

No, claro que no. Algunos de nosotros nos quedamos porque de verdad creíamos en lo que hacíamos. No estábamos en esto por el dinero o las prestaciones laborales, y ni siquiera por una ocasional palmadita en la espalda. Estábamos en esto porque queríamos prestarle un servicio a nuestro país. Queríamos que nuestra gente estuviese segura. Pero a pesar de todos los nobles ideales, llega un momento en que uno se debe dar cuenta que la suma en dólares de toda la sangre, sudor, y lágrimas es simplemente cero.

¿Entonces usted sabía lo que estaba sucediendo?

No… no… no podía. No había manera de confirmarlo…

Pero lo sospechaba.

Tenía… dudas.

¿Podría ser más específico?

No, lo siento. Pero sí puedo decirle que le mencioné al asunto a mis compañeros más de una vez.

¿Y qué pasó?

La respuesta era siempre la misma, "es tu funeral, no el mío."

¿Y así fue?

[Asiente.] Hablé con… alguien en una posición de autoridad… sólo fue una reunión de cinco minutos, expresándole mi preocupación. Él me agradeció por haber ido y me dijo que lo revisaría pronto. Al día siguiente recibí mi orden de traslado: Buenos Aires, con efecto inmediato.

¿Alguna vez escuchó del Informe Warmbrunn-Knight?

Hoy sí, pero en ese entonces… la copia fue entregada personalmente por Paul Knight, e iba dirigida "Sólo Para Sus Ojos" al director… la encontraron en el fondo del cajón de un secretario, en la oficina del FBI de San Antonio, tres años después del Gran Pánico. Fue una gran lección en ese entonces, porque justo después de mi traslado, Israel hizo pública su política de "Cuarentena Voluntaria." Se había acabado el tiempo para prepararse. La verdad estaba ahí afuera; el asunto era

quién iba a creer en ella.

VAALAJARVI**, F**INLANDIA

[Es primavera, la "estación de caza." A medida que sube la temperatura y los cuerpos de los zombies congelados comienzan a reanimarse, los miembros de la F-N (Fuerzas del Norte) de la ONU llegan para su "Barrido y Limpieza" anual. El número de muertos vivientes es menor cada año. Según las estimaciones actuales, se espera que el área sea completamente "segura" en una década. Travis D'Ambrosia, Comandante Supremo de la Alianza Europea, está aquí en persona para supervisar las operaciones. Hay cierta suavidad en la voz del general, cierta tristeza. A lo largo de toda la entrevista, lucha para mantener contacto visual conmigo.]

No Voy a negar que se cometieron muchos errores. No voy a negar que debimos haber estado mejor preparados. Yo soy el primero en admitir que decepcionamos al pueblo norteamericano. Sólo quiero que la gente sepa por qué.

"¿Y qué tal si los israelíes tienen razón?" Esas fueron las primeras palabras en la boca del director a la mañana siguiente de la declaración de Israel ante la ONU. "No estoy diciendo que la tengan," se apresuró a aclarar, "sólo digo, ¿qué tal si así es?" Quería opiniones sinceras, no ensayadas. Así era el director de la Junta de Mando, él era de esa clase de personas. Mantuvo la conversación como algo "hipotético," con la idea de que era sólo un ejercicio mental de planeación. Después de todo, si el resto del mundo no estaba listo para creer en algo tan monumentalmente absurdo, ¿por qué íbamos a estarlo los hombres y las mujeres de aquel salón?

Le seguimos el juego tanto como pudimos, hablando entre risas o finalizando siempre con alguna broma… no estoy seguro de cuándo ocurrió el cambio. Fue tan sutil que creo que nadie se dio cuenta, pero de pronto estábamos allí en aquel cuarto lleno de militares

profesionales, cada uno con décadas de experiencia en combate y más entrenamiento que un neurocirujano promedio, y todos estábamos hablando honesta y abiertamente sobre la amenaza de unos cadáveres que caminan. Fue como… una represa que se rompe; el tabú se desmoronó, y la verdad comenzó a salir. Fue… liberador.

¿Así que usted también tenía sus sospechas?

Por varios meses después de la declaración israelí; y el director también. Todos en aquel salón habían escuchado o sospechaban algo.

¿Alguno había leído el informe Warmbrunn-Knight?

No, ninguno. Yo había escuchado el nombre, pero no tenía ni idea sobre su contenido. De hecho, una copia llegó a mis manos casi dos años después del Gran Pánico. La mayoría de las medidas militares del informe eran, palabra por palabra, iguales a las nuestras.

¿Las suyas?

Hablo de nuestra propuesta a la Casa Blanca. Diseñamos un programa completo, no sólo para erradicar la amenaza del territorio estadounidense, sino para hacerla retroceder y controlarla en todo el mundo.

¿Y qué pasó?

A la Casa Blanca le encantó la Fase Uno. Era barata, rápida, y si se ejecutaba correctamente, 100% discreta. La Fase Uno consistía en el despliegue de unidades de Fuerzas Especiales en las áreas infestadas. Sus órdenes eran investigar, aislar, y eliminar.

¿Eliminar?

Hasta el último de ellos.

¿Esos eran los equipos Alfa?

Sí, señor, y fueron extremadamente exitosos. Aunque sus registros de combate seguirán siendo información clasificada por los próximos 140 años, puedo decirle que ese fue uno de los momentos más sobresalientes en la historia del ejército de elite de Norteamérica.

¿Entonces qué salió mal?

Nada, no en la Fase Uno, pero se suponía que los equipos Alfa eran sólo una medida coyuntural. Su misión nunca fue detener la amenaza, sólo hacerla retroceder y ganar el tiempo suficiente para la Fase Dos.

Pero la Fase Dos nunca se completó.

Ni siquiera se inició, y esa es la razón por la que el ejército norteamericano fue sorprendido con tan mala preparación.

La Fase Dos requería una enorme operación de envergadura nacional, de una magnitud que no se había visto desde los días más oscuros de la Segunda Guerra Mundial. Un esfuerzo como ese requería hercúleas cantidades de apoyo nacional y de dinero, y ambas cosas, para ese momento, ya no existían. El pueblo norteamericano había acabado de salir de un largo y sangriento conflicto. Estaban cansados. Estaban hartos. Al igual que en los 70s, el péndulo estaba oscilando de una posición de lucha, a una de rencor.

En los regimenes totalitarios —comunismo, fascismo, fundamentalismo religioso— el apoyo popular se da por hecho. Se pueden iniciar guerras, se pueden prolongar, se puede poner a cualquier persona en un uniforme por el tiempo que sea, sin tener que preocuparse nunca por las repercusiones políticas. En una democracia, la realidad es totalmente opuesta. El apoyo popular debe ser administrado como un recurso extremadamente limitado. Debe gastarse con sabiduría, con mesura, y tratando de obtener la mayor ganancia posible. Norteamérica es particularmente sensible a la fatiga de la guerra, y nada tiene peores repercusiones políticas como la percepción de la derrota. Digo "percepción" porque la sociedad norteamericana cree en el "todo o nada." Nos gusta triunfar por lo alto, el touchdown, el knockout en el primer asalto. Nos gusta saber, y que todo el resto del mundo sepa, que nuestra victoria no sólo fue indiscutible, sino también devastadora. Si no… bueno… mire cómo estábamos antes del Pánico. No perdimos la última guerra en Medio Oriente, todo lo contrario. En realidad cumplimos una tarea muy difícil, con muy pocos recursos, y en condiciones extremadamente desfavorables. Ganamos, pero el público no lo vió así porque no fue el bombazo que nuestro espíritu nacional estaba buscando. Había pasado mucho tiempo, se había gastado mucho dinero, y muchas vidas se habían perdido o habían quedado destrozadas para siempre. No solamente habíamos derrochado todo nuestro apoyo popular, sino que estábamos en números rojos.

Piense solamente en el valor en dólares de la Fase Dos. ¿Sabe cuál es

el precio de poner a un ciudadano norteamericano en uniforme? Y no estoy hablando sólo del tiempo que pasa activamente con ese uniforme: el entrenamiento, el equipo, la comida, el alojamiento, el transporte, y la atención médica. Estoy hablando del valor a largo plazo que el país, el contribuyente norteamericano, tiene que seguir pagando por esa persona durante el tiempo que le quede de vida. Es una aplastante carga financiera, y en esos días apenas si contábamos con suficiente dinero para mantener los soldados que teníamos.

Aún si las arcas no hubiesen estado vacías, aún si hubiésemos tenido todo el dinero necesario para fabricar los uniformes y el equipo necesario para implementar la Fase Dos, ¿a quién habríamos podido conseguir para llenarlos? Todo eso está relacionado con la fatiga de guerra de los norteamericanos. Como si los horrores "tradicionales" no fuesen suficientes —los muertos, los desfigurados, los traumatizados de por vida— teníamos que enfrentarnos con toda una nueva gama de dificultades, "Los traicionados." Éramos un ejército de voluntarios, y mire lo que les pasó a nuestros voluntarios. ¿Cuántas historias ha escuchado sobre un soldado al que le extendieron el tiempo de servicio, o un reservista que, después de diez años de vida civil, de pronto se vió llamado otra vez al servicio activo? ¿Cuántos soldados perdieron sus trabajos o sus casas? ¿Cuántos regresaron para encontrar sus vidas arruinadas, o peor aún, nunca regresaron? Los norteamericanos somos gente honesta, y esperamos siempre un trato justo. Yo sé que otras culturas suelen pensar que éramos ingenuos e infantiles, pero es uno de nuestros principios más sagrados. Ver al Tío Sam incumpliendo su palabra, negándoles una vida privada a las personas, revocando su *libertad*…

Después de Vietnam, cuando yo era un joven líder de pelotón en Alemania Occidental, tuvimos que implementar un programa de incentivos para que nuestros soldados no se ausentaran sin licencia. Después de la última guerra, ningún tipo de incentivo fue suficiente para llenar nuestras filas, ni las bonificaciones de pago, ni las reducciones del tiempo de servicio, ni las herramientas de reclutamiento disfrazadas como juegos de video.17 Su generación ya había tenido más que suficiente, y es por eso que cuando los muertos vivientes comenzaron a devorar nuestro país, estábamos demasiado débiles y vulnerables como para detenerlos.

No estoy culpando a los líderes civiles ni estoy sugiriendo que los militares no debamos respetarlos. Así es nuestro sistema, y es el mejor del mundo. Pero hay que protegerlo, defenderlo, y nunca jamás volver a abusar de él de esa manera.

ESTACIÓN VOSTOK: ANTÁRTIDA

[Antes de la guerra, este refugio era considerado el más remoto de toda la Tierra. Situado cerca del polo geomagnético sur del planeta, sobre la corteza de hielo de cuatro kilómetros de espesor del Lago Vostok, las temperaturas aquí han alcanzado un récord mundial de menos ochenta y cinco grados Celsius, y rara vez suben más allá de los menos veintidós. El frío extremo, y el hecho de que el transporte terrestre tarda más de un mes en llegar a la estación, fueron las razones que hicieron de Vostok un lugar tan atractivo para Breckinridge "Breck" Scott.

Nos reunimos en "El Domo," el vivero geodésico reforzado que obtiene su poder del generador geotérmico de la estación. Estas y muchas otras mejoras fueron implementadas por el mismo señor Scott cuando alquiló la estación del gobierno ruso. No ha salido de allí desde el Gran Pánico.]

¿Usted sabe sobre economía? Hablo del gran capitalismo global de antes de la guerra. ¿Entiende cómo funcionaba? Yo no, y cualquiera que le diga que sí entiende, le está hablando mierda. No hay reglas, no hay absolutos científicos. Uno gana o pierde, como lanzando unos dados. La única regla que entendí alguna vez, la aprendí de un profesor de historia en Wharton, no de uno de economía. "El miedo," decía, "el miedo es el producto más valiosos de todo el universo." Eso me cambió la vida. "Sólo enciende la televisión," decía el. "¿Qué ves? ¿Gente vendiéndote productos? No. Esa gente está vendiéndote el miedo de tener que vivir sin sus productos." El maldito loco tenía razón. Miedo de envejecer, miedo a estar solo, miedo a la pobreza, miedo a fracasar. El miedo es la emoción más simple que tenemos. El miedo es primitivo. El miedo vende. Ese era mi lema: "El miedo vende."

Cuando escuché por primera vez de la epidemia, cuando todavía la llamaban Rabia Africana, ví la mayor oportunidad de toda mi vida. Nunca voy a olvidar ese reportaje, la infección en Ciudad del Cabo, sólo

diez minutos de reportaje real, y más de una hora de especulaciones sobre lo que pasaría si el virus llegaba a Norteamérica. Dios bendiga a la noticias. Estaba marcando un número telefónico apenas treinta segundos después.

Me reuní con algunas de mis personas de confianza. Todos habían visto el reportaje. Yo fui el primero al que se le ocurrió una idea rentable: una vacuna, una vacuna contra la rabia. Gracias a Dios que la rabia no tiene cura. Con una cura, la gente la compraría sólo cuando creyesen que estaban infectados. ¡Pero una vacuna! ¡Eso es prevención! ¡La gente se la seguiría aplicando mientras existiese el miedo de que algo seguía todavía allá afuera!

Teníamos muchos contactos en la industria biomédica, y muchos más en los laboratorios de Hill y Penn Avenue. Podríamos tener un prototipo en menos de un mes, y una propuesta escrita en sólo un par de días. Para cuando llegamos al hoyo dieciocho, todo eran apretones de manos y felicitaciones.

¿Y qué harían con la FDA?

Por favor, ¿lo dice en serio? En ese entonces la FDA era una de las organizaciones más pobres y más mal administradas de todo el país. Creo que todavía estaban celebrando por haber sacado el colorante rojo No. 2 de los M&Ms18. Además, estábamos en una de las administraciones más ventajosas para los negocios de toda la historia norteamericana. J. P. Morgan y John D. Rockefeller seguramente se estaban masturbando en sus tumbas pensando en el tipo ese de la Casa Blanca. Su gente ni siquiera se molestó en leer nuestro reporte de estimación de costos. Supongo que ya estaban buscando una cura milagrosa. Nos pasaron a través de la FDA en menos de dos meses. ¿Recuerda ese discurso del presi ante el Congreso, diciendo que ya había sido probada en Europa, y que lo único que la estaba demorando era nuestra "hinchada burocracia"? ¿Recuerda todo eso de que "la gente no necesita un buen gobierno, sino buena protección, y la necesitan ahora?" Jesucristo, creo que medio país se vino en los pantalones al escuchar eso. ¿Qué tanto subió su popularidad esa noche? ¿60%, 70%? ¡Yo sólo sé que nuestra OPV subió 389% en un solo día! ¡Trágate eso, Baidu punto com!

¿Y ustedes no sabían si funcionaba?

Sabíamos que funcionaba contra la rabia, y eso es lo que decían que era, sí, que era una cepa extraña de rabia de la selva.

¿Quién dijo eso?

Ya sabe, "ellos," los de la ONU y… todos los demás. Así es como todo el mundo la llamaba, la "Rabia Africana."

¿Alguna vez la comprobaron en una víctima real?

¿Por qué? La gente se hacía vacunar contra la gripe todo el tiempo, y nunca sabían si la vacuna era para la cepa correcta. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

Pero el daño…

¿Quién iba a pensar que llegaría tan lejos? Usted recuerda todas las alarmas por epidemias que había en ese entonces. Dios, uno pensaría que la Peste Negra barría el globo cada dos o tres meses… ébola, SARS, gripe aviar. ¿Sabe cuánta gente consiguió dinero con esas alarmas? Mierda, yo me gané mi primer millón de dólares vendiendo pastillas antirradiación falsas cuando todo el mundo tenía miedo a un bombardeo.

Pero si alguien descubría…

¿Descubría qué? Nunca le mentimos a nadie, ¿entiende? Nos dijeron que era una rabia, así que hicimos una vacuna contra la rabia. Dijimos que la habían probado en Europa, y las drogas en las que se basaba habían sido probadas todas en Europa. Técnicamente, no mentíamos. Técnicamente, no hicimos nada malo.

Pero si alguien descubría que no se trataba de una rabia…

¿Y quién iba a hacer el anuncio? ¿Los médicos? Nos aseguramos de que fuera un medicamento de prescripción, así que los médicos habrían quedado tan mal como nosotros. ¿Quién más? ¿La FDA que nos dio el visto bueno? ¿Los congresistas que votaron para su implementación? ¿El Ministerio de Salud? ¿La Casa Blanca? ¡Era un tiro seguro! Todos quedamos como héroes, todos hicimos buen dinero. Seis meses después de que el Phalanx salió al mercado, comenzaron a salir todas esas copias de marcas baratas, y todas se vendían igual de bien, así como todos los demás productos complementarios, como los purificadores de aire.

Pero el virus no se contagiaba por el aire.

¡Eso no importaba! ¡Lo importante era que tenía la misma marca! "De los creadores de…" Todo lo que yo tenía que decir era que "puede prevenir *algunas* infecciones virales." ¡Eso era todo! Ahora entiendo por qué es ilegal gritar "fuego" en un teatro. La gente no vá a decir "Hey, no huele a quemado, no hay ningún fuego," no, la gente dice "¡Mierda, un incendio! ¡Corran!" **[Se ríe.]** Conseguimos más dinero todavía con los purificadores de aire para el hogar y el auto; ¡El que más se vendió fue esa cosita que se ponía alrededor del cuello antes de subir a los aviones! No sé qué diablos era capaz de filtrar, pero se vendió.

Las cosas iban tan bien, que comencé a crear todas estas empresas de fachada, ya sabe, con planes para construir fábricas en todo el país. Las acciones de esas se vendieron casi tan bien como las de la verdadera. Ya ni siquiera era por la ilusión de la seguridad, ¡era la ilusión de tener una ilusión de seguridad! ¿Recuerda cuando comenzaron los primeros casos en los Estados Unidos, ese tipo en Florida que dijo haber sido mordido, pero que sobrevivió gracias a que estaba tomando Phalanx? ¡Vaya! **[Se pone de pié, e imita un movimiento de fornicación.]** Que Dios bendiga a ese imbécil, quienquiera que sea.

Pero no fue por el Phalanx. Su droga no hacía nada para proteger a la gente.

Los protegía de sus miedos. Eso era lo que yo vendía. Diablos, gracias al Phalanx, el sector de la biomedicina comenzó a recuperarse, lo cual, a su vez, puso en pié todo el sector financiero, y nos dio la impresión de una bonanza económica, ¡y eso le devolvió la confianza a los consumidores y estimuló la verdadera recuperación! ¿El Phalanx fue lo que acabó con la recesión! Yo… ¡*Yo* acabé con la recesión!

¿Y luego? ¿Qué pasó cuando los contagios se agravaron y la prensa reveló que no existía un medicamento para evitarlo?

¡Exactamente! Es a esa perra presumida a la que deberían fusilar, ¿cómo se llamaba? ¡Esa que dio la noticia por primera vez! ¡Mire lo que hizo! ¡Nos movió el piso a todos! ¡Ella fue la que inició el desastre! ¡Ella causó el Gran Pánico!

¿Y usted no se hace responsable de nada?

¿Por qué? ¿Por sacar un poco de dinero de todo el maldito asunto?… bueno, para nada. **[Se ríe]** Lo único que hice fue lo que se supone que todos deberíamos hacer. Perseguí mi sueño, y saqué mi tajada. Si

quiere culpar a alguien, culpe a los que dijeron que era un brote de rabia, o a los que sabían que no era rabia pero igual nos dieron luz verde. Mierda, si quiere culpar a alguien, ¿por qué no empieza con todos esos corderos que entregaron sus verdes sin molestarse en preguntar primero? Yo no les apunté con una pistola a la cabeza. Ellos mismos hicieron su elección. Ellos son los malos, no yo. Yo nunca le hice daño a nadie, y si fueron tan estúpidos como para dejarse engañar por todo el mundo, pues sniff-jódanse-sniff. Claro que…

Si existe el infierno… **[se ríe mientras habla]**… No quiero ni pensar en cuántos de esos imbéciles están esperándome allá abajo. Sólo espero que no me pidan un reembolso.

AMARILLO**, T**EXAS**, E**STADOS **U**NIDOS

[Grover Carlson trabaja como recolector de combustible en la planta experimental de bioconversión del pueblo. El combustible que recolecta es excremento. Voy caminando tras el ex-jefe de personal de la Casa Blanca, mientras él empuja su carreta a través de una pradera cubierta de bostas de vaca.]

Pues claro que nos llegó una copia del informe Knight-Warncomosellame, ¿Acaso cree que éramos como la CIA? Lo leímos tres meses antes de que los israelíes hiciesen su declaración pública. Antes de que el pentágono dijera algo, mi trabajo era darle personalmente la información al presidente, y él a su vez dedicó toda una reunión a discutir el mensaje.

¿Y cuál era?

Dejar todo lo demás, concentrar los esfuerzos, típica basura alarmista. Recibíamos docenas de esos reportes cada semana, todas las administraciones los recibían, cada uno afirmando que su espanto de turno era "la mayor amenaza para la raza humana." ¡Vamos! ¿Puede imaginarse qué habría pasado con los Estados Unidos si el gobierno federal hubiese entrado en alerta cada vez que algún loco paranoico

gritaba "el lobo" o "el calentamiento global" o "los muertos vivientes"? Por favor. Lo que hicimos, lo que todos los presidentes desde Washington habían hecho, fue dar una respuesta apropiada y mesurada, según un estimado realista de la amenaza.

Y esos fueron los Equipos Alfa.

Entre otras cosas. Debido a la baja prioridad que el consejo de seguridad nacional le asignó a todo el asunto, considero que le entregamos una buena parte de nuestros recursos. Editamos un video educacional para los oficiales estatales y locales sobre qué hacer en caso de una infección. El Departamento de Salud y Servicios Humanos subió una página a su sitio Web, indicando a los ciudadanos cómo tratar con sus familiares infectados. Y bueno, ¿qué cree que hicimos al ayudar a que el Phalanx fuese aprobado por la FDA?

Pero el Phalanx no servía.

Sí, ¿y sabe cuánto tiempo nos habría tomado crear un medicamento que funcionara? Mire todo el tiempo y dinero que habíamos gastado en la investigación del cáncer, o el SIDA. ¿Acaso le gustaría ser el hombre encargado de decirle al público norteamericano que se están recortando fondos en esas investigaciones para analizar otra enfermedad que la mayoría ni siquiera conoce? Mire todo lo que hemos gastado en la investigación durante y después de la guerra, y todavía no tenemos ni curas ni vacunas. Sabíamos que el Phalanx era un placebo, pero nos sentíamos agradecidos. Mantuvo a la gente tranquila y nos dejaba hacer nuestro trabajo.

¿Qué, acaso esperaba que le dijéramos la verdad a la gente? ¿Que todo aquello no era una nueva cepa de rabia, sino un misterioso super-virus que reanimaba a los muertos? ¿Puede imaginarse el pánico que habríamos provocado: las protestas, los motines, los miles de millones en daños a la propiedad privada? ¿Puede imaginarse a todos esos cobardes senadores impidiendo las acciones de gobierno para tratar de aprobar una complicada e inútil "Ley de Protección a los Zombies" en el Congreso? ¿Puede imaginar el daño que eso le habría ocasionado al capital político de nuestra administración? Estábamos en el año de las elecciones, y la pelea estaba cuesta arriba. Nosotros habíamos sido un "equipo de limpieza," unos idiotas sin suerte que habíamos tenido que limpiar toda la mierda que había dejado la administración anterior, y créame, ¡en los ocho años anteriores se había formado una enorme montaña de mierda! La única razón por la que habíamos subido al poder era porque el nuevo Gran Jefe había prometido un "regreso de la paz y

la prosperidad." El pueblo norteamericano no se sentiría satisfecho con ninguna otra cosa. Nuestra opinión general era que ya habían pasado por tiempos muy difíciles, y habría sido un suicidio político decirles que se nos venían encima unos años más difíciles aún.

Así que en realidad nunca trataron de resolver el problema.

Por favor. ¿Acaso usted puede "resolver" la pobreza? ¿Puede "resolver" la criminalidad? ¿Puede "resolver" los problemas de salud, el desempleo, la guerra, o cualquier otro padecimiento social? Claro que no. Lo mejor que se puede esperar es hacerlos lo más manejables que sea posible para que la gente continúe con su vida. Eso no es cinismo, es madurez. No se puede detener la lluvia. Lo único que se puede hacer es construir un techo y esperar que no tenga goteras, o al menos que las goteras no caigan sobre la gente que va a votar por uno.

¿Eso qué quiere decir?

Vamos…

En serio. ¿Qué quiere decir con eso?

Está bien, como quiera, don "Carlitos va al maldito Washington," quiere decir que en la política, uno concentra sus esfuerzos en las necesidades de la población que forma la base de su poder. Ellos están felices, y lo mantienen a uno en el cargo.

¿Por eso algunos de los brotes fueron ignorados?

Jesús, lo dice como si nos hubiésemos olvidado de ellos.

¿Las fuerzas policiales locales le solicitaron ayuda al gobierno federal?

¿Cuándo los policías no han pedido más gente, mejor equipo, más horas de entrenamiento, o más "programas de extensión a la comunidad"? Esos maricas son casi peores que los soldados, siempre quejándose porque no tienen "lo que necesitan," ¿pero acaso ellos tienen que arriesgar sus puestos subiendo los impuestos? ¿Acaso les toca explicarle a don Pedro Clasemedia por qué tiene que pagar impuestos para subsidiar a Pablo Clasebaja?

¿No les preocupaba que todo eso se hiciera público?

¿Quién iba a hacerlo?

La prensa, los medios.

¿Los “medios”? ¿Habla de esas cadenas que le pertenecían a algunas de las corporaciones más grandes del mundo, corporaciones que se habrían hundido si el mercado de valores entraba en pánico? ¿Esos medios?

¿Entonces ustedes nunca planearon encubrirlo?

No teníamos que hacerlo; ellos mismos se encargaron de encubrirlo. Ellos tenían tanto o más qué perder que nosotros. Además, ellos ya habían dado la gran noticia el año anterior con los primeros casos reportados en Norteamérica. Luego llegó el invierno, el Phalanx salió a la venta, y los casos disminuyeron. Quizá tuvieron que “convencer” a algunos reporteros jóvenes e idealistas, pero en realidad, todo el asunto era una noticia vieja después de unos meses. Se había vuelto “manejable.” La gente ya se había acostumbrado a vivir con esa noticia y querían algo diferente. Las noticias son un negocio, y hay que mantenerse fresco si se quiere seguir teniendo éxito.

Pero estaban los medios alternativos.

Sí claro, ¿y sabe quién escucha esos? Niñitos sabelotodos intelectuales y presumidos, ¿y sabe quién los escucha a ellos? ¡Nadie! ¿A quién le iba a importar una minoría en la televisión y radio de acceso público, que no sabían nada de lo que estaba de moda? Entre más gritaban esos sabihondos elitistas que “los muertos vuelven a caminar,” más norteamericanos de verdad dejaban de escucharlos.

Entonces, déjeme ver si entiendo su posición.

La posición de nuestra administración.

La posición de la administración, que fue darle al problema la atención que creyeron que se merecía.

Sí.

Porque en todo momento, el gobierno tiene muchos asuntos sobre la mesa, sobre todo en ese momento, porque lo último que deseaban los norteamericanos era otra oleada de terror.

Ajá.

Así que consideraron que la amenaza era lo suficientemente pequeña como para ser "manejada" por los Equipos Alfa en ultramar y dándole un entrenamiento básico a los oficiales de este lado.

Al fin lo entendió.

Aún a pesar de que habían recibido advertencias indicando lo contrario, que no se podía ocultar al público, y que en realidad era una catástrofe mundial en potencia.

[El señor Carlson hace una pausa, me dirige una mirada llena de odio, y luego arroja una pala llena de "combustible" a su carreta.]

Madure de una vez.

TROYA**, M**ONTANA**, E**STADOS **U**NIDOS

[Este vecindario es, según el anuncio, una "Nueva Comunidad para una Nueva Norteamérica." Basado en el modelo de "Masada" israelí, desde la primera vez que uno lo ve, es claro que el vecindario fue construido con un solo objetivo en mente. Las casas están todas soportadas por zancos, tan altos que permiten una visión perfecta sobre la muralla de concreto reforzado de seis metros de alto. Una escalera retráctil es la única vía de acceso a cada casa, y pueden conectarse con las casas vecinas por medio de una pasarela igualmente retráctil. Los techos repletos de paneles solares, los pozos de agua cubiertos, los jardines sin obstáculos, las torres de vigilancia, y la gruesa puerta deslizante de acero, han convertido a Troya en un éxito según sus habitantes, tanto que sus constructores ya han recibido otros siete contratos similares a lo largo y ancho de los Estados Unidos. La diseñadora de Troya, arquitecta en jefe, y primera alcaldesa, es Mary Jo Miller.]

Sí claro, estaba preocupada, preocupada por las cuotas del automóvil y el préstamo para el negocio de Tim. Estaba preocupada por la grieta que se estaba abriendo en los azulejos de la piscina y el nuevo filtro sin cloro que estaba dejando una leve capa de algas. Estaba preocupada por nuestro portafolio de acciones, aunque mi corredor me aseguraba que eran variaciones de inversionista novato, y que tendría más beneficios que con una de esas pensiones 401(k). Aiden necesitaba un profesor particular de matemáticas y Jenna necesitaba unas sandalias de Jamie Lynn Spears para el campamento con su equipo de fútbol. Los padres de Tim estaban pensando en ir a quedarse con nosotros en Navidad. Mi hermano estaba otra vez en rehabilitación. Finley tenía parásitos, uno de los peces tenía algún tipo de hongo creciéndole en el ojo izquierdo. Esas eran sólo algunas de mis preocupaciones. Tenía más que suficientes para mantenerme ocupada.

¿No veía las noticias?

Sí, por cinco minutos al día: asuntos locales, deportes, chismes de las celebridades. ¿Para qué me iba a deprimir viendo más televisión? Ya me sentía bastante mal cuando me subía a la báscula cada día.

¿Y qué hay de las otras fuentes? ¿La radio?

¿Cuándo iba al trabajo por la mañana? Esa era mi única hora de Zen. Después de dejar a los niños, escuchaba a **[nombre omitido por motivos legales]**. Sus chistes me ayudaban a pasar el rato.

¿Y la Internet?

¿Qué hay con eso? Para mí, era sólo para comprar cosas; para Jenna, era una herramienta para hacer las tareas; para Tim, era… cosas que siempre juraba que no volvería a mirar. Las únicas noticias que yo veía eran las del recuadro en la página principal de AOL.

En el trabajo, seguramente decían algo…

Ah sí, al principio. Me daba un poco de miedo, era raro, “saben, me dijeron que en realidad no es rabia” y cosas por el estilo. Pero recuerde que con el primer invierno las cosas se calmaron, y de todas formas, era más divertido comentar el último episodio de *Campamento de Celebridades Gordas* o contar chismes sobre cualquiera que no estuviese en el comedor ese día.

Una vez, en marzo o en abril, llegué al trabajo y ví que la señora Ruiz estaba desocupando su escritorio. Pensé que la habían despedido o transferido, usted sabe, las cosas que yo consideraba como peligros reales. Me dijo que era por "ellos," así era como siempre les decía, "ellos" o "todo lo que está pasando." Me dijo que su familia había vendido la casa y que habían comprado una cerca de Fort Yukon, en Alaska. Pensé que era la cosa más estúpida que había escuchado nunca, especialmente para alguien como Inés. Ella no era una de esas ignorantes, ella era una mexicana "limpia." Siento haber usado ese término, pero así era como yo pensaba en ese entonces, esa era yo.

¿Su esposo nunca se mostró preocupado?

No, pero los niños sí, no verbalmente, ni conscientemente, eso creo. Jenna comenzó a pelear con otras niñas. Aiden nunca se iba a dormir a menos que las luces estuviesen encendidas. Detalles como esos. No creo que hubiesen estado expuestos a más información que Tim, o que yo, pero ellos no tenían las mismas distracciones que nos mantenían ocupados a los adultos.

¿Y usted y su esposo qué hicieron?

Zoloft y Ritalín SR para Aiden, y Aderal XR para Jenna. Funcionó por algún tiempo. Lo único que me molestaba era que nuestro seguro médico no las cubría, porque los niños ya estaban tomando Phalanx.

¿Desde hacía cuanto tomaban Phalanx?

Desde que salió al mercado. Todos tomábamos Phalanx, "Una dosis de Phalanx, una dosis de tranquilidad." Esa era nuestra manera de estar preparados… y Tim compró un arma. Todo el tiempo me prometía que me llevaría a la galería de tiro para enseñarme cómo dispararla. "El domingo," decía siempre, "iremos este domingo." Sabía que era mentira. Los domingos estaban reservados para su amante de cinco metros de largo y motor en V, le tenía más cariño que a nosotros. No me importaba. Nosotros teníamos nuestras pastillas, y al menos él sabía cómo disparar la Glock. Ya eran algo cotidiano, como las alarmas contra incendios o las bolsas de aire. Cosas en las que uno piensa sólo de vez en cuando, era siempre por…"por si acaso." Además, en serio, había demasiadas cosas allá afuera para estar preocupados, todos los meses aparecía una enfermedad nueva. ¿Cómo se puede estar enterado de todas? ¿Cómo saber cuál era de verdad?

¿Y ustedes cómo se dieron cuenta?

Acababa de oscurecer. Había comenzado el partido. Tim estaba echado en el BarcaLounge con una Corona en la mano. Aiden estaba en el piso jugando con sus Ultimate Soldiers. Jenna estaba en su cuarto haciendo la tarea. Yo estaba descargando la secadora, así que no oí cuando Finley comenzó a ladrar. Bueno, quizá sí lo oí, pero nunca le prestaba mucha atención. Nuestra casa era la última de toda la urbanización, justo al pié de una colina. Vivíamos en una tranquila zona recién construida de North County cerca de San Diego. Todo el tiempo pasaba por allí algún conejo, o un venado, y cruzaban saltando por el jardín. Finley siempre estaba ladrándoles como loco. Creo que leí una nota que había pegado en la pared, recordándome que debía comprarle uno de esos collares de cidronela anti-ladridos. No recuerdo en qué momento comenzaron a ladrar todos los otros perros, o cuándo se activó la alarma de un auto calle abajo. Sólo reaccioné cuando escuché algo que me pareció como un disparo. Tim no había oído nada. Tenía el volumen demasiado alto. Yo le decía todo el tiempo que debía ir a que le revisaran los oídos, porque uno no puede pasar su juventud tocando en una banda de speed metal sin que… **[suspira]**. Aiden sí lo oyó. Me preguntó qué había sido. Estaba a punto de decirle que no sabía, cuando sus ojos se desorbitaron. Estaba mirando detrás de mí, a la puerta de vidrio que comunicaba con el patio de atrás. Giré justo en el momento en que se quebraba.

Tenía como un metro sesenta, inclinado, con los hombros estrechos y una panza hinchada y blanda. No traía camiseta, y la carne gris verdosa estaba desgarrada y llena de huecos. Olía como a playa, a algas podridas y agua de mar. Aiden dio un salto y se ocultó detrás de mí. Tim ya se había levantado, y estaba entre nosotros y esa cosa. En menos de un segundo, todas las mentiras se habían desvanecido. Tim recorrió la sala con la mirada buscando un arma, y esa cosa lo agarró por la camisa. Cayeron sobre la alfombra, luchando. Me gritó diciéndome que fuera a la habitación, que buscara la pistola. Ya íbamos en el pasillo cuando escuchamos gritar a Jenna. Corrí hasta su cuarto y abrí la puerta. Otro, uno grande, yo diría que de uno noventa de altura, con hombros anchos y unos brazos enormes. Había roto la ventana y sostenía a Jenna del pelo. Ella gritaba "¡Mamimamimamimami!"

¿Y usted qué hizo?

Yo… no estoy muy segura. Cuando trato de recordarlo, todo pasa demasiado rápido. Lo agarré del cuello. Estaba tirando de Jenna, acercándola a su boca. Yo lo apreté fuerte y… tiré… Los niños dicen que le arranqué la cabeza, que me quedé con ella en la mano, con pedazos

de piel y carne y otras cosas colgando de ella. No creo que eso sea posible. Quizá con la adrenalina… Creo que los niños le han agregado cosas a ese recuerdo con los años, convirtiéndome en una Mujer Hulk o algo así. Sé que logré liberar a Jenna. Eso lo recuerdo, y que un segundo después, Tim entró en la habitación con una mancha de baba negra y espesa sobre la camisa. Traía la pistola en una mano y la correa de Finley en la otra. Me entregó las llaves del auto y me dijo que metiera a los niños en el Suburban. Salió corriendo hacia al patio mientras nosotros íbamos hacia el garaje. Escuché un solo disparo después de encender el motor.

EL GRAN PÁNICO

BASE **A**ÉREA **N**ACIONAL **P**ARNELL**: M**EMPHIS**, T**ENNESSEE**, E**STADOS **U**NIDOS

[Gavin Blaire es el piloto de uno de los dirigibles de combate D-17 que componen el núcleo principal de la Patrulla Aérea Civil Norteamericana. Es un trabajo que le sienta bien. Antes piloteaba un dirigible publicitario de la Fujifilm.]

Se extendían hasta el horizonte: sedanes, camiones, buses, casas rodantes, cualquier cosa que se pudiera conducir. Ví tractores, una mezcladora de cemento. En serio, incluso ví una plancha con un enorme cartel encima, un aviso de un "Club de Caballeros." Un montón de gente iba sentada sobre él. Las personas iban montadas en cualquier cosa que podían, en los techos, en los compartimentos para equipaje. Me recordó las viejas fotografías de los trenes en India, con toda esa gente colgando de ellos como monos.

Había un montón de basura a los lados del camino —maletas, cajas, y hasta pedazos de muebles caros. Había un piano de cola allí tirado, en serio, hecho pedazos como si lo hubiesen lanzado desde la parte de atrás de un camión. Había también muchos vehículos abandonados. Algunos habían sido arrastrados fuera de la carretera, otros habían sido desvalijados, otros estaban quemados. Vï a mucha gente que iba a pié, cruzando los campos o siguiendo la carretera. Algunos iban tocando en las ventanas de los autos, ofreciendo todo tipo de cosas. Algunas mujeres estaban ofreciéndose a los conductores, sin duda tratando de

conseguir algo a cambio, quizá gasolina. Seguramente no estaban tratando de que las llevaran, porque a pié se movían más rápido que los autos. No tenía sentido, pero… **[se estremece]**.

Un poco más atrás, a unos cincuenta kilómetros, el tráfico se movía un poco mejor. Uno pensaría que la gente estaría más tranquila. Pero no. Todos estaban haciendo señas con las luces, chocando con los autos que tenían en frente, y saliendo de ellos a pelear. Ví a algunas personas tiradas a un lado de la carretera, se movían muy poco o nada en absoluto. La gente pasaba corriendo a su lado, llevando cosas, llevando niños, o simplemente corriendo, todos en la misma dirección que los autos. Unos cuantos kilómetros más atrás ví la razón.

Las criaturas se movían como un enjambre entre los autos. Los conductores de los carriles exteriores trataban de adelantar por fuera del camino, quedándose atascados en el lodo, y atrapando a los de los carriles internos. La gente no podía abrir las puertas para huir. Los autos estaban demasiado cerca los unos de los otros. Ví a esas cosas metiendo la mano por las ventanas abiertas, sacando a las personas o metiéndose ellos. Muchos conductores estaban atrapados sin salida, con las puertas todavía cerradas y, asumo, con llave. Las ventanas seguían arriba, hechas de vidrio templado de seguridad. Los muertos no podían entrar, pero los vivos tampoco podían salir. Ví a algunas personas entrar en pánico, tratando de dispararles a través del parabrisas y destruyendo así la única protección que les quedaba. Estúpidos. Quizá habrían podido resistir unas cuantas horas más allí, e incluso haber tenido alguna oportunidad de escapar. Aunque quizá vieron que era imposible, y que esa era la salida más rápida. Había una jaula para ganado, remolcada por una camioneta que seguía atascada en uno de los carriles interiores. Se sacudía violentamente de un lado para el otro. Los caballos que llevaba todavía estaban adentro.

El enjambre seguía avanzando por entre los autos, abriéndose paso literalmente a mordiscos por entre las filas inmóviles, con todos esos pobres diablos que intentaban escapar. Eso fue lo que más me impresionó, porque no iban a ninguna parte. Estaban en la Interestatal 80, un pedazo de carretera entre Lincoln y North Platte. Ambos lugares estaban completamente infestados, así como todos los pueblos que había en el medio. ¿Qué creían que estaban haciendo? ¿Quién había organizado aquel éxodo? ¿De hecho, alguien lo había organizado? ¿Acaso la gente vió una fila de autos y se unió sin preguntar? Traté de imaginarme cómo habría sido, estar allí con autos pegados adelante y atrás, con niños llorando, perros ladrando, sabiendo lo que venía sólo unos cuantos kilómetros atrás, y esperando, rezando, para que alguien

en los autos de adelante supiera hacia dónde ir.

¿Alguna vez escuchó de ese experimento que un periodista norteamericano hizo en Moscú en los 70s? Simplemente se paró frente a un edificio, ninguno en particular, sólo una puerta cualquiera. Muy pronto, alguien se paró a hacer fila tras él, luego una pareja, y cuando menos lo pensó, la cola le daba la vuelta a la esquina. Nadie preguntó para qué era aquella fila. Simplemente supusieron que era para algo que valía la pena. No sé si esa historia es cierta. Quizá es una leyenda urbana, o un mito de la guerra fría. ¿Quién sabe?

ALANG**, I**NDIA

[Estoy parado junto al mar con Ajay Shah, contemplando los despojos oxidados de lo que alguna vez fueron unos imponentes barcos. Como el gobierno no posee los fondos para retirarlos de allí, y el tiempo y los elementos han convertido su acero en chatarra inútil, permanecen como monumentos silenciosos de la carnicería que una vez se vivió en aquella playa.]

Me han dicho que lo que pasó aquí no fue extraño, que en todas partes del mundo en las que el océano se encuentra con la tierra, la gente estaba tratando desesperadamente de abordar cualquier cosa que flotara, buscando una oportunidad de sobrevivir en el mar.

Yo no sabía nada sobre Alang, aunque había vivido toda la vida en la ciudad cercana de Bhavnagar. Era un ejecutivo de oficina, un profesional de cuello blanco desde el día en que salí de la universidad. El único trabajo que hacía con mis manos era al digitar en un teclado, y ya ni siquiera eso, pues casi todo nuestro software funcionaba con reconocimiento de voz. Sólo sabía que Alang era un astillero, y por eso huí hacia aquí en primer lugar. Esperaba encontrarme con una industria produciendo barco tras barco para llevarnos a un lugar seguro. No tenía ni idea de que era todo lo contrario. En Alang no se construían barcos, se destruían. Antes de la guerra era el deshuesadero marítimo más grande del mundo. Barcos de todas las nacionalidades eran traídos por las compañías recicladoras de acero de la India, llevados hasta la playa, desmantelados, cortados, y separados hasta que no quedaba completo ni el perno más pequeño. Las docenas de barcos que ví ese día no eran

naves completas y funcionales, sino enormes cascarones vacíos, enfilados, esperando la muerte.

No había muelles ni rampas. Alang no era un puerto, sino un enorme banco de arena. El procedimiento estándar era chocar los barcos contra la playa, varándolos como gigantescas ballenas encalladas. Calculé que mi única esperanza estaba en la media docena de barcos recién llegados que todavía estaban anclados lejos de la costa, conservaban parte de su maquinaria y, con algo de suerte, un poco de combustible en sus tanques. Una de aquellas naves, el *Veronique Delmas,* estaba remolcando a una de sus hermanas hacia el mar. Varias cuerdas y cadenas estaban amarradas sin ninguna técnica a la proa del *APL Tulip,* un barco de carga de Singapur que ya había sido parcialmente desmontado. Llegué justo en el momento en que el *Delmas* encendía sus motores. Pude ver la estela de espuma blanca que surgía mientras luchaba contra sus ataduras. Pude escuchar cómo se reventaban algunas de las cuerdas más débiles, restallando como disparos de escopeta.

Pero las cadenas más gruesas… esas resistieron mucho mejor que el casco de la nave. Al encallar al *Tulip,* seguramente le dañaron parte de la quilla. Cuando el *Delmas* comenzó a tirar de él, se escuchó un terrible ruido, un chillido destemplado de metal. El *Tulip* se partió literalmente en dos, la popa se quedó en la costa mientras la proa seguía siendo remolcada hacia el mar.

Nadie pudo hacer nada, el *Delmas* ya iba a toda máquina, arrastrando la proa del *Tulip* hacia aguas más profundas, en donde se volcó y se hundió en tan sólo unos segundos. Debía haber al menos unas mil personas a bordo, abarrotadas en cada camarote, cada pasillo y cada metro cuadrado de espacio libre en cubierta. Sus gritos fueron ahogados por el silbido del aire que se escapaba del casco.

¿Por qué los refugiados no se quedaron simplemente en los cascos varados en la playa, retirando las escaleras, y convirtiéndolos en fortalezas inaccesibles?

Usted habla del pasado desde una posición racional. Usted no estaba allí esa noche. La playa estaba llena de gente hasta la orilla, una marea enloquecida de humanidad, iluminada por los fuegos que ardían tierra adentro. Cientos de personas trataron de alcanzar nadando las naves que ya habían zarpado. Las olas rompientes arrojaron de vuelta los cadáveres de quienes no lo lograron.

Docenas de barcazas iban y venían, llevando gente de la costa a los barcos. "Denme su dinero," decían algunos, "todo lo que tienen, y los llevo."

¿El dinero todavía servía para algo?

Dinero, o comida, o cualquier cosa que consideraran valioso. La tripulación de uno de los barcos sólo aceptaba mujeres, mujeres jóvenes. Ví otra que sólo recibía a los refugiados de piel clara. Los muy malditos iluminaban con sus antorchas los rostros de la gente, tratando de sacar a los más oscuros como yo. Incluso ví a un capitán, parado en la cubierta de abordaje de su nave, apuntando con una pistola y gritando "¡Nadie de castas bajas, no llevaremos intocables!" ¿Intocables? ¿Castas? ¿Quién diablos piensa así en estos días? ¡Y la peor parte fue que algunos de los más viejos se salieron de la fila! ¿Puede creerlo?

Comprenda que sólo estoy resaltando algunos ejemplos de lo peor entre lo peor. Por cada psicópata ambicioso y repulsivo, había diez personas buenas y decentes con su karma aún intacto. Un montón de pescadores y dueños de botes pequeños, que podrían haber escapado con sus familias, prefirieron ponerse en peligro y regresar a la orilla a ayudar. Cuando se piensa en los riesgos que corrieron: que los asesinaran para robar los botes, o quedarse varados en la playa, o ser atacados desde abajo por los muertos bajo las olas…

Había muchos de esos. Muchos refugiados infectados habían tratado de nadar hasta los barcos y se habían reanimado después de ahogarse. La marea estaba baja, suficientemente profunda para que un hombre se ahogara, pero lo suficientemente baja para que un zombie levantase la mano y agarrase una presa. Uno veía a muchos nadadores desapareciendo de pronto bajo las olas, o botes volcándose y todos sus pasajeros siendo arrastrados bajo el agua. Y aún así, muchos seguían volviendo a la playa para rescatar gente, e incluso saltaban al agua para salvar a alguien.

Así me salvaron a mí. Yo fui uno de los que trató de nadar. Los barcos se veían mucho más cerca de lo que estaban en realidad. Yo era un buen nadador, pero después de caminar todo el trayecto desde Bhavnagar, después de luchar por mi vida casi todo el día, apenas tenía fuerzas suficientes para flotar de espaldas. Para cuando llegué por fin junto a mi objetivo, no me quedaba aire en los pulmones para gritar pidiendo ayuda. No había escalera. La lisa pared del casco se levantaba sobre mí como un muro. Golpeé el acero, gritando con el último aliento

que me quedaba.

Justo cuando me hundía bajo la superficie, sentí que un poderoso brazo se envolvía alrededor de mi pecho. *Llegó la hora,* pensé; creí que en cualquier momento sentiría unos dientes clavándose en mi carne. Pero en lugar de halarme hacia el fondo, el brazo me elevó otra vez hacia la superficie. Terminé a bordo del *Sir Wilfred Grenfell,* un velero que alguna vez había pertenecido a la Guardia Costera canadiense. Traté de hablar, de disculparme por no tener dinero, de explicarles que podía trabajar para pagar mi pasaje, que haría cualquier cosa que necesitaran. Los tripulantes sonrieron. "Cuidado," me dijeron, "estamos a punto de zarpar." Pude sentir la cubierta vibrando y meciéndose cuando nos movimos.

Esa fue la peor parte, ver las otras naves que pasaban a nuestro lado. En algunas, los infectados que habían logrado subir a bordo ya se habían reanimado. Algunos barcos eran carnicerías flotantes, y otros ardían en llamas sin moverse. Sus tripulantes saltaban al agua. Algunos de los que se hundieron bajo la superficie, nunca más volvieron a salir vivos.

TOPEKA**, K**ANSAS**, E**STADOS **U**NIDOS

[Sharon podría ser considerada una mujer hermosa bajo cualquier estándar — con un cabello largo y rojizo, brillantes ojos verdes, y el cuerpo de una bailarina o una supermodelo de las de antes de la guerra. Tiene la mente de una niña de cuatro años.

Estamos en el Centro de Rehabilitación Rothman para Niños Salvajes. La doctora Roberta Kelner, la encargada del caso de Sharon, describe su condición como "afortunada." "Por lo menos ella tiene algunas habilidades de lenguaje y procesos de pensamiento coherentes," me explica. "Son rudimentarios, pero al menos son completamente funcionales." La doctora Kelner está muy emocionada por la entrevista, pero el doctor Sommers, director de programas de Rothman, no lo está. Los fondos siempre han sido escasos para este programa, y la administración actual está amenazando con cerrarlo por

completeto.

Sharon se muestra tímida al principio. No estrecha mi mano, y evita mirarme directamente a los ojos. Aunque Sharon fue encontrada en las ruinas de Wichita, no hay forma de saber dónde ocurrieron los hechos que relata.]

Estábamos en la iglesia, Mami y yo. Papi nos dijo que iba a recogernos. Papi tenía que hacer algo. Nosotros íbamos a esperarlo en la iglesia.

Todos estaban allá. Tenían muchas cosas. Tenían cereales, y agua, y jugo, y bolsas de dormir, y linternas y… **[Imita un rifle con las manos]**. La señora Randolph tenía uno. Pero eso no se hace. Son muy peligrosos. Ella me dijo que eran peligrosos. Ella es la mamá de Ashley. Ashley es amiga mía. Le pregunté dónde estaba Ashley. Se puso a llorar. Mami me dijo que no le preguntara por Ashley, y le dijo a la señora Randolph que lo sentía. La señora Randolph estaba sucia, con manchas café y rojo en el vestido. Era gorda. Tenía manos gruesas y suaves.

Había otros niños, Jill y Abbie, y otros niños. La señora. McGraw los cuidaba. Tenían crayones. Estaban pintando en la pared. Mami me dijo que jugara con ellos. Me dijo que estaba bien pintar en la pared. Que el Pastor Dan dijo que se podía.

El Pastor Dan estaba allá, y quería que la gente lo escuchara. "Por favor todo el mundo…" **[Imita una voz grave y profunda]** "por favor tranquilos, los 'somis' ya vienen, cálmense y prepárense para cuando lleguen los 'somis.'" Nadie lo escuchaba. Todos estaban hablando, nadie estaba sentado. La gente estaba hablando con sus cosas **[Imita a alguien hablando por teléfono],** estaban furiosos con sus cosas, las tiraban y les decían malas palabras. Me sentí mal por el Pastor Dan. **[Luego imita el sonido de una sirena.]** Afuera.**[Lo hace de nuevo, comenzando suave, aumentando el volumen, y luego apagándose varias veces.]**

Mami estaba hablando con la señora Cormode y las otras mamis. Estaban peleando. Mami estaba enojada. La señora Cormode dijo **[con un tono enojado],** "¿Y qué? ¿Qué más podemos hacer?" Mami sacudía la cabeza. La señora Cormode estaba hablando con sus manos. No me gustaba la señora Cormode. Ella era la esposa del Pastor Dan. Era gritona y mala.

Alguien gritó… "¡Ahí vienen!" Mami me levantó. Se llevaron las sillas y las pusieron junto a la puerta. Todas las sillas junto a la puerta. "¡Rápido!" "¡Cierren la puerta!" **[Imita varias voces diferentes.]** "¡Un martillo!" "¡Clavos!" "¡Están en el parqueadero!" "¡Vienen para acá!"**[Sharon mira a la doctora Kelner.]** ¿Puedo?

[El doctor Sommers no parece muy seguro. La doctora Kelner sonríe y dice "sí" con la cabeza. Después me enteré que el cuarto había sido acondicionado a prueba de ruidos por esa razón.]

[Sharon imita el gemido de un zombie. Es sin duda el más realista que jamás he escuchado. Es claro, por su incomodidad, que Sommers y Kelner están de acuerdo conmigo.]

Ellos venían. Muchos, muy grande. **[Gime otra vez. Luego comienza a golpear con su mano derecha sobre la mesa.]** Querían entrar. **[Sus golpes son rítmicos y mecánicos.]** La gente gritaba. Mami me abrazó. "Está bien." **[Su voz se hace más suave, y comienza a acariciarse el cabello.]** "No dejaré que te atrapen. Shhhh…."

[Ahora golpea con ambos puños sobre la mesa, y sus golpes se hacen más caóticos, como imitando a varios muertos vivientes.] "¡La puerta!" "¡Resistan!" **[Imita el sonido de un vidrio que se rompe.]** Se rompieron las ventanas, las ventanas del frente, al lado de la puerta. Se apagó la luz. Los grandes se asustaron. Gritaban.

[Su voz vuelve a imitar a su madre.] "Shhhh… bebé. No dejaré que te atrapen."**[Sus manos pasan de su cabello a su cara, acariciándose suavemente la frente y las mejillas. Sharon mira a Kelner como interrogándola. Kelner asiente. La voz de Sharon imita el sonido de algo grande que se rompe, un rugido con flema desde lo más profundo de su garganta.]** "¡Están entrando! ¡Disparen, disparen!" **[Imita unos disparos y…]** "No dejaré que te atrapen, no dejaré que te atrapen." **[De pronto, Sharon mira al vacío detrás de mis hombros, como a algo que ya no está ahí.]** "¡Los niños! ¡No los dejen tocar a los niños!" Esa era la señora Cormode. "¡Salven a los niños! ¡Salven a los niños!" **[Sharon imita más disparos. Encoge las manos formando un solo puño enorme, y lo descarga sobre una forma invisible frente a ella.]** Los niños comenzaron a llorar. **[Hace movimientos como de golpes, cortes y punzadas con algún objeto.]** Abbie lloraba mucho. La señora Cormode la levantó. **[Imita el movimiento para levantar a alguien en el aire, y golpearlo contra una pared.]** Entonces Abbie ya no

lloró. **[Sharon sigue acariciándose el rostro, imita la voz de su madre, ahora mucho más fuerte.]** "Shhh… está bien, bebé, está bien…" **[Sus manos bajan lentamente hasta su cuello, apretándolas alrededor y estrangulándose.]** "No dejaré que te atrapen. ¡NO DEJARÉ QUE TE ATRAPEN!"

[Sharon se está ahogando, y lucha por respirar.]

[El doctor Sommers se lanza para tratar de detenerla, pero la doctora Kelner levanta una mano y Sharon se detiene, relajando sus manos mientras imita un disparo.]

Se sentía húmedo y caliente, sabía a salado, y me picaba en los ojos. Unas manos me levantaron y me llevaron. **[Se pone de pié, simulando un movimiento como corriendo con un balón bajo el brazo.]** Me sacaron al parqueadero. "¡Corre, Sharon, no pares!" **[Es una voz diferente, no es la de su madre.]** "¡Sólo corre, corre, corre!" Luego se alejaron. Me soltaron. Eran unas manos gruesas y suaves.

KHUZHIR**, I**SLA **O**LKHON**, L**AGO **B**AIKAL**, S**AGRADO **I**MPERIO **R**USO

[El salón está desierto, salvo por una mesa, dos sillas, y un enorme espejo en la pared, el cual seguramente es un espejo de doble lado. Me siento de frente a mi entrevistada, tomando notas en un bloc que me entregaron (me prohibieron usar mi aparato de transcripción por "razones de seguridad"). El rostro de María Zhuganova se vé envejecido, su cabello está poniéndose gris, y su cuerpo apenas si cabe dentro del uniforme desgastado que insistió en usar para nuestra entrevista. Técnicamente estamos a solas, aunque sospecho que varios ojos nos observan desde el otro lado del espejo.]

No sabíamos que había un Gran Pánico. Estábamos completamente aislados. Casi un mes antes de que todo comenzara, más o menos cuando esa periodista norteamericana reveló la historia, nuestro campamento fue puesto en aislamiento permanente e indefinido. Todos

los televisores fueron retirados de las barracas, y nos quitaron los radios personales y los teléfonos celulares. Yo tenía uno de esos celulares baratos y desechables, con cinco minutos prepagados. Fue lo máximo que mis padres pudieron pagar. Se suponía que debía usarlo para llamarlos en mi cumpleaños, mi primer cumpleaños lejos de casa.

Estábamos estacionados en Ossetia del Norte, en Alania, una de las repúblicas australes rebeldes. Nuestra labor oficial era "mantener la paz," impidiendo cualquier conflicto étnico entre las minorías de Ossetia e Ingush. Nuestro tiempo de servicio estaba a punto de terminar justo cuando nos cortaron cualquier comunicación con el resto del mundo. Un asunto de "seguridad estatal" según nos explicaron.

¿Quiénes?

Todo el mundo: nuestros oficiales, la Policía Militar, incluso un civil que apareció de la nada un día por la base. Era un desgraciado gruñón con una cara delgada como de rata. Así lo llamábamos: "Cara de Rata."

¿Alguna vez trataron de saber qué pasaba?

¿Qué, yo? Nunca. Ninguno de nosotros. Ah, por supuesto que nos quejábamos; los soldados siempre se quejan. Pero no había tiempo para procesar ninguna queja formal. Después de que el apagón de las comunicaciones entró en efecto, nos pusieron en estado de alerta total. Hasta aquel momento, el trabajo había sido fácil — aburrido, monótono, alterado sólo por alguna caminata ocasional a las montañas. Pero luego tuvimos que pasar varios días a la vez en las montañas, cargando el equipo completo y municiones. Íbamos a cada aldea, a cada casa. Interrogábamos a cada campesino, a cada turista y… no sé… supongo que también a cada cabra que se nos atravesaba en el camino.

¿Por qué los interrogaban? ¿Qué buscaban?

No sabíamos. "¿Todos los miembros de su familia están bien?" "¿Ha desaparecido alguno?" "¿Han sido atacados por un animal o una persona rabiosos?" Esa era la parte que más me confundía. ¿Rabia? Era comprensible en los animales, ¿pero en la gente? También hacíamos un montón de revisiones físicas, desvistiendo por completo a esa pobre gente mientras los médicos examinaban cada centímetro de sus cuerpos buscando… algo… no nos dijeron qué.

No tenía sentido, nada de eso. Una vez encontramos todo un depósito de armas, 74s nuevas, algunas 47s viejas, montones de balas,

seguramente compradas a algún oportunista de nuestro batallón. No sabíamos a quién le pertenecían las armas; traficantes de drogas, o a la mafia local, quizá incluso a esos "Escuadrones de la Muerte" que eran la razón por la que nosotros estábamos allí en primer lugar. ¿Y qué hicimos? ¡Las dejamos allí! Ese civil, "Cara de Rata," tuvo una reunión privada con los lideres de las aldeas. No supimos qué discutieron, pero se veían todos asustados de muerte: se persignaban y rezaban en silencio.

No lo entendíamos. Estábamos confundidos y enojados. No comprendíamos qué diablos estábamos haciendo allá afuera. Había un veterano en nuestro pelotón, Baburin, que había peleado una vez en Afganistán y dos veces en Chechenia. Se decía que durante la toma de Yeltsin, su BMP19 había sido el primero en disparar sobre los Duma. Nos gustaba escuchar sus historias. Siempre estaba de buen humor, y siempre se emborrachaba… cuando podía permitírselo. Pero todo cambió después del incidente con las armas. Dejó de sonreír y no volvió a contar historias. Creo que no volvió a beber ni una gota, y cuando nos hablaba, que era casi nunca, lo único que decía era, "Esto no está bien. Algo va a pasar." Cuando trataba de preguntarle algo más, sólo se encogía de hombros y se marchaba. La moral estaba por el suelo después de eso. La gente estaba tensa, sospechando de todo. Cara de Rata siempre estaba por ahí, en las sombras, escuchando, observando, susurrando cosas al oído de nuestros oficiales.

Él estaba con nosotros el día en que pasamos por un pueblo pequeño y sin nombre, unas chozas primitivas en lo que parecía ser el borde más alejado del mundo. Habíamos realizado las búsquedas y los interrogatorios de rutina, y estábamos a punto de empacar y largarnos. De pronto una niña, un niña pequeña, llegó corriendo por la única calle del pueblo. Estaba llorando, claramente aterrorizada. Le decía algo a sus padres… ojalá me hubiese tomado el tiempo de aprender su idioma… y señalaba al otro lado de un sembrado. Había una figura pequeña, otra niña, que caminaba hacia nosotros tropezando por entre el lodo. El teniente Tikhonov levantó sus binoculares y pude ver cómo su rostro perdía todo su color. Cara de Rata se acercó a él, miró a través de sus propios prismáticos, y luego le dijo algo al oído. Petrenko, el francotirador del pelotón, recibió la orden de apuntar su arma y enfocar a la niña. Lo hizo. "¿La tienes?" "La tengo." "¡Fuego!" Creo que así fue. Recuerdo que hubo una pausa. Petrenko miró al teniente y le pidió que repitiera la orden. "Ya me escuchó," dijo con rabia. Yo estaba más lejos que Petrenko y lo había escuchado bien. "¡Le ordeno eliminar el objetivo, ahora!" Ví que el cañón de su rifle temblaba. Era un mocoso flaco y desgarbado, ni el más fuerte ni el más valiente, pero bajó su

arma de repente y dijo que no lo haría. Así nada más. "No, señor." Sentí como si el sol se hubiese congelado en el cielo. Nadie sabía qué hacer, sobre todo el teniente Tikhonov. Nos miramos los unos a los otros, y luego miramos al sembrado.

Cara de Rata iba caminando por allí, lenta, casi tranquilamente. La niña estaba tan cerca que podíamos ver su cara. Sus ojos muy abiertos, mirando directamente a Cara de Rata. Levantó los brazos, y escuché ese agudo y ahogado gemido. Se encontraron a mitad del sembrado. Todo terminó antes de que pudiésemos darnos cuenta de lo que había sucedido. Con un movimiento suave y fluido, Cara de Rata sacó una pistola de entre su chaqueta, le disparó a la niña justo entre los ojos, y se dio la vuelta para regresar caminando hacia nosotros. Una mujer, probablemente la madre de la criatura, estalló en llanto. Cayó de rodillas, escupiéndonos e insultándonos. A Cara de Rata no le importó, o ni siquiera se dio cuenta. Sólo le susurró algo al teniente Tikhonov y se subió al BMP como si se tratara de un taxi en Moscú.

Esa noche… tirada en mi catre sin poder dormir, traté de no pensar en lo que había pasado. Traté de no pensar en el hecho de que la Policía Militar se había llevado a Petrenko, o que nuestras armas habían sido retenidas y guardadas en el depósito. Sabía que debía sentirme mal por lo de la niña, furiosa, con ganas de desquitarme con Cara de Rata, y quizá un poco culpable por no haber levantado ni un dedo para impedirlo. Sabía que esas eran las emociones que debería haber sentido; pero en ese momento lo único que sentía era miedo. No podía dejar de pensar en o que me había dicho Baburin, que algo malo estaba por pasar. Sólo quería irme a casa, ver a mis padres. ¿Qué tal si habíamos sufrido un horrible ataque terrorista? ¿Qué tal si estábamos en guerra? Mi familia vivía en Bikin, prácticamente al lado de la frontera con China. Tenía que hablar con ellos, asegurarme de que estaban bien. Estaba tan angustiada que sentí náuseas y empecé a vomitar, tanto que tuvieron que llevarme a la enfermería. Por eso no pude ir a patrullar al siguiente día, y todavía estaba en cama cuando regresaron por la tarde.

Estaba tirada en mi catre, releyendo una copia vieja de *Semnadstat.*20 Escuché un alboroto, motores de vehículos, voces. Una enorme multitud se encontraba reunida en el patio de formaciones. Me abrí paso entre ellos y ví a Arkady parado en el centro de aquella masa. Arkady era el artillero de mi escuadrón, un tipo grande como un oso. Éramos buenos amigos porque él mantenía alejados a los otros hombres, si usted me entiende. Él solía decir que yo le recordaba a su hermanita. **[Sonríe con tristeza.]** Me gustaba.

Había alguien arrastrándose a sus pies. Parecía como una anciana, pero tenía un saco de lona cubriéndole la cabeza y una cadena alrededor del cuello. Su vestido estaba hecho jirones y la piel de sus piernas había sido pelada casi por completo. No había sangre, solo una especie de pus negro. Arkady estaba en medio de un discurso agresivo y furioso. "¡No más mentiras! ¡No más órdenes de dispararle a los civiles! Por eso tuve que matar al pequeño *zhopoliz*…"

Busqué al teniente Tikhonov, pero no lo ví por ninguna parte. Sentí como una bola de hielo en mi estómago.

"…¡porque yo quería que todos pudieran verlo!" Arkady alzó la cadena, levantando a la vieja *babushka* por el cuello. Agarró el sacó que le cubría la cabeza y se lo quitó. Su rostro era gris, al igual que el resto de su piel, Sus ojos eran fieros y muy abiertos. Se revolcaba como un lobo rabioso y trataba de agarrar a Arkady. Él apretó una de sus poderosas manos alrededor de su cuello, sosteniéndola a un brazo de distancia.

"¡Quiero que todos vean por qué estamos aquí!" Agarró el cuchillo de su cinturón y lo clavó en el corazón de la anciana. Contuve un grito, todos lo hicimos. Estaba clavado hasta la empuñadura pero ella seguía retorciéndose y gritando. "¡Ya ven!" dijo él, apuñalándola varias veces más. "¡Ya ven! ¡Esto es lo que no quieren decirnos! ¡Nos estamos matando aquí afuera para encontrar esto!" Algunas cabezas comenzaron a asentir, y se escucharon unos murmullos de aprobación. Arkady continuó, "¿Y qué tal si estas cosas están en todas partes? ¡¿Qué tal si justo ahora están en nuestras casas, con nuestras familias?!" Estaba tratando de mirarnos fijamente a todos. No estaba prestándole mucha atención a la anciana. Su puño se aflojó, ella logró liberarse y lo mordió en la mano. Arkady rugió. Hundió de un puñetazo el rostro de la anciana. Ella cayó a sus pies, retorciéndose y vomitando esa baba negra. Arkady terminó el trabajo con su bota; todos escuchamos cómo se le quebró el cráneo.

La sangre goteaba de la profunda herida en el puño de Arkady. Lo sacudió en el aire, y lanzó un grito que hizo que las venas de su cuello se hincharan. "¡Queremos ir a casa!" "¡Queremos proteger a nuestras familias!" Otras personas de la multitud comenzaron a repetirlo. "¡Sí! ¡Queremos proteger a nuestras familias! ¡Este es un país libre! ¡Una democracia! ¡No pueden tenernos como prisioneros!" Yo también grité, coreando con el resto de la gente. Esa anciana, una criatura que podía recibir una cuchillada en el corazón sin morir… ¿qué pasaría si estaban en nuestros pueblos? ¿Qué tal si estaban amenazando a nuestros seres queridos… a mis padres? Todo el miedo, todas las dudas, todas nuestras

emociones confusas y nuestro pesimismo se fundieron en forma de ira. "¡Queremos ir a casa! ¡Queremos ir a casa!" Cantábamos, gritábamos, y entonces… una bala pasó silbando junto a mi oreja y el ojo izquierdo de Arkady se hundió. No recuerdo haber corrido, ni haber inhalado el gas lacrimógeno. No recuerdo en qué momento aparecieron los comandos Spetznaz, pero de pronto nos tenían rodeados, golpeándonos, encadenándonos a todos juntos. Uno de ellos se paró con tanta fuerza sobre mi pecho que creí que moriría allí mismo.

¿Fue entonces cuando se implementaron los diezmos?

No, eso fue mucho antes. No habíamos sido la primera unidad en rebelarse. Las cosas habían comenzado más o menos en los días en que la Policía Militar cerró la base. Para el momento en que nosotros hicimos nuestra pequeña "demostración," el gobierno ya tenía decidido cómo iban a restaurar el orden.

[Se acomoda el uniforme, y endereza la espalda antes de seguir hablando.]

"Diezmar"… yo creía que quería decir acabar, causar gran daño, destruir, reducir al enemigo… en realidad quería decir eliminar en un diez por ciento, uno de cada diez debía morir… y eso fue exactamente lo que hicieron con nosotros.

Los Spetznaz nos pusieron en fila en el patio de formaciones, con nuestros uniformes de gala para hacerlo mucho peor. Nuestro nuevo comandante nos dio un discurso sobre el deber y la responsabilidad, sobre nuestro juramento de defender la Madre Patria, y cómo habíamos faltado a ese juramento con nuestra traición egoísta y nuestra cobardía. Nunca había escuchado palabras como esas antes. "¿Deber?" "¿Responsabilidad?" Rusia, mi Rusia, era un enorme desorden sin política. Vivíamos en medio del caos y la corrupción, luchando para sobrevivir cada día. Las fuerzas armadas no eran ningún bastión del patriotismo; eran un lugar en el que se aprendía a comerciar, a conseguir comida, una cama, y quizá un poco de dinero extra para enviar a casa cuando el gobierno decidía que era conveniente pagarles a los soldados. "¿Juramento de proteger la Madre Patria?" Así no hablaba la gente de mi generación. Esas eran las palabras que usaban los veteranos de las guerras, los viejos locos y tercos que inundaban la Plaza Roja con sus desteñidas banderas soviéticas e hileras de medallas colgando de sus apolillados uniformes. El deber a la patria era un chiste. Pero yo no me estaba riendo. Sabía que enfrentábamos una ejecución. Los hombres armados a nuestro alrededor, los tipos en las torres de

guardia… estaba lista, cada músculo de mi cuerpo estaba tenso esperando recibir un disparo. Pero entonces escuché esas palabras…

"Son unos niños malcriados que creen que la democracia es un derecho dado por Dios. ¡La esperan y la exigen! Muy bien, ahora van a tener la oportunidad de ponerla en práctica."

Esas fueron exactamente sus palabras, las he tenido estampadas en el interior de mis párpados por el resto de mi vida.

¿Qué quiso decir con eso?

Que nosotros decidiríamos quién sería castigado. Separados en grupos de diez, tendríamos que votar y elegir a uno de nosotros para ser ejecutado. Nosotros… los soldados, tendríamos que asesinar a nuestros amigos. Pasaron entre nosotros con unas carretillas. Todavía puedo escuchar cómo rechinaban esas ruedas. Estaban llenas de piedras, del tamaño de un puño, pesadas y cortantes. Algunos lloraron, discutieron con nosotros, imploraron como niños pequeños. Otros, como Baburin, simplemente se quedaron allí sentados sobre sus rodillas, mirándome directamente a los ojos mientras ponía mi piedra al lado de la suya.

[María suspira suavemente, mirando por sobre su hombro al espejo de dos caras.]

Brillante. Eran unos malditos genios. Las ejecuciones convencionales podrían haber restaurado la disciplina y devuelto el orden a toda la unidad, pero al convertirnos en cómplices, nos tenían amarrados no sólo por el temor, sino también por la culpa. Podríamos habernos negado, podríamos habernos resistido a elegir y haber muerto en su lugar, pero no lo hicimos. Les seguimos el juego. Tomamos una decisión consciente, y como esa decisión tuvo un precio tan alto, ninguno de nosotros quiso tener que volver a decidir por su cuenta. Ese día renunciamos a nuestra libertad, y nos sentimos felices de dejarla ir. Desde ese momento vivimos con una libertad diferente, la libertad de señalar a alguien más y decir "¡Ellos me ordenaron hacerlo! Es su culpa, no la mía." La libertad de decir, y que Dios nos perdone, "yo sólo estaba siguiendo órdenes."

BRIDGETOWN**,** **B**ARBADOS**,** **F**EDERACIÓN **D**E **L**AS **I**NDIAS **O**CCIDENTALES

[El "Trevor Bar" es una viva representación del espíritu de las "salvajes Indias Occidentales," o más exactamente, del carácter de cada isla como "Zona Económica Especial." Este lugar no parece lo que la mayoría de las personas se imaginaría en el organizado y tranquilo Caribe de la posguerra. No es su intención hacerlo. Aisladas del resto de las islas y pensadas para los que buscan una vida de violencia caótica y excesos, las Zonas Económicas Especiales están diseñadas para separar a los "extranjeros" de todo el dinero que traigan encima. Mi incomodidad parece complacer a mi anfitrión, T. Sean Collins. El enorme tejano me ofrece un trago de ron "matadiablos," y luego apoya sus enormes botas sobre la mesa.]

Nadie ha podio inventarse un nombre para lo que yo solía hacer. No uno de verdad, hasta el momento. "Contratista independiente" suena como si me dedicara a levantar muros de aglomerado y estuco. "Seguridad privada" suena como a un estúpido guardia de centro comercial. "Mercenario" es lo que más se aproxima, supongo, pero al mismo tiempo, es lo más alejado de la realidad que se puede llegar. Un mercenario suena como un desquiciado veterano de Vietnam, con tatuajes y bigote de manubrio, trabajando en un moridero del Tercer Mundo porque no pudo enfrentar la realidad en casa. Yo no era así. Sí, era un veterano, y sí, usaba mi entrenamiento para ganar dinero… es algo curioso sobre el ejército, siempre prometen que te enseñarán "habilidades para ganarte la vida," pero nunca te dicen que, entre todas las cosas, no hay nada con lo que uno se pueda ganar mejor la vida que matando a cierta gente y evitando que maten a otra.

Quizá sí era un mercenario, pero nadie sospecharía eso al mirarme. Me mantenía bien peinado, con un buen auto, una casa bonita, y hasta una señora que iba a hacer la limpieza un día a la semana. Tenía bastantes amigos, un par de prospectos de matrimonio, y mi puntaje en el country club era casi tan bueno como el de los profesionales. Lo más importante era que trabajaba para una compañía que no era muy diferente de las demás que existían antes de la guerra. Nada de disfraces y armas escondidas, nada de cuartos a oscuras y sobres sellados. Tenía vacaciones y licencias, plan dental y seguro médico. Pagaba mis impuestos, a veces de sobra; pagaba hasta una pensión de retiro. Podría haberme ido a trabajar al viejo continente; Dios sabe que allá

había mucha demanda, pero después de ver lo que les había pasado a mis colegas en la última guerra, lo mandé todo al diablo. Prefería quedarme como guardaespaldas de algún gerente gordo, o de alguna celebridad estúpida y malcriada. Eso era exactamente lo que estaba haciendo cuando llegó el Pánico.

¿No le importa que no mencione ningún nombre, verdad? Algunas de esas personas todavía están vivas, o sus derechos de autor siguen vigentes, y… ¿puede creerlo? Todavía amenazan con demandar... después de todo lo que ha pasado. Bueno, no puedo darle nombres ni lugares, pero imagínese que esto ocurrió en una isla… una isla grande… una isla *larga*, justo al lado de Manhattan. ¿No me pueden demandar por eso, o sí?

Mi cliente, no estoy muy seguro de qué era lo que hacía. Algo del entretenimiento, o en las finanzas. No importa. Creo que tenía suficiente dinero como para ser uno de los accionistas de mi compañía. Lo que importa es que tenía bastante, y vivía en esta increíble casa al lado de la playa.

A mi cliente le gustaba conocer a la gente que todos conocían. Su plan era proveer un lugar seguro para la gente que podría levantar su imagen durante y después de la guerra, ser el Moisés de los ricos y famosos. ¿Y sabe qué?, ellos se lo creyeron. Actores, cantantes, raperos y atletas profesionales, todas esas caras bonitas, como las que se ven en los realities y en los programas de entrevistas, y hasta esa perra rica con cara de cansancio que era famosa sólo por ser una perra rica con cara de cansancio.

Estaba ese magnate de la música, el de los aretes de diamantes. Decía que tenía una AK modificada con lanzagranadas. Le encantaba hablar de ella diciendo que era una réplica exacta de la de *Scarface.* No tuve el valor para decirle que el arma del señor Montana era en realidad una 16 A-1.

También estaba el tipo de la comedia política, ya sabe, el del show con su nombre. Una vez lo ví aspirando coca sobre las tetas de una desnudista tailandesa mientras decía que lo que estaba pasando no era sólo un asunto de los muertos contra los vivos, sino que tendría repercusiones en todas la facetas de nuestra sociedad: en lo social, político, económico y hasta lo ambiental. Dijo que, inconscientemente, todo el mundo había sospechado la verdad durante la “Gran Negación,” y por eso habían reaccionado tan mal cuando la historia se había revelado por fin. En realidad tenía algo de sentido, hasta que comenzó a

hablar sobre la fructosa de jarabe de maíz y la feminización de Norteamérica.

Una locura, ya sé, pero uno más o menos se esperaba que esas personas fueran así, o al menos yo lo hacía. Lo que no me esperaba era que trajeran a toda su "gente." Cada uno de ellos, sin importar quiénes eran o qué hacían, tenía que llevar consigo a no sé cuántos estilistas, publicistas y asistentes personales. Algunos de ellos, creo, eran agradables, y sólo lo hacían por el dinero, o porque imaginaron que allí estarían a salvo. Unos niños que sólo querían aprovechar una oportunidad. No los culpo por eso. Pero otros… unos jodidos imbéciles, fascinados con el olor de su propia mierda. Eran groseros, engreídos y se creían los jefes de todos los que tenían alrededor. A uno de ellos lo recuerdo bien, sólo porque tenía esta gorra de béisbol con un letrero que decía "¡A Trabajar!" Creo que era el representante de ese gordo cabrón que quedó de ganador en ese show de talentos. ¡Nada más ese tipo tenía como catorce personas a su alrededor! Recuerdo que al principio pensé que sería imposible mantener a toda esa gente, pero después de mi recorrido inicial por las instalaciones, me dí cuenta de que mi jefe se había preparado para todo.

Había transformado la casa en el sueño húmedo de un fanático de la supervivencia. Tenía suficiente comida deshidratada para alimentar a un ejército durante años, así como una interminable cantidad de agua gracias a un desalinizador que estaba conectado con tuberías al océano. Tenía turbinas de viento, paneles solares, y generadores de respaldo con unos enormes tanques de gasolina enterrados bajo el jardín principal. Había instalado suficientes medidas de seguridad para mantener a raya a los muertos vivientes para siempre: murallas, sensores de movimiento, y armas, ah, las armas. Sí, nuestro jefe había hecho bien su tarea, pero lo que lo hacía sentir más orgulloso era que cada habitación de la casa estaba conectada y cableada para transmitirlo todo por Internet las 24 horas del día. Esa era la verdadera razón por la que había invitado a sus "mejores" y "más cercanos" amigos. Él no sólo quería resguardarse de la tormenta con toda la comodidad y el lujo que podía, también quería que todo el mundo lo supiera. Estaba pensando como una celebridad, asegurándose la fama.

No sólo había una cámara en casi todos los cuartos, sino que también había llevado a todos los periodistas y equipos que uno vé en la alfombra roja de los Óscar. En realidad nunca me había imaginado lo grande que era la industria del periodismo de entretenimiento. Había docenas de ellos, de todas las revistas y programas de televisión. "¿Cómo te sientes?" Esa la escuché muchas veces. "¿Cómo la estás

pasando?" "¿Qué crees que vá a pasar?" y le juro que una vez alguien me preguntó "¿de qué marca es esa ropa?"

Para mí, el momento más irreal fue una vez que estábamos en la cocina con otros miembros del equipo y los guardaespaldas, viendo las noticias y allí, en la pantalla, adivine qué, ¡salíamos nosotros! Las cámaras estaban en el cuarto de al lado, enfocando a algunas de las "estrellas" sentadas en un sofá mientras veían otro canal. La señal que veían era emitida en vivo desde la zona Nororiental de Nueva York; los muertos subían por la Tercera Avenida y la gente los enfrentaba mano a mano, con martillos y con tubos de metal. El dueño de una tienda de deportes Modell estaba repartiendo bates de béisbol y gritaba "¡Denles en la cabeza!" Salió un tipo en patines. Tenía un palo de hockey en la mano, con un enorme cuchillo para carne amarrado en la punta. Comenzó a hacer un giro, a esa velocidad podría haber cortado un cuello o dos. La cámara lo filmó todo: el brazo medio podrido que saló de una alcantarilla frente a él, el pobre tipo volando por los aires, aterrizando en la cabeza, y luego siendo arrastrado del pelo, gritando, hacia la alcantarilla. En ese momento la cámara de la sala volteó para registrar las reacciones de nuestras celebridades. Hubo caras de sorpresa, algunas honestas, otras ensayadas. Recuerdo que sentí menos respeto por los que trataron de fingir algunas lágrimas que por la pequeña perra malcriada que dijo que el tipo de los patines era un "idiota." Hey, al menos ella sí era sincera. Yo estaba parado al lado de este otro tipo, Sergei, un miserable cabrón del tamaño de un muro y con cara de pocos amigos. Las historias que me contaba sobre su infancia en Rusia me convencieron de que no todos los morideros del Tercer Mundo quedan en los trópicos. Mientras las cámaras enfocaban las reacciones de aquella gente bonita, él murmuró algo para sí mismo en ruso. La única palabra que pude entender fue "Romanovs" y estaba a punto de preguntarle qué había querido decir, cuando la alarma se disparó.

Algo había activado los sensores de presión que habíamos instalado a varios kilómetros alrededor de los muros. Eran lo suficientemente sensibles como para detectar un solo zombie, y en ese momento se activaban como locos. Nuestros radios carraspeaban: "Contacto, contacto, esquina suroccidental… ¡mierda, vienen por centenares!" Era una casa jodidamente grande, me tomó varios minutos llegar hasta mi posición de disparo. No sabía por qué el vigilante estaba tan nervioso. ¿Qué importaba si eran unos cuantos cientos de ellos? Nunca pasarían del muro. Luego lo escuché gritar "¡Vienen corriendo! ¡Hijos de puta, sí que son rápidos!" Zombies rápidos, eso me paralizó el estómago. Si podían correr, quizá podían trepar, si podían trepar, a lo mejor podían pensar, y si podían pensar… ahora sí estaba asustado. Recuerdo que

para cuando llegué a la ventana del cuarto de invitados del tercer piso, todos los amigos de mi jefe corrían hacia los depósitos de armas como extras de una mala película de acción de los 80s.

Le quité el seguro a mi arma y las tapas a la mira telescópica. Era una de las de última generación, con amplificación de luz y visión termal. No se necesitaba la visión termal porque los Gs no despedían calor. Fue por eso que cuando ví las imágenes verdes y brillantes de cientos de corredores, se me atascó algo en la garganta. Esos no eran muertos vivientes.

"¡Ahí está!" los escuché gritar. "¡Esa es la casa de las noticias!" Venían cargando escaleras, escopetas, niños. Un par de ellos traían unos cilindros grandes y pesados en la espalda. Iban hacia la puerta del frente, unas placas enormes de acero que supuestamente podían contener a mil zombies. La explosión las arrancó de los goznes y las envió girando hacia el interior de la casa como un par de estrellas ninja gigantes. "¡Fuego!" gritaba mi jefe por la radio. "¡Derríbenos! ¡Mátenlos! ¡Fuegofuegofuego!"

Los "atacantes," a falta de una mejor palabra, entraron corriendo en la casa. El jardín estaba lleno de vehículos parqueados, autos deportivos y camionetas, e incluso uno de esos camiones monstruo, propiedad de un jugador de la NFL. Unas enormes bolas de fuego, todos ellos, estallando unos al lado de los otros, o convertidos en chatarra ardiente desde la explosión, y el humo negro de los neumáticos ahogándonos a todos. Lo único que se escuchaba eran los disparos, nuestros y de ellos, y no eran sólo de nuestro equipo de seguridad. Cualquier pez gordo que todavía no se hubiera cagado en los pantalones, estaba tratando de ser un héroe o de proteger su reputación frente a su gente. Muchos de ellos le ordenaron su equipo que los protegieran. Algunos obedecieron, estos pobres asistentes personales de veintitantos años que no habían cogido un arma en toda su vida. No duraron mucho. Pero también hubo algunos peones que se torcieron y se unieron a los atacantes. Ví a uno de esos estilistas, una verdadera loca, clavándole un abrecartas en la boca a una actriz, y también, irónicamente, ví al señor "A Trabajar" intentando arrebatarle una granada al tipo del show de talentos antes de que ésta estallara entre los dos.

Todo era un caos, justo lo que uno se imagina cuando piensa en el fin del mundo. Una parte de la casa estaba en llamas, había sangre por todas partes, cuerpos completos o en pedazos regados sobre los muebles más caros. Me crucé con el chihuahua de la perra malcriada cuando corríamos hacia la salida trasera. Él me miró, yo lo miré. Si él

hubiese podido hablar, seguramente nos habríamos dicho algo como, “¿Qué pasará con tu amo?” “¿Qué pasará con la tuya?” “Que se jodan.” Esa era la actitud de casi todos nosotros, y la razón por la que no había disparado ni un solo tiro en toda la noche. Nos habían pagado para proteger a esa gente rica de los zombies, no de otra gente menos rica que sólo quería un lugar seguro donde refugiarse. Podíamos escuchar cómo gritaban mientras entraban por la puerta del frente. No decían “agarren el trago” o “tírense a esas perras”; decían “¡apaguen el fuego!” y “¡lleven a las mujeres y a los niños arriba!”

Me tropecé con el tipo de la comedia política camino hacia la playa. Él y una mujer, una vieja rubia y estirada que se suponía era su enemiga política, estaban tirados en el piso dándole a eso como si no hubiera un mañana, y bueno, quizá para ellos no lo hubo. Llegué hasta la arena, encontré una tabla de surf que probablemente había costado más que la casa en la que me crié, y comencé a nadar hacia las luces del horizonte. Había muchos barcos en el agua esa noche, un montón de gente saliendo de la ciudad. Confié en que uno de ellos me llevaría al menos hasta el puerto de Nueva York. Con algo de suerte, podría sobornarlos con un par de aretes de diamantes.

[Se bebe de un trago su copa de ron y pide otra.]

Algunas veces me pregunto por qué diablos no se quedaron callados, ¿me entiende? No sólo mi jefe, sino todos esos parásitos mimados. Tenían los recursos necesarios para mantenerse alejados del peligro, ¿entonces por qué no los usaron?; irse para la Antártica o Groenlandia o quedarse donde estaban pero escondidos al ojo del público. Quizá no eran capaces de pensar de otra manera, como un interruptor que no podían apagar. A lo mejor eso fue lo que los convirtió en lo que eran en primer lugar. ¿Cómo diablos voy a saberlo?

[El mesero llega con otro trago, y T. Sean le lanza una moneda plateada.]

“Si lo tienes, muéstralo.”

Aquí llegué

CIUDAD **D**E **H**IELO**, G**ROENLANDIA

[Desde la superficie, lo único visible son los embudos, unas enormes y muy bien construidas trampas para viento que llevan el aire frío y fresco a los trescientos kilómetros de túneles del laberinto que hay más abajo. Quedan muy pocos del cuarto de millón de personas que solían habitar esta maravilla de la ingeniería tallada a mano. Algunos se quedaron para animar el pequeño pero creciente comercio turístico. Algunos viven como custodios, mantenidos por la pensión otorgada por el Comité de Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO. Algunos otros, como Ahmed Farahnakian, antes conocido como el mayor Farahnakian de la Fuerza Aérea Revolucionaria Iraní, no tienen más a dónde ir.]

India y Pakistán. Al igual que con Corea del Norte y del Sur, o la OTAN y el Pacto de Varsovia. Si existían dos países que seguramente iban a usar armas nucleares el uno contra el otro, tenían que ser India y Pakistán. Todo el mundo lo sabía, todo el mundo se lo esperaba, y era por eso exactamente que nunca pasaba nada. Como el peligro era omnipresente, a lo largo de los años se había puesto en marcha una complicada maquinaria para evitarlo. Había una línea directa entre las dos capitales, los embajadores ya se llamaban por su primer nombre, y los generales, políticos, y todos los involucrados en el proceso, estaban entrenados para asegurarse de que el día que todos temían nunca llegara. Nadie podía imaginarse —yo no lo hice— que los hechos se desarrollarían como lo hicieron al final.

La infección no nos había golpeado tan fuerte a nosotros como a los demás países. Nuestra tierra era demasiado montañosa. El transporte era complicado. Nuestra población era relativamente poca; dado el tamaño de nuestro país, y ya que la mayoría de nuestras ciudades podían ser acordonadas por nuestra enorme fuerza militar, no es difícil ver por qué nuestros líderes se mostraban más bien optimistas.

El problema fueron los refugiados, millones de ellos desde el oriente, ¡millones! Como un río a través de Baluchistán, arrasando con nuestras planicies. Muchos de ellos habían sido ya infectados, enjambres cojeantes acercándose a nuestras ciudades. Nuestros guardias fronterizos fueron barridos por completo, instalaciones enteras sepultadas por la oleada de muertos. No había manera de cerrar las fronteras y lidiar con nuestras propias epidemias al mismo tiempo.

Exigimos a los pakistaníes que controlasen a su gente. Nos aseguraron que estaban haciendo todo lo que podían. Sabíamos que estaban mintiendo.

La mayor parte de los refugiados venía desde la India, atravesando Pakistán en un intento de llegar a un lugar más seguro. La gente de Islamabad estaba más que dispuesta a dejarlos pasar. Era mejor dejarle el problema a otro país en lugar de resolverlo ellos mismos. Quizá si hubiésemos unido nuestras fuerzas, organizado una operación conjunta en alguna posición fácil de defender. Sé que pusimos planes de esos sobre la mesa. Las montañas al sur de Pakistán: las Pab, las Kirthar, la cordillera central de Brahui. Podríamos haber detenido a cualquier número de refugiados, o muertos vivientes. Nuestros planes fueron rechazados. Algún paranoico consejero militar en su Embajada nos dijo que cualquier presencia de fuerzas militares en su suelo sería vista como una declaración de guerra. No sé si su presidente alcanzó a ver nuestra propuesta; nuestros líderes nunca hablaron directamente con él. Es lo que le decía sobre la India y Pakistán, el problema es que nosotros no teníamos una relación como esa. La maquinaria diplomática no estaba en su lugar. Ni siquiera sabemos lo que ese coronel comemierda le informó en realidad a su gobierno, ¡pudo haberles dicho que estábamos tratando de invadir sus provincias occidentales!

¿Pero qué podíamos hacer? Todos los días, cientos de miles de personas cruzaban nuestra frontera, ¡y quizá decenas de miles de ellos estaban infectados! Teníamos que actuar de forma decisiva. ¡Teníamos que protegernos!

Hay una carretera que cruza entre los dos países. Es pequeña según sus parámetros, y ni siquiera está pavimentada en algunas partes, pero era la principal arteria terrestre hacia el sur en Baluchistán. Si la cortábamos en un solo lugar, El puente del río Ketch, cerraríamos el 60% de todo el tráfico de refugiados. Yo mismo volé en esa misión, de noche y con muchos escoltas. No se necesitaban intensificadores de imagen. Se podían ver las farolas desde kilómetros de distancia, una delgada línea blanca extendiéndose en la oscuridad. Incluso pude ver los fogonazos de las ramas. El área estaba gravemente infestada. Apunté a los cimientos centrales del puente, que eran la parte más difícil de reconstruir. Las bombas se separaron limpiamente. Eran municiones convencionales, altamente explosivas, apenas lo suficiente para cumplir con el trabajo. Nuestros aviones eran norteamericanos, de la época en que éramos sus aliados más convenientes, y los usamos para destruir un puente construido en suelo extranjero también con ayuda norteamericana. La ironía del asunto no se les escapó a nuestros

comandantes. En lo personal, no podía importarme menos. Tan pronto como sentí que mi Phantom se hacía más ligero, encendí los retroquemadores, esperé el reporte de mi avión observador, y recé con toda mi alma para que los pakistaníes no nos devolvieran el golpe.

Por supuesto, mis plegarias no fueron escuchadas. Tres horas después, sus tropas en Qila Safed atacaron nuestra estación fronteriza. Me enteré después que nuestro presidente y el Ayatollah decidieron no hacer nada más. Habíamos conseguido lo que queríamos, y ellos habían tenido su venganza. Ojo por ojo, rea mejor dejarlo así. ¿Pero quién iba a informar de esa decisión al otro lado? Los radios y códigos de su embajada en Teherán fueron destruidos. Ese coronel hijo de puta se había disparado en la boca antes que revelar cualquier "secreto de estado." No teníamos líneas directas con ellos, ni canales diplomáticos. No sabíamos cómo mas contactar a los líderes pakistaníes. Ni siquiera sabíamos si sus líderes seguían vivos. Era un caos, la confusión se convirtió en ira, la ira nos hizo atacar a nuestros vecinos. Con cada hora, los conflictos aumentaban. Luchas fronterizas, bombardeos. Todo sucedió tan rápido, tres días de guerra convencional, y ninguno de los bandos tenía ningún objetivo específico, sólo ira y pánico.

[Se estremece.]

Creamos una bestia, un monstruo nuclear que ninguno de los dos bandos podía controlar… Teherán, Islamabad, Qom, Lahore, Bandar Abbas, Ormara, Emam Khomeyni, Faisalabad. Nadie sabe cuántos murieron en las explosiones, ni cuando las nubes radioactivas comenzaron a moverse sobre nuestros territorios, sobre la India, sobre Asia suroreintal, sobre el Pacífico, hasta América.

Nadie pensó que eso podría pasar, no entre nosotros. ¡Por Dios, ellos mismos nos habían ayudado a organizar nuestros programas de defensa nuclear! Nos habían vendido los materiales, la tecnología, habían sido los intermediarios con los traficantes de Corea del Norte y los renegados rusos… nosotros nunca habríamos sido una potencia nuclear de no ser por nuestros hermanos musulmanes. Nadie se lo esperaba, pero pensándolo bien, nadie se esperaba tampoco que los muertos se levantaran de nuevo, ¿verdad? Sólo hay alguien que podría haberlo imaginado, y ya no creo en Él.

DENVER**, C**OLORADO**, E**STADOS **U**NIDOS

[Mi tren vá retrasado. Están probando el puente levadizo occidental. A Todd Wainio no parece importarle el tener que esperarme en la plataforma. Estrecho su mano bajo el *Mural de la Victoria,* la imagen más representativa de la experiencia norteamericana en la Guerra Mundial Z. Basado originalmente en una fotografía, la obra muestra a un escuadrón de soldados de pié en la orilla del río Hudson que dá hacia Nueva Jersey, dándole la espalda al observador mientras miran el amanecer sobre Manhattan. Mi anfitrión parece pequeño y frágil al lado de esos enormes iconos bidimensionales. Al igual que casi todos los hombres de su generación, Todd Wainio ha envejecido antes de tiempo. Con una panza amplia, pelo escaso y encanecido, y tres cicatrices profundas y paralelas en su mejilla izquierda, es difícil suponer que este soldado retirado del Ejército de los Estados Unidos está aún, al menos cronológicamente, en sus primeros años de vida.]

El cielo estaba rojo ese día. Era por el humo, la basura que había estado llenando el aire durante todo el verano. Todo se veía envuelto en esta luz de color ámbar, era como mirar al mundo a través de unos anteojos del color del infierno. Así ví por primera vez a Yonkers, un pequeño y deprimido suburbio de clase trabajadora al norte de Nueva York. Creo que nadie jamás había escuchado hablar de ese lugar. Al menos yo no, pero ahora es tan famoso como, digamos, Pearl Harbor… no, no Pearl Harbor… eso fue un ataque sorpresa. Lo nuestro fue más parecido a Little Bighorn, porque nosotros… bueno… al menos la gente a cargo *sí sabía* lo que pasaba, o deberían haberlo sabido. El hecho es que no fue un ataque por sorpresa, la guerra… o la emergencia, o como quieran llamarla… ya había comenzado. Habían pasado, qué, ¿tres meses desde que todo el mundo se había subido al vagón del pánico?

Usted recuerda cómo era todo eso, la gente enloqueciendo… tapiando las entradas de sus casas, robando comida, armas, disparándole a todo lo que se movía. Esos seguramente mataron a más gente, todos esos Rambos, y los incendios, y los accidentes de tránsito y toda esa… toda esa mierda que ahora llamamos el "Gran Pánico"; creo que todo eso mató a más gente que Zack.

Supongo que puedo entender por qué los altos mandos creyeron que una gloriosa batalla final era una buena idea. Querían demostrarle a la gente que todavía tenían el control, querían tranquilizarlos para poder lidiar con el problema de verdad. Los entiendo, y como ellos necesitaban darse su publicidad, yo terminé en Yonkers.

En realidad no era un mal lugar para dar pelea. Parte del pueblo quedaba en un pequeño valle, y justo al otro lado de las colinas pasaba el río Hudson. La avenida del arroyo Saw Mill pasaba justo por el centro de nuestra línea principal de defensa, y los refugiados que salían por la autopista estaban guiando a los muertos directo hacia nosotros. Era un cuello de botella natural, y la idea era buena… la única buena idea que tuvieron ese día.

[Todd saca otro "Q," un cigarrillo hecho con hojas cultivadas en Norteamérica, llamado así porque sólo contiene una cuarta parte de tabaco.]

¿Por qué no nos apostaron en los techos? Había un centro comercial, un par de parqueaderos, grandes edificios con enormes terrazas. Podrían haber puesto un batallón completo sobre la estación del A&P. Habríamos tenido una vista de todo el valle, *y* habríamos estado completamente seguros del ataque. Había un edificio de apartamentos, como de veinte pisos, creo… cada piso tenía una excelente vista hacia la autopista. ¿Por qué no había un equipo de francotiradores en cada ventana?

¿Sabe dónde nos pusieron? Abajo, en la calle, tras un montón de costales de arena y trincheras. Gastamos tanto tiempo, tantas energías preparando esos puestos de combate. Bien "ocultos y cubiertos," según nos dijeron. ¿Ocultos y cubiertos? "Cubiertos" se refiere a una protección física, convencional, contra armas personales y artillería, o explosivos lanzados desde el aire. ¿Algo de eso se aplicaba al enemigo que íbamos a enfrentar? ¿Acaso Zack estaba enviando ataques aéreos o bombas incendiarias? ¡¿Y por qué diablos se estaban preocupando por ocultarnos, cuando la idea era hacer que Zack marchara directo hacia nosotros?! ¡Jodidos viejos imbéciles! ¡Todos ellos!

Estoy seguro de que quienquiera que fueran los que estaban a cargo, debían ser los últimos jodidos Fuldas que quedaban, ya sabe, esos generales que pasaron sus mejores años aprendiendo cómo defender a Alemania Occidental contra Iván. Viejos retrógrados y miopes… seguramente tantos años de guerra en Oriente Medio los tenía con rabia. Tenían que ser ellos, porque todo lo que hicimos ese día apestaba a tácticas de defensa de la Guerra Fría. ¿Sabía que hasta trataron de

excavar pozos de combate para los tanques? Los ingenieros dinamitaron estos enormes huecos en el parqueadero de la estación del A&P.

¿Tenían tanques?

Viejo, teníamos de todo: tanques, Bradleys, Humvees armados con de todo, desde calibres cincuenta hasta estos nuevos morteros pesados Vasilek. Al menos esos *podrían* haber servido de algo. Teníamos Humvees Avenger con misiles Stinger tierra-aire instalados encima, teníamos un sistema portátil AVLB para construir un puente flotante, perfecto para el arroyo de diez centímetros de profundidad que corría al lado de la autopista. Teníamos un montón de vehículos XM5 para guerra electrónica llenos de radares y equipo de interferencia… y… ah sí, también teníamos toda una fila de FOLs, letrinas de campaña, instaladas allí en medio de todo. ¿Para qué? Si la presión del agua todavía era constante y había retretes funcionando en cada casa y edificio de aquel barrio. ¡Tantas cosas que no necesitábamos! Toda esa mierda sólo servía para bloquear el tráfico y para verse bonita, y creo que era precisamente para eso que la tenían allá, para que se viera bonita.

Para la prensa.

¡Claro que sí, debía de haber al menos un reportero por cada dos o tres soldados![21] Estaban en la calle, en camionetas, y no sé en cuántos helicópteros de los noticieros, dando vueltas sobre nosotros… uno pensaría que con tantos helicópteros podrían haber utilizado algunos para rescatar a la gente de Manhattan… por supuesto que todo eso era para la prensa, para mostrarles nuestro poder asesino camuflado de verde… o de café… algunos acababan de regresar del desierto y no habían tenido tiempo de pintarlos. Había tantas cosas que eran sólo para mantener las apariencias, no sólo los vehículos, sino también nosotros. Nos tenían metidos en los MOPP 4, el atuendo protector específico para misiones, unos trajes y máscaras grandes y pesadas que supuestamente nos protegían de ambientes peligrosos y exposición bioquímica.

¿Quizá sus superiores pensaban que el virus se transmitía por el aire?

¿Entonces por qué no protegieron a los reporteros? ¿Por qué nuestros “superiores” no los usaban también, ni nadie más detrás de nuestra línea? Ellos estaban frescos y cómodos metidos en sus UCs mientras nosotros sudábamos bajo capas de caucho, carbón activado, y pesados chalecos antibalas. ¿Y quién fue el genio al que se le ocurrió ponernos

chalecos antibalas? ¿Era porque la prensa había dicho no tuvimos suficientes chalecos en la última guerra? ¿De qué diablos sirve un casco cuando se pelea contra un muerto viviente? ¡Son ellos los que necesitan cascos, no nosotros! Y luego estaban todos esos aparatos de red… el sistema de integración de combate *Land Warrior*. Era toda una serie de artefactos electrónicos que le permitía a cada uno de nosotros conectarse con el resto del equipo, y a los de arriba conectarse directamente con nosotros. A través de tu visor podías descargar mapas, datos de GPS, imágenes de satélite en tiempo real. Podías saber tu localización exacta dentro del campo de batalla, las posiciones de tus compañeros, del enemigo… uno podía ver a través de la videocámara montada en el arma, o la de cualquier compañero, y observar lo que había al otro lado de un arbusto, o doblando una esquina. *Land Warrior* le permitía a cada soldado tener toda la información de un puesto de mando, y le permitía al puesto de mando controlar todos los soldados como una sola unidad. "Netrocéntrico," eso era lo que decían los oficiales todo el tiempo frente a la prensa. "Netrocéntrico" e "hiperguerra." Las palabras se escuchaban bien, pero no servían para un carajo cuando tenías que excavar una trinchera usando el uniforme MOPP completo, chaleco antibalas, el equipo *Land Warrior* y toda la dotación estándar, todo eso en el día más caliente del verano más caliente que se había registrado. No sé cómo hice para mantenerme en pié hasta que Zack apareció.

Al principio era como un cuentagotas, uno o dos de ellos tambaleándose entre los autos abandonados que bloqueaban la autopista desierta. Al menos los refugiados ya habían sido evacuados. Bueno, esa fue otra cosa que hicieron bien. Escoger un lugar estrecho y evacuar a todos los civiles, buen trabajo. Pero todo lo demás…

Zack comenzó a entrar en la primera zona de fuego, el área designada para los MLRS. No escuché cuando dispararon los misiles porque mi casco ahogó el sonido, pero los ví volar directo hacia el objetivo. Ví como hacían un arco hacia abajo y el fuselaje exterior se abría para soltar esas pequeñas bombas ensartadas en cordones de plástico. Son más o menos del tamaño de una granada de mano, antipersonales, con una limitada capacidad antitanques. Se regaron entre los Gs, detonando tan pronto como golpeaban el suelo o alguno de los autos abandonados. Los tanques de combustible estallaron como pequeños volcanes, géiseres de fuego y chatarra que se sumaron a la "lluvia de acero." Voy a ser sincero, fue impresionante, la gente gritaba a través de los micrófonos, yo también, viendo a esos zombies tambalearse y caer al suelo. Yo diría que había como treinta, quizá cuarenta o cincuenta a lo largo de aquel kilómetro y medio de carretera. El primer bombardeo

eliminó tres cuartas partes de ellos.

¿Sólo tres cuartas partes?

[Todd termina su cigarrillo con una larga y violenta aspirada. Inmediatamente saca otro.]

Ajá, y eso debería habernos preocupado mucho. La "lluvia de acero" golpeó a todos y cada uno de ellos, les destrozó las tripas; había órganos y carne regados por todo el maldito lugar, desprendiéndose de sus cuerpos mientras seguían caminando hacia nosotros… pero impactos en la cabeza… había que destruir el cerebro, no el cuerpo, y en tanto les quede un pensadero completo y algo de movilidad… algunos seguían caminando, otros habían quedado muy mal y se arrastraban. Sí, deberíamos habernos preocupado mucho, pero no había tiempo.

El cuentagotas se había convertido en un arroyo. Más Gs, docenas de ellos, apretujados entre los autos incendiados. Algo curioso sobre Zack… uno se imaginaba que estarían vestidos con sus mejores ropas. Así era como los mostraban en la televisión, sobre todo al principio… Gs con traje de ejecutivo y ropa de trabajo, como una muestra representativa de la Norteamérica de todos los días, sólo que muertos. Así no era como se veían. Casi todos los infectados, los primeros infectados, los de la primera epidemia, murieron en el hospital o en sus camas en casa. Casi todos llevaban esas batas de hospital, o pijamas. Algunos iban en bóxer o ropa interior… o desnudos, muchos tenían todo afuera. Uno podía verles las heridas, las marcas resecas sobre el cuerpo, unos huecos que te daban escalofríos incluso con el calor del uniforme.

La segunda "lluvia de acero" no tuvo ni la mitad del impacto que la primera porque ya no quedaban tanques de combustible en los autos, y todos esos Gs apretujados se cubrían los unos a los otros de una posible herida en la cabeza. Yo no tenía miedo, aún no. Quizá ya no estaba tan firme, pero estaba seguro de que me recuperaría cuando Zack entrara en la zona de fuego de la artillería.

Una vez más, no pude escuchar el fuego de los Paladins en las colinas detrás de nosotros, pero sí ví y escuché cuando las municiones aterrizaron. Eran HE 155 estándar, núcleos explosivos con cubiertas de fragmentación. ¡Hicieron mucho menos daño que los misiles!

¿Por qué?

En primer lugar, no hay efecto de globo. Cuando una bomba estalla

cerca de uno, hace que los líquidos del cuerpo comiencen a hervir, literalmente te estalla como un globo. Eso no le pasa a Zack, quizá porque tienen menos fluidos corporales que nosotros, o porque sus fluidos son como gelatina. No sé. Pero no les hizo ni mierda, y tampoco sufren de TNR.

¿Qué es el TNR?

Trauma Nervioso Repentino, creo que así se llama. Es otro de los efectos de las explosiones a corta distancia. El trauma es tan grande a veces, que todos los órganos, el cerebro, todo junto, simplemente se desconectan, como si Dios te apagara el interruptor. Tiene algo que ver con los impulsos eléctricos o algo así. No sé, no soy un maldito doctor.

Pero eso no les sucedió.

¡Ni a uno! Bueno… no me malinterprete… Zack tampoco venía brincando por entre las bombas sin sufrir daño. Vimos cuerpos volando a la mierda, dando vueltas en el aire, partidos en pedazos, algunas cabezas sueltas con ojos y bocas que todavía se movían, volando por el aire como jodidos corchos de champaña… los estábamos acabando, claro, ¡pero no tan rápido ni tantos como necesitábamos!

Ahora parecíamos mirando un río, una inundación de cuerpos, cojeando, gimiendo, pisoteando los restos de sus hermanos mientras avanzaban perezosamente hacia nosotros como una ola en cámara lenta.

La siguiente zona de fuego era la del armamento pesado, los cañones 120 de los tanques y los Bradleys con sus ametralladoras y misiles FOTT. Los Humvees también abrieron fuego, con morteros y misiles y Mark-19s, que son como metralletas pero que disparan granadas. Los Comanches pasaron silbando casi a centímetros sobre nuestras cabezas, con ametralladoras, Hellfires y paquetes de cohetes Hydra.

Era una maldita máquina de moler carne, un aserradero, y una nube de materia orgánica pulverizada flotaba como aserrín sobre la horda.

Nada puede sobrevivir a esto, pensé, y por un momento, parecía que tenía razón… hasta que el fuego comenzó a agotarse.

¿Comenzó a agotarse?

Se acabó, no fue suficiente…

[Se queda en silencio por un segundo, y luego, enojado, me mira fijamente.]

Nadie pensó en eso, *¡nadie!* ¡Y que no me salgan con cuentos sobre recortes de presupuesto y escasez de suministros! ¡Lo único que escaseó ese día fue el maldito sentido común! A ninguno de esos imbéciles de cuatro estrellas, graduados de la Academia Militar de West Point y con el culo lleno de medallas se le ocurrió decir, "Hey, tenemos un montón de armas impresionantes, ¡¿¡las mandamos con suficiente mierda para disparar!?!" Nadie pensó en cuántas rondas de artillería se necesitarían para mantener las operaciones por varias horas, cuántos misiles para los MLRS, cuántos cilindros de metralla… los tanques tenían estas cosas llamadas cilindros de metralla… imagínese un cartucho de escopeta gigante. Disparaban un montón de bolitas de tungsteno… no eran perfectas, ya sabe, se desperdiciaban como cien bolas por cada G que aniquilaban, pero mierda, ¡al menos servían de algo! Cada Abrams tenía sólo tres de esas, *¡tres!* ¡Tres, cuando podían cargar cuarenta! ¡El resto eran municiones estándar de HEAT o SABOT! ¿Usted sabe lo que pasa cuando una "Bala de Plata," un dardo antiblindaje de uranio empobrecido, golpea un grupo de muertos vivientes? ¡Nada! ¿Sabe lo que se siente ver un tanque de sesenta y tantas toneladas disparándole a una multitud sin ningún jodido efecto? ¡Tres cilindros de metralla! ¿Y dónde estaban las saetas? Esa era el arma de la que más se hablaba en esos días, saetas, paquetes de pequeñas púas de acero que convierten instantáneamente a cualquier arma en una regadera. Hablábamos de ellas como si fueran un invento nuevo, pero las teníamos desde, a ver, desde Corea. Podíamos cargarlas en los cohetes Hydra y en los Mark-19. Sólo imagínese eso, un sólo 19 disparando trescientas cincuenta rondas por minuto, ¡y cada ronda formada por más de cien[22] agujas! Quizá no habría bastado para cambiar las cosas… pero… ¡Maldita sea!

El fuego se agotaba, y Zack seguía llegando… y el miedo… se sentía en todas partes, en las órdenes de los líderes de escuadrón, en las acciones de los tipos a mi alrededor… Esa vocecita en la parte de atrás de tu cabeza que no deja de repetir "Oh mierda, oh mierda."

Nosotros estábamos en la última línea de defensa, y no habían pensado en nosotros a la hora de repartir armas y municiones. Se suponía que nos tocaría lidiar con uno que otro G que lograra pasar a través de la paliza de las armas pesadas. Se esperaban que cuando mucho, un tercio de nosotros tendría que disparar, y que ni una décima parte de nosotros tendría que matar algo.

Se nos vinieron encima por miles, desbordándose por los rieles laterales de la carretera, por los callejones, alrededor de las casas, a través de ellas… eran tantos, y sus gemidos tan fuertes, que se oían a través de los cascos.

Quitamos los seguros, apuntamos, llegó la orden de disparar… yo era un artillero de una SAW[23], una ametralladora ligera que se debe disparar en ráfagas cortas y controladas, no más largas de lo que uno tarda en decir "muérete hijo de puta." La primera ráfaga salió muy baja. Le dí a uno directo en el pecho. Lo ví salir volando hacia atrás, golpear el asfalto, y luego pararse como si nada hubiese pasado. Amigo… cuando ellos se levantan…

[El cigarrillo se ha consumido hasta casi tocar los dedos. Todd lo deja caer y lo pisa sin mirarlo.]

Hice lo que pude para controlar mis ráfagas y mis esfínteres. "Sólo apunta a la cabeza," me repetía todo el tiempo. "Tranquilízate, sólo apunta a la cabeza." Y todo el tiempo mi SAW seguía repitiendo "muérete hijo de puta, muérete."

Podríamos haberlos detenido, debimos hacerlo, sólo hacía falta un tipo con un rifle, ¿eso es todo lo que se necesita, no? Soldados profesionales, francotiradores entrenados… ¿Cómo pudo pasar? Los críticos y un montón generales de escritorio que ni siquiera estuvieron allí siguen preguntándoselo. ¿Creen que es tan simple? ¿Piensan que después de haber sido "entrenados" toda la vida para disparar al centro del cuerpo, vamos a ser capaces de lograr un tiro perfecto a la cabeza así como así? ¿De verdad piensan que es fácil recargar un proveedor o desatascar un arma con esas camisas de fuerza y esos cascos asfixiantes que nos dieron? ¿Creyeron que después de ver las más grandes maravillas de la ciencia militar irse al diablo con toda su tecnología, después de haber vivido los tres meses del Gran Pánico y ver cómo que lo que dábamos por cierto era devorado por un enemigo que ni siquiera se suponía que debía existir, íbamos a mantener la maldita cabeza fría y un puto dedo firme en el gatillo?

[Me señala con el dedo.]

¡Bueno, pues sí lo hicimos! ¡Continuamos allí haciendo nuestro trabajo, e hicimos pagar a Zack por cada maldito centímetro que avanzó! Quizá si hubiésemos tenido más hombres, o más municiones, o si nos hubiesen dejado concentrar en nuestro trabajo…

[Su dedo se retrae de vuelta hacia su mano.]

Land Warrior, el avanzado, costoso, hipermejorado y netroputocéntrico *Land Warrior*. La cosa ya estaba muy mal con sólo ver lo que teníamos al frente, pero las imágenes de satélite nos estaban mostrando al mismo tiempo lo enorme que era aquella horda. Estábamos frente a miles de ellos, ¡pero detrás venían millones! ¡Recuerde que pretendíamos limpiar la mayor parte de la infestación de Nueva York! ¡Aquella era sólo la cabeza de una larguísima serpiente que se extendía hasta la maldita Times Square! No necesitábamos ver eso. ¡Yo no tenía por qué enterarme de eso! La vocecita asustada ya no era tan pequeña. "¡Oh mierda, OH MIERDA!" Y de pronto ya no estaba sólo en mi cabeza. También la escuchaba en mis audífonos. Cada vez que a algún idiota se le olvidaba controlar su boca, *Land Warrior* se aseguraba de que todos los demás lo escucháramos. "¡Son demasiados!" "¡Tenemos que salir de aquí!" Alguien de algún otro pelotón, no recuerdo su nombre, comenzó a gritar "¡Le dí en la cabeza y no se murió! ¡No se mueren ni cuando les dan en la cabeza!" Seguramente el tiro no le pegó al cerebro, puede pasar, la bala se tuerce raspando el interior del cráneo… quizá si hubiese mantenido la calma y usado su propio cerebro, se habría dado cuenta de eso. El pánico es un germen más contagioso que el virus Z, y las maravillas del *Land Warrior* permitieron que ese germen se propagara por el aire. "¿Qué?" "¿No se mueren?" "¿Quién dijo eso?" "¿Le diste en la cabeza?" "¡Hijos de puta! ¡Son invencibles!" Eso era lo que se escuchaba por toda la red, mojando pantalones a través de la superautopista de la información.

"¡Todos mantengan la calma!" gritó alguien. "¡Conserven las filas! ¡Desconéctense de la red!" la voz de un viejo, era obvio, pero de pronto fue ahogada por un grito, y mi en visor, y seguramente en el de todos los demás, apareció la imagen de un montón de sangre saliendo de una boca con los dientes podridos. La señal provenía de un tipo en el jardín de una casa detrás de nosotros. Los dueños seguramente dejaron algunos familiares reanimados allí encerrados cuando evacuaron el lugar. Quizá la onda de las explosiones debilitó la puerta o algo así, porque salieron en manada justo sobre aquel pobre infeliz. La cámara de su arma grabó todo el asunto, y cayó al suelo enfocando justo en el ángulo perfecto. Eran cinco, un hombre, una mujer, tres niños. Lo tenían en el suelo de espaldas, el hombre apoyado sobre su pecho, los niños agarrándolo de los brazos y tratando de morderlo a través del chaleco. La mujer le arrancó el casco, uno podía ver el terror en su cara. Nunca voy a olvidar el grito que pegó cuando le arrancó el labio inferior de un mordisco. "¡Están detrás!" gritó alguien más. "¡Están saliendo de las casas! ¡Las líneas no funcionan! ¡Están en todas partes!" De pronto

la imagen se apagó, alguien arriba la interrumpió, y la voz, la voz del viejo, regresó… "¡Desconéctense de la red!" nos ordenó, haciendo un gran esfuerzo por sonar tranquilo, y luego la señal desapareció.

Estoy seguro de que debió tomarles más de unos segundos, tenía que ser así, incluso si estaban justo sobre nuestras cabezas, pero pareció que justo al mismo tiempo que nos cortaron la comunicación, el cielo se llenó con el rugido de los JSFs.24 No alcancé a ver cuando liberaron su carga. Yo estaba en el fondo de mi trinchera maldiciendo al ejército y a Dios, y a mis propias manos por no haberla cavado más profunda. La tierra tembló y el cielo se oscureció. Había escombros por todos lados, tierra y cenizas, y mierda en llamas volando sobre mi cabeza. Sentí algo que chocó contra mi espalda, algo blando y pesado. Me di la vuelta. Era una cabeza y un torso, achicharrado y echando humo, ¡y todavía tratando de morderme! Lo alejé de una patada y salí corriendo de mi agujero apenas unos segundos después de la última JSOW25.

Me encontré con una nube de humo negro en el lugar donde había estado la horda. La autopista, las casas, todo estaba cubierto por esta nube de oscuridad. Recuerdo que ví a otros tipos saliendo de sus trincheras, asomándose por las trampillas de los tanques y los Bradleys, todos mirando hacia esa oscuridad. Hubo un silencio, una calma que, al menos en mi mente, duró por horas.

Pero entonces salieron, ¡de entre el humo, como la maldita pesadilla de algún niño! Algunos humeaban, otros todavía estaban ardiendo… algunos de ellos caminaban, otros se arrastraban, algunos sólo se retorcían sobre sus panzas abiertas sin piernas… quizá uno de cada veinte seguía moviéndose, lo que dejaba… mierda… ¿unos dos mil? Y detrás de ellos, mezclándose entre sus filas y avanzando constantemente hacia nosotros, ¡los millones que el ataque aéreo ni siquiera había tocado!

Allí fue cuando la línea colapsó. No lo recuerdo todo claramente. Lo veo como una serie de fotografías: gente corriendo, soldados, reporteros. Recuerdo a un reportero con un mostacho tipo Sam Bigotes sacando una Beretta de su chaqueta justo antes que tres Gs en llamas lo derribaran… Recuerdo a un tipo que abrió a la fuerza la puerta de una camioneta del noticiero, saltó adentro, echó a la calle a una bonita reportera rubia y trató de alejarse, pero un tanque los aplastó a los dos. Dos helicópteros de las noticias se chocaron en el aire, bañándonos con su propia lluvia de acero. El piloto de uno de los Comanches… un valiente hijo de puta… trató de barrer con su rotor la ola de Gs que se nos venía encima. La hoja abrió un surco entre aquella masa antes de

atascarse contra un auto y arrojar todo el helicóptero contra la estación del A&P. Disparos… disparos al azar… un bala me pegó en el esternón, en el centro del chaleco antibalas. Sentí como si chocara corriendo contra un muro, aunque no me estaba moviendo. Me tiró al suelo, casi no podía respirar, y justo en ese momento a algún idiota se le ocurrió lanzar una granada aturdidora justo frente a mí.

El mundo se volvió todo blanco, me silbaban los oídos. Me congelé… Unas manos me agarraron, me cogieron por los brazos. Comencé a patear y a dar puños, mi entrepierna estaba mojada y caliente. Grité pero no podía oír ni mi propia voz. Más manos, mucho más fuertes, estaban tratando de arrastrarme a alguna parte. Pateé, me retorcí, grité, lloré… de pronto un puño me pegó de lleno en la mandíbula. No me noqueó, pero me relajé de inmediato. Eran mis compañeros. Zack no pega puños. Me llevaron hasta el Bradley más cercano. Había recuperado mi visión lo suficiente como para ver la línea de luz que desaparecía al cerrarse la puerta.

[Todd saca otro Q, pero de pronto se arrepiente.]

Yo sé que a los "historiadores profesionales" les gusta decir que Yonkers fue una "falla catastrófica de la maquinaria militar moderna," que comprobó ese adagio de que los ejércitos aprenden cómo combatir en una guerra sólo cuando ya está comenzando la siguiente. En lo personal, creo que no tienen ni puta idea. Claro, no estábamos bien preparados, nuestro equipo, nuestro entrenamiento, todo lo que le acabo de decir, todo fue una metida de patas de primera. Pero el arma que más falló no fue ninguna de las que salen de las líneas de producción. Es una tan vieja como… no sé, supongo que tan vieja como la guerra misma. Es el miedo, amigo, sólo el miedo; y uno no tiene que ser el maldito Sun Tzu para saber que la guerra no se gana matando o lastimando al del otro lado, se gana metiéndole miedo hasta que decida que no quiere seguir peleando. Destruir sus espíritus, eso es lo que intenta todo buen ejército, desde la pintura en la cara hasta el "blitzkrieg" y hasta… ¿Cómo fue que llamamos al primer ataque de la Segunda Guerra del Golfo? ¿"Sorpresa y Temor"? ¡Un nombre perfecto, "Sorpresa y Temor"! ¿Pero qué pasa si el enemigo no puede ser sorprendido y atemorizado? No porque no quieran, ¡sino que biológicamente *no se puede hacer*! Eso fue lo que pasó ese día en las afueras de Nueva York, esa fue la falla que casi nos cuesta toda la maldita guerra. El hecho de que no pudimos sorprender y atemorizar Zack se devolvió como un boomerang y nos pegó en la cara, ¡y permitió que Zack nos sorprendiera y nos atemorizara a nosotros! ¡Ellos no sienten miedo! ¡Sin importar lo que hagamos, sin importar a cuántos

matemos, ellos nunca, nunca van a tener miedo!

Se suponía que Yonkers sería el momento en que le devolveríamos la esperanza al pueblo de Norteamérica, y en vez de eso, prácticamente les dijimos que podían despedirse y morirse. De no ser por el Plan Sudafricano, todos nosotros estaríamos cojeando y gimiendo en este momento.

Lo último que recuerdo fue que el Bradley salió volando como si fuera un carrito de juguete. No sé dónde cayó la bomba, pero estoy seguro de que fue cerca. Si hubiese estado parado allí afuera cuando cayó, expuesto, no estaría contando en cuento aquí hoy.

¿Alguna vez ha visto los efectos de una bomba termobárica? ¿Alguna vez se lo ha preguntado a alguien con estrellas doradas en los hombros? Le apuesto mis bolas a que nunca le van a contar toda la verdad. Le van a decir sobre el calor y la presión, la bola de fuego que se sigue expandiendo sin parar, explotando, y literalmente aplastando y quemando todo lo que encuentra en su camino. Calor y presión, eso es lo que quiere decir la palabra termobárico. ¿Suena bastante mal, no? Lo que nadie le vá a contar es lo que pasa justo después, cuando el vacío creado por la bola de fuego se contrae. Cualquiera que haya quedado vivo sentirá que el aire se le sale de los pulmones, o —y esto *nunca* lo van a admitir frente a nadie— se le saldrán los pulmones por la boca. Por supuesto, nadie vá a quedar vivo para contarle una historia de horror de esas, y quizá por eso el Pentágono ha tenido tanto éxito en cubrir la verdad, pero si alguna vez vé a alguien con una foto de un G, o un espécimen en vivo y en directo, con las bolsas de aire y las tuberías colgándole de la boca abierta mientras camina, asegúrese de darles mi número. Siempre estoy dispuesto para hablar con otro veterano de Yonkers.

CAMBIANDO LA MAREA

ISLA **R**OBBEN**,** **P**ROVINCIA **D**EL **C**ABO**,** **E**STADOS **U**NIDOS **D**E **S**UDÁFRICA

[Xolelwa Azania me recibe tras su escritorio, ofreciéndome su

lugar para que pueda disfrutar de la brisa marina que entra por su ventana. Se disculpa por el "desorden" e insiste en organizar las notas que cubren su escritorio antes de que continuemos. El señor Azania vá por la mitad del tercer volumen de *El Puño del Arco Iris: Sudáfrica en Guerra.* Dicho volumen trata precisamente del tema que nos ocupa, el momento en que empezamos a enfrentar a los muertos vivientes, el momento en el que su país se salvó de caer al precipicio.]

Desapasionado, una palabra bastante mundana para describir a uno de los personajes más controversiales de la historia. Algunos lo adoran como su salvador, y otros lo detestan como a un monstruo, pero si uno llegó a conocer a Paul Redeker, si alguna vez discutió con él su visión del mundo y los problemas, o mejor aún, las soluciones a los problemas que lo aquejan, probablemente la palabra que más se acomodaba a la impresión que uno se llevaba era *desapasionado.*

Paul siempre creyó, bueno, quizá no siempre, pero al menos sí en su vida adulta, que la falla fundamental de la humanidad eran sus emociones. Él solía decir que el corazón sólo debía existir para bombearle sangre al cerebro, y que cualquier otra cosa era un desperdicio de tiempo y de energía. Sus ensayos de la Universidad, todos dedicados a "soluciones alternativas" a los problemas sociales de la historia, fueron lo que le ganó por primera vez la atención del gobierno del apartheid. Muchos psicobiógrafos han tratado de calificarlo de racista, pero, en sus propias palabras, "el racismo es un lamentable subproducto de un pensamiento irracional." Otros han discutido que para que un racista odie a un grupo, al menos debe amar a otro. Redeker creía que tanto el amor como el odio eran irrelevantes. Para él, eran "impedimentos de la condición humana," y, otra vez en sus propias palabras, "imagínese lo que podríamos lograr si tan sólo la raza humana pudiese desechar su humanidad." ¿Malvado? Muchos lo calificaron así, mientras que otros, particularmente esa pequeña elite que manejaba el poder en Pretoria, decían que era "una fuente invaluable de intelecto liberal."

Fue al principio de los años 80s, una época crítica para el gobierno del apartheid. El país descansaba en un lecho de espinas. Teníamos el ANC, teníamos el Partido Libertador Inkatha, y hasta los elementos de extrema derecha de los afrikáners, que lo que más deseaban era una revolución abierta para iniciar un exterminio racial. En todas sus fronteras, Sudáfrica sólo limitaba con naciones hostiles, y en el caso de Angola, enfrentaba una guerra civil apoyada por los soviéticos y peleada por los cubanos. Súmele a eso un aislamiento de casi todas las

democracias occidentales (lo que también incluía un embargo de armas) y verá que no era ninguna sorpresa que los de Pretoria estuviesen buscando un plan para poder sobrevivir.

Por eso solicitaron la ayuda del señor Redeker, para revisar y actualizar el ultra secreto "Plan Naranja." El "naranja" había sido creado desde que el gobierno del apartheid había subido al poder por primera vez, en 1948. Era el plan de acción para el fin del mundo según la minoría blanca del país, un plan para lidiar con un eventual levantamiento hostil de toda la población de nativos africanos. A lo largo de los años había sido actualizado con nuevas estrategias según el desarrollo de la región. Con cada década, la situación se había vuelto más difícil. Con las declaraciones de independencia de los estados vecinos y el creciente clamor de libertad de sus propios pobladores, la gente de Pretoria se dio cuenta de que un enfrentamiento no sólo significaría el fin del gobierno afrikáner, sino la muerte para los afrikáners mismos.

Ahí fue cuando entró Redeker. Su revisión del Plan Naranja, terminada justo a tiempo en 1984, era la mejor estrategia de supervivencia para el pueblo afrikáner. No ignoró ninguna variable. Índices de población, terreno, recursos, logística… Redeker no sólo actualizó el plan para incluir el programa de armas químicas de Cuba y la capacidad nuclear de su propio país, sino que también, y esto fue lo que hizo del "Naranja Ochenta y Cuatro" tan importante históricamente, incluyó la decisión de cuáles afrikáners serían salvados y cuáles debían ser sacrificados.

¿Sacrificados?

Redeker creía que el tratar de salvar a todo el mundo llevaría los recursos del gobierno hasta su punto de quiebre, y eso condenaría a toda la población. Lo comparó con unos sobrevivientes de un naufragio que hacen volcar un bote salvavidas porque no hay espacio suficiente para todos. Redeker ya había calculado quiénes debían "subir a bordo." Consideró niveles de ingreso, CI, fertilidad, y toda una lista de "cualidades deseables," incluyendo la ubicación del sujeto respecto a una posible zona de crisis. "La primera víctima del conflicto deben ser nuestros propios sentimientos," fue la última frase de su propuesta, "porque su supervivencia será la causa de nuestra destrucción."

El Naranja Ochenta y Cuatro era un plan brillante. Era claro, lógico, eficiente, y convirtió a Paul Redeker en uno de los hombres más odiados de Sudáfrica. Sus principales enemigos fueron algunos de los afrikáners más radicales, los ideólogos raciales y los extremistas religiosos. Después, tras la caída del apartheid, su nombre comenzó a circular

entre la población en general. Por supuesto, fue invitado a asistir a los encuentros de "Verdad y Reconciliación," y por supuesto rechazó las invitaciones. "No voy a fingir que tengo un corazón sólo para salvar mi pellejo," declaró él públicamente, añadiendo, "Sin importar lo que haga, estoy seguro de que ellos vendrán a buscarme."

Y lo hicieron, aunque seguramente no fue de la forma en que Redeker se lo esperaba. Fue durante nuestro propio Gran Pánico, que empezó varias semanas antes que el de ustedes. Redeker estaba encerrado en su cabaña de Drakensberg, la cual había comprado con sus ganancias como asesor de finanzas. Le gustaban las finanzas, ya sabe. "Un solo objetivo, y sin alma," solía decir él. No se sorprendió cuando la explosión arrancó la puerta de sus bisagras y los agentes de la Agencia Nacional de Inteligencia entraron corriendo. Verificaron su nombre, su identidad, y sus acciones pasadas. Le preguntaron sin más ceremonia si él había sido el autor del Naranja Ochenta y Cuatro. Les respondió sin emoción, por supuesto. Él había esperado, y aceptado, aquella intromisión como un último acto de venganza; el mundo se iba a ir al infierno de todas maneras, así que por qué no despacharse primero a algunos "demonios del apartheid." Lo que nunca se imaginó era que los agentes de la ANI iban a bajar sus armas y a quitarse las máscaras. Eran de todos los colores: negros, asiáticos, mestizos, y hasta un blanco, un afrikáner enorme que fue el primero en adelantarse, y sin decirle ni su nombre ni su rango, preguntó de repente…"Tú tienes un plan para esto, amigo, ¿no es cierto?"

En efecto, Redeker había estado trabajando en su propia solución para la epidemia de los muertos vivientes. ¿Qué otra cosa podía hacer en aquel escondite aislado? Lo había hecho como un ejercicio intelectual; pensaba que de todas maneras no quedaría nadie vivo para leerlo. No le había puesto nombre, como explicó después "porque los nombres sólo existen para distinguir unas cosas de otras," y hasta aquel momento, no existía ningún otro plan como el suyo. Una vez más, Redeker había considerado todas las variables posibles, no sólo la situación estratégica del país, sino también la psicología, comportamiento, y la "doctrina de combate" de los muertos vivientes. Aunque uno puede encontrar los detalles del "Plan Redeker" en cualquier biblioteca pública del mundo, estos son algunos de los principios fundamentales que él les expuso:

Primero que todo, no había manera de salvar a todo el mundo. La epidemia ya estaba fuera de control. Las fuerzas armadas habían sido demasiado debilitadas como para contener la amenaza de forma efectiva, y dispersas como estaban por todo el país, sólo se debilitarían más con cada día. Nuestras fuerzas debían ser consolidadas, reunidas

en una “zona segura,” la cual, idealmente, debía estar aislada por algún obstáculo natural como montañas, ríos, o incluso en una isla en alta mar. Una vez concentradas en esa zona, las fuerzas armadas podrían dedicarse a erradicar la infestación dentro de sus límites y luego usar todos los recursos disponibles para defenderla de futuros ataques de los muertos vivientes. Esa era la primera parte del plan, y tenía tanto sentido como cualquier otra retirada militar.

La segunda parte del plan tenía que ver con la evacuación de los civiles, y no podría haber sido diseñada por nadie más que Redeker. En su mente, sólo una pequeña parte de la población podía ser evacuada hacia esa zona segura. Esas personas serían salvadas no sólo para proveer la fuerza laboral para la eventual recuperación tras la guerra, sino también para preservar la legitimidad y estabilidad del gobierno, para probarles a los que ya estaban en la zona, que el gobierno estaba “cuidando de su gente.”

Había otra razón para realizar esta evacuación parcial, una razón absolutamente lógica e inherentemente oscura que, como muchos creen, le aseguró a Redeker un puesto en el pedestal más alto del panteón del infierno. Las personas que iban a ser abandonadas debían llevarse a “zonas aisladas” especiales. Serían usadas como “carnada humana,” distrayendo a los muertos vivientes y evitando que siguieran al ejército hacia la zona segura. Redeker sostuvo que estos refugiados, aislados y sanos, debían mantenerse vivos, bien defendidos, e incluso bien abastecidos de ser posible, para mantener las hordas de muertos vivientes distraídas en un solo lugar. ¿Alcanza a ver la genialidad, el horror? Esas personas serían mantenidas como prisioneros porque “cada zombie que aceche a esos sobrevivientes, será un zombie menos atacando nuestras defensas.” Ese fue el momento en que el agente afrikáner miró a Redeker, se persignó, y dijo, “que Dios se apiade de ti.” Otro dijo, “que Dios se apiade de todos nosotros.” Era el negro que parecía estar a cargo de la operación. “Ahora vamos a sacarlo de aquí.”

En pocos minutos iban en helicóptero rumbo hacia Kimberley, la misma base subterránea en la que Redeker había escrito el Naranja Ochenta y Cuatro. Fue llevado a toda prisa a una reunión de los miembros sobrevivientes del gabinete presidencial, donde su informe fue leído en voz alta. Debería haber escuchado aquel escándalo, y la voz más fuerte era la del Ministro de la Defensa. Era un zulú, un hombre violento que habría preferido estar luchando en las calles, y no escondiéndose en un búnker.

El vicepresidente estaba más preocupado por el posible efecto en las

relaciones públicas. No quería ni imaginarse el problema que enfrentarían si los detalles de aquel plan llegaban a saberse entre el público en general.

El presidente se sentía como si Redeker lo hubiese insultado personalmente. Literalmente agarró del cuello al Ministro de Seguridad Interior y exigió saber por qué habían llevado allí a aquel criminal de guerra del apartheid.

El ministro alegó que no sabía por qué estaban todos tan enojados, especialmente porque la orden de buscar a Redeker había salido desde la presidencia.

El presidente levantó las manos y gritó que él nunca había dado tal orden, y entonces, desde algún lugar en el salón, una suave voz dijo, "yo la dí."

Había estado sentado contra la pared del fondo; ahora estaba de pié, aunque encorvado por la edad y apoyado en dos bastones, pero con un espíritu tan fuerte y vital como siempre lo había tenido. El anciano estadista, el padre de nuestra nueva democracia, el hombre cuyo nombre en su lengua natal había sido Rolihlahla, y que algunos traducían simplemente como "El Alborotador." Cuando se paró, todos los demás se sentaron, todos excepto Paul Redeker. El anciano lo miró fijamente, sonrió con esa cálida sonrisa tan conocida en todo el mundo, y dijo, "Molo, mhlobo wam." "Saludos, hombre de mi tierra." Se acercó lentamente a Paul, de espaldas a todos los gobernantes de Sudáfrica, tomó las hojas de las manos del afrikáner y dijo con una voz que de repente sonó viva y juvenil, "Este plan salvará a nuestra gente." Luego, señalando a Paul, dijo, "Este hombre salvará a nuestra gente." Y luego llegó ese momento, el momento que los historiadores discutirán hasta que el asunto desaparezca de nuestra memoria. Abrazó al afrikáner. Para cualquier observador, aquel era sólo uno de sus famosos abrazos de oso, pero para Paul Redeker… Yo sé que la mayoría de los psicobiógrafos siguen presentándolo como un hombre desalmado. Esa es la idea más aceptada. Paul Redeker: sin sentimientos, sin compasión, sin corazón. Pero uno de nuestros autores más respetados, un biógrafo y buen amigo de Biko, sostiene que Redeker era en realidad un hombre muy sensible, de hecho, dice que era demasiado sensible como para haber vivido en la Sudáfrica del apartheid. Él insiste que la lucha de Redeker contra las emociones era la única forma que tenía de mantener su cordura frente a todo el odio y la brutalidad que veía todos los días. No se sabe casi nada de la niñez de Redeker, si acaso conoció a sus padres, o fue criado por el estado, si acaso tenía amigos o fue amado

por alguien. Aquellos que trabajamos con él, no recordamos haberlo visto nunca en ningún tipo de relación social, ni expresando físicamente ningún tipo de emoción. El abrazo del padre de nuestra nación, esa emoción genuina atravesando su armadura impenetrable…

[Azania sonríe nostálgicamente.]

Quizá todo esto es demasiado sentimentalismo. Quizá sí era un monstruo sin corazón, y el abrazo del anciano no tuvo ningún efecto. Pero puedo decirle que ese fue el último día que vieron a Paul Redeker. Incluso hasta hoy, nadie sabe qué pasó con él en realidad. Ahí es cuando entro yo en la historia, en esas caóticas semanas en que el Plan Redeker fue implementado en todo el país. Tuve que esforzarme para convencerlos, pero cuando por fin aceptaron que yo había trabajado por muchos años junto a Paul Redeker, y, lo más importante, que entendía su forma de pensar mucho mejor que cualquier persona viva en Sudáfrica, ¿cómo iban a rechazarme? Trabajé en el plan de retirada, y después, durante los meses de la consolidación y hasta el final de la guerra. Al menos mis servicios fueron bien apreciados, de lo contrario, ¿por qué me habrían asignado un retiro tan lujoso? **[Sonríe.]** Paul Redeker, un ángel y un demonio. Algunos lo odian, otros lo adoran. ¿Yo? Yo sólo le tengo lástima. Si todavía está vivo, en alguna parte, espero sinceramente que haya encontrado la paz.

[Después de un abrazo de despedida con mi anfitrión, soy escoltado hacia el ferry que me llevará al continente. Me asombra la seguridad que veo mientras devuelvo mi escarapela de visitante. Un enorme guardia afrikáner me fotografía de nuevo. "Tenemos que ser muy cuidadosos, amigo," me dice, entregándome mi pluma. "Mucha gente allá afuera quiere mandarlo directo al infierno." Firmo al lado de mi nombre, bajo un encabezado que dice: Instituto Psiquiátrico de Robben Island. Nombre del paciente que vino a visitar: Paul Redeker.]

ARMAGH**, I**RLANDA

[Aunque no es católico, Philip Adler se ha unido a las filas de fieles que visitan el refugio de emergencia del Papa. "Mi esposa

es bávara," me explica en el bar del hotel. "Juró venir en peregrinaje a la Catedral de San Patricio." Es la primera vez que salen de Alemania desde el final de la guerra. Nuestro encuentro fue accidental. A él no le importa que use mi grabadora.]

Hamburgo estaba completamente infestado. Estaban en las calles, en los edificios, salían del Neuer Elbtunnel. Tratamos de sellarlo con vehículos civiles, pero pasaban retorciéndose a través de cualquier abertura como gusanos gordos y ensangrentados. También estábamos llenos de refugiados. Habían llegado incluso desde Sajonia, pensando que podrían escapar por mar. Los barcos habían zarpado hacía mucho, y el puerto era un caos. Había más de mil refugiados atrapados en la planta del Reynolds Aluminiumwerk y por lo menos tres veces más en la Terminal del Eurokai. No tenían comida ni agua, y sólo esperaban allí a ser rescatados, con los muertos acumulándose en el exterior, y no sé cuántos infectados en el interior.

La costa estaba abarrotada de cadáveres, pero eran cadáveres que se seguían moviendo. Los empujábamos hacia el mar con cañones de agua antimotines; así ahorrábamos municiones y manteníamos las calles limpias. Fue una buena idea, hasta que la presión de las tuberías despareció. Habíamos perdido a nuestro oficial al mando dos días antes… un maldito accidente. Uno de nuestros hombres le había disparado a un zombie que se había lanzado sobre él. La bala había atravesado la cabeza de la criatura, arrastrando pedazos de tejido cerebral infectado hasta el otro lado y metiéndose en el hombro del coronel. ¿Una locura, eh? Me dejó el mando de todo el sector antes de morir. Mi primer deber como oficial fue matarlo.

Establecí nuestro puesto de comando en el Hotel Renaissance. Era una posición decente, con buenos lugares de tiro y suficiente espacio para alojar a toda nuestra unidad y a varios cientos de refugiados. Mis hombres, los que no estaban ocupados defendiendo las barricadas, estaban tratando de adecuar otros edificios. Con los caminos bloqueados y sin trenes, pensé que lo mejor sería reclutar a tantos civiles como fuera posible. La ayuda debía estar en camino, la pregunta era cuándo iba a llegar.

Estaba a punto de organizar un equipo para modificar las armas de mano que teníamos, porque estábamos quedándonos sin municiones, cuando llegó la orden de retirarnos. Eso no era nada raro. Nuestra unidad había estado en una lenta retirada desde los primeros días del

Pánico. Lo que *sí* era extraño, era el sitio de reunión. Nuestra división había estado usando las coordenadas cartesianas de los mapas desde que comenzaron los problemas. Hasta ese momento las instrucciones se habían dado usando direcciones y nombres civiles en un canal abierto; hacían eso para que los refugiados pudiesen evacuar también. Pero en aquel momento recibimos una transmisión codificada, usando un mapa y coordenadas que no se habían usado desde el final de la guerra fría. Tuve que solicitar que nos confirmaran las coordenadas tres veces. Nos habían enviado a Schafstedt, al norte del Canal Nord-Ostsee. ¡Eso era prácticamente en Dinamarca!

También recibimos órdenes estrictas de *no* mover a los civiles. Peor aún, ¡nos ordenaron que no les informáramos de nuestra partida! Eso no tenía sentido. ¿Querían que nos retiráramos hasta Schleswig-Holstein, pero que dejáramos a los civiles atrás? ¿Qué nos rindiéramos y corriéramos? Tenía que haber algún error.

Pedí otra confirmación. Me la dieron. Les pregunté de nuevo. Quizá estaba mirando el mapa equivocado, o habían cambiado los códigos sin avisarnos. No sería la primera vez que pasaba algo así.

De pronto me encontré hablando con el general Lang, comandante de todo el Frente Norte. Su voz temblaba. Pude notarlo a pesar de los disparos. Me dijo que las órdenes no habían sido un error, que debía reunir a todas las tropas que quedaran en Hamburgo y dirigirme de inmediato hacia el norte. "Esto no puede estar pasando," pensé. ¿Curioso, no? Podía aceptar todas las demás cosas que estaban pasando, que los muertos se habían levantado y devorarían al mundo, pero eso… seguir unas órdenes que provocarían una masacre.

Ahora bien, yo soy un buen soldado, pero nací en Alemania Occidental. ¿Entiende cuál es la diferencia? A los orientales siempre les dijeron que no debían sentirse responsables por las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial, que como buenos comunistas, habían sido víctimas de Hitler tanto como cualquier otro. ¿Entiende por qué los cabezas rapadas y esos proto-fascistas eran casi todos de Alemania Oriental? Ellos no sentían ninguna responsabilidad por el pasado, no como nosotros en occidente. A nosotros nos enseñaron desde niños a cargar con la culpa y la vergüenza de nuestros abuelos. Nos enseñaron que, aunque llevásemos un uniforme, nuestro principal deber era obedecer a nuestra conciencia, sin importar las consecuencias. Así me criaron, y así respondí. Le dije a Lang que no podía obedecer esa orden, no con la conciencia tranquila, y que no podía dejar a esas personas desprotegidas. Al escuchar eso, estalló. Me dijo que *cumpliría* esa orden,

o de lo contrario yo, y peor aún, mis hombres, seríamos acusados de traición y procesados con "eficiencia rusa." *Así que a esto hemos llegado,* pensé. Todos habíamos escuchado lo que estaba sucediendo en Rusia… los motines, las revueltas, los diezmos. Miré a mis pobres muchachos, todos de dieciocho o diecinueve años, asustados y cansados de luchar por sus vidas. No podía hacerles eso. Dí la orden de retirada.

¿Y cómo lo tomaron?

No hubo quejas, al menos no hacia mí. Discutieron un poco entre ellos. Fingí no notarlo. Ellos cumplieron con su deber.

¿Y qué pasó con los civiles?

[Hace una pausa.] Nos dieron lo que nos merecíamos. "¿A dónde van?" nos gritaban desde los edificios. "¡Regresen, cobardes!" Yo traté de responder, "Vamos a volver por ustedes," les dije. "Volveremos mañana con más hombres. Sólo quédense donde están, mañana volveremos." No me creyeron. "¡Maldito mentiroso!" escuché que me gritaba una mujer. "¡Vas a dejar morir a mi bebé!"

La mayoría de ellos no trató de seguirnos, demasiado preocupados por los zombies en las calles. Unos pocos valientes se aferraron a nuestros vehículos de transporte de tropas. Trataron de meterse a la fuerza por las escotillas. Los derribamos. Tuvimos que cerrarlas cuando los que estaban en los edificios comenzaron a arrojarnos cosas, lámparas y muebles sobre todo. A uno de mis hombres le dieron con una cubeta llena de deshechos humanos. Escuché una bala rebotando en la cubierta de mi Marder.

Mientras salíamos de la ciudad, pasamos junto a la última de nuestras Unidades de Estabilización y Reacción Rápida. Les había ido muy mal esa semana. No lo sabía en ese momento, pero eran una de esas unidades que habían sido clasificadas como prescindibles. Se les ordenó que cubrieran nuestra retirada, que evitaran que los zombies, o los refugiados, nos siguieran. Se les ordenó resistir hasta el final.

Su comandante estaba asomado sobre la cúpula de su Leopard. Lo conocía. Habíamos servido juntos como parte de las Fuerzas de Implementación de la OTAN en Bosnia. Quizá es un poco dramático decir que él me había salvado la vida, pero recibió una bala serbia que seguramente era para mí. Lo había visto por última vez en un hospital de Sarajevo, bromeando acerca de que por fin iba a salir de ese manicomio de país. Ahora nos encontrábamos de nuevo, en una

autopista destruida en el corazón de nuestra propia tierra. Nos miramos e intercambiamos saludos. Me volví a meter en el APC y fingí que estaba estudiando el mapa para que el chofer no pudiese ver mis lágrimas. "Cuando regresemos," me prometí, "voy a matar a ese hijo de puta."

El general Lang.

Lo tenía todo planeado. No me enojaría, para no darle motivos de preocupación. Le entregaría mi informe y me disculparía por mi comportamiento. A lo mejor él trataría de darme algún tipo de charla, de explicar o justificar nuestra retirada. Muy bien, pensé, lo escucharía con calma, y lo tranquilizaría. Luego, cuando se levantara para estrechar mi mano, sacaría mi arma y le volaría esos sesos orientales sobre el mapa de lo que solía ser nuestro país. Quizá todo su equipo estaría allí también, todos esos cabrones que sólo "estaban siguiendo órdenes." ¡Me los llevaría a todos antes de irme! Sería perfecto. No iba a irme al infierno como un imbécil y obediente Hitler Jugend. Iba a mostrarle a él, y a todos los demás, lo que significaba ser un verdadero Deutsche Soldat.

Pero eso no sucedió.

No. Sí pudimos llegar hasta la oficina del general Lang. Fuimos la última unidad en cruzar el canal. Él había estado esperándonos. Tan pronto como dimos nuestro informe, él se sentó en su escritorio, firmó unas cuantas órdenes, envió una carta sellada a su familia, y se metió un tiro en la cabeza.

Hijo de puta. Lo odio más ahora que durante aquel viaje desde Hamburgo.

¿Por qué?

Porque ahora entiendo la razón detrás de lo que hicimos, los detalles del Plan Prochnow.26

¿Y saber eso no hizo que lo comprendiera un poco?

¿Lo dice en serio? ¡Es precisamente por eso que lo odio! Él sabía que aquel era sólo el primer paso de una larga guerra, y que íbamos a necesitar hombres como él para ganarla. Jodido cobarde. ¿Recuerda lo que le dije sobre nuestro deber hacia nuestra conciencia? Uno no puede culpar a nadie más, ni al arquitecto del plan, ni al oficial al mando, nadie más aparte de uno mismo. Uno tiene que hacer su elección y vivir cada

día con el peso de las consecuencias. Él lo sabía. Por eso nos abandonó como nosotros abandonamos a esos civiles. Él vió el camino que teníamos al frente, un camino montañosos y traicionero. Todos tendríamos que recorrer ese camino, y cada uno tendría que arrastrar con el peso de lo que habíamos hecho. Él no pudo. No pudo soportar el peso.

SANATORIO **P**ARA **V**ETERANOS **Y**EVCHENKO**, O**DESSA**, U**CRANIA

[El cuarto no tiene ventanas. Unas opacas esferas fluorescentes iluminan las paredes de concreto y los catres sucios. Los pacientes del lugar sufren casi todos de problemas respiratorios, empeorados por la escasez de medicamentos en buen estado. No hay ningún médico, y las pocas enfermeras y voluntarios que quedan pueden hacer muy poco para aliviar su sufrimiento. Al menos el salón es cálido y seco, y en medio de los crudos inviernos de este país, ese es un lujo que no tiene precio. Bohdan Taras Kondratiuk está sentado en su catre en un rincón del cuarto. Por ser un héroe de guerra, puede tener una sábana colgada para darle un poco de privacidad. Tose en su pañuelo antes de comenzar a hablar.]

Caos. No sé cómo más describirlo, un total desmoronamiento de las organizaciones, del orden, del control. Habíamos acabado de pelear en cuatro batallas brutales: Lutsk, Rovno, Novogrado, y Zhytomyr. Maldito Zhytomyr. Mis hombres estaban agotados, usted me entiende. Lo que habían visto, lo que tuvieron que hacer, y todo ese tiempo en retirada, defendiendo la retaguardia, corriendo. Todos los días escuchábamos de otro pueblo que caía, otra carretera cerrada, otra unidad derrotada.

Se suponía que Kiev estaba segura, tras las líneas. Se suponía que era el centro de nuestra zona de seguridad, bien defendida, bien armada, en silencio. ¿Pero qué pasó tan pronto como llegamos? ¿Mis órdenes eran descansar y organizarnos? ¿Reparar mis vehículos, reemplazar mis hombres perdidos o curar a los heridos? No, claro que no. ¿Por qué las cosas iban a ser como se suponía que eran? Nunca antes había sido así.

La zona de seguridad había sido cambiada otra vez, ahora hacia Crimea. La gente del gobierno ya se había trasladado… había huido… hacia Sevastopol. El orden civil había colapsado. Kiev estaba siendo evacuada. Ese era el trabajo de los militares, o al menos lo que quedaba de nosotros.

A nuestra compañía se le ordenó vigilar la ruta de escape por el puente de Patona. Había sido el primer puente del mundo construido con soldadura autógena de principio a fin, y muchos extranjeros solían comparar ese logro con el de la construcción de la Torre Eiffel. La ciudad había planeado un programa de restauración, un sueño para recuperar su antigua gloria. Pero, al igual que todo lo demás en nuestro país, el sueño nunca se hizo realidad. Incluso antes de la crisis, el puente había sido una constante pesadilla para el tráfico. En aquel momento estaba abarrotado de gente evacuada. Se suponía que el puente estaría cerrado al tráfico, ¿pero dónde estaban las barricadas que nos habían prometido, el concreto y el acero para impedir la entrada de los autos? Había carros por todas partes, pequeños Lags y viejos Zhigs, unos cuantos Mercedes, y hasta un gigantesco camión GAZ justo en el centro del puente, ¡y estaba volcado de lado! Tratamos de moverlo, pasando una cadena por el eje y remolcándolo con los tanques. Imposible. ¿Qué más podíamos hacer?

Éramos un pelotón de asalto, si me entiende. Tanques, no policía militar. No vimos a nadie de la Policía Militar. Nos aseguraron que estarían allí, pero nunca vimos a ninguno de ellos, y tampoco ninguna de las unidades que vigilaban en los otros puentes. El hecho de llamarlas "unidades" era casi una broma. Eran sólo masas de gente en uniformes, muchos eran cocineros y mecánicos; cualquiera que estuviese prestando servicio militar fue puesto de pronto a cargo del control del tráfico. Ninguno de nosotros estaba listo para eso, no habíamos sido entrenados, no teníamos el equipo necesario… ¿Dónde estaba el equipo para el control de motines, los escudos, las armaduras, el cañón de agua? Nos habían ordenado "procesar" a todos los civiles evacuados. "Procesar," quería decir revisar si habían sido infectados. ¿Pero dónde estaban los malditos perros? ¿Cómo íbamos a buscar a los infectados sin perros? ¿Qué íbamos a hacer, examinar visualmente a cada refugiado? ¡Sí, claro! Y fue justamente eso lo que nos ordenador hacer. **[Sacude su cabeza.]** ¿En serio pensaron que esa pobre gente desesperada y aterrorizada, con la muerte a sus espaldas y un sitio seguro —aparentemente— sólo a unos metros de distancia, iban a formarse en una línea ordenada y a desvestirse para que les examináramos cada centímetro de piel? ¿Acaso pensaron que los

hombres se iban a quedar tranquilos mientras examinábamos a sus esposas, sus madres, o sus hijas? ¿Puede imaginárselo? Y tuvimos que intentarlo. ¿Qué otra alternativa teníamos? Teníamos que procesarlos si queríamos sobrevivir. ¿Qué ganábamos con evacuar la gente, si íbamos a dejar que se llevaran la infección con ellos?

[Boran sacude la cabeza, y sonríe con amargura.] ¡Fue un desastre! Algunos simplemente se rehusaron, otros trataron de escapar o saltaron al río. Comenzaron las peleas. A muchos de mis hombres los golpearon y los dejaron muy mal, tres fueron apuñalados, a uno de disparó un anciano asustado con una vieja y oxidada Tokarev. Seguramente ya estaba muerto cuando cayó al agua.

Yo no estaba allí en medio, si me comprende. ¡Yo estaba junto al radio, tratando de pedir ayuda! La ayuda está en camino, me decían, no se rindan, no se desanimen, la ayuda está en camino.

Al otro lado del Dnieper, Kiev ardía. Unas columnas negras se elevaban desde el centro de la ciudad. Estábamos contra el viento, y el olor era espantoso, madera y caucho, y el hedor de la carne quemada. No sabíamos qué tan lejos estaban ellos, quizá a un kilómetro, quizá menos. En las colinas, el fuego había consumido un monasterio. Una maldita tragedia. Con sus altos muros y su localización estratégica, podríamos habernos acuartelado allí. Cualquier cadete de primer año podría haberlo convertido fácilmente en una fortaleza impenetrable — almacenar comida en los sótanos, sellar las puertas, montar francotiradores en las torres. Podríamos haber defendido ese puente por… ¡por siempre, maldita sea!

Creí escuchar algo, un sonido en la otra orilla… ese sonido, ya sabe, cuando ellos están todos juntos, cuando se acercan, ese… a pesar de los disparos, los insultos, las bocinas de los autos, y los rifles de francotirador… ya sabe, ese sonido.

[Él trata de imitar el gemido, pero colapsa y empieza a toser sin control. Se cubre la boca con su pañuelo, y este se mancha de sangre.]

Ese sonido me alejó de la radio. Miré hacia la ciudad. Algo atrajo mi atención, algo que venía sobre los techos y se acercaba rápidamente.

Los jets pasaron sobre nosotros rozando las copas de los árboles. Eran cuatro Sukhoi 25 “Rooks” en formación cerrada, y lo suficientemente cerca para identificarlos a simple vista. *¿Qué diablos?* pensé, *¿están*

tratando de cubrir el acceso al puente? ¿Quizá bombardear la zona tras nosotros? Había funcionado en Rovno, al menos por algunos minutos. Los Rooks giraron, como confirmando su objetivo, ¡y luego bajaron y volaron directo hacia nosotros! *¡Hijos de perra,* pensé, *¡van a bombardear el puente!* ¡Se habían dado por vencidos con la evacuación, e iban a matar a todo el mundo!

"¡Fuera del puente!" comencé a gritar. "¡Salgan todos!" El pánico se esparció entre la multitud. Podía verse como una ola, como una descarga eléctrica. La gente comenzó a gritar, tratando de empujar hacia el frente, hacia atrás, hacia cualquier lado. Saltaban al agua por docenas, con esa pesada ropa y botas que no los dejarían nadar.

Yo ayudé a cruzar a un par de personas, y les dije que corrieran. Vi cuando soltaron las bombas, y me tiré al suelo en el último momento, esperando poder protegerme de la explosión. Entonces se abrieron los paracaídas, y me dí cuenta de todo. En menos de un segundo, me había levantado y corría como un conejo asustado. "¡Adentro!" grité. "Adentro!" Salté dentro del tanque más cercano, cerré la escotilla de un golpe, y le ordené a la tripulación que revisaran los sellos. El tanque era un obsoleto T-72. No sabíamos si el sistema de presurización seguía funcionando, no lo habíamos probado en años. Lo único que podíamos hacer era rezar y esperar, apretados en aquel ataúd de acero. El artillero lloraba, el conductor estaba paralizado, el comandante, un joven sargento de apenas veinte años, estaba hecho un ovillo en el suelo, apretando entre sus manos la pequeña cruz que colgaba de su cuello. Puse mi mano sobre su cabeza, le aseguré que estaríamos bien, y mantuve mis ojos pegados al periscopio

El RVX no comienza como un gas. Al principio es una lluvia: pequeñas gotas aceitosas que se pegan a cualquier cosa que tocan. Entra por los poros, por los ojos, por los pulmones. Dependiendo de la dosis, su efecto puede ser instantáneo. Pude ver cómo los miembros de los evacuados comenzaban a temblar, cómo sus brazos quedaban colgados e inertes a medida que el agente se abría camino a través del sistema nervioso central. Se frotaban los ojos, trataban de hablar, de moverse, de respirar. Me alegró no poder oler el contenido de sus pantalones, la repentina descarga de sus vejigas e intestinos.

¿Por qué hicieron eso? No podía entenderlo. ¿Acaso los altos mandos no habían aprendido que las armas químicas no tenían ningún efecto en los muertos vivientes? ¿No recordaban lo que había pasado en Zhytomyr?

El primer cadáver que se movió fue una mujer, más o menos un

segundo antes que los demás, apartando con su temblorosa mano el brazo de un hombre que había muerto tratando de protegerla. Él cayó al suelo mientras ella se levantaba torpemente sobre sus rodillas. Su cara se veía manchada y surcada por negras venas. Creo que me vió, o al menos vió nuestro tanque. Su boca se abrió, y levantó las manos. Podía ver a los otros volviendo a la vida, uno de cada diez o quince, toda esa gente que había sido mordida y había tratado de ocultarlo.

Entonces lo comprendí. Sí, sí habían aprendido algo en Zhytomyr, y habían encontrado una mejor manera de usar sus reservas de armas de la guerra fría. ¿Cómo reconocer a los infectados de los que no lo están? ¿Cómo evitar que los evacuados lleven la infección tras las líneas seguras? Esa era una solución.

Habían terminado de reanimarse por completo, recuperando su equilibrio, cojeando lentamente a través del puente y hacia nosotros. Llamé al artillero. Apenas fue capaz de responder. Le dí una patada en la espalda, y le grité la orden de buscar su objetivo. Se tardó un par de segundos, pero enfocó su mira en la primera mujer y apretó el gatillo. Me tapé los oídos cuando el Coax vomitó su carga. Los demás tanques siguieron nuestro ejemplo.

Veinte minutos después, todo había terminado. Ya sé que debí haber esperado órdenes, o al menos haber reportado nuestro estado y los efectos del bombardeo. Pude ver otros seis grupos de Rooks cruzando el cielo, cinco dirigiéndose hacia los otros puentes, y el último hacia el centro de la ciudad. Dí la orden de retirada, de dirigirse al suroccidente y simplemente seguir avanzando. Había muchos otros muertos rodeándonos, los que habían logrado cruzar el puente antes de que nos gasearan a todos. Estallaban cuando pasábamos sobre ellos con los tanques.

¿Alguna vez estuvo en el Gran Museo Patriótico de la Guerra? Era uno de los edificios más impresionantes de Kiev. El patio estaba lleno de máquinas: tanques, cañones, de todas clases y tamaños, desde la Revolución hasta nuestros días. Había dos tanques, uno frente al otro, en la entrada del museo. Estaban decorados con dibujos coloridos, y permitían que los niños se subieran y jugaran en su interior. Había una cruz de hierro, de un metro de altura, hecha con centenares de verdaderas cruces de hierro arrancadas a los hitlerianos muertos. Había un mural, de toda una pared, representando una gran batalla. Nuestros soldados aparecían todos conectados, como una sola ola de fuerza y valor que aplastó a los alemanes, y los expulsó de nuestra tierra. Tantos símbolos de la defensa de nuestra patria, y ninguno más espectacular

que la estatua de la *Rodina Mat,* la Madre Patria. Es la estructura más alta de la ciudad, una obra maestra de más de sesenta metros de concreto y acero inoxidable. Fue lo último que ví de Kiev, su escudo y su espada levantados en señal de triunfo, y sus ojos fríos y brillantes mirándonos fijamente mientras huíamos.

PARQUE **F**ORESTAL **D**E **L**A **P**ROVINCIA **D**E **S**AND **L**AKES**, M**ANITOBA**, C**ANADÁ

[Jesika Hendricks señala hacia la inmensa extensión de la llanura sub-ártica. La belleza natural fue reemplazada por escombros: vehículos abandonados, basura, y cadáveres humanos parcialmente congelados en el hielo y la nieve gris. Originaria de Waukesha, Wisconsin, y nacionalizada en Canadá, ella forma parte del Proyecto de Recuperación Silvestre de la región. Junto con otros cientos de voluntarios, ella ha regresado aquí cada verano desde el cese oficial de las hostilidades. Aunque el PRS asegura haber realizado grandes avances, nadie espera que las cosas terminen pronto.]

Yo no los culpo, al gobierno, la gente que se supone que debía protegernos. Desde un punto de vista objetivo, supongo que puedo entenderlos. No podían permitir que todo el mundo siguiera al ejército hasta el otro lado de las Montañas Rocosas. ¿Cómo iban a alimentarnos a todos, cómo iban a examinarnos, y cómo iban a detener a la horda de muertos vivientes que íbamos a llevar siguiéndonos? Entiendo por qué trataron de desviar la mayor cantidad posible de refugiados hacia el norte. ¿Qué otra cosa podían hacer? ¿Detenernos en las Rocosas con tropas armadas, o gasearnos como los ucranianos? Al menos en el norte tendríamos alguna oportunidad. Una vez que la temperatura bajara y los muertos se congelaran, algunos podríamos sobrevivir. Eso era lo que estaban haciendo en todo el resto del mundo, la gente huía hacia el norte, tratando de sobrevivir hasta que llegara el invierno. No, no los culpo por tratar de librarse de nosotros, eso se los perdono. Pero la manera tan irresponsable en que lo hicieron, la falta de información vital que habría ayudado a tanta gente a sobrevivir… eso no se los puedo

perdonar.

Estábamos en agosto, dos semanas después de Yonkers y tan sólo tres días desde que el gobierno se retiró hacia la costa oeste. No habíamos tenido muchos casos en nuestro barrio. Yo sólo había visto uno, un grupo de seis personas alimentándose de un vagabundo. Los policías los habían eliminado rápido. Todo ocurrió a tres manzanas de nuestra casa, y fue e cuando mi padre decidió que teníamos que irnos.

Estábamos en la sala; mi padre estaba aprendiendo cómo cargar su nuevo rifle, y mamá estaba clavando unas tablas en las ventanas. No había ningún canal que no estuviese pasando noticias de los zombies, ya fueran imágenes en vivo, o grabaciones de Yonkers. Mirándolo bien, todavía no puedo creer la falta de profesionalismo de los medios. Tantas especulaciones, tan pocos hechos concretos. Todas esas voces grabadas de un ejército de "expertos" que se contradecían entre ellos, cada uno tratando de sonar más "impresionante" y "profundo" que el anterior. Era tan confuso, y nadie parecía saber qué hacer en realidad. La única cosa en la que todos parecían estar de acuerdo, era en que todos los ciudadanos debían "ir al norte." Ya que los muertos vivientes se congelan por completo, el frío extremo era nuestra única posibilidad. Eso era lo único que nos decían. No había instrucciones de hacia *dónde* debíamos ir en el norte, qué había que llevar, cómo sobrevivir, sólo esa maldita frase en la boca de todos los reporteros, o pasando una y otra vez en una línea en la parte inferior de la televisión. "Vayan al norte. Vayan al norte. Vayan al norte."

"Eso es," dijo papá, "vamos a salir de aquí esta misma noche, y nos vamos al norte." Trató de parecer muy decidido, dándole una palmada a su rifle. Él nunca había tocado un arma en su vida. Él era un caballero en todo el sentido de la palabra —era un hombre muy gentil. Bajito, calvo, con una cara ancha que se ponía roja cada vez que se reía, era el rey de los chistes malos y las frases pasadas de moda. Siempre tenía algo qué decirme, un halago o una sonrisa, o un aumento en mi mesada del cual mamá no debía enterarse. Era el policía bueno de la familia, y le dejaba todas las decisiones importantes a mamá.

Ella trató de discutir con él, de hacerlo razonar. Vivíamos justo donde empezaban las nevadas, teníamos todo lo que necesitábamos. ¿Por qué íbamos a arriesgarnos en un lugar desconocido, cuando podíamos almacenar unas provisiones, fortificar la casa, y esperar las primeras nieves? Papá no le hizo caso. ¡Podríamos morir antes del otoño, podríamos morir en una semana! Se había dejado llevar por el Gran Pánico. Nos dijo que todo sería como una gran salida a acampar.

Comeríamos hamburguesas de alce y postres de bayas. Me prometió que me enseñaría a pescar, y me preguntó qué nombre iba a ponerle al conejito que atraparíamos como mascota. Él había vivido en Waukesha toda su vida. Nunca había ido a acampar.

[Jesika me muestra algo entre el hielo, una colección de DVDs en pedazos.]

Esto fue lo que la gente trajo consigo: secadores de pelo, GameCubes, docenas de computadoras portátiles. No creo que hayan sido tan estúpidos como para pensar que podrían servirles de algo. Quizá algunos. Yo creo que la mayoría tenían miedo de perderlos, que regresarían a sus casas después de seis meses y las encontrarían vacías. Nosotros pensamos que estábamos empacando con sensatez. Ropas abrigadas, utensilios de cocina, cosas del botiquín de primeros auxilios, y toda la comida enlatada que pudimos llevar. Parecía comida suficiente para dos años. Nos acabamos la mitad sólo en el viaje de ida. Pero es no me preocupaba. Era como una gran aventura, el viaje al norte.

Todas esas historias que se escuchan sobre los caminos bloqueados y la violencia, a nosotros no nos tocó. Nosotros fuimos de los primeros. Los únicos que iban delante de nosotros eran los canadienses, y casi todos iban ya muy lejos. Sin embargo, había mucho tráfico en las carreteras, más autos que los que yo había visto nunca, pero se movían rápido, y sólo había aglomeraciones en lugares como los pueblos pequeños y los parques.

¿Los parques?

Parques, zonas de campamento, cualquier lugar en donde la gente pudiese pensar que ya habían ido lo suficientemente lejos. Papá se burlaba de esas personas, llamándolas descuidadas e irracionales. Decía que todavía estaba muy cerca de las áreas pobladas, y que la única manera de sobrevivir era irse lo más al norte que se pudiera. Mamá le decía que no era culpa de ellos, ya que a la mayoría simplemente se le había acabado la gasolina. "¿Y quién tuvo la culpa?" preguntaba papá. Nosotros llevábamos un montón de tanques de gasolina repletos en el techo de la furgoneta. Papá había estado recogiéndola desde los primeros días del pánico. Nos cruzábamos con montones de autos atascados junto a las estaciones de combustible, y casi todas tenían unos enormes letreros afuera que decían NO HAY MÁS GASOLINA. Papá aceleraba mucho cuando pasábamos a su lado. Aceleraba mucho con un montón de cosas diferentes, los autos varados que necesitaban batería,

o los caminantes que pedían aventón. Había muchos de esos, y a veces caminaban en largas filas a un lado de la carretera, con el aspecto que uno se imagina en los refugiados de guerra. De vez en cuando un auto se detenía para llevar a uno o dos de ellos, y de repente todos se lanzaban sobre él. "¿Ya ven en lo que se metieron esos?" decía papá.

Pero sí recogimos a una mujer, iba caminando sola, y tiraba de una de esas maletas con ruedas. Se veía inofensiva, abandonada bajo la lluvia. Quizá por eso fue que mamá hizo que papá la recogiera. Se llamaba Patty, y era de Winnipeg. No nos dijo por qué estaba sola allá afuera, y no se lo preguntamos. Estaba muy agradecida, y trató de pagarle a mis padres con todo el dinero que tenía. Mamá no lo recibió, y le prometió que la llevaríamos hasta donde llegásemos nosotros. Comenzó a llorar, agradeciéndonos. Me sentí orgullosa de mis padres por haber hecho lo correcto, pero entonces estornudó, y se limpió la nariz con un pañuelo. Había tenido la mano izquierda metida en el bolsillo desde que la recogimos. Vimos que la tenía envuelta con una venda y que tenía una mancha oscura que parecía sangre. Se dio cuenta de que la vimos y se puso nerviosa. Nos dijo que no nos preocupáramos, que se había cortado por accidente. Papá miró a mamá, y los dos se quedaron en silencio. No me miraron, ni me dijeron nada más. Esa noche me desperté al escuchar la puerta cerrándose. No pensé en nada raro. Siempre estábamos haciendo paradas para ir al baño. Ellos me despertaban por si acaso tenía que ir, pero esa vez no me dí cuenta sino hasta que la furgoneta había arrancado otra vez. Busqué a Patty, pero no estaba. Les pregunté a mis padres qué había pasado, y me dijeron que ella había querido bajarse. Miré hacia atrás y me pareció que podía verla, una pequeña mancha que se hacía cada vez más pequeña. Creo que estaba corriendo, pero estaba tan cansada y confundida que no lo supe con seguridad. Quizá no quería saberlo. Hubo muchas cosas que no quise ver durante el viaje al norte.

¿Cómo qué cosas?

Como los otros "refugiados," los que no corrían. No eran muchos, recuerde que nosotros salimos casi de primeros. No nos encontrábamos con más de media docena por vez, caminando en mitad de la carretera, levantando las manos cuando nos acercábamos. Papá viraba para evitarlos y mamá me decía que me ocultara. Nunca los ví muy de cerca. Siempre tenía mi rostro contra el asiento y los ojos bien cerrados. No quería verlos. Me ponía a pensar en hamburguesas de alce y bayas silvestres. Era como ir a la Tierra Prometida. Sabía que cuando llegáramos al norte, todo iba a estar bien.

Y por algún tiempo así fue. Nos instalamos en un campamento a orillas de un lago, no había mucha gente cerca, pero la suficiente para que nos sintiéramos "seguros," ya sabe, por si acaso aparecía algún muerto. Todos eran muy amigables, con esa enorme sensación colectiva de alivio. Al principio parecía una fiesta. Hacíamos estos enormes asados todas las noches, y toda la gente colaboraba con lo que cazaban o pescaban, sobre todo con lo que pescaban. Algunos lanzaban dinamita al lago, y después de esta enorme explosión, un montón de peces salían flotando a la superficie. Nunca voy a olvidar esos sonidos, las explosiones, las sierras con las que cortaban los árboles, y la música de los estéreos de los autos y los instrumentos que la gente había llevado. Cantábamos alrededor de las fogatas todas las noches, unas hogueras enormes de troncos apilados unos sobre otros.

Eso era cuando todavía teníamos árboles, antes de que llegara la segunda y la tercera oleada de refugiados, entonces la gente comenzó a quemar sólo hojas y ramas, y al final, cualquier cosa que pudiera encenderse. El olor a plástico y caucho quemado empeoró mucho, y se te metía en la boca y en el pelo. Para ese entonces los peces se habían acabado, y tampoco había nada para cazar. Pero nadie parecía preocupado. Todo el mundo contaba con que el invierno congelaría a los muertos.

¿Pero cuando los muertos se congelaran, cómo iban todos a sobrevivir el invierno?

Buena pregunta. Creo que nadie había pensado eso con anticipación. Quizá pensaban que las "autoridades" irían a rescatarnos, o que podrían empacar y regresar a casa. Estoy segura de que la mayoría de la gente no pensaba más de uno o dos días hacia adelante, y sólo agradecían el estar vivos y creían que las cosas se resolverían solas. "Regresaremos a casa cuando menos te lo esperes," decían. "Todo habrá terminado para Navidad."

[Ella llama mi atención hacia un objeto enterrado bajo el hielo, una bolsa de dormir de Bob Esponja. Es pequeña, y tiene una gran mancha café.]

¿Para que cree que sirve eso? ¿Quizá para un dormitorio bien caliente durante una pijamada? Está bien, a lo mejor no pudieron conseguir una bolsa de dormir de verdad —los artículos deportivos siempre eran los primeros agotados o saqueados— ¿Pero puede creer lo ignorantes que eran muchas de estas personas? Muchos de ellos venían de los estados más calientes, algunos incluso desde el sur de México. Uno veía a gente

que se metía en la bolsa de dormir con las botas puestas, sin saber que eso les cortaba la circulación. Uno los veía bebiendo para calentarse, y no se daban cuenta que en realidad estaban aumentando la pérdida de calor corporal. Usaban unos abrigos grandes y pesados, y sólo se ponían una camiseta debajo. Luego hacían algún esfuerzo, sentían calor, y se quitaban el abrigo. Sus cuerpos sudaban por montones, y todo ese algodón mantenía la humedad en contacto con la piel. Cuando sopaba la brisa… mucha gente se enfermó ese primer septiembre. Influenza y otros resfriados. Y nos lo contagiaron a los demás.

Al principio todos eran amigos. Nos ayudábamos. Cambiábamos o comprábamos lo que se necesitaba a las demás familias. El dinero aún tenía algo de valor. Todos creían que los bancos volverían a abrir muy pronto. Cada vez que papá y mamá salían a buscar comida, me dejaban con alguno de los vecinos. Yo tenía un pequeño radio de campamento, de esos que tienen una manivela para recargar la batería, así que podíamos escuchar las noticias todas las noches. Todo lo que había eran historias de la retirada, sobre el ejército dejando a la gente abandonada. Las escuchábamos mirando nuestro mapa de carreteras de los Estados Unidos, señalando las ciudades y pueblos de donde salían los reportajes. Yo me sentaba en las piernas de papá. "Ya ves," decía él, "no salieron de allí a tiempo. No fueron inteligentes como nosotros." Trataba de fingir una sonrisa. Por algún tiempo, creí que él tenía la razón.

Pero después del primer mes, cuando la comida empezó a agotarse y los días se hicieron más fríos y oscuros, la gente comenzó a cambiar. Ya no había más fogatas, ni más asados ni canciones. El campamento se volvió un desorden, y ya nadie recogía su basura. Un par de veces me paré en excrementos humanos. Ya ni siquiera se tomaban la molestia de enterrarlos.

No me volvieron a dejar con los vecinos, mis padres no confiaban en nadie. Las cosas se pusieron peligrosas y uno veía muchas peleas. Ví a dos mujeres peleándose por un abrigo de piel, y terminaron rasgándolo por la mitad. Un tipo sorprendió a otro tratando de robarle algo de auto, y le rompió la cabeza con una llave de tuercas. Casi todo eso pasaba por la noche, con gritos y golpes. De vez en cuando se escuchaba un disparo, y luego alguien llorando. Una vez escuchamos a alguien moviéndose afuera de la tienda improvisada que habíamos extendido sobre la furgoneta. Mamá me dijo que me escondiera y mi tapara los oídos. Papá salió. Escuché los gritos a través de mis manos. El arma de papá se disparó. Alguien gritó. Papá volvió a entrar, estaba pálido. Nunca le pregunté qué había sucedido.

Las únicas veces en que la gente se reunía, era cuando aparecía uno de los muertos. Eran los que habían seguido a la tercera ola de refugiados, e iban solos o en pequeños grupos. Aparecían cada dos o tres días. Alguien sonaba la alarma y todo el mundo se reunía para acabar con ellos. Y luego, tan pronto como terminaban, volvíamos a pelear entre nosotros.

Cuando hizo tanto frío que el lago se congeló y los muertos dejaron de aparecer, muchas personas creyeron que era lo suficientemente seguro como para caminar de vuelta a casa.

¿Caminar? ¿Por qué no conducían?

Ya no había gasolina. La habíamos usado toda para cocinar, o para mantener encendidos los calentadores de los autos. Todos los días partían estos grupos de esqueletos harapientos y casi muertos de hambre, cargados con toda esa basura inútil que habían llevado, y con una mirada desesperada.

"¿A dónde creen que van?" decía papá. "¿Acaso no ven que en el sur todavía no hace tanto frío? ¿No ven que ellos todavía los están esperando allá abajo?" Él estaba convencido de que si esperábamos el tiempo suficiente, las cosas mejorarían tarde o temprano. Eso fue en octubre, cuando todavía nos veíamos como seres humanos.

[Llegamos hasta una pila de huesos, demasiados como para contarlos. Están metidos en un pequeño agujero, casi cubiertos por el hielo.]

Yo era un poco gorda cuando era niña. Nunca hacía deporte, vivía comiendo chatarra y paquetes de frituras. No había adelgazado mucho cuando llegamos en agosto. Pero en noviembre, ya parecía un esqueleto. Mamá y papá no se veían mejor. La panza de papá había desaparecido, a mamá se le veían los huesos de las mejillas. Peleaban mucho, por cualquier cosa. Eso me asustaba más que nada. En casa nunca antes se habían gritado. Los dos eran profesores, unos "progresistas." Quizá teníamos una cena callada y tensa de vez en cuando, pero nunca así. Se atacaban entre ellos cada vez que podían. Una vez, el día de acción de gracias… no fui capaz de salir de mi bolsa de dormir. Tenía el abdomen hinchado, y llagas en mi boca y mi nariz. Había un olor que salía de la camioneta de los vecinos. Estaban cocinando algo, carne, olía delicioso. Mamá y papá estaba discutiendo

afuera. Mamá decía que "esa" era la única salida. Yo no sabía qué quería decir con "esa." Ella dijo que "eso" no era "tan malo" porque habían sido los vecinos, no nosotros, los que lo habían "hecho." Papá dijo que no íbamos a rebajarnos a ese nivel, y que mamá debería sentirse avergonzada. Mamá se enojó mucho con papá, y le gritó que estábamos allí por su culpa, y que yo me estaba muriendo. Mamá le dijo que un hombre de verdad sí sabría qué hacer. Le dijo que era un cobarde y que seguramente quería que nos muriésemos para poder vivir como el "marica" que era. Papá le dijo que cerrara la puta boca. Papá nunca decía groserías. Escuché algo, un golpe allá afuera. Mamá entró, sosteniendo una bola de nieve contra su ojo derecho. Papá entró después. No dijo nada. Tenía una expresión en el rostro que nunca antes había visto, como si fuera una persona diferente. Cogió mi radio de campamento, que muchas personas habían querido comprarnos… o robarnos, y se dirigió hacia la camioneta de al lado. Regresó diez minutos después, sin la radio, pero con una enorme cubeta de sopa caliente y deliciosa. ¡Estaba tan buena! Mamá me dijo que no me la comiera muy rápido. Me la dio en pequeñas cucharaditas. Parecía tranquila. Aunque lloraba un poco. Papá todavía tenía esa mirada. La misma que yo tuve después, unos meses más tarde, cuando mamá y papá se enfermaron y yo tuve que conseguir la comida.

[Me arrodillo para examinar la pila de huesos. Todos fueron rotos, y les extrajeron la médula.]

El invierno nos golpeó en serio en diciembre. La nieve llegaba por encima de nuestras cabezas, literalmente, montañas de nieve, gruesa y gris por toda la contaminación. El campamento quedó en silencio. No más peleas, no más disparos. Pero al llegar Navidad hubo mucha más comida.

[Ella levanta lo que parece ser un pequeño fémur. Es obvio que fue raspado con un cuchillo.]

Dicen que once millones de personas murieron ese invierno, y eso fue solamente en Norteamérica. No tienen en cuenta otros lugares: Groenlandia, Islandia, Escandinavia. No quiero ni pensar lo que pudo haber pasado en Siberia, con todos esos refugiados del sur de China, la gente de Japón que nunca habían salido de sus ciudades, y toda esa pobre gente de la India. Ese fue el primer invierno gris, cuando toda la basura que había en el aire comenzó a cambiar el clima. Dicen que parte de toda esa basura, no se cuánta, eran cenizas de restos humanos.

[Jesika clava una bandera al lado del agujero.]

Se tardó mucho, pero al final volvió a salir el sol, comenzó a hacer calor otra vez, y la nieve empezó a derretirse. Para mediados de julio, al fin llegó la primavera, y los muertos vivientes regresaron.

[Uno de los miembros del equipo nos llama. Hay un zombie medio enterrado, congelado de la cintura para abajo entre el hielo. La cabeza, los brazos, y el torso están muy vivos, sacudiéndose y gimiendo, y tratando de agarrarnos.]

¿Por qué siguen vivos después de congelarse? ¿Todas las células del cuerpo contienen agua, no? Y cuando el agua se congela, se expande y rompe las membranas de las células. Es por eso que no podemos congelar a la gente en animación suspendida, ¿pero por qué sí funciona con los muertos vivientes?

[El zombie intenta lanzarse con fuerza hacia nosotros; la parte inferior de su torso comienza a desprenderse. Jesika levanta su arma, una enorme barra de hierro, y sin ninguna expresión en el rostro, revienta el cráneo de la criatura.]

PALACIO DE UDAIPUR, LAGO PICHOLA, RAJASTÁN, INDIA

[Cubriendo completamente la Isla Jagniwas que le sirve de base, esta estructura idílica y casi irreal fue alguna vez la residencia del maharajá, luego un hotel de lujo, y luego un hogar para cientos de refugiados, hasta que una epidemia de cólera los mató a todos. Bajo la dirección de Sardar Khan, Director del Proyecto, el hotel, el lago, y la ciudad que los rodea, están volviendo finalmente a la vida. Durante la entrevista, el señor Khan no se parece al ingeniero civil bien educado y endurecido por el combate que es, sino más bien el joven y asustado oficial que estuvo varado en un camino montañoso durante el Pánico.]

Recuerdo a los monos, cientos de ellos, brincando y trepándose a los vehículos, y hasta en las cabezas de las personas. Los había visto desde

Chandigarh, saltando entre los techos y los balcones porque los muertos vivientes llenaban las calles. Los recuerdo corriendo, chillando, trepando los postes telefónicos para escapar de los brazos de los zombies. Algunos ni siquiera esperaron a ser atacados; ellos lo sabían. Y nos habían seguido hasta allí, hasta aquel estrecho y retorcido paso de cabras en los Himalayas. Decían que era una carretera, pero incluso en tiempos de paz había sido una trampa mortal. Miles de refugiados trataban de pasar por allí, trepándose sobre los vehículos atascados o abandonados. La gente todavía seguía luchando por llevar maletas, cajas; un hombre se negaba a desprenderse del monitor de su computadora de escritorio. Un mono aterrizó sobre su cabeza, tratando de usarla como apoyo para otro salto, pero el hombre estaba muy cerca del borde y los dos cayeron rodando montaña abajo. Parecía que cada segundo alguien tropezaba y caía. Había demasiadas personas. El camino ni siquiera tenía rieles de seguridad en los costados. Ví un autobús completo irse al fondo, no sé cómo, porque ni siquiera se estaba moviendo. Los pasajeros trataron de salir por las ventanas, porque las puertas estaban atascadas por la multitud de afuera. Una mujer tenía la mitad de su cuerpo fuera cuando el autobús cayó rodando. Sostenía algo entre los brazos, abrazado con fuerza. Todo el tiempo trato de convencerme de que no se movía ni lloraba, que era sólo un bulto de ropa. Nadie trató de ayudarla. Ni siquiera la miraron, sólo seguían avanzando a su lado. Algunas veces, cuando sueño con ese momento, no puedo diferenciar a la gente de los monos.

Yo ni siquiera debía estar allá, yo no era un ingeniero de combate. Yo trabajaba con la CCF[27]; mi trabajo era construir carreteras, no hacerlas estallar. Había ido a echar un vistazo a la zona de reunión en Shimla, tratando de encontrar a los miembros sobrevivientes de mi unidad, cuando un ingeniero, el sargento Mukherjee, me agarró del brazo y dijo, "Tú, soldado, ¿sabes conducir?"

Creo que tartamudeé algo que se entendió como un "sí," y de repente me encontré en el asiento del conductor de un Jeep, mientras él se sentaba a mi lado llevando algún tipo de aparato de radio sobre sus piernas. "¡Vamos al paso! ¡Vamos! ¡Vamos!" Arranqué a toda velocidad por la carretera, resbalando y dando saltos mientras trataba de explicarle que yo sólo había conducido apisonadoras de asfalto, y que ni siquiera estaba bien entrenado para eso. Mukherjee no me hizo caso. Estaba demasiado ocupado ajustando cosas en el dispositivo que llevaba en sus rodillas. "Las cargas ya están puestas," me explicó. "¡Lo único que tenemos que hacer, es esperar la orden!"

"¿Qué cargas?" pregunté. "¿Qué orden?"

"¡Volar el paso, imbécil!" me gritó, señalando al dispositivo, que en ese momento reconocí como un detonador. "¿Cómo más crees que vamos a detenerlos?"

Yo sabía, a grandes rasgos, que nuestra retirada hacia los Himalayas tenía algo que ver con cierto plan maestro, y que parte de ese plan incluía el cerrar todas las vías de acceso a los muertos vivientes. ¡Sin embargo, nunca pensé que yo tomaría parte en su ejecución! Para mantener las cosas decentes, no voy a repetirle lo que le dije a Mukherjee, ni su vulgar exclamación al llegar al paso y ver que todavía estaba repleto de refugiados.

"¡Se suponía que debía estar vacío!" gritó. "¡No lleno de refugiados!"

Vimos a un soldado de los Fusileros de Rashtriya, la división que debería haber cerrado el acceso al paso, que pasó corriendo al lado de nuestro Jeep. Mukherjee salió de un salto y agarró al hombre. "¿Qué diablos es esto?" le preguntó; era un tipo grande, duro y feroz. "Se suponía que iban a despejar el camino." El otro tipo estaba igual de enojado, e igual de asustado. "¡Si usted es capaz a dispararle a su abuela, hágalo!" Empujó al sargento para apartarlo y siguió su camino.

Mukherjee activó su radio y reportó que el camino todavía estaba siendo transitado. Una voz le respondió, la voz aguda y desesperada de un oficial joven, gritando que sus órdenes eran hacer volar ese camino sin importar cuánta gente hubiese en él. Mukherjee respondió enojado que debían esperar a que estuviera despejado. Si hacíamos volar el camino, no sólo mataríamos instantáneamente a docenas de personas, sino que también dejaríamos a miles más atrapadas en el otro lado. La voz contestó que aquel camino *nunca* se despejaría, y que justo detrás de esa gente venía una gigantesca horda de sólo Dios sabe cuántos millones de zombies. Mukherjee le dijo que lo detonaría cuando llegaran los zombies, ni un segundo antes. Él no iba a convertirse en un asesino, y no le importaba lo que un infeliz teniente…

Pero entonces Mukherjee se detuvo a mitad de la frase, y miró algo por encima de mi cabeza. Me dí la vuelta, ¡y me encontré mirando de frente al general Raj-Singh! No sé de dónde salió, o por qué estaba allí… hasta el día de hoy nadie me cree, no porque él estuviese allí, lo que no me creen es que *yo* estuve allí junto a él. ¡Estaba a sólo unos centímetros del Tigre de Delhi! He escuchado que la gente suele ver a las personas que respetan como su fueran más altas de lo que en realidad son. En mi mente, lo recuerdo como un verdadero gigante. Aún a pesar de su

uniforme rasgado, su turbante ensangrentado, el parche en su ojo derecho y el vendaje en su nariz (uno de sus hombres lo había golpeado en la cara para obligarlo a subir en el último helicóptero que salió del Parque Gandhi). El general Raj-Singh…

[Khan respira profundamente, su pecho se hincha en un gesto de orgullo.]

"Caballeros," dijo él… nos llamó "caballeros" y nos explicó, con mucho cuidado, que el camino debía ser destruido inmediatamente. La Fuerza Aérea, o lo que quedaba de ella, tenía sus propias órdenes concernientes al bloqueo de todos los pasos a través de las montañas. En ese mismo momento, un bombardero Shamsher se encontraba estacionado sobre nuestras cabezas. Si por alguna razón no podíamos, o no queríamos, completar nuestra misión, el piloto tenía órdenes de dejar caer la "Furia de Shiva" sobre nosotros. "¿Saben lo que quiere decir eso?" preguntó Raj-Singh. Quizá pensó que yo era demasiado joven como para entenderlo, o quizá adivinó, de alguna manera, que yo era musulmán, pero incluso aunque no hubiese sabido nada sobre la Diosa hindú de la destrucción, todos los uniformados habíamos escuchado los rumores sobre el nombre código "secreto" con el que se referían a las armas termonucleares.

¿Y eso no habría destruido también el paso?

¡Sí, pero también destruiría la mitad de la montaña! En lugar de una estrecha garganta cerrada y bordeada por enormes paredes de piedra, no quedaría más que una rampa inclinada de escombros. La idea al destruir esos caminos era crear una barrera inaccesible para los muertos vivientes, ¡pero un ignorante general de la Fuerza Aérea con una erección nuclear, iba a abrir un enorme boquete de entrada hacia la zona segura!

Mukherjee tragó saliva, no muy seguro de lo que iba a hacer, hasta que El Tigre extendió su mano, pidiéndole el detonador. Tan heroico como siempre, estaba dispuesto a aceptar la responsabilidad de un asesinato en masa. El sargento se lo entregó, a punto de llorar. El general Raj-Singh se lo agradeció, nos lo agradeció a los dos, susurró una oración y presionó los dos botones al mismo tiempo con sus pulgares. Nada pasó, lo intentó de nuevo, y nada. Revisó la batería, todas las conexiones, e intentó por tercera vez. Nada. El problema no estaba en el detonador. Algo había quedado mal puesto en las cargas que habían sido enterradas medio kilómetro camino abajo, justo en medio de la ola de refugiados.

Es el fin, pensé, *todos vamos a morir.* Sólo podía pensar en cómo salir de allí, lo suficientemente lejos y rápido como para evitar el impacto nuclear. Aún me siento culpable por haber pensado en eso, preocupándome sólo por mí en un momento como ese.

Gracias a Dios por el general Raj-Singh. Él reaccionó… justo como uno esperaría en una leyenda viviente. Nos ordenó que saliéramos de allí, que nos salváramos y corriéramos hacia Shimla, y luego salió corriendo hacia la multitud. Mukherjee y yo nos miramos, y me alegro de decir que ninguno de los dos vaciló. Salimos corriendo tras él.

Nosotros también queríamos ser héroes, protegiendo a nuestro general y cubriéndolo de la multitud. Qué idiotas. No volvimos a verlo después de que la masa nos envolvió y nos arrastró como un río enloquecido. Me empujaban y me tiraban hacia todas direcciones. Ni siquiera me dí cuenta cuándo me golpearon en un ojo. Yo gritaba que necesitaba pasar, que estaba en una misión para el ejército. Nadie me escuchó. Disparé algunos tiros al aire. No se dieron cuenta. Por un momento se me ocurrió dispararle a la multitud. Estaba tan desesperado como ellos. Ví a Mukherjee por el rabillo del ojo, tropezando y cayendo al vacío con otro hombre mientras luchaban por un rifle. Traté de decírselo al general Raj-Singh, pero no pude encontrarlo. Grité su nombre, traté de verlo sobre las demás cabezas. Me trepé al techo de un microbús, tratando de ubicarme. Una corriente de viento trajo el hedor y los gemidos desde el valle. Frente a mí, más o menos a medio kilómetro, la multitud comenzó a correr. Traté de enfocar… entrecerré mis ojos. Los muertos se acercaban. Lentos y constantes, y tan numerosos como los refugiados que devoraban.

Es microbús se sacudió y caí. Me encontré flotando sobre un mar de cuerpos humanos, y luego me hundí bajo ellos, montones de zapatos y pies descalzos pisotearon mi carne. Sentí que mis costillas se quebraban, tosí y me supo a sangre. Rodé debajo del microbús. Me dolía todo el cuerpo, me quemaba. No podía hablar. Apenas podía ver. Escuche otra vez el sonido de los zombies que se aproximaban. Calculé que no debían estar a más de doscientos metros. Juré que no moriría como los demás, como todas esas víctimas destrozadas a mordiscos, como esa vaca que ví desangrándose en la orilla del río Satluj en Rupnagar. Traté de sacar mi arma, pero mi mano no respondía. Lloré y grité. Siempre imaginé que rezaría en un momento así, pero estaba tan asustado y tan furioso que comencé a golpear mi cabeza contra la parte inferior del vehículo. Pensaba que si lo hacía con fuerza, podría reventarme la cabeza. De pronto se escuchó un rugido ensordecedor y

la tierra se sacudió contra mi espalda. Una ola de gritos y gemidos mezclados con una marea de polvo a presión. Mi cara se estrelló contra la maquinaria que tenía sobre mí, dejándome inconsciente.

La primera cosa que recuerdo haber escuchado cuando desperté, fue un sonido constante y muy leve. Al principio pensé que era agua. Sonaba como una gotera… tap-tap-tap, algo así. Los golpecitos se hicieron más claros, y de pronto fui consciente de otros dos sonidos, la estática de mi radio… no he podido saber cómo seguía funcionando… y el gemido omnipresente de los muertos vivientes. Me arrastré desde la parte inferior del microbús. Al menos mi piernas todavía podían sostenerme en pié. Noté que estaba solo, no vi ni a los refugiados, ni al general Raj-Singh. Estaba parado entre un montón de objetos personales abandonados en medio del camino desierto. Una ennegrecida pared montañosa se alzaba frente a mí, y un precipicio caía a sólo unos pasos de donde yo estaba. Más allá, al otro lado, se veía el otro extremo del camino dinamitado.

De allí era de donde venían los gemidos. Los muertos vivientes seguían avanzando hacia mí. Con los ojos desorbitados y los brazos extendidos, caían por decenas sobre el borde del abismo recién abierto. Ese era el golpeteo que escuché antes: sus cuerpos estrellándose contra las rocas del valle, cientos de metros más abajo.

El Tigre había activado manualmente las cargas de demolición. Supongo que debió llegar a ellas al mismo tiempo que los muertos vivientes. Sólo espero que no hayan alcanzado a morderlo primero y que se sienta complacido con la estatua que ahora se levanta allí, junto a una carretera de cuatro carriles que cruza la montaña. En ese momento, yo no estaba pensando en su sacrificio. Ni siquiera estaba seguro de que todo eso estuviese sucediendo de verdad. Me quedé mirando en silencio aquella catarata de muertos vivientes, y escuchando en el radio los reportes de las otras unidades:

"Vikasnagar: Seguro."

"Bilaspur: Seguro."

"Jawala Mukhi: Seguro."

"Todos los pasos han quedado asegurados: ¡Cambio y fuera!"

¿Estoy soñando? pensé, *¿o estoy loco?*

El único mono que quedaba no me ayudó a pensar lo contrario. Estaba sentado sobre el microbús, mirando cómo los muertos se precipitaban hacia su fin. Su cara se veía tan tranquila, casi inteligente, como si comprendiera toda la situación. Por un momento creí que iba a mirarme y diría, "¡A partir de aquí, comenzaremos a ganar la guerra! ¡Al fin logramos detenerlos! ¡Estamos a salvo!" Pero en vez de eso, agarró su pequeño pene y se orinó en mi cara.

FRENTE LOCAL: ESTADOS UNIDOS

TAOS**, N**UEVO **M**ÉXICO

[Arthur Sinclair Jr, es la viva imagen de uno de esos patriarcas del Viejo Mundo: alto, delgado, con una cabeza canosa de pelo corto y un afectado acento de Harvard. Parece hablarle al vacío, sin hacer contacto visual conmigo, y casi sin dejar espacio para hacerle preguntas. Durante la guerra, el señor Sinclair fue el director de la recién formada agencia gubernamental DEstRe, el Departamento para el uso Estratégico de Recursos.]

No sé a quién se le ocurrió el nombre de "DEstRe" o si fue consciente de lo mucho que se parece a la palabra "desastre," pero yo no podría haberle puesto un nombre más apropiado. El establecimiento de una línea de defensa en las Montañas Rocosas creó una "zona segura" en teoría, pero en realidad esa zona constaba principalmente de ruinas y refugiados. Había hambruna, enfermedades, y millones de personas sin hogar. La industria estaba en pedazos, el transporte y el comercio se habían esfumado, y todo eso se veía agravado por los muertos vivientes que asaltaban la línea de las Rocosas, y los que brotaban dentro de la zona segura. Teníamos que lograr que nuestra gente se pusiera en pié de nuevo —vestirlos, alimentarlos, darles casa y ponerlos a trabajar— o de lo contrario, la zona segura solamente retrasaría un poco lo inevitable. Por eso se creó el DEstRe, y como puede imaginarse, yo tuve que aprender muchas cosas sobre la marcha.

Sobre todo los primeros meses, no puedo ni decirle toda la cantidad de información que tuve que archivar en esta pobre y vieja cabeza; las reuniones, los viajes de inspección… cuando dormía, siempre tenía un

libro bajo mi almohada, y todas las noches era un distinto, desde Henry J. Kaiser hasta Vo Nguyen Giap. Necesitaba cada idea, cada palabra, cada onza de conocimiento que pudiese ayudarme a convertir ese territorio fracturado en la mueva maquinaria de guerra norteamericana. Si mi padre hubiese estado vivo, seguramente se habría reído de mi frustración. Él había sido uno de los agentes del New Deal, y había trabajado para F.D. Roosevelt como coordinador del Estado de Nueva York. En ese entonces usaron métodos que eran casi Marxistas, con planes de colectivización que habrían hecho que Ayn Rand se levantara de su tumba y se uniera a los muertos vivientes. Yo siempre había rechazado las lecciones que él había tratado de enseñarme, y llegué incluso a refugiarme en Wall Street para tratar de olvidarlas. Pero luego tuve que exprimirme el cerebro tratando de recordar cualquier detalle útil. Una de las cosas que los del New Deal hicieron mejor que cualquier otra generación en la historia de Norteamérica, fue encontrar y cosechar las herramientas y el talento adecuados.

¿Herramientas y talento?

Son términos que mi hijo escuchó alguna vez en una película. Descubrí que eran muy apropiados para describir nuestros esfuerzos para la reconstrucción. “Talento” quiere decir el potencial de la fuerza de trabajo, su habilidad para las labores, y cómo esa labor puede ser usada de manera efectiva. Para decirlo de buena manera, nuestra disponibilidad de talento era críticamente baja. La nuestra era una economía post-industrial basada en servicios, tan compleja y tan especializada, que cada individuo sólo era capaz de funcionar apropiadamente dentro de los límites de su pequeño cubículo. Ojalá hubiera visto algunas de las “carreras” inscritas en nuestro primer censo de empleos; todo el mundo era alguna clase de “ejecutivo,” o “representante,” puros “analistas,” o “consultores,” todos perfectamente acondicionados para el mundo de la preguerra, pero completamente inadecuados para la crisis actual. Necesitábamos carpinteros, albañiles, operarios industriales, fabricantes de armas. Claro, teníamos muchos de esos, pero no eran ni una fracción de los que necesitábamos. Nuestro primer censo nos mostró claramente que más del 65% de la fuerza de trabajo civil se clasificaba como F-6, es decir, que no poseían ninguna vocación útil. Necesitábamos un programa masivo de reentrenamiento. En pocas palabras, necesitábamos ensuciar un montón de cuellos blancos.

Fue un proceso lento. El transporte aéreo ya no existía, las carreteras y los ferrocarriles eran un desastre, y la gasolina, Dios mío, no se podía encontrar ni un solo galón de gasolina entre Blaine, en Washington, e

Imperial Beach en California. Súmele a eso, no sólo que Norteamérica tenía una estructura urbana basada en la disponibilidad de los medios transporte, sino además que ese hecho había permitido una grave segregación socioeconómica. Había montones de barrios suburbanos habitados por profesionales de clase media-alta, donde ninguno de ellos tenía la más mínima idea de cómo cambiar un vidrio roto en una ventana. Los que tenían ese conocimiento vivían en los "ghettos" de obreros, a una hora de distancia en automóvil, lo que se traducía en un día completo a pié. Recuerde, así era como la mayoría teníamos que viajar al principio.

Para resolver ese problema —no, ese reto, porque no existen los problemas— teníamos que ir a los campos de refugiados. Había cientos de esos, algunos del tamaño de un parqueadero, y otros que se extendían por kilómetros, diseminados por la costa y las montañas; todos ellos necesitaban ayuda del gobierno, y todos malgastaban unos recursos que ya casi estaban agotados. Lo primero en mi lista, antes de atender cualquier otro reto, era que esos campamentos tenían que desaparecer. Todos los F-6 físicamente aptos tenían que dedicarse a las labores básicas, las que no requerían entrenamiento previo: limpiar los escombros, cosechar, excavar tumbas. Se necesitaban muchas tumbas. Todos los A-1, aquellos con habilidades apropiadas para la guerra, se convirtieron en parte del PAC, o Programa de Autosuficiencia Comunitaria. Un grupo variado de instructores estaría a cargo de transmitirle a esos ratones de cubículo, sobreeducados y sedentarios, los conocimientos necesarios para valerse por sí mismos.

Fue un éxito inmediato. Apenas a los tres meses, se vió un marcado decremento en las solicitudes de ayuda gubernamental. No hay palabras para decir lo importante que eso fue para nuestra victoria. Nos permitió pasar de una economía improductiva, basada en la supervivencia, a una productividad apta para la guerra. Fue entonces cuando surgió el Comité de Reeducación Nacional, un derivado directo del PAC. Yo diría que pusimos en marcha el programa de entrenamiento vocacional más grande desde la Segunda Guerra Mundial, y seguramente el más radical de toda nuestra historia.

Usted ha mencionado, de vez en cuando, los problemas que tuvo que enfrentar el CRN…

Ya iba a hablarle de eso. El presidente me otorgó el poder necesario para superar cualquier reto físico o logístico. Desafortunadamente, ni él, ni nadie más en la Tierra, podían darme el poder de cambiar la forma de pensar de la gente. Como ya le expliqué, la fuerza laboral en

Norteamérica estaba segregada, y en muchos casos esa segregación iba acompañada de un componente cultural. Casi todos nuestros instructores eran inmigrantes de primera generación. Esas eran las personas que sabían cómo cuidar de sí mismas, cómo sobrevivir con muy poco y trabajar con lo que tenían a mano. Eran personas que cultivaban pequeñas huertas en sus jardines, que reparaban sus propias casas, que mantenían sus electrodomésticos funcionando por tanto tiempo como los materiales lo permitían. Era crucial que esa gente nos enseñara a todos los demás a salirnos de nuestro estilo de vida confortable y de aparatos desechables, a pesar de que había sido su labor la que nos había permitido vivir de esa manera en primer lugar.

Sí, había racismo, pero también mucho clasismo. Imagínese que usted es un abogado de una inmensa compañía. Usted se ha pasado la vida entera revisando contratos, negociando acuerdos, hablando por teléfono. Usted es bueno en eso, y eso es lo que lo ha hecho rico y le ha permitido contratar a un plomero para que le desatasque el inodoro, y así usted puede seguir hablando por teléfono. Entre más trabaja, más dinero gana, y puede contratar a más peones para tener más tiempo libre y así seguir ganando dinero. Así es como funciona su mundo. Pero llega un día en que ya no más. De pronto ya nadie necesita revisar contratos, ni negociar acuerdos. Lo que se necesita son inodoros que funcionen, y de pronto ese peón se ha convertido en su maestro, o quizá hasta en su jefe. Para algunas personas, eso era más aterrador que los muertos vivientes.

Una vez, en un recorrido de evaluación por Los Ángeles, asistí una de las clases de reeducación. Todos los alumnos habían tenido alguna posición alta en la industria del entretenimiento, un montón de agentes, representantes, y "creativos," sea lo que sea eso. Puedo comprender su resistencia y su arrogancia. Antes de la guerra, el entretenimiento había sido el principal producto de exportación de los Estados Unidos. Pero ahora estaban siendo entrenados como personal de aseo para una planta de producción de armas en Bakersfield, California. Una mujer, una directora de reparto, simplemente explotó. ¡¿Cómo se atrevían a humillarla de esa manera?! ¡Ella tenía un título MFA en Teatro Conceptual, había seleccionado el reparto para las tres comedias más populares de las últimas temporadas, y ganaba más dinero en una sola semana, que lo que su instructora podía acumular en varias vidas! Todo el tiempo estuvo llamando a su instructora sólo por su nombre. "Magda," decía ella, "Magda, ya basta. Magda, por favor." Al principio pensé que la mujer sólo estaba siendo grosera, menospreciando a la instructora y negándose a llamarla por su título, o a decirle "señora." Después me enteré que la señora Magda Antonova había sido la

empleada doméstica de aquella mujer. Sí, para algunos fue muy difícil, pero muchos de ellos admitieron después que sus trabajos nuevos les daban mucha más satisfacción emocional que los anteriores.

Me encontré con un caballero en un ferry que iba de Portland a Seattle. Antes trabajaba en el departamento de derechos de autor de una agencia publicitaria, específicamente, estaba a cargo de conseguir las licencias para usar las canciones de rock populares en los anuncios televisivos. Ahora se dedica a limpiar chimeneas. Como casi todas las casas de Seattle se habían quedado sin calefacción central, y los inviernos ahora son más largos y más fríos, casi nunca se queda sin trabajo qué hacer. "Ayudo a que mis vecinos estén calientes," me dijo con orgullo. Ya sé que suena como a una pintura de Norman Rockwell, pero yo escucho historias como esas todo el tiempo. "Esos zapatos, los hice yo," "Ese abrigo, es lana de mis ovejas," "¿Le gustó el maíz? Es de mi jardín." Esa es una de las ventajas de un sistema más estrecho. Le dió a la gente la oportunidad de ver los frutos de su trabajo, les permitió sentirse orgullosos de saber que estaban haciendo una contribución concreta y decisiva para la victoria, y me permitió sentirme orgulloso de ser parte de eso. Necesitaba sentir eso. Así pude mantener la cordura en la otra parte de mi trabajo.

Ya hablamos del "talento." Las "herramientas" son las armas para la guerra, y los recursos logísticos e industriales con los que se construyen esas armas.

[Él hace girar su silla, señalando un portarretratos sobre su escritorio. Lo miro de cerca y noto que no es una fotografía, sino una etiqueta de algún producto.]

Ingredientes:
Melaza de Estados Unidos
Anís de España
Regaliz de Francia
Vainilla (bourbon) de Madagascar
Canela de Sri Lanka
Clavo de Indonesia
Bayas de Gaulteria de China
Aceite de pimentón de Jamaica
Aceite balsámico de Perú

Y todo eso es sólo para hacer una botella de cerveza de raíz. Y no hablemos de lo que lleva una computadora de escritorio, o un portaaviones propulsado por energía nuclear.

Pregúntele a alguien cómo hicimos los Aliados para ganar la Segunda Guerra Mundial. Los que saben muy poco del asunto, le dirán que fue por nuestros soldados y nuestros generales. Los que no saben nada, le hablarán de las maravillas tecnológicas del radar y la bomba atómica. **[Hace una mueca.]** Cualquiera que tenga el entendimiento más básico del conflicto le dará las tres razones reales: la primera, la habilidad de producir más material: más balas, más fríjoles y más vendajes que el enemigo; la segunda, la disponibilidad de recursos naturales para fabricar esos materiales; y la tercera, los medios logísticos no sólo para transportar esos materiales hasta las fábricas, sino también para transportar los productos terminados hasta nuestras líneas. Los Aliados tenían los recursos, las industrias y la logística de todo el planeta. El Eje, por otro lado, tenía que depender únicamente de lo poco que lograba reunir dentro de su territorio. Pero en esta ocasión nosotros éramos el Eje. Los muertos vivientes controlaban la mayor parte del planeta, mientras que la producción de guerra norteamericana dependía únicamente de lo que podíamos cosechar en nuestros estados occidentales. Olvídese de los materiales de nuestras zonas seguras al otro lado del mar; nuestros barcos mercantes estaban a reventar de refugiados, y la escasez de combustibles tenía varada a nuestra armada naval.

Teníamos algunas ventajas. La economía agraria de California podía suavizar el problema de la hambruna, pero tenía que ser reestructurada. Los cultivadores de cítricos no se quedaron callados, y tampoco los ganaderos. Los peores fueron los barones de la carne, que eran dueños de casi todo el terreno útil y de lo que había en él. ¿Alguna vez escuchó hablar de Don Hill? ¿No vió la película que Roy Elliot hizo sobre él? En ella muestran cuando la epidemia llegó al Valle de San Joaquín y los muertos derribaron sus cercados. Atacaron su ganado y lo destrozaron como hormigas africanas. Pero él estaba ahí en el medio de aquella horda, disparando y gritando como Gregory Peck en *Duel in the Sun.* Tuve que negociar con él abierta y honestamente. Al igual que con todos los demás, le dí a elegir. Le recordé que se acercaba el invierno, y que todavía teníamos mucha gente hambrienta. Le advertí que cuando las hordas de refugiados llegaran a terminar con lo que los muertos habían dejado, él no podría pedir ninguna protección al gobierno. Hill era un bastardo terco y feroz, pero no era ningún idiota. Aceptó entregarnos sus tierras y su ganado, con la condición de que no tocaríamos a sus sementales, ni a los de nadie más. Ese fue el trato.

Unos filetes suaves y jugosos — ¿se le ocurre un mejor ejemplo de nuestro artificial estilo de vida de la preguerra? Sin embargo, fueron los

estándares de ese estilo de vida lo que se convirtió en nuestra segunda mayor ventaja. La única manera de complementar nuestros recursos disponibles era el reciclaje. No era nada nuevo. Los israelíes habían comenzado a hacerlo desde que cerraron sus fronteras, y todas las naciones lo habían implementado en algún grado. Pero ninguna tenía el potencial de materiales que nosotros teníamos a nuestra disposición. Piense en cómo era la vida en la Norteamérica de la preguerra. Incluso las personas de clase media disfrutaban, o daban por sentado, un nivel de confort material que no había tenido ninguna otra sociedad en la historia de la humanidad. La ropa, los utensilios de cocina, los electrodomésticos, los autos; nada más en el valle de Los Ángeles, los autos superaban a la población de la preguerra en una relación de tres a uno. Circulaban por millones, en cada casa, en cada barrio. Organizamos una industria de más de cien mil empleados, trabajando en tres turnos diarios los siete días de la semana: recolectando, catalogando, desmantelando, almacenando, y enviando componentes y piezas a las fábricas de toda la costa. Hubo algunos problemas similares al de los de los rancheros, con la gente que no quería entregar sus Hummers o sus autos italianos comprados al llegarles la crisis de la edad adulta. Es curioso, no tenían gasolina para hacerlos funcionar, pero tampoco se desprendían de ellos. Claro que no eran tan molestos. Era un placer negociar con ellos, si los comparamos con los militares.

De todos mis adversarios, los más tenaces, por mucho, eran los de uniforme. Nunca tuve control directo sobre sus procesos de investigación y desarrollo, y eran libres de aprobar lo que se les viniera en gana. Pero dado que casi todos sus proyectos dependían de contratistas civiles, y todos esos contratistas usaban recursos controlados por DEstRe, teníamos un control *de facto* sobre ellos. "Ustedes *no pueden* descontinuar nuestros bombarderos invisibles," me gritaban. "¿Quién diablos creen que son para venir a detener nuestra producción de tanques?" Al principio traté de razonar con ellos: "El M-1 Abrams usa una turbina de jet. ¿Dónde van a encontrar tanto combustible? ¿Para qué necesitan aviones invisibles contra un enemigo que no usa radar?" Traté de hacerlos ver que, dada la situación en la que estábamos y lo que enfrentábamos, teníamos que sacar la mayor productividad de nuestra inversión, o en el lenguaje de ellos, más bajas por dólar. Eran insufribles, con sus llamadas a cualquier hora, o apareciéndose en mi oficina sin cita previa. Pero supongo que no puedo culparlos, no después de cómo los tratamos tras la guerra en Oriente Medio, y mucho menos después de la paliza que les dieron en Yonkers. Su institución estaba al borde del colapso, y muchos de ellos sólo necesitaban desahogarse.

[Sonríe con confianza.]

Comencé mi carrera como corredor de acciones en la Bolsa de Nueva York, así que puedo gritar tanto y tan fuerte como cualquier sargento. Después de cada "reunión," siempre esperaba una llamada, la llamada que tanto deseaba, y que tanto temía al mismo tiempo: "Señor Sinclair, le habla el presidente, le agradecemos mucho sus servicios, pero ya no necesitaremos…" **[Se ríe.]** Nunca llegó. Supongo que nadie más quería este trabajo.

[Su sonrisa se desvanece.]

No estoy diciendo que no cometí errores. Ya sé que fui demasiado duro con los D-Corps de la Fuerza Aérea. No entendía sus protocolos de seguridad ni la utilidad que podían tener los dirigibles en la guerra contra los muertos. Lo único que sabía era que con nuestra escasez de helio, el único gas con un costo viable era el hidrógeno, y yo no iba a desperdiciar hombres y recursos en una flota de Hindenburgs modernos. También tuve que ser convencido, nada más ni nada menos que por el presidente mismo, de volver a abrir el proyecto experimental de fusión fría en Livermore. Él sostuvo que, a pesar de que todavía faltaban décadas para obtener un resultado significativo, "hacer planes para el futuro, permite que la gente vea que tenemos uno." Yo me mostré muy conservador con algunos proyectos, y demasiado liberal con otros.

Como el Proyecto Yellow Jacket —todavía me doy golpes contra la pared cuando pienso en ese. Estos idiotas de Silicon Valley, cada uno de ellos considerado un genio en su especialidad, me convencieron de que tenían un "arma maravilla" que podía hacernos ganar la guerra, teóricamente, tan sólo cuarenta y ocho horas después de ser lanzada. Decían que podían construir micro-misiles, millones de ellos, cada uno del tamaño de una bala calibre .22, que podían ser desplegados desde cualquier avión de carga y luego guiados por satélite hasta meterse en el cerebro de cada zombie en Norteamérica. ¿Suena sorprendente, no? A mí me convenció.

[Murmura algo para él mismo.]

Cuando pienso en todo el dinero que botamos por ese agujero, todas las otras cosas que podríamos haber producido con él… ahhh… pero ya no sirve de nada lamentarse.

Podría haber seguido peleando con los militares durante toda la guerra, pero agradezco el no haber tenido que hacerlo. Cuando Travis

D'Ambrosia se convirtió en Director General de la Alianza, no sólo inventó la medida de "Muertes por Unidad de Recursos", sino que desarrolló una estrategia completa para usarla en la práctica. Siempre le hice caso cuando decía que tal o cual sistema de armas era vital. Confié en su decisión en asuntos como el nuevo Uniforme de Combate o el Rifle Estándar de Infantería.

Lo más increíble fue ver cómo la cultura del MUR comenzó a meterse entre las filas. Uno escuchaba a los soldados hablando en las calles, en los bares, o en los trenes; "¿Para qué comprar X, cuando por el mismo precio de pueden comprar diez Y, que pueden matar a cien veces más Zs?" A los soldados comenzaron a ocurrírseles algunas ideas, inventando armas mucho más rentables que cualquiera de las que nosotros podíamos imaginar. Creo que lo disfrutaban —improvisar, adaptarse, y superarnos a nosotros los burócratas. Los marines fueron los que más me sorprendieron. Siempre había creído en el mito de que eran neandertales grandes y calvos, con la quijada salida y borrachos de testosterona. Yo no sabía que, como la infantería de marina tiene que pedir su dotación a través de los oficiales navales, y sus almirantes nunca se han preocupado mucho por el combate en tierra, la improvisación ha tenido que convertirse en una de sus principales virtudes.

[Sinclair señala sobre mi cabeza hacia la pared del fondo. Allí cuelga una pesada barra de acero, con algo en un extremo que parece una mezcla entre una pala y un hacha de doble hoja. Su nombre oficial es Herramienta Estándar para Infantería de Trincheras, aunque la mayoría de la gente lo conoce como el "Lobotomizador," o simplemente, el "Lobo."]

Los marines lo inventaron, usando solamente acero de autos reciclados. Hicimos veintitrés millones de esos durante la guerra.

[Sonríe con orgullo.]

Y todavía lo seguimos fabricando.

BURLINGTON**, V**ERMONT

[El invierno ha llegado retrasado esta estación, como todos los años desde el comienzo de la guerra. La nieve cubre la casa y los campos a su alrededor, y congela los árboles que bordean el camino de tierra que pasa junto al río. Todo en esta escena está tranquilo, excepto por el hombre que camina a mi lado. El insiste en hacerse llamar "el Loco," en sus propias palabras "porque todo el mundo me dice así, ¿por qué no?" Su andar es rápido y decidido, y el bastón que le regaló su doctora (y esposa) sólo le sirve para dar estocadas al aire.]

Para serle sincero, no me sorprendió que me nominaran para vicepresidente. Todo el mundo sabía que era inevitable la aparición de un partido de coalición. Yo había sido una estrella en ascenso, al menos hasta que me "autodestruí." ¿Eso era lo que decían, no? Todos esos cobardes e hipócritas que preferirían morir antes que ver a un hombre de verdad expresando sus pasiones. ¿Pero qué importaba si no era el mejor político del mundo? Dije lo que sentía, y no tenía miedo de repetirlo fuerte y claro. Esa es una de las razones por las que era el candidato más lógico para el puesto de copiloto. Éramos un gran equipo; él era la luz, yo era el calor. Diferentes partidos, diferentes personalidades, y, no nos digamos mentiras, también diferente color de piel. Yo sé que yo no era el favorito. Yo sé a quién prefería mi partido. Pero Norteamérica no estaba lista para llegar tan lejos, tan estúpido, ignorante, y humillantemente Neolítico como suena. Preferían tener a un VP gritón y radical, en vez de otra de "esos." Así que no me sorprendió que me nominaran. Me sorprendió todo lo demás.

¿Habla de las elecciones?

¿Elecciones? Honolulu era un manicomio; soldados, congresistas, refugiados, todos tropezándose entre sí mientras buscaban algo qué comer, o un lugar para dormir, o tratando de saber qué diablos estaba pasando. Y eso era un paraíso comparado con el continente. La Línea de las Rocosas apenas se estaba formando; todo al occidente de ella era una gran zona de guerra. ¿Por qué molestarse con unas elecciones cuando el Congreso podía votar por una extensión de poderes debido a la emergencia? El fiscal general lo intentó cuando fue alcalde de Nueva York, y estuvo a punto de lograrlo. Le expliqué al presidente que no teníamos ni la energía ni los recursos para hacer otra cosa que no fuera luchar por nuestra supervivencia.

¿Y él que dijo?

Bueno, sólo digamos que me convenció de lo contrario.

¿Podría ser más específico?

Podría, pero no quiero cambiar sus palabras. Estas viejas neuronas no disparan tan bien como antes.

Inténtelo, por favor.

¿Lo verificará con sus archivos?

Se lo prometo.

Bueno… estábamos en una oficina provisional, la "suite presidencial" de un hotel. Él había acabado de tomar el juramento de posesión en el Air Force Two. El jefe anterior descansaba, sedado, en la habitación de al lado. Desde todas las ventanas se podía observar el caos en la calle, los barcos en el mar alineándose para atracar, los aviones aterrizando cada treinta segundos, y un equipo de tierra haciéndolos a un lado para abrir espacio a los que venían detrás. Yo los señalé, gritando y gesticulando con esa pasión que me hizo tan famoso. "¡Necesitamos un gobierno estable, y rápido!" decía yo. "Las elecciones son geniales en teoría, pero ahora no tenemos tiempo para perseguir grandes ideales."

El presidente estaba tranquilo, mucho más tranquilo que yo. Quizá por todo ese entrenamiento militar… me dijo, "Este es *justamente* el momento para perseguir grandes ideales, porque esos ideales son lo único que nos queda. No vamos a luchar solamente por nuestra supervivencia, sino por la supervivencia de nuestra civilización. No tenemos la ventaja de cientos de años de tradición como en el viejo mundo. No tenemos una herencia en común, ni milenios de historia. Lo único que tenemos son los sueños las promesas que nos unificaron. Lo único que tenemos… **[Se esfuerza por recordarlo]**… todo lo que tenemos es lo que queremos ser ahora." ¿Entiende lo que quiso decir? Nuestro país sólo existe porque su gente cree en él, y si esa fe no era lo suficientemente fuerte para soportar la crisis, ¿entonces qué futuro podíamos esperar? Él sabía que Norteamérica quería un César, pero convertirse en uno significaría el final de nuestra nación. Dicen que durante los tiempos difíciles nacen los grandes hombres. Pero no lo creo. Ví demasiada debilidad, demasiada basura. Mucha gente que debió levantarse a enfrentar el reto, y no pudo o no quiso hacerlo. Ambición, temor, estupidez y odio. Estaban allí antes de la guerra, y siguen allí

hasta hoy. Mi jefe siempre había sido un gran hombre. Tuvimos mucha suerte de tenerlo con nosotros.

El asunto de las elecciones marcó el tono de lo que iba a ser su administración. Tantas de sus propuestas parecían una locura a simple vista, pero cuando uno las examinaba a fondo, se daba cuenta de que tenían un núcleo de lógica indiscutible. Por ejemplo los nuevos tipos de castigo, esos estuvieron a punto de hacerme enloquecer. ¿Poner a la gente en una picota? ¡¿¡Azotarlos en las plazas públicas!?! ¿Acaso estábamos en el viejo Sálem, o en el Afganistán de los talibanes? Se escuchaba como de bárbaros, completamente anti-americano, hasta que uno consideraba las demás opciones. ¿Qué más podía hacerse con los ladrones y los saqueadores, ponerlos en una prisión? ¿Eso a quién iba a ayudar? ¿Cómo íbamos a malgastar a unos ciudadanos físicamente aptos, y dedicarlos a alimentar, vestir y vigilar a otros ciudadanos físicamente aptos? Pero lo más importante, ¿por qué íbamos a retirar el castigo de la sociedad, cuando podía servir como un valioso modificador de la conducta? Sí claro, existía el miedo al dolor —los látigos y los bastones— pero eso no era nada comparado con la humillación pública. A la gente le aterraba que sus delitos fueran expuestos. En un momento en el que todos estaban luchando por recuperarse y se esforzaban por ayudar, trabajar y proteger a los demás, lo peor que se le podía hacer a alguien era obligarlo a caminar por la ciudad con un letrero de "Le robé la leña a mi vecino." La vergüenza es un arma muy poderosa, pero sólo funciona cuando todos los demás están haciendo lo correcto. Nadie estaba por encima de la ley, y ver a un Senador recibiendo quince azotes por apropiación indebida de fondos, era más efectivo contra el crimen que tener un policía en cada esquina. Sí, teníamos mafias organizadas, pero esos eran residuos, gente que había tenido esa oportunidad muchas veces antes. Recuerdo que el fiscal general sugirió que los abandonáramos en las zonas infestadas y que nos libráramos de una vez por todas del peligro de su presencia constante. Tanto el presidente como yo nos opusimos; mis objeciones eran éticas, pero las de él fueron prácticas. Ese territorio seguía siendo suelo norteamericano, infestado sí, pero con la esperanza de ser liberado algún día. "Lo último que queremos," dijo él "es tener que enfrentar luego a uno de estos ex-convictos, cuando se haya convertido en el Nuevo Gran Señor de Duluth." Pensé que lo decía en broma, pero luego, cuando vimos que eso fue precisamente lo que sucedió en otros países, cuando los criminales exiliados lograron controlar algunos territorios aislados y en algunos casos muy bien defendidos, me dí cuenta de que nos habíamos salvado por poco de una maldita bala asesina. La mafia siempre fue un problema, político, social, y hasta económico, ¿Pero qué otra opción teníamos para los que se rehusaban a jugar limpio como

todos los demás?

Pero usaron la pena de muerte.

Sólo en casos extremos: sedición, sabotaje, intentos de golpes políticos. Los zombies no eran nuestros únicos enemigos, por lo menos no al principio.

¿Los fundamentalistas?

Teníamos una buena cantidad de fanáticos religiosos, ¿pero qué país no los tiene? Muchos de ellos pensaban que, de alguna manera, estábamos interfiriendo con la voluntad de Dios.

[Se ríe.]

Lo siento, tengo que aprender a ser más diplomático, pero por favor, ¿de verdad creen que el Supremo Creador del multiverso infinito, va a confiarle sus planes a un puñado de Guardias Nacionales de Arizona?

[Hace un gesto, como restándole importancia al asunto.]

Les dieron más cobertura de lo que en realidad merecían, sólo porque uno de esos locos trató de asesinar al presidente. En realidad, representaban más peligro para ellos mismos, con todos esos suicidios en masa, los asesinatos de niños por "misericordia" en Medford… hechos terribles, al igual que los "verdes," la versión izquierdista de los fundamentalistas. Esos decían que como los muertos vivientes sólo comían animales y no plantas, era una señal de que la "Diosa Divina" prefería a la flora sobre la fauna. Causaron algunos problemas, envenenado las reservas de agua potable de algunos pueblos con herbicida, o poniendo explosivos en los árboles para que los leñadores no pudieran cortarlos para la industria. Ese tipo de ecoterrorismo llena los encabezados, pero no es una amenaza real para nuestra seguridad nacional. En cambio, los rebeldes sí: separatistas políticos bien armados y organizados. Esa era la amenaza más concreta. También fue la única vez que ví al presidente preocupado de verdad. Claro que no lo aparentaba, no con esa imagen digna y de diplomacia que tenía. En público, los mencionaba sólo como otro "punto a tener en cuenta," junto al racionamiento de los alimentos y la reparación de las carreteras. Pero en privado nos decía… "Deben ser eliminados con rapidez, decisión, y usando cualquier medio que sea necesario." Por supuesto, se refería a los que teníamos que enfrentar en la zona segura occidental. Esos renegados tenían algún problema con las políticas de guerra del

gobierno, o habían estado planeando la rebelión desde antes, y usaron la crisis sólo como un pretexto. Esos eran "los enemigos de nuestra patria," las amenazas domésticas que se mencionan en el juramento de cualquiera que se comprometa a defender nuestro país. No teníamos ni qué pensar en cuál era la manera apropiada de tratar con ellos. Pero con los separatistas al este de las Rocosas, en las zonas aisladas e infestadas… con ellos se volvió "complicado."

¿Por qué?

Porque su creencia era, "nosotros no traicionamos a Norteamérica. Norteamérica nos traicionó." Y era la verdad. Habíamos abandonado a esa gente. Por supuesto, les dejamos algunos voluntarios de las Fuerzas Especiales, y tratamos de abastecerlos por aire o por tierra, pero desde un punto de vista puramente moral, los habíamos abandonado por completo. No puedo culparlos por querer seguir su propio camino, nadie puede. Fue por eso que cuando comenzamos a recuperar el territorio perdido, le dimos a cada poblado separatista la oportunidad de reintegrarse pacíficamente.

Pero hubo violencia.

Todavía tengo pesadillas con eso, en sitios como Bolívar, o en Black Hills. Nunca sueño con las imágenes como tal, ni la violencia o lo que encontramos después. Sólo veo a mi jefe, ese hombre enorme y poderoso, debilitándose y enfermando más cada día. Había sobrevivido a tantas cosas, cargando un peso tan abrumador. ¿Sabía que nunca trató de investigar lo que le sucedió a sus familiares en Jamaica? No preguntó ni una sola vez. Estaba completamente concentrado en el destino de nuestra nación, determinado a preservar el sueño que la había fundado. No sé si es verdad que los tiempos difíciles hacen a los grandes hombres, pero sí sé que son capaces de matarlos.

WENATCHEE**, W**ASHINGTON

[La sonrisa de Joe Muhammad es tan amplia como sus hombros. Aunque de día trabaja como administrador del taller de reparación de bicicletas del pueblo, pasa su tiempo libre

transformando el metal fundido en exquisitas obras de arte. Es más conocido, sin duda, por la estatua de bronce que se levanta sobre la avenida principal de Washington, D.C., el Monumento a los Vigilantes Comunitarios, en el que se ven dos ciudadanos de pié, y uno en una silla de ruedas.]

La funcionaria de reclutamiento estaba muy nerviosa. Trató de convencerme de que no lo hiciera. ¿Ya había hablado con el representante del CRN? ¿Conocía las otras labores que podía hacer para ayudar con el esfuerzo de guerra? Al principio no entendí; yo ya tenía un trabajo en la planta de reciclaje. ¿Esa era precisamente la idea de los Equipos de Vigilancia Comunitaria, no? Era un servicio voluntario de medio tiempo para después de salir del trabajo. Traté de explicárselo. A lo mejor no le había entendido bien. Mientras trataba de darme alguna otra excusa improvisada y floja, ví que sus ojos se desviaban hacia mi silla.

[Joe es discapacitado.]

¿Puede creerlo? ¿La extinción de nuestra especie estaba tocando a nuestras puertas, y ella seguía tratando de ser políticamente correcta? Me reí. Me le reí en la cara. ¿Qué, acaso pensaba que yo me había aparecido allí sin saber lo que se esperaba de mí? ¿Acaso esa perra estúpida no había leído el manual de seguridad? Bueno, yo sí. El objetivo del programa de EVC era patrullar tu propio vecindario, caminando, o en mi caso, rodando por las aceras, deteniéndose para revisar cada casa. Si por alguna razón había que entrar en una, al menos dos miembros tenían que quedarse siempre vigilando afuera. **[Se señala a sí mismo.]** ¡Holaaaa! ¿Y a quién creía ella que nos estábamos enfrentando? Ni que tuviéramos que perseguirlos saltando sobre los muros y los jardines. Ellos siempre iban a echársenos encima. Y cuando lo hicieran, digamos, sólo en teoría, ¿qué pasaría si eran más de los que podía manejar? Diablos, si yo no pudiera rodar más rápido de lo que camina un zombie, ¿cómo habría logrado sobrevivir? Le expuse mis razones tranquilamente y con claridad, e incluso la reté a pensar en una situación en la que mi condición física pudiese ser un impedimento. No pudo. Dijo algo sobre tener que consultarlo con su coordinador, y que debía regresar al día siguiente. No lo acepté, le dije que podía llamar a su coordinador, y al coordinador de él, y a todos los demás de ahí para arriba hasta El Oso[28] en persona, pero que no me iba a mover de allí hasta que me entregaran mi chaqueta naranja. Grité fuerte para que todos en el salón pudiesen oírlo. Todo el mundo me miró, y luego a ella. Eso fue suficiente. Me dieron mi chaqueta y salí de allí más rápido que cualquier otra persona ese día.

Como ya le dije, la Vigilancia Comunitaria significa literalmente patrullar el vecindario. Era un cargo semi-militar; íbamos a charlas y cursos de entrenamiento. Había líderes designados y reglas estrictas, pero no había que saludar a nadie diciéndole “señor” ni ninguna otra mierda de esas. El armamento tampoco estaba regulado. Casi todas eran herramientas cuerpo a cuerpo —hachas, bates, algunas barras de acero y machetes— todavía no teníamos Lobos. Al menos tres personas de cada equipo tenían que cargar armas de fuego. Yo tenía una AMT Lightning, una carabina semiautomática calibre .22. No tenía retroceso, así que podía dispararla sin tener que ponerle el seguro a mis ruedas. Una buena arma, sobre todo después de que las municiones se estandarizaron y todavía me seguían sirviendo.

Los equipos cambiaban según el horario libre de cada uno. En ese entonces todavía había mucho desorden, porque DEstRe estaba reorganizando todo. Los turnos de noche eran los más difíciles. Uno se olvida de lo oscura que es la noche cuando no hay luces afuera. Tampoco había muchas luces en las casas. La gente se iba a dormir muy temprano, cuando empezaba a oscurecer, así que excepto por una que otra vela, o alguien con permiso especial para un generador, por ejemplo para adelantar trabajos de guerra en la noche, todas las casas quedaban completamente a oscuras. Ni siquiera teníamos la luz de las estrellas y la luna, con toda esa basura flotando en la atmósfera. Patrullábamos con linternas, modelos civiles comprados en cualquier tienda; todavía teníamos baterías, y les poníamos celofán rojo en el extremo para proteger nuestra visión nocturna. Parábamos en cada casa, tocábamos, y le preguntábamos al que estuviera de guardia si todo andaba bien. Los primeros meses fueron un poco difíciles, por culpa del programa de reubicación. Salía tanta gente de los campos de refugiados, que todos los días aparecía una docena de vecinos nuevos, e incluso inquilinos.

Nunca antes me dí cuenta de lo bien que estábamos antes de la guerra, encerrado en mi suburbio de Stepford. ¿Para qué necesitaba una casa de trescientos veinte metros cuadrados, con tres alcobas, dos baños, cocina, sala, patio y estudio? Había vivido solo durante años, pero de pronto me encontré viviendo con una familia de Alabama, seis en total, que aparecieron un día frente a mi puerta con una carta del Departamento de Vivienda. Fue molesto al principio, pero uno se acostumbra. No tuve ningún problema con los Shannon, ese era su apellido. Nos entendimos muy bien, y dormía mucho mejor sabiendo que alguien más vigilaba. Esa era una de las nuevas reglas para todos en casa. Alguien tenía que hacer guardia por la noche. Teníamos todos

sus nombres en una lista, para asegurarnos de que no fueran invasores o ladrones. Revisábamos sus identificaciones, su fotografía, y les preguntábamos si todo estaba tranquilo. Normalmente decían que sí, o reportaban algún ruido raro para que lo revisáramos. Dos años después, cuando dejaron de llegar los refugiados y ya todo el mundo se conocía, dejamos de preocuparnos por las listas y las identificaciones. Todo fue más tranquilo desde entonces. Pero ese primer año, cuando la policía apenas se estaba reorganizando y las zonas seguras no estaban limpias del todo…

[Se estremece con un efecto dramático.]

En ese entonces todavía había muchas casas desocupadas, derribadas o saqueadas, o simplemente abandonadas con las puertas abiertas. Poníamos montones de cinta policial en las puertas y ventanas. Si encontrábamos algunas cintas rotas, eso quería decir que quizá un zombie estaba adentro. Llegó a pasar un par de veces. Yo me quedaba esperando afuera, con el rifle listo. Algunas veces se escuchaban gritos, otras veces disparos. A veces sólo se escuchaba un gemido, golpes, y luego alguno de tus compañeros salía con un arma ensangrentada y una cabeza cortada en la mano. Yo tuve que encargarme personalmente de varios. A veces, cuando el equipo estaba adentro y yo vigilaba la calle, escuchaba algún sonido, crujidos de ramas y hojas secas a medida que algo se abría paso entre los matorrales. Lo alumbraba con la linterna, pedía ayuda, y luego lo despachábamos.

Una vez estuve a punto de quedar marcado. Estábamos revisando una casa de dos pisos: cuatro habitaciones, cuatro baños, algunos muros se habían derrumbado porque algún demente había entrado por la ventana y atravesado la sala con un Jeep Liberty. Mi compañera preguntó si podía ir al baño a “maquillarse”. Se alejó detrás de unos arbustos. Mal hecho. Yo estaba distraído, preocupado por lo que podía estar pasando dentro de la casa. No me fijé en lo que pasaba a mis espaldas. De pronto sentí un tirón en la silla. Traté de girar, pero algo tenía atascada la rueda derecha. Miré de lado y apunté con mi linterna. Era un “arrastrado,” uno de esos que perdieron las piernas. Estaba tratando de alcanzarme desde el suelo, agarrándose y subiendo por la rueda. La silla me salvó la vida. Me dio un segundo y medio de ventaja para apuntarle con mi carabina. Si yo hubiese estado de pié, me habría agarrado por un tobillo y se habría llevado un buen bocado. Fue la última vez que me distraje en el trabajo.

Los zombies no eran el único problema que teníamos que enfrentar. Estaban los ladrones, no hablo de los criminales organizados, sino gente

que robaba cosas para poder sobrevivir. Lo mismo pasaba con los invasores ilegales; pero en ambos casos, casi siempre las cosas terminaban bien. Simplemente los invitábamos a nuestras casas, les dábamos lo que necesitaban, y los cuidábamos hasta que el Departamento de Vivienda se hacía cargo de ellos.

Pero también había ladrones de verdad, jodidos profesionales. Esa fue la única vez que me hirieron.

[Joe tira del cuello de su camiseta, mostrándome una cicatriz circular del tamaño de una vieja moneda de diez centavos.]

Nueve milímetros, justo a través del hombro. Mi equipo lo sacó de la casa, y yo le grité que se detuviera. Es la única vez que tuve que matar a alguien, gracias a Dios. Cuando comenzaron a funcionar las nuevas leyes, el crimen convencional desapareció casi por completo.

También estaban los salvajes, ya sabe, esos niños que habían perdido a sus padres. Los encontrábamos acurrucados en los sótanos, en los armarios, o debajo de las camas. Algunos de ellos habían caminado desde lugares tan lejanos como la Costa Este. Tenían mala pinta, todos desnutridos y enfermos. Muchas veces salían corriendo. Y esas fueron las únicas veces que me sentí mal, ya sabe, por no poder salir corriendo tras ellos. Alguien más los perseguía, y casi siempre los atrapaban, pero no siempre.

El principal problema eran los quislings.

¿Quislings?

Sí, ya sabe, la gente esa que se volvió loca y comenzó a actuar como los zombies.

¿Quiere hablarme más de ellos?

Bueno, no soy médico, así que no sé los términos correctos.

No hay problema.

Bueno, según entiendo, hay ciertos tipos de persona que no pueden lidiar con situaciones de vida o muerte. Se ven atraídos por aquello que temen. En lugar de resistirse, quieren complacerlo, unirse a él, y parecerse a él. Supongo que es lo que pasa en los secuestros, ya sabe, esa gente con síndrome de Patty Hearst o de Estocolmo, o, como en la

guerra normal, cuando la gente del país invadido se une al ejército del enemigo. Algunas veces resultan ser mejores soldados que la gente a la que tratan de parecerse, como los fascistas franceses que se convirtieron al las tropas más leales de Hitler. Quizá por eso es que los llaman quislings, porque parece una palabra en francés, o algo así.29

Pero en esta guerra no se podía hacer eso. Uno no podía tirar el arma y levantar las manos diciendo, "hey, no me maten, estoy de su lado." No había color gris en esta lucha, no había puntos medios. Supongo que mucha gente no pudo soportarlo. Comenzaron a moverse como zombies, a gemir como ellos, e incluso a atacar y comerse a otras personas. Así fue como encontramos al primero. Era un tipo adulto, de treinta y algo. Sucio, torpe, caminando por la acera. Creímos que simplemente estaba en shock, hasta que mordió a uno de mis compañeros en el brazo. Fueron unos segundos horribles. Derribé al Q con un disparo en la cabeza, y luego fui a revisar a mi amigo. Estaba sentado a un lado del camino, maldiciendo, llorando, y mirando la herida en su brazo. Era una sentencia de muerte, y él lo sabía. Ya estaba listo para volarse él mismo la cabeza, cuando descubrimos que al tipo que derribé le salía sangre roja de la herida. ¡Cuando revisamos el cuerpo, descubrimos que todavía estaba tibio! Debería haber visto la expresión de mi compañero. No todos los días uno recibe una segunda oportunidad del Jefe allá arriba. Lo irónico fue que estuvo a punto de morir de todas formas. El maldito Q tenía tantas bacterias en la boca, que le produjo una infección casi fatal de estafilococos.

Pensamos que habíamos hecho algún tipo de descubrimiento, pero resultó que había estado sucediendo desde mucho antes. Estaban a punto de anunciárselo al público. Incluso mandaron a un experto desde Oakland para que nos enseñara qué hacer si nos encontrábamos a uno. No lo podíamos creer. ¿Sabía que los quislings fueron la razón por la que muchos creyeron al principio que eran inmunes? También tuvieron la culpa de que todas esas drogas de porquería tuvieran tanto éxito. Piénselo. Alguien por ahí andaba tomando Phalanx, y lo mordieron pero sobrevivió. ¿Qué más iba a pensar? En ese entonces no se sabía que existían los quislings. Son igual de agresivos que los zombies de verdad, y en algunos casos son más peligrosos.

¿Por qué?

Bueno, para comenzar, no se congelan. Bueno, claro que se mueren por exposición al frío, pero si la temperatura es moderada y ellos llevan ropas abrigadas, no tienen problemas. Además se mantenían bien alimentados con la gente que mataban. A diferencia de los zombies,

ellos pueden resistir más tiempo, no se pudren.

Pero también son más fáciles de matar.

Sí y no. A ellos no hay que apuntarles a la cabeza; se les puede dar en los pulmones, el corazón, en cualquier parte, y eventualmente se desangran. Pero si no se los detiene con el primer disparo, siguen atacando hasta que están muertos.

¿Acaso no sienten dolor?

No. Tiene que ver algo con eso del poder de la mente sobre la materia, están tan desconectados que pueden neutralizar el dolor que llega al cerebro, o algo así. En realidad debería hablar de eso con un experto.

Continúe por favor.

Bueno, por eso era que no se podía razonar con ellos. No había nadie a quién hablarle. Esas personas eran también zombies, quizá no físicamente, pero mentalmente no había ninguna diferencia. A veces era también difícil reconocerlos a simple vista, cuando estaban lo suficientemente sucios, ensangrentados o enfermos. Los zombies no huelen tan mal como uno creería, no cuando hay pocos y están frescos. ¿Cómo diferenciar a un zombie de un imitador que está invadido de gangrena? No se podía. Los militares no nos enviaron perros sabuesos ni nada parecido. Teníamos que hacer la prueba de los ojos.

Los muertos no parpadean, no sé por qué. Quizá porque usan todos sus sentidos al mismo tiempo, y la vista no es tan importante. O quizá sea porque tienen muy pocos fluidos corporales, y no les alcanza para mantener los ojos húmedos. Quién sabe, pero el hecho es que no parpadean, pero los quislings sí. Así era como los reconocíamos; retrocedíamos algunos pasos y esperábamos un par de segundos. En la oscuridad era más fácil, nada más había que iluminarles la cara. Si no parpadeaban, acabábamos con ellos.

¿Y si parpadeaban?

Bueno, nuestras órdenes eran de capturar a los quislings si era posible, y usar fuerza letal sólo como defensa. Parecía una locura, aún lo parece, pero siempre lográbamos reunir unos cuantos, los amarrábamos, y los entregábamos a la policía o a la Guardia Nacional. No estoy muy seguro de qué hacían con ellos. He escuchado historias sobre Walla Walla, ya sabe, la prisión en la que cientos de ellos eran alimentados y vestidos, e

incluso les trataban sus enfermedades. **[Sus ojos miran hacia el techo.]**

¿No está de acuerdo?

Hey, no quiero hablar de eso. Si usted quiere destapar esa olla podrida, vaya y lea los periódicos. Cada año sale algún abogado, sacerdote o político, que trata de alborotar ese avispero hacia el lado que más le conviene. En lo personal, no me interesa. No tengo ninguna opinión al respecto. Lo único que sé es que me entristece que hayan dejado atrás tantas cosas, y al final perdieron de todas formas.

¿Por qué lo dice?

Porque aunque nosotros no podíamos reconocerlos, los zombies reales sí podían. ¿Recuerda al principio de la guerra, cuando todo el mundo estaba buscando una manera de hacer que los muertos vivientes se atacaran entre ellos? Tenían todas estas "pruebas documentales" de que había canibalismo —declaraciones de testigos, y hasta una grabación de un zombie atacando a otro. Estúpidos. Eran zombies atacando quislings, pero no había forma de saberlo a simple vista. Los quislings no gritan. Sólo se quedan ahí, sin siquiera tratar de luchar, retorciéndose de esa forma robótica y lenta, devorados vivos por las mismas criaturas a las que quieren imitar.

MALIBÚ**, C**ALIFORNIA

[No necesito mirar la fotografía para reconocer a Roy Elliot. Nos reunimos para tomar una café en la recién restaurada Fortaleza del Muelle de Malibú. Las personas a nuestro alrededor lo reconocen inmediatamente, pero, a diferencia de cómo sucedía antes de la guerra, mantienen una distancia respetuosa.]

El SDA, ese era mi enemigo: Síndrome de Defunción Asintomática, o Síndrome de Depresión Apocalíptica, dependiendo de con quién esté hablando. No importa cómo lo llamen, mató a más personas en esos

primeros meses de espera, que el hambre, las enfermedades, la violencia y los muertos vivientes. Al principio nadie entendía lo que estaba pasando. Habíamos estabilizado la línea de las Rocosas, habíamos limpiado las zonas seguras, y aún así perdíamos a más de cien personas al día. No eran los suicidios, aunque de esos también había muchos. No, era algo diferente. Algunas de esas personas tenían sólo heridas leves, o enfermedades de fácil tratamiento; otras estaban en perfecto estado de salud. Simplemente se iban a dormir una noche y no despertaban al día siguiente. El problema era psicológico, su mente simplemente se daba por vencido, no queriendo ver el mañana porque sabían que sólo les traería más sufrimiento. Pérdida de fe, de la voluntad de vivir, es algo que pasa en todas las guerras. Ocurre también en tiempos de paz, sólo que no en la misma escala. Era una cuestión de desesperanza, o al menos la percepción de esa desesperanza. Yo entendía bien ese sentimiento. Había dirigido películas toda mi vida adulta. Me llamaban el niño genio, el tipo milagroso que nunca fallaba, a pesar de que había fracasado de vez en cuando.

Pero de pronto me había convertido en un don nadie, un F-6. El mundo se iba a ir al infierno, y todo mi talento no servía de nada para prevenirlo. Cuando escuché por primera vez del SDA, el gobierno estaba haciendo todo lo posible por mantenerlo en secreto —mi información provenía de un contacto en Cedars-Sinaí. Cuando lo escuché, algo se despertó en mi interior. Fue como la primera vez que hice un corto en Super 8 y se lo enseñé a mis padres. Me dí cuenta de que podía hacer algo. ¡Era un enemigo contra el que sí podía luchar!

Y el resto es historia.

[Se ríe.] Ojalá. Fui a hablar directo con los del gobierno, y me rechazaron.

¿En serio? Uno pensaría, dada su carrera…

¿Cuál carrera? Ellos querían soldados y granjeros, trabajos reales, ¿recuerda? Siempre me decían algo como "Hey, lo siento, no se puede, ¿pero me das tu autógrafo?" Claro, yo no soy de los que se rinden así de fácil. Cuando creo en mi propia habilidad para hacer algo, no existe la palabra "no." Le expliqué al representante de DEstRe que no le costaría ni un centavo al Tío Sam. Usaría mi propio equipo, mi propia gente, lo único que necesitaba era tener un acceso de seguridad para hablar con los militares. "Déjeme mostrarle a la gente lo que estamos haciendo para detenerlos," le dije. "Permítame darles algo en qué creer." Una vez más, me rechazaron. Los militares tenían pendientes cosas más

importantes que “posar para una cámara.”

¿Habló con alguien más importante?

¿Con quién? No había barcos para ir a Hawai, y Sinclair se mantenía de arriba para abajo por toda la Costa Oeste. Todas las personas con el poder para ayudarme eran imposibles de contactar, o estaban ocupadas en asuntos “más importantes.”

¿No podría haberse convertido en un periodista independiente, y conseguir un pase de prensa del gobierno?

Me habría tomado demasiado tiempo. Casi todos los medios masivos habían desaparecido, o eran ya de propiedad federal. Los canales que quedaban, tenían que retransmitir señales de seguridad pública, para asegurarse que cualquiera que los viera supiese qué hacer. Todavía estábamos en medio del caos. Apenas si teníamos carreteras, ni hablemos de los mecanismos burocráticos para conseguir un permiso de periodista. Me habría tomado meses. Meses, con cien personas muriendo cada día. No podía esperar. Tenía que hacer algo de inmediato. Agarré una cámara de DV, algunas baterías de repuesto, y un cargador de energía solar. Mi hijo mayor me acompañó como sonidista y “Asistente del Director.” Salimos a la carretera por una semana a buscar algunas historias, sólo nosotros dos y nuestras bicicletas. No tuvimos que ir muy lejos.

Justo afuera de Los Ángeles, en un pueblo llamado Claremont, hay cinco universidades —Pomona, Pitzer, Scripps, Harvey Mudd, y la Claremont Mckenna. Al comienzo del Gran Pánico, cuando todo el mundo salió literalmente corriendo hacia las colinas, trescientos estudiantes decidieron quedarse y pelear. Convirtieron el Academia Femenina de Scripps en algo parecido a una ciudad medieval amurallada. Reunieron las provisiones de las demás universidades; sus armas eran una mezcla de herramientas de jardinería y rifles de entrenamiento de los Oficiales Reservistas Universitarios. Plantaron jardines, excavaron pozos, fortificaron los muros que ya existían. Mientras las montañas ardían en el fondo, y los suburbios a su alrededor eran consumidos por la violencia, ¡esos trescientos muchachos se defendieron contra diez mil zombies! Diez mil, a lo largo de cuatro meses, hasta que el Imperio Interior pudo ser reclamado de nuevo.[30] Tuvimos la suerte de llegar justo para ver el final de todo, para ver caer al último de los muertos, y luego a todos esos estudiantes y soldados reunidos bajo la enorme bandera hecha de retazos que colgaba del campanario de Pomona. ¡Qué historia! Noventa y seis horas de escenas

en la lata. Me gustaría haber podido grabar más, pero el tiempo era crítico. Recuerde, perdíamos cien personas cada día.

Teníamos que dejarla lista lo más pronto posible. Regresé a mi casa con las grabaciones, las recorté y las monté con mi equipo casero de edición. Mi esposa hizo las narraciones. Sacamos catorce copias, todas en formatos diferentes, y las presentamos ese sábado por la noche en diferentes campamentos y refugios por todo LA. La llamé *Victoria en Avalon: La Batalla de las Cinco Universidades.*

Ese nombre, *Avalon,* lo saqué de un video que uno de los estudiantes estuvo filmando a lo largo de todos esos meses. En él se mostraba la noche del último ataque, el peor de todos, cuando una horda fresca se veía aparecer en el horizonte, hacia el oriente. Todos los muchachos se veían muy ocupados —afilando sus armas, reforzando las defensas, haciendo guardia junto a los muros y en las torres. Una canción flotó por todo el campus, a través de los altavoces que sonaban música todo el tiempo para mantener la moral arriba. Una estudiante de Scripps, con la voz como la de un ángel, estaba cantando el tema *Avalon* de Roxy Music. Su versión era tan hermosa, y hacía un contraste increíble con la tormenta que estaba a punto de caer sobre ellos. La usé como fondo de la escena de "preparándose para la batalla." Aún siento un nudo en la garganta cada vez que la escucho.

¿Cómo respondió la audiencia?

¡Fue un fracaso! No sólo esa escena, sino toda la película; al menos eso fue lo que pensé. Me había esperado una reacción más inmediata. Gritos, aplausos. No quería admitirlo frente a nadie, ni siquiera frente a mí mismo, pero tenía esta fantasía egoísta de que la gente iba a acercarse a mí al terminar la cinta, con lágrimas en los ojos, a estrechar mi mano y agradecerme por mostrarles la luz al final del túnel. Ni siquiera me miraron. Me paré en la entrada de la sala como una especie de héroe conquistador, y todo el mundo pasó a mi lado en silencio, con la mirada fija en el suelo. Me fui a mi casa esa noche pensando, "bueno, fue una bonita idea, quizá la granja de papas del parque MacArthur necesite otro empleado."

¿Y qué pasó?

Pasaron dos semanas. Conseguí un trabajo de verdad, ayudando a limpiar la carretera del Cañón Topanga. Pero un día, un hombre llegó cabalgando hasta mi casa. Literalmente, a caballo, como en una vieja película del oeste de Cecil B. De Mille. Era un psiquiatra de una

organización médica en Santa Bárbara. Se habían enterado del éxito de mi película, y quería saber si tenía más copias.

¿Éxito?

Eso fue lo que dijo. ¡Resulta que, la noche después del estreno de *Avalon*, los casos de SDA bajaron el Los Ángeles en un cinco por ciento! Al principio pensaron que era una simple fluctuación estadística, ¡hasta que un estudio les reveló que el decremento era notable sólo en aquellas comunidades en las que se había exhibido la película!

¿Y nadie se lo había dicho?

Nadie. **[Se ríe.]** Ni los militares, ni las autoridades municipales, ni siquiera la gente que manejaba los refugios en donde se seguía exhibiendo sin mi conocimiento. Claro que eso no me importaba. Lo importante era que había funcionado. Había hecho la diferencia, y me dio un trabajo para todo el resto de la guerra. Reuní algunos voluntarios, a toda la gente de mi antiguo equipo que pude encontrar. También a ese muchacho que filmó el video del ataque en Claremont, Malcolm Van Ryzin, sí, ese mismo Malcolm,31 él se convirtió en mi DF.32 Ocupamos un estudio de doblaje abandonado al oeste de Hollywood y comenzamos a copiarlas por centenares. Metimos una copia en cada tren, cada caravana, cada ferry que iba para el norte. Nos tomó un tiempo recibir respuestas. Pero cuando comenzaron a llegar…

[Él sonríe, y eleva sus manos en una señal de agradecimiento.]

Diez por ciento menos a lo largo de toda la zona segura occidental. Yo ya estaba otra vez en el camino para ese entonces, rodando más historias. *Anacapa* ya estaba lista, y llevábamos filmada la mitad de *Distrito de la Misión.* Para el momento en que *Dos Palmos* llegó a las pantallas, y el SDA había bajado un veintitrés por ciento… sólo en ese momento el gobierno se interesó en lo que estábamos haciendo.

¿Le dieron más recursos?

[Se ríe.] No. Nunca les pedí una ayuda que seguramente no me iban a dar. Pero al fin tuve acceso a los militares, y eso me abrió todo un nuevo mundo.

***¿Fue entonces cuando rodó* El Fuego de los Dioses?**

[Asiente.] El ejército tenía dos programas de armamento láser: Zeus y

LAMAE. Zeus fue diseñado originalmente para limpieza de municiones, estallando minas terrestres y bombas sin explotar. Era pequeño y lo suficientemente liviano para ser montado en un Humvee modificado. El artillero enfoca el objetivo a través de una cámara alineada con la torreta. Mueve el puntero hasta la superficie designada, y luego dispara un rayo de pulso corto a través del mismo lente. ¿Son demasiados detalles técnicos?

No, para nada.

Lo siento. Me sentí extremadamente atraído por los detalles del proyecto. El rayo era una versión modificada y convertida en arma, de los láseres industriales, de esos que se usan para cortar acero en las fábricas. Podía perforar la cubierta exterior de una bomba, o calentarla hasta el punto en que detonaba el explosivo interior. Ese mismo principio funcionaba con los zombies. En nivel alto, era capaz de perforar un agujero entrando por la frente. En niveles más bajos, literalmente hacía hervir el cerebro hasta que se les salía por las orejas, la nariz, y los ojos. Las escenas que rodamos eran asombrosas, pero Zeus era una pistola de juguete al lado de LAMAE.

El acrónimo quiere decir Láser Móvil de Alta Energía, y fue diseñado en conjunto por los Estados Unidos e Israel para derribar pequeños proyectiles en el aire. Cuando Israel declaró su cuarentena voluntaria, y todos esos terroristas comenzaron a lanzar morteros y misiles sobre la muralla de seguridad, LAMAE fue el que los derribó a casi todos. Era más o menos de la misa forma y tamaño que un faro de búsqueda de la Segunda Guerra Mundial, y su núcleo era un láser de deuterio-flúor, mucho más poderoso que el láser cristalino de Zeus. Sus efectos eran devastadores. Arrancaba la carne de los huesos, y éstos se ponían al rojo blanco antes de desintegrarse. Cuando se corría el video a velocidad normal, era magnífico, pero en cámara lenta… era el fuego de los Dioses.

¿Es cierto que el número de casos de SDA se redujo a la mitad, tan sólo un mes después del estreno de la película?

Creo que eso es un poco exagerado, pero la gente hacía fila para ir a verla después de salir del trabajo. Algunos la repetían todas las noches. El afiche promocional mostraba un acercamiento de un zombie siendo pulverizado. La imagen fue copiada de uno de los cuadros de la cinta, de la escena en la que la niebla de la mañana permite ver el rayo el láser a simple vista. El subtítulo bajo la imagen decía sólo “Que pase el siguiente.” Esa sola película salvó todo el proyecto.

Su proyecto.

No, Zeus y LAMAE.

¿Estaban en peligro?

Cuando terminamos la película, faltaba un mes para que cancelaran el LAMAE. A Zeus ya lo habían archivado. Tuvimos que rogar, tomar prestado, y robar, literalmente, para que lo activaran sólo para las cámaras. DEstRe había decidido que ambos proyectos eran desperdicios exagerados de valiosos recursos.

¿Y lo eran?

Claro, sin duda. La "M" de "Móvil" en el proyecto LAMAE se refería en realidad a toda una caravana de vehículos especializados, todos ellos muy delicados, ninguno de ellos era todo terreno, y cada uno dependía del buen funcionamiento de los demás. LAMAE consumía también enormes cantidades de energía, y montones de químicos inestables y muy tóxicos para el proceso de generación del rayo láser.

Zeus era un poco más económico. Requería menos refrigeración, su mantenimiento era más sencillo, y como estaba montado en un Humvee, podía ir a cualquier lugar que fuese necesario. El problema era, ¿en dónde iba a ser necesario? Incluso con su máxima potencia, el artillero tenía que mantener el rayo en un solo lugar por algunos segundos, y recuerde que eran objetivos móviles. Un buen francotirador podía hacer ese mismo trabajo, en la mitad del tiempo y matando el doble de zombies. Eso anulaba la posibilidad de un ataque rápido, que era exactamente lo que se necesitaba cuando se enfrentaban las hordas. De hecho, ambas unidades tenían asignado un escuadrón permanente de escoltas francotiradores, gente que tenía que proteger una máquina diseñada para proteger gente.

¿Entonces eran así de ineficientes?

No, si tenemos en cuenta su objetivo original. LAMAE defendió a Israel de los bombardeos terroristas, y Zeus fue puesto en servicio activo nuevamente para hacer estallar minas terrestres durante el avance de nuestras tropas. Para el propósito con el que habían sido construidas, eran armas sobresalientes. Como matazombies, eran un fracaso.

¿Entonces por qué las filmó?

Porque los norteamericanos adoran la tecnología. Es una característica innegable en nuestro espíritu nacional. Aunque sean conscientes o no de ello, un siquiera el ludista más fanático puede negar el poder tecnológico de nuestro país. Dividimos el átomo, llegamos a la luna, llenamos las casas y oficinas con aparatos que ni siquiera los primeros escritores de ciencia ficción alcanzaron a imaginar. No sé si es algo bueno, y no estoy en posición de juzgarlo. Pero sí sé que al igual que todos esos ex-ateos encerrados en las iglesias, la mayoría de los norteamericanos seguían rezándole al Dios de la ciencia para que los salvara.

Pero no lo hizo.

Eso no importa. La película tuvo tanto éxito, que me llamaron para hacer toda una serie. La llamé "*Las Armas Maravillosas*," siete películas sobre la tecnología de punta de nuestros soldados. Ninguno de esos aparatos representó ninguna ventaja en la práctica, pero todos sirvieron para ganar en la guerra psicológica.

¿Pero eso no es…?

¿Una mentira? Está bien. Puede decirlo. Sí, eran mentiras, pero eso no es necesariamente algo malo. Las mentiras no son ni buenas ni malas. Al igual que el fuego, pueden mantenernos tibios y seguros, o quemarnos hasta morir, dependiendo de cómo se usen. Las mentiras de nuestro gobierno antes de la guerra, las que se suponía debían mantenernos felices e ignorantes, esas nos quemaron, porque no nos dejaron hacer lo que debía hacerse. Sin embargo, para cuando filmé *Avalon,* todo el mundo estaba haciendo todo lo humanamente posible por sobrevivir. Las mentiras del pasado se habían desvanecido, y la verdad estaba por todos lados, cojeando en las calles, entrando por las puertas, lanzándose a sus cuellos. La verdad era que, sin importar lo que hiciéramos, la mayoría de nosotros, quizá todos, no alcanzaríamos a vivir para ver el futuro. La verdad era que quizá enfrentábamos el final de nuestra especie, y esa fría verdad estaba congelando hasta morir a más de cien personas cada noche. Necesitaban algo para mantenerse tibios. Por eso les mentí, al igual que el presidente, que cada médico, sacerdote, cada líder de tropa y cada padre de familia cuando decían "vamos a estar bien." Ese era nuestro mensaje. Ese era el mensaje de todos los directores de cine que surgimos durante la guerra. ¿Alguna vez escuchó hablar de *La Ciudad de los Héroes?*

Por supuesto.

¿Buena película, no? Marty la filmó durante un ataque que duró meses. Él sólo, aprovechando cualquier equipo que llegara a sus manos. Una obra maestra: la valentía, la determinación, toda esa fuerza, dignidad, compasión y honor. De verdad hace que uno crea en la raza humana. Es mucho mejor que cualquiera de mis películas. Debería verla.

Ya la he visto.

¿Cuál versión?

¿Disculpe?

¿Cuál fue la versión que vió?

No sabía que…

¿Que hay dos versiones? Tiene que hacer mejor la tarea, joven. Marty editó una versión de *La Ciudad de los Héroes* para la guerra, y otra después de la guerra. La versión que usted vió, ¿duraba noventa minutos?

Creo que sí.

¿Pero mostraba el lado oscuro de los héroes de *La Ciudad de los Héroes?* ¿Mostraba la violencia y las traiciones, la crueldad, la depravación, y la profunda maldad en el corazón de algunos de esos "héroes"? No, claro que no. ¿Para qué? Esa era nuestra realidad cotidiana, y fue lo que hizo que mucha gente se metiera en la cama, apagara las velas, y exhalaran su último aliento. Marty quiso, en lugar de eso, mostrarnos el otro lado de la moneda, el que los ayudaba a levantarse de la cama al día siguiente, el que los hacía arañar y gritar y seguir luchando por sus vidas, porque alguien les decía que las cosas iban a salir bien. Existe un nombre para esa clase de mentiras: Esperanza.

BASE **A**ÉREA **D**E **L**A **G**UARDIA **N**ACIONAL**, P**ARNELL**, T**ENNESSEE

[Gavin Blaire me lleva hasta la oficina de la comandante de su

escuadrón, la coronel Christina Eliópolis. Ella es una leyenda tanto por su temperamento como por sus hazañas de guerra, y resulta difícil creer que toda esa fuerza pueda encerrarse en su pequeña y casi infantil figura. Su largo cabello negro y sus delicados rasgos sólo sirven para reforzar esa imagen de una eterna juventud. Sin embargo, cuando se quita sus anteojos oscuros, puedo ver una especia de fuego en su mirada.]

Yo piloteaba un Raptor, un FA-22. Era, sin lugar a dudas, la mejor nave de combate jamás construida. Podía sobrepasar y derribar a Dios y a todos sus ángeles. Era un monumento a la tecnología y la superioridad norteamericana… y en esta guerra, esa superioridad no valía una mierda.

Eso debió ser muy frustrante.

¿Frustrante? ¿Sabe lo que se siente que alguien le diga que en único objetivo por el que ha luchado toda su vida, por el que ha sufrido y se ha sacrificado, y se ha esforzado hasta límites que ni siquiera conocía, de pronto es considerado “estratégicamente inválido”?

¿Usted cree que mucha gente se sentía igual?

Déjeme ponérselo de esta manera; el Ejército Ruso no fue la única fuerza diezmada por su propio gobierno. El Acta de Reconstitución de las Fuerzas Armadas básicamente neutralizó la fuerza aérea. Algunos “expertos” de DEstRe determinaron que nuestro índice de muertes por unidad de recursos, nuestro MUR, era el más bajo de todo el ejército.

¿Podría darme algún ejemplo?

¿Conoce las JSOW, las bombas inteligentes? Eran unas bombas autopropulsadas, guiadas por GPS y giróscopos, que podían ser lanzadas a más de sesenta kilómetros de distancia del objetivo final. La versión estándar llevaba dentro ciento cuarenta municiones BLU-97B, y cada una de esas contenía una carga penetrante contra objetivos blindados, una cubierta de fragmentación contra infantería, y un anillo de zircón para incendiar toda la zona de impacto. Se las había considerado todo un éxito, hasta Yonkers.33 Pero luego nos dijeron que por el precio de una sola JSOW —los materiales, los obreros, el tiempo, y la energía, sin mencionar el combustible y el mantenimiento para el bombardero— se podía pagar todo un pelotón de soldados de infantería,

los cuales podían despacharse mil veces más Gs que la bomba. No eran suficientes bajas por dólar, y lo mismo pasaba con casi todas las anteriores estrellas de nuestro poderío militar. Nos destrozaron como un láser industrial. Los B-2 Spirits, fuera; los B-1 Lancers, fuera; Hasta los viejos BUFF, los B-52, fuera. Súmele a eso los Eagles, los Falcons, los Tomcats, Hornets, los JSF y los Raptors, y tendrá más aviones de combate derribados por una firma en un papel, que por todos los misiles, baterías antiaéreas y cazas enemigos de la historia.34 Al menos esos aviones no fueron desmantelados como chatarra, gracias a Dios, sino guardados en hangares y en ese enrome cementerio de aeronaves del AMARC.35 Era una “inversión a largo plazo,” según decían. Eso era lo único que seguía igual que siempre; mientras peleamos en una guerra, nos estamos preparando para la siguiente. El transporte aéreo de carga, al menos la infraestructura, sí permaneció casi intacto.

¿Casi?

Los Globemasters tenían que desaparecer, y cualquier otra cosa propulsada por esas turbinas de jet “voraces de combustible.” Sólo pudimos conservar los aviones de motor de combustión interna. Pasé de volar una nave que prácticamente era un caza X-Wing, a pilotear un camión de mudanzas con alas.

¿Entonces cuál era la misión principal de la fuerza aérea?

Nuestro objetivo principal era el suministro aéreo de provisiones, era lo único que todavía valía para algo.

[Christina señala hacia el amarillento mapa pegado a la pared.]

El comandante de la base permitió que me quedara con él, después de lo que me pasó.

[Es un mapa continental de los Estados Unidos, de la época de la guerra. Todo el territorio al occidente de las Montañas Rocosas está sombrado de gris claro. Entre todo el gris, hay una variedad de círculos de distintos colores.]

Son islas en el Mar de Zack. Las Zonas Verdes señalan instalaciones militares activas. Algunas habían sido convertidas en centros de refugiados. Algunas seguían aportando a las actividades de guerra. Otras estaban bien defendidas, pero no tenían ninguna importancia táctica.

Las Zonas Rojas eran llamadas puntos de “Ofensiva Viable”: fábricas, minas, plantas de energía. El ejército había dejado algunos equipos de guardia durante la gran retirada. Su trabajo era vigilar y mantener esas instalaciones en buen estado, para el momento en que, si era posible, pudiesen sumarse a las acciones de guerra. Las Zonas Azules eran poblaciones civiles en las que los habitantes habían logrado resistir, habían acondicionado algún lugar seguro, y se las habían ingeniado para sobrevivir de alguna manera. Todas esas zonas necesitaban abastecimiento, y ese era el trabajo de. “Transporte Aéreo Continental.”

Era una operación enorme, no sólo por la cantidad de aviones y combustible, sino por toda la organización necesaria. Mantener el contacto con todas esas islas, procesar sus pedidos, coordinarlos con el DEstRe, y luego conseguir y priorizar todos los materiales para cada orden, todo eso hizo de este proyecto, el mayor esfuerzo conjunto en la historia de la fuerza aérea.

Nosotros tratábamos de evitar las cargas de productos perecederos, cosas como comida y medicinas, que tenían que despacharse constantemente. Esas estaban clasificadas como CDs, cargas de dependencia, y eran menos importantes que las CAs, las cargas de autosuficiencia, como herramientas, repuestos, y herramientas para fabricar repuestos. “Ellos no necesitan pescado,” decía Sinclair, “necesitan cañas de pescar.” Sin embargo, cada otoño terminábamos transportando montones de pescado, granos, sal, vegetales deshidratados y leche en polvo para bebés… Los inviernos eran lo peor. ¿Recuerda lo largos que se volvieron? Enseñar a la gente a que se las arregle por su cuenta, es excelente en teoría, pero hay que mantenerlos vivos en primer lugar.

Algunas veces teníamos que llevar gente, especialistas, como médicos e ingenieros, gente con el tipo de conocimiento que no se adquiere en un manual de instrucciones. Llevamos un montón de instructores de las Fuerzas Especiales hasta las Zonas Azules, no sólo para enseñarles cómo defenderse mejor, sino también para prepararlos para el momento en que comenzara la ofensiva. Siento un profundo respeto por esa gente. Casi todos ellos sabían que tendrían que quedarse hasta el final; la mayoría de las Zonas Azules no tenían pistas de aterrizaje, así que se lanzaban en paracaídas y no había manera de volver a recogerlos. No todas las Zonas Azules resistieron hasta el final. Muchas fueron arrasadas eventualmente. La gente que dejamos allí sabía el riesgo que corrían. Un gran corazón, todos ellos.

Eso también puede decirse de los pilotos.

Hey, no estoy diciendo que no corriéramos riesgos. Todos los días teníamos que sobrevolar cientos, o a veces miles de kilómetros de territorio infestado. Por eso teníamos las Zonas Púrpura. **[Se refiere al último color del mapa. Las zonas púrpura son pocas, y están muy alejadas unas de otras.]** Esas eran nuestras instalaciones de reparación y abastecimiento. Muchos de los aviones no tenían el alcance para llegar hasta las zonas remotas de la Costa Este sin reabastecer de combustible a mitad del vuelo. Así redujimos el número de naves y de tripulación perdidas en la ruta. Las Zonas Púrpura subieron nuestro índice de éxito hasta un noventa y dos por ciento. Desafortunadamente, yo fui parte del ocho por ciento restante.

Nunca voy a saber qué fue exactamente lo que nos derribó: si fue una falla mecánica, o fatiga del metal combinada con el clima. Pudo haber sido por el contenido de nuestra carga, mal etiquetado o mal empacado. Eso pasaba más a menudo de lo que nos gustaba creer. Algunas veces, si algún material peligroso no estaba bien empacado, o, que Dios no lo permita, si algún inspector de calidad con mierda en vez de cerebro permitía que su gente ensamblara los detonadores *antes* de empacarlos para el viaje… eso le pasó a un amigo mío, un vuelo de rutina de Palmdale a Vandenberg, una zona que ni siquiera estaba infestada. Doscientos detonadores tipo 38, todos armados y con las baterías conectadas por accidente, y todos listos para activarse en la misma frecuencia que usábamos para las comunicaciones de radio.

[Hace tronar sus dedos.]

Esos podríamos haber sido nosotros. Estábamos haciendo un envío de Phoenix hacia la Zona Azul afuera de Tallahassee, Florida. Estábamos a finales de Octubre, y en ese entonces ya estábamos casi a pleno invierno. La gente de Honolulu estaba tratando de despachar la mayor cantidad posible de órdenes, antes que el invierno nos congelara hasta Marzo. Era nuestra novena entrega de esa semana. Todos estábamos tomando "twiks," esos estimulantes azules que te mantienen despierto sin afectar tu juicio ni reflejos. Supongo que funcionaban bien, pero me hacían orinar cada veinte minutos. Los de mi tripulación, todos hombres, me molestaban mucho, ya sabe, diciendo que las mujeres teníamos que "ir" a toda hora. Yo sé que no lo hacían con mala intención, pero de todas formas trataba de aguantar lo más que podía.

Después de dos horas de lidiar con una horrible turbulencia, al fin no pude aguantarlo más y le pasé el timón a mi copiloto. Acababa de subirme los pantalones cuando escuché un enorme crujido, como si Dios

mismo nos hubiese pateado en la cola… y de pronto íbamos en picada. En la cabina de nuestro C-130 ni siquiera teníamos baño, sólo una letrina portátil con una cortina de ducha instalada a su alrededor. Eso me salvó la vida. Si hubiese estado atrapada dentro de un compartimiento sólido, con un golpe en la cabeza y quizá incapaz de abrir la puerta a tiempo… De pronto hubo un aullido, un impresionante golpe de aire presurizado, y salí disparada por la parte de atrás del avión, por el agujero en donde antes estaba la cola.

Estaba dando vueltas, fuera de control. Apenas si podía ver mi nave, una masa gris encogiéndose y echando humo mientras caía. Me enderecé y abrí mi paracaídas. Todavía estaba mareada, me daba vueltas la cabeza, y luchaba por respirar. Tomé mi radio y comencé a gritar para que mi tripulación se reportara. No hubo respuesta. Sólo alcanzaba a ver un paracaídas más, la única persona además de mí que logró salir.

Ese fue el peor momento, allí arriba, colgada y sin poder nacer nada. Podía ver el otro paracaídas, sobre mí, a unos tres kilómetros y medio hacia el norte. Seguí buscando a los otros. Intenté nuevamente con mi radio, pero no pude captar ninguna señal. Supuse que se habría averiado durante mi "salida." Traté de ubicarme, estaba en algún lugar sobre el sur de Louisiana, un enorme pantano que no parecía tener final. No estaba del todo segura, mi cerebro seguía funcionando raro. Al menos estaba lo suficientemente lúcida como para comprobar lo esencial. Podía mover bien las piernas y los brazos, y no sentía dolor ni tenía hemorragias visibles. Revisé y me aseguré de que mi equipo de supervivencia siguiera intacto, bien amarrado a mi pierna, y que mi arma, mi Meg,36 seguía apretada contra mis costillas.

¿En la fuerza aérea la habían preparado para una situación como esa?

Todos teníamos que aprobar el curso de Escape y Evasión de Willow Creek, en las montañas Klamath de California. En el curso usaban algunos Gs de verdad, marcados y rastreados, liberados en lugares específicos para darnos una idea de "cómo es la cosa en realidad." Es muy parecido a lo que te enseñan en el manual para civiles: el movimiento, el sigilo, cómo eliminar a Zack antes de que pueda revelar tu posición. Todos lo "logramos," es decir que sobrevivimos, aunque un par de pilotos tuvieron que ser dados de baja por Sección 8. Supongo que no pudieron aguantar lo que se sentía allá afuera. Eso a mí no me molestaba, estar sola en territorio enemigo. Para mí era normal.

¿Siempre?

Si cree que no sé lo que es estar sola en un ambiente hostil, trate de vivir lo que yo viví durante cuatro años en Colorado Springs.

Pero allí había otras mujeres…

Eran otros cadetes, otros competidores que simplemente tenían los mismos órganos genitales que yo. Créame, cuando uno vive bajo presión, las hermanas no cuentan para nada. No, era yo sola. No podía contar con nadie más para controlarme, no podía confiar en nadie, y nadie iba a consolarme si estaba mal. Sólo podía contar conmigo. Eso fue lo único que me ayudó a pasar esos cuatro años en el infierno de la Academia, y era lo único con lo que podía contar cuando aterricé en aquel pantano, en medio de la Tierra de G.

Me desprendí del paracaídas —nos enseñan a no perder el tiempo ocultándolos— y me dirigí hacia donde ví caer el otro. Me tomó un par de horas, chapoteando entre esa baba verde y fría que adormecía todo bajo mis rodillas. No estaba pensando con claridad, mi cabeza seguía dando vueltas. Eso no es una buena excusa, ya sé, pero es la razón por la que no me dí cuenta de que las aves habían salido volando en la dirección contraria. Lo que sí escuché fue el grito, débil y muy lejos. Pude ver el paracaídas enganchado en un árbol. Comencé a correr, otro error, haciendo un montón de ruido sin detenerme antes a buscar a Zack. No veía nada, sólo un montón de ramas grises y desnudas, hasta que de pronto los tuve frente a mí. De no ser por Rollins, mi copiloto, no estaría aquí contando la historia.

Lo encontré todavía colgando de su arnés, muerto, balanceándose. Su uniforme de vuelo había sido abierto por el abdomen37 y sus entrañas se desparramaban colgando de su cuerpo… y caían sobre cinco de ellos, mientras se alimentaban en un charco de agua ocre-rojizo. Uno de ellos tenía un extremo del intestino delgado enganchado alrededor del cuello. Cada vez que se movía, sacudía a Rollins como una maldita campana. Por eso no me notaron. Estaba lo suficientemente cerca para tocarlos, y no se dieron cuenta.

Al menos tuve la sensatez de usar el silenciador. Claro que no tenía que desperdiciar todo un proveedor en ellos, otro maldito error. Estaba tan enojada que estuve a punto de quedarme pateando sus cadáveres. Tenía tanta vergüenza, me odiaba por todo eso…

¿Se odiaba?

¡Había metido la pata! Mi nave, mi tripulación…

Pero fue un accidente. No fue su culpa.

¿Y usted qué sabe? Usted no estaba allí. Mierda, yo tampoco estaba. No sé qué fue lo que pasó. No hice bien mi trabajo. ¡Yo estaba en cuclillas sobre una cubeta, como una maldita niña!

Estaba perdiendo la cabeza. Jodida imbécil, me repetía, maltita perdedora. Comencé a perder el control, no sólo me odiaba por lo que había pasado, sino que me odiaba por odiarme. ¿Eso tiene algún sentido? Seguramente me habría quedado allí parada, temblando e indefensa, esperando a que llegara Zack.

Pero mi radio comenzó a hacer ruido. "¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Alguien salió vivo de ese desastre?" Era la voz de una mujer, obviamente una civil por las palabras y el tono con que hablaba.

Le respondí inmediatamente, me identifiqué, y le pedí que hiciera lo mismo. Me dijo que era una observadora, y que su apodo era "Mets Fan," o simplemente "Mets" para abreviar. El Sistema de Observadores era una red improvisada de operadores de radio aficionados. Su tarea era reportar los accidentes aéreos, y hacer lo que fuese posible para ayudar al rescate de los sobrevivientes. El sistema no era muy eficiente, principalmente porque eran muy pocos, pero al parecer aquel era mi día de suerte. Me dijo que había visto el rastro de humo cuando mi Herc había caído, y que debía estar a menos de un día de camino de mi posición, pero que su cabaña estaba rodeada. Antes de que yo pudiese responderle, me dijo que no me preocupara, que ya había reportado mi posición a un grupo de búsqueda y rescate, y que lo mejor que podía hacer era buscar un lugar abierto en el que pudieran aterrizar y recogerme.

Busqué mi GPS, pero se había desprendido de mi traje cuando fui expulsada fuera de la nave. Llevaba conmigo un mapa de respaldo, pero era tan grande, tan poco específico, y la turbulencia nos había llevado tan lejos, que en aquel momento me servía tanto como un mapa general de los Estados Unidos.… mi mente seguía nublada por la furia y la duda. Le dije que no sabía mi posición, no sabía a dónde ir…

Ella se rió. "¿Quieres decir que es la primera vez que haces este recorrido? ¿No lo tienes memorizado? ¿No viste dónde estabas cuando ibas bajando en el paracaídas?" Confiaba tanto en mí, tratando de

hacerme pensar en lugar de darme las respuestas. Me di cuenta de que sí conocía bien la zona, que había volado sobre esa área al menos veinte veces en los últimos tres meses, y que debía estar en algún punto de la cuenca del río Atchafalaya. "Piensa," me dijo ella, "¿qué viste desde el paracaídas? ¿Algún río, alguna carretera?" Al principio, lo único que pude recordar fueron los árboles, una enorme extensión de gris sin ningún detalle concreto, pero luego, a medida que mi cerebro se aclaraba, recordé que había visto ríos y una carretera. Revisé el mapa y noté que justo hacia el norte, quedaba la autopista interestatal I-10. Mets me dijo que aquel era el mejor lugar para que me recogiera el equipo de rescate. Me dijo que no me tomaría más de un día o dos si me comenzaba a mover de inmediato y no desperdiciaba la luz del día.

Estaba a punto de marcharme, pero ella me detuvo y me preguntó si no estaba olvidándome de algo. Recuerdo claramente ese momento. Volví mirar a Rollins. En ese preciso instante estaba volviendo a abrir los ojos. Pensé que debía decirle algo, pedirle disculpas quizá, y luego le metí una bala justo en la frente.

Mets me dijo que no debía culparme, y que sin importar lo que pasara, eso no debía distraerme del trabajo que tenía pendiente. Me dijo, "Sigue viva, sigue viva y haz tu trabajo." Y luego añadió, "…y deja de desperdiciar tus minutos."

Se refería a las baterías del radio —no se le escapaba nada— así que me despedí y comencé a caminar hacia el norte a través del pantano. Mi cerebro estaba por fin a toda marcha, y todas las lecciones de Willow Creek comenzaron a salir. Caminaba, me detenía, y luego escuchaba. Caminé por terreno seco cuando fue posible, y tenía mucho cuidado de dónde pisaba. Tuve que nadar un par de veces, y eso sí me puso nerviosa. Le juro que en dos ocasiones sentí que una mano me rozaba la pierna. Encontré un camino, pequeño, de apenas dos carriles y en muy mal estado. Sin embargo, parecía una opción mucho mejor que caminar por todo ese pantano. Le reporté a Mets lo que había encontrado, y le pregunté si me llevaría hasta la autopista. Me dijo que me alejara de él y de cualquier otro camino que cruzara aquel valle. "Los caminos tienen autos," me dijo, "y donde hay autos hay Gs." Se refería a los humanos infectados que habían muerto tras el volante, y como los zombies no tienen la inteligencia suficiente para abrir una puerta o soltarse el cinturón de seguridad, estaban condenados a pasar el resto de su existencia atrapados dentro de sus autos.

Le pregunté cuál era el peligro entonces. Porque no podían salir, y mientras yo no les diera la oportunidad de sacar una mano y agarrarme,

no importaba cuántos autos “abandonados” me encontrara en el camino. Mets me recordó que un G atrapado sí podía gemir, y podía llamar a otros. Ahora sí estaba confundida. Si iba a pasar tanto tiempo evitando unos caminos con sólo uno o dos autos llenos de Zack, ¿por qué me dirigía hacia una autopista que seguramente estaba llena de autos?

Ella respondió, “Porque estarás sobre el pantano. ¿Cómo van a alcanzarte los zombies?” Aquella sección de la I-10 había sido construida a varios metros sobre la superficie del pantano, y por lo tanto era el lugar más seguro de toda la cuenca. Le confesé que no había pensado en eso. Ella se rió y me dijo, “No te preocupes, cariño. Yo sí. Sigue en contacto, y te llevaré a casa.”

Y eso hice. Me alejé de cualquier cosa que se pareciera remotamente a una carretera, y me limité a cruzar por el territorio salvaje tanto como pude. Digo “salvaje” pero en realidad no pude evitar cruzarme con varios signos de civilización, o lo que antes había sido civilización. Había zapatos, ropa, bolsas de basura, maletas abandonadas y equipo de acampar. Ví montones de huesos en los islotes de barro seco. No pude reconocer si eran humanos o animales. Una vez me encontré unas enormes costillas; supongo que de un cocodrilo, uno grande. No quiero ni imaginarme cuántos Gs se necesitaron para matar al pobre infeliz.

El primer G que me encontré era pequeño, seguramente un niño, pero no puedo asegurarlo. Ya no tenía cara, la piel, la nariz, los ojos, los labios, hasta el pelo y las orejas… no habían desaparecido del todo, pero estaban colgando en pedazos, pegados en parches sobre el cráneo expuesto. Quizá el daño era mayor, no sé. Estaba metido en uno de esos morrales civiles de campamento, bien amarrado y con el lazo del cierre apretado alrededor del cuello. Las agarraderas del morral se habían engarzado en la raíces de un árbol y estaba chapoteando, medio sumergido. El cerebro debía seguir intacto, así como algunos de los músculos de la mandíbula. Su boca comenzó a abrirse y cerrarse cuando me acerqué. No sé cómo se dio cuenta de que yo estaba allí, quizá parte de la cavidad nasal seguía entera, o quizá el canal auditivo.

No podía ni siquiera gemir, su garganta estaba deshecha, pero el chapoteo podía llamar la atención, así que lo saqué de su miseria, si es que acaso sufren. Traté de no pensar mucho en el asunto. Esa fue otra de las cosas que nos enseñaron en Willow Creek: a no escribir sus epitafios, a no tratar de imaginarnos quiénes eran antes, cómo llegaron allí, o cómo se habían contagiado. Ya sé, ¿quién no lo hace, verdad? ¿Quién es capaz de mirar una de esas cosas sin preguntárselo? Es como

leer la última página de un libro… la imaginación comienza a funcionar por sí sola. Pero ahí es cuando uno se distrae, se descuida, baja la guardia, y entonces le toca a alguien más preguntarse qué pasó con uno. Traté de sacarla, de sacarlo de mi mente. En lugar de eso, comencé a preguntarme por qué era el único que había visto.

Era una cuestión práctica de supervivencia, no una pérdida de tiempo, así que encendí la radio y le pregunté a Mets si había algo que se me había escapado, quizá un área en particular con la que debía tener cuidado. Me recordó que aquella zona estaba casi despoblada, sobre todo porque las Zonas Azules de Baton Rouge y Lafayette atraían a casi todos los Gs en direcciones opuestas. Fue un amargo alivio el saber que estaba en medio de las dos zonas más infestadas en kilómetros a la redonda. Ella se rió de nuevo…"No te preocupes, vas a estar bien."

Ví algo un poco más adelante, un bulto que parecía un espeso matorral, pero demasiado cuadrado, y con partes brillantes. Se lo reporté a Mets. Ella me pidió que no me acercara, que siguiera avanzando y pensara sólo en la recompensa final. Me sentía mucho mejor para ese momento, la antigua "yo" estaba regresando.

Al acercarme, pude ver que era un vehículo, Una camioneta Lexus Hybrid. Estaba cubierta de barro y musgo, y metida en el agua hasta las puertas. A través de las ventanas ví que la parte trasera estaba abarrotada de equipo de supervivencia: una tienda, bolsas de dormir, utensilios de cocina, un rifle de caza con cajas y cajas de municiones, todo nuevo, algunas de esas cosas seguían metidas en su bolsa de plástico. Me acerqué a la ventana de conductor, y lo primero que ví fue una Mágnum .357. Descansaba todavía en la mano hinchada y marrón del conductor. Él seguía sentado, como mirando hacia el frente. Había un círculo de luz en un lado de su cráneo. Estaba muy descompuesto, llevaba por lo menos un año, quizá más. Tenía un pantalón caqui de expedicionario, de los que salen en esos catálogos de lujo para safaris y campamento. Estaban limpios y enteros, y las únicas manchas que tenían eran de la herida en su cabeza. No pude ver ninguna otra herida, ni mordiscos, nada. Ese me hizo sentir mal, mucho más que el pequeño niño sin rostro. Ese tipo había tenido todo lo necesario para sobrevivir, todo menos la voluntad de hacerlo. Ya sé que todo eso es suposición mía. Quizá tenía alguna herida que no ví, oculta entre las ropas o por la avanzada descomposición. Pero lo sabía, en aquel momento, apoyada con mi cara contra el cristal, supe lo fácil que era darse por vencido.

Me quedé allí un momento, suficiente para que Mets se preocupara y me preguntara qué había pasado. Le conté lo que había visto, y sin

hacer pausas, ella me gritó que siguiera caminando.

Comencé a discutir con ella. Pensé que al menos debería registrar el vehículo, ver si había algo que pudiese necesitar. Ella me preguntó, muy seria, si en aquel momento había algo que necesitara de verdad, no que deseara. Lo pensé un momento, y tuve que admitir que no. Allí había mucho equipo, pero era de diseño civil, todo grande y estorboso; la comida tenía que ser cocinada, las armas no tenían silenciador. Mi equipo de supervivencia estaba completo, y, si por alguna razón no encontraba un helicóptero esperándome en la I-10, tendría aquel vehículo como reserva de emergencia.

Por un momento consideré la idea de usar la camioneta. Mets me preguntó si acaso tenía una grúa y cables para pasar energía. Casi como una niña, le respondí que no. Ella me preguntó, "¿Entonces qué estás haciendo ahí?" o algo por el estilo, intentando que me pusiera en marcha. Le dije que me diera un minuto. Apoyé mi cabeza contra la ventana del auto, suspiré, y me sentí agotada. Mets volvió a llamar mi atención, gritándome. Le respondí que se quedara callada, que sólo necesitaba un minuto, unos segundos para… no sabía para qué.

Seguramente dejé el botón de transmisión presionado por algunos segundos de más, porque Mets me preguntó de pronto, "¿Qué fue eso?" "¿Qué?" le pregunté. Había escuchado algo, algo en mi lado de la línea.

¿Ella lo escuchó primero que usted?

Supongo, porque un segundo después, cuando mi cabeza se aclaró y volví a prestar atención, yo también pude escucharlo. El gemido… fuerte y muy cerca, seguido por un sonido de chapoteo.

Observé a mi alrededor, a través de la ventana del auto, del agujero en la cabeza del tipo, y de la ventana al otro lado. Entonces ví al primero. Me dí la vuelta y ví a cinco más, acercándose desde todas las direcciones. Y detrás de ellos venían otros diez, quince. Traté de dispararle al primero, pero la bala salió hacia otro lado.

Mets comenzó a gritar, ordenándome que reportara mi situación. Le dije cuántos eran y ella me dijo que mantuviera la calma, que no tratara de correr, que debía tranquilizarme y recordar lo que había aprendido en Willow Creek. Le pregunté cómo sabía eso, pero ella me gritó que debía callarme y empezar a pelear.

Me subí sobre la camioneta —se supone que uno debe buscar el

obstáculo más cercano que sirva como defensa— y comencé a calcular las distancias. Apunté a mi primer objetivo, respiré profundo, y lo derribé. Para ser un buen luchador, hay que tomar decisiones tan rápidas como te lo permitan los impulsos electroquímicos de tu cerebro. Había perdido parte de esos reflejos instantáneos cuando caí en el pantano, pero pronto los recuperé. Estaba tranquila, concentrada, y ya no sentía ni debilidad ni dudas. Sentí como si hubiera pasado diez horas allí arriba, pero creo que todo el asunto no duró más de diez minutos. Sesenta y uno en total, un grueso anillo de cadáveres flotando a mi alrededor. Hice una pausa, revisé cuántas balas me quedaban y esperé a que llegaran más. No apareció ninguno.

Pasaron otros veinte minutos antes de que Mets me pidiera otro reporte. Le dije cuántos había matado, y ella bromeó diciéndome que era mejor no hacerme enojar. Me reí, por primera vez desde que aterricé en aquel pantano. Me sentí mejor, más fuerte y más confiada. Mets me advirtió que aquella demora había eliminado cualquier posibilidad de llegar hasta la I-10 antes del anochecer, y que lo mejor era empezar a pensar en donde iba a pasar la noche.

Me alejé lo más que pude de la camioneta, y cuando comenzaba a oscurecer, encontré un asidero bastante bueno, entre las ramas de un enorme árbol. Entre mi equipo de supervivencia, llevaba una hamaca de microfibras; un gran invento, liviana y fuerte, y con correas para evitar que uno cayera de ella. Se suponía que eso también debía servir para tranquilizarte, ayudándote a dormir mejor… ¡Sí, claro! No importó el hecho de que llevaba cuarenta y ocho horas sin dormir, ni que practiqué todos los ejercicios de respiración que nos enseñaron en el Creek, ni que me tomé dos de mis Baby-Ls.[38] Se supone que sólo hay que tomar una, pero pensé que esa dosis era sólo para debiluchos sin resistencia. Yo era muy fuerte, recuerde, podía soportarlo, y en ese momento necesitaba dormir.

Llamé a Mets, y ya que no tenía nada más que hacer, o en que pensar, le pregunté si podíamos hablar sobre ella. ¿Quién era en realidad? ¿Cómo había terminado viviendo en una cabaña aislada, en medio del territorio *cajun*? Ella no tenía acento criollo, ni siquiera sonaba como alguien del sur. ¿Y cómo era que sabía tanto sobre el entrenamiento de los pilotos, si ella no lo había vivido? Estaba comenzando a sospechar, a imaginarme a grandes rasgos quién podía ser ella.

Mets me dijo, una y otra vez, que tendríamos mucho tiempo después para hacer todo un programa de entrevistas. En ese momento era mejor que me durmiera, y que volveríamos a hablar al amanecer. Sentí que

las Ls comenzaban a hacer efecto entre "volveríamos" y "hablar." Estaba noqueada para cuando dijo "amanecer."

Dormí mucho. El cielo estaba ya muy iluminado cuando por fin abrí los ojos. Había estado soñando con… ¿qué más iba a ser? con Zack. Seguía escuchando sus gemidos cuando desperté. Pero entonces miré hacia abajo, y me dí cuenta de que no era un sueño. Debía haber por lo menos cien de ellos rodeando el árbol. Estaban todos aglomerados, muy ansiosos, tratando de pasar unos sobre otros para acercarse a mí. Fue una suerte que no pudieran amontonarse, el suelo no era lo suficientemente sólido. No tenía suficientes balas para acabarlos a todos, y como un tiroteo me tomaría mucho tiempo y podrían aparecer más, decidí que lo mejor era empacar y pensar en un plan de escape.

¿Tenía algo planeado?

En realidad no, pero nos habían entrenado para posibles situaciones como esa. Era muy parecido a saltar de un avión en una emergencia: uno escoge una zona para caer, se encogen las rodillas y se rueda, no se opone resistencia, y se levanta tan rápido como es posible. El objetivo es poner una buena distancia inicial entre uno y los atacantes. Luego se corre, trota, o incluso se camina rápido; sí, en realidad nos dijeron que consideráramos eso como una alternativa de bajo impacto. La idea es alejarse lo suficiente como para planear tu siguiente movimiento. Según mi mapa, la I-10 estaba lo suficientemente cerca como para llegar en una sola carrera, ser vista por el helicóptero de rescate, y ser sacada de allí, incluso antes de que aquellas bolsas podridas tuvieran tiempo de alcanzarme. Encendí la radio, le reporté mi situación a Mets, y le dije que le avisara al equipo de rescate para que salieran inmediatamente. Me dijo que tuviera cuidado. Me agaché, salté, y me partí el tobillo al caer, contra una roca sumergida.

Caí en el agua, boca abajo. El frío fue lo único que impidió que me desmayara por el dolor. Salí boqueando, ahogándome, y lo primero que ví fue toda aquella horda dirigiéndose hacia mí. Mets debió suponer que algo había salido mal, porque no la llamé para reportarle mi aterrizaje. Creo que me preguntó cómo estaba, aunque no lo recuerdo bien. Sólo recuerdo que me gritaba para que me levantara y corriera. Traté de apoyarme sobre el tobillo roto, y sentí como si un rayo recorriera mi pierna y mi columna. Podía soportar el peso, pero… me hizo gritar tan fuerte, que estoy segura de que pudo escucharme por la ventana de su cabaña. "Sal de ahí," me gritaba…"¡YA!" Comencé a caminar, chapoteando y cojeando con cientos de Gs tras de mí. Debió verse muy cómico, esa frenética carrera de cojos.

Mets me gritó, “¡Si puedes apoyarte en él, entonces puedes correr! ¡Ese hueso no recibe mucho impacto! ¡Puedes hacerlo!”

“¡Pero me duele!” De verdad respondí así, con la cara llena de lágrimas, y Zack a mis espaldas aullando por comida. Llegué hasta la autopista, que se levantaba sobre el pantano como las ruinas de un acueducto romano. Mets había tenido razón acerca de que era un sitio relativamente seguro, pero ninguna de las dos había contado con mi lesión, ni con la cola de muertos que me seguía. No había ninguna vía de acceso rápido, así que tendría que cojear hasta una de las pequeñas calles adjuntas, las mismas que Mets me había dicho que evitara. Pude ver la razón cuando me acerqué. En cada una de ellas había cientos de autos destrozados y oxidados, y uno de cada diez tenía a un G atrapado dentro. Me vieron y empezaron a gemir, un sonido que podía escucharse en kilómetros a la redonda.

Mets gritó, “¡No te preocupes por eso ahora! ¡Sólo súbete a una rampa y ten cuidado con los malditos agarradores!”

¿Agarradores?

Los que podían sacar las manos por una ventana rota. En medio de la carretera, al menos había una oportunidad de esquivarlos, pero en las rampas de acceso estaría bloqueada por todos lados. Esa fue la peor parte, la peor, esos minutos que pasé tratando de subir a la autopista. Tenía que pasar entre los autos; la lesión de mi tobillo no me permitía caminar sobre ellos. Esas manos podridas salían de las ventanas y me agarraban por el uniforme o por la muñeca. Cada disparo me costaba unos preciosos segundos que no tenía. La inclinación de la rampa me restaba velocidad. Sentía mi tobillo palpitando, me ardían los pulmones, y la horda se acercaba cada vez más. De no haber sido por Mets…

Me estuvo gritando todo el tiempo. “¡Mueve ese culo, maldita perra!” Para ese entonces, ya había perdido todos sus modales. “No te atrevas a rendirte… ¡No te atrevas a renunciar ahora!” Ella seguía creyendo en mí, y no me daba ni un segundo para respirar. “¿Qué eres, acaso vas a ser una pobre víctima indefensa?” Por un momento, llegué a pensar que sí. Creí que no lo lograría. El cansancio, el dolor, y creo que más que cualquier otra cosa, la rabia de haber echado a perder todo. En realidad se me cruzó la idea de tragarme mi pistola, ya sabe… para castigarme por…. pero entonces Mets me pegó donde me dolía de verdad. Me gritó “¡¿¡Qué, acaso eres como la puta de tu madre!?!”

Eso fue suficiente. Salí corriendo y llegué hasta la interestatal.

Llamé Mets para decirle que lo había logrado, y le pregunté, "¿Ahora qué diablos hago?"

Su voz se hizo muy suave de pronto. Me dijo que mirara hacia arriba. Un punto negro avanzaba hacia mí desde el oriente. Venía sobrevolando la autopista, y creció rápidamente hasta tomar la forma de un UH-60. Pegué un grito y disparé mi pistola de bengalas.

Lo primero que ví cuando me subieron a bordo, fue que era un helicóptero civil, no de las fuerzas de Búsqueda y Rescate del gobierno. El jefe de a bordo era un enorme *cajún* con una espesa barba de chivo y lentes para el sol. Me preguntó, "¿D' dóhnde diablos saliste?" Lo siento, no puedo imitar bien ese acento. Estaba a punto de llorar, y le dí un golpe en su brazo, que era del tamaño de una de mis piernas. Me reí, y les dije que trabajaban muy rápido. Él me miró como si no supiera de qué le estaba hablando. Resultó que aquel no era un vuelo de rescate, sino un transporte de rutina entre Baton Rouge y Lafayette. No me dí cuenta en ese momento, y no me importó. Le reporté a Mets que me habían recogido y que estaba a salvo. Le agradecí todo lo que había hecho por mí, y… para no derrumbarme allí mismo, hice alguna broma acerca de que ahora sí podríamos hacer nuestro programa de entrevistas. No me respondió.

Parece que era una muy buena vigilante.

Era una excelente mujer.

Usted me dijo que tenía algunas "sospechas" sobre ella.

Ninguna civil, ni siquiera una vigilante bien experimentada, podría saber tanto sobre lo que implica llevar unas alas. Conocía demasiados detalles, estaba muy bien informada, el tipo de cosas que sólo sabe alguien que lo ha experimentado en carne propia.

Entonces ella también era piloto.

Definitivamente; no de la fuerza aérea —nos habríamos conocido antes— pero quizá de la marina, o de la aeronáutica civil. Ellos perdieron tantos pilotos como la fuerza aérea en vuelos de abastecimiento como el mío, y ocho de cada diez nunca fueron rescatados. Estoy segura de que le pasó algo parecido a lo que me pasó a mí, tuvo que saltar, perdió a su tripulación, quizá se culpó por ello

igual que yo. Tuvo la suerte de encontrar esa cabaña abandonada, y pasó todo el resto de la guerra trabajando como vigilante.

Eso tiene mucho sentido.

¿No lo cree?

[Hay un silencio incómodo. La miro directamente a los ojos, esperando a que continúe.]

¿Qué?

Nunca la encontraron.

No.

Ni la cabaña.

No.

Y en Honolulu no hay registros de ninguna vigilante con el sobrenombre de Mets Fan.

Veo que ha hecho bien su tarea.

Yo…

Seguramente también leyó mi informe del accidente, ¿verdad?

Sí.

Y la evaluación psicológica que me hicieron después de que leyeron mi reporte oficial.

Bueno…

Bueno, es pura mierda, ¿me entiende? No me importa si ellos dicen que todo eso era información que yo ya conocía, ni que los técnicos digan que mi radio se rompió cuando aterricé en el pantano, ¿y qué importancia tiene que Mets suene parecido a Metis, la madre de Atenea, la diosa griega de los feroces ojos grises? Sí claro, los loqueros estuvieron a punto de celebrar con ese detalle, sobre todo cuando "descubrieron" que mi madre había crecido en el Bronx.

¿Y ese comentario que ella hizo sobre su madre?

¿Y quién diablos no tiene problemas con su madre? Si Mets era piloto, entonces también le gustaba apostar. Ella sabía que tenía un tiro seguro si mencionaba a "mamá." Ella sabía que se arriesgaba, y lo hizo… Mire, si creían que estaba loca, ¿por qué no me dieron de baja? ¿Por qué me dejaron conservar mi trabajo? Quizá ella no era una piloto, quizá era esposa de uno, o había estudiado en la Academia pero no había logrado llegar lejos. Quizá era sólo una voz asustada y solitaria, que hizo lo que pudo para ayudar a otra voz asustada y solitaria, para que no terminara igual que ella. ¿A quién le importa quién era, o es? Ella estuvo allí cuando la necesité, y por lo que me quede de vida, siempre estará a mi lado.

ALREDEDOR DEL MUNDO, Y SOBRE ÉL

PROVINCIA **D**E **B**OHEMIA**, U**NIÓN **E**UROPEA

[Se llama Kost, "el Hueso," y lo que le falta en belleza lo compensa con su imponencia. Este "Hrad" gótico del siglo catorce parece formar parte de la ladera de roca sólida que le sirve de base, y arroja una intimidante sombra sobre el Valle de Plakanek, una imagen que David Allen Forbes trata de capturar a base de lápiz y papel. Está preparando su segundo libro, *Castillos de la Guerra Zombie: El Continente.* Este hombre nativo de Inglaterra trabaja sentado bajo un árbol, y su ropa remendada a cuadros, junto con su espada escocesa, sólo sirven para reforzar el impacto de una escena que parece salida de un relato artúrico. Tras mi llegada, cambia repentinamente de papel, pasa de un tranquilo artista, a ser un nervioso narrador.]

Cuando digo que el Nuevo Mundo no tiene una historia de fortificaciones permanentes como la nuestra, me refiero únicamente a Norteamérica. Están las fortalezas costeras de los españoles, por supuesto, a lo largo de toda la costa Caribe, y las que los franceses y nosotros construimos en las Antillas. También están las ruinas incas en los Andes, aunque esas nunca fueron sitiadas directamente.[39] También tenga en cuenta que, cuando hablo de Norteamérica, no estoy incluyendo las ruinas

mayas y aztecas de México — Mire lo que pasó en la Batalla de Cuculcán, aunque esa es tolteca, ¿verdad? Esa gente que contuvo a todos esos Zs en los escalones de su Gran Pirámide. Por eso cuando le hablo del “Nuevo Mundo,” me estoy refiriendo específicamente a los Estados Unidos y Canadá.

Esto no es un insulto, como usted comprenderá, y por favor no lo tome de esa manera. Los suyos son países jóvenes, y no tienen la misma historia de anarquía institucional que sufrimos los europeos tras la caída de Roma. Ustedes siempre han contado con gobiernos nacionales firmes, con la fuerza necesaria para asegurar el cumplimiento de la ley y el orden.

Ya sé que no fue así durante su expansión hacia el oeste o su Guerra Civil, y por favor, no estoy menospreciando sus fuertes de antes de la Guerra de Secesión, ni las experiencias de aquellos que los defendieron. Me gustaría ir alguna vez a visitar Fort Jefferson. Me han contado que la gente que se refugió allí pudo defenderse muy bien. Lo que quiero decir es que en Europa, vivimos una historia de casi mil años de caos total, y algunas veces, la mera idea de la seguridad desaparecía tras las murallas del castillo de tu señor. ¿Eso tiene sentido? Estoy divagando mucho; ¿podemos comenzar de nuevo?

No, no, está bien. Continúe, por favor.

Claro, usted puede editar luego las partes que sobran.

Claro.

Está bien. Los castillos. Bueno… No quiero exagerar la importancia que tuvieron para el esfuerzo general de la guerra. De hecho, si se comparan con cualquier otro tipo de fortificación, moderna, modificada, o de cualquier clase, su contribución parece casi insignificante, a menos que usted sea como yo, y esa pequeña contribución le haya salvado la vida.

Eso no quiere decir que cualquier fortaleza fuera un seguro de vida inmediato. Para comenzar, hay que entender la diferencia entre un castillo y un palacio. Un montón de supuestos “castillos” no eran nada más que casas de recreo construidas para verse impresionantes, o habían sido convertidas en eso después de que su valor defensivo se había vuelto obsoleto. A lo que alguna vez habían sido bastiones impenetrables, les habían abierto tantas ventanas en el primer piso, que habría tomado una eternidad volver a sellarlas. Incluso un edificio de

apartamentos moderno habría sido más seguro, después de demoler las escaleras de la planta baja. Todos esos lugares que habían sido construidos sólo como símbolo de estatus y fortuna, como el Chateau Ussé o el Castillo de Praga, esos eran poco más que simples trampas mortales.

Sólo mire lo que pasó en Versalles. Esa fue una metida de patas de primera clase. No me sorprende que el gobierno francés haya decidido construir un monumento sobre sus cenizas. ¿Alguna vez leyó ese poema de Renard, sobre las rosas salvajes que ahora crecen en el jardín fúnebre, sus pétalos manchados de rojo con la sangre de los condenados?

Tampoco digo que un muro alto fuese lo único necesario para poder sobrevivir. Como cualquier lugar sitiado, los castillos ofrecían tantos peligros en el interior como en el exterior. Fíjese en el Muiderslot de Holanda. Un solo caso de neumonía, eso fue lo único que hizo falta. Súmele un otoño frío y húmedo, mala nutrición, y la falta de medicamentos de verdad… Imagínese cómo fue eso, atrapados tras esas enormes paredes, con todo el mundo a su alrededor gravemente enfermo, sabiendo que se acercaba la hora, que la única esperanza estaba en salir de allí. Los diarios de algunos moribundos cuentan que muchos se volvieron locos de la desesperación, y se arrojaron desde los muros al foso lleno de Zs.

Y también estaba el fuego, como en Braubach y Pierrefonds; cientos de personas atrapadas sin salida, sentadas allí, esperando a ser consumidas por las llamas o asfixiadas por el humo. También hubo explosiones accidentales, civiles que de pronto se encontraron con bombas entre sus manos, sin tener idea de cómo manejarlas o guardarlas apropiadamente. En el Miskolc Diosgyor de Hungría, según entiendo, encontraron un depósito de explosivos a base de sodio para uso militar en uno de los sótanos. No me pregunté qué eran exactamente, o por qué estaban allí, pero nadie pareció caer en cuenta de que el agua, no el fuego, era el agente desencadenante. Dicen que alguien estaba fumando en el depósito e inició accidentalmente un pequeño incendio. Los muy estúpidos pensaron que evitarían una explosión bañando los cajones en agua. La explosión abrió un hueco a través la pared lateral, y los muertos entraron como agua a través de un dique roto.

Al menos eso fue un error basado en la ignorancia. Lo que sí es imperdonable fue lo que pasó en el Chateau de Fougeres. Se les estaban acabando las provisiones, y se les ocurrió que podían excavar un túnel

bajo la horda de muertos. ¿En dónde creyeron que estaban, en *El Gran Escape*? ¿Tenían algún ingeniero profesional entre ellos? ¿Tenían el más mínimo conocimiento de trigonometría? El maldito túnel salió a la superficie casi medio kilómetro antes de lo planeado, justo en medio de un tumulto de esas cosas. Los idiotas esos ni siquiera pensaron en equipar el túnel con cargas de demolición.

Sí, hubo errores por todos lados, pero también hubo algunos triunfos dignos de mención. Algunos tuvieron que enfrentar asedios muy cortos, contando con la buena suerte de estar del lado correcto de la línea. Algunos castillos de España, Baviera, y en Escocia al norte de la Antonina[40] sólo tuvieron que defenderse por algunas semanas, o incluso días. Para algunas personas, como en Kisimul, sólo fue cuestión de sobrevivir a una noche particularmente difícil. Pero también tenemos los verdaderos relatos de victoria, como el Chenonceau de Francia, un pequeño y extraño castillo tipo Disney, construido sobre el puente del río Cher. Cortando los dos accesos a tierra, y con un poco de buena planeación estratégica, lograron mantener su posición por años.

¿Tenían provisiones suficientes para varios años?

Oh, no, claro que no. Simplemente esperaron la primera nevada, y entonces barrieron las tierras circundantes para reabastecerse. Me imagino que ese era el procedimiento estándar en cualquier construcción sitiada, ya fuese o no un castillo. Seguramente en sus "Zonas Azules," al menos en las que quedaban al norte, hacían exactamente lo mismo. En ese sentido, es una suerte que casi toda Europa se congele durante el invierno. Muchos de los defensores con los que he hablado están de acuerdo con que la inevitable llegada del invierno, tan frío y brutal como era, era un verdadero alivio. En tanto no se congelaran hasta morir, muchos sobrevivientes aprovechaban la oportunidad que les daban los Zs congelados, para registrar los terrenos adyacentes y tomar todo lo que necesitaban para pasar los meses más cálidos.

No me sorprende que muchos defensores prefirieran quedarse en sus fortalezas en lugar de huir, como en el Bouillon de Bélgica, o el Spis de Eslovaquia, o incluso en casa, como el Beaumaris de Gales. Antes de la guerra, todo el lugar era sólo una pieza de museo, un caparazón vacío de habitaciones sin techo y gruesas paredes concéntricas. Al concejo municipal deberían darle un reconocimiento por lo que hicieron, consiguiendo todos esos recursos, organizando a los ciudadanos, y restaurándole a esa ruina toda su gloria pasada. Tuvieron sólo unos meses antes de que la epidemia llegara a esa parte de Gran Bretaña.

Claro que el caso de Conwy es mucho más dramático, con un castillo y una muralla medieval que rodeaba todo el pueblo. Los habitantes no sólo vivieron con relativa comodidad durante los peores años, sino que su cercanía al mar permitió que Conwy se convirtiera en la base de nuestras fuerzas cuando comenzó la reconquista del país. ¿Alguna vez ha leído *Mi Propio Camelot*?

[Niego con la cabeza.]

Debería buscarse una copia. Es una novela sorprendentemente buena, basada en las experiencias del autor como uno de los defensores de Caerphilly. Al principio de la crisis, él se quedó atrapado en su apartamento de Ludlow, en Gales. Cuando se le acabaron las provisiones y cayó la primera nevada, decidió salir de allí en busca de un refugio más permanente. Llegó hasta unas ruinas abandonadas, que ya habían sido el lugar de una mediocre, y en última instancia, fracasada defensa. Él enterró los cuerpos, se despachó a los Zs congelados, y se dedicó a restaurar el castillo por su propia cuenta. Trabajó sin descanso, en medio del invierno más brutal que se ha registrado. Para Mayo, Caerphilly estaba preparado para resistir un asedio durante todo el verano, y para el siguiente invierno se había convertido en un refugio para cientos de sobrevivientes.

[Él me muestra uno de sus bocetos.]

Una obra maestra, ¿verdad? Es el segundo más grande en todas las Islas Británicas.

¿Cuál es el primero?

[Duda por un segundo.]

Windsor.

Windsor era su castillo.

Bueno, no era mío precisamente.

Quiero decir, usted estuvo allí.

[Hace otra pausa.]

Era, desde el punto de vista defensivo, lo más cercano a la perfección que se puede imaginar. Antes de la guerra, era el castillo habitado más

grande de Europa, casi de trece acres de extensión. Tenía su propio pozo de suministro de agua, y suficiente espacio para almacenar provisiones para una década. El incendio de 1992 había resultado en la instalación de un equipo de aspersores con lo mejor en tecnología, y la amenaza terrorista había llevado a la instalación de unos dispositivos de seguridad sin rival dentro del Reino Unido. El pueblo no sabía lo que sus impuestos estaban pagando: ventanas a prueba de balas, paredes reforzadas, barrotes retráctiles, y persianas de acero ocultas en los marcos ornamentales de puertas y ventanas.

Pero de todos nuestros logros en Windsor, nada podía compararse con la extracción de petróleo crudo y gas natural, de un yacimiento ubicado a varios kilómetros bajo los cimientos del castillo. Había sido descubierto a mediados de los 90s, pero nunca había sido explotado, debido a una variedad de cuestiones políticas y ambientales. Pero nosotros sí lo explotamos, claro. Nuestro grupo de Ingenieros Reales construyó una pasarela que se extendía desde nuestros muros hasta el lugar de la excavación. Era todo un logro, y se puede ver por qué se convirtió en la precursora de nuestras autopistas elevadas. En un nivel más personal, me sentí muy agradecido por tener habitaciones cálidas, comida recién preparada, y para las emergencias… Molotovs y un pozo de llamas. Ninguno de los dos era un método eficiente para detener a un Z, ya sé, pero si se logra dejarlos atascados en un solo punto y se los mantiene dentro del fuego… además, ¿qué más podíamos hacer después de que se nos acabaron las balas, y sólo nos quedamos con un montón de armas de mano medievales?

Había muchas de esas por ahí, en museos, colecciones personales… pero ninguna de ellas era de esas imitaciones ornamentales. Eran de verdad, habían sido probadas y usadas. Se volvieron otra vez parte de la vida cotidiana de los británicos, ciudadanos comunes caminando por ahí con una maza, una alabarda, o un hacha de doble hoja. Yo me volví particularmente adepto al montante, aunque nadie se lo imaginaría sólo al verme.

[Hace un gesto, señalando con algo de vergüenza hacia su espada, que es casi tan grande como él.]

No es lo más ideal, requiere de mucha habilidad, pero eventualmente se aprende lo que uno es capaz de hacer, cosas que uno nunca se imaginó que haría, y lo que la gente a tu alrededor puede hacer también.

[David hace una pausa. Es obvio que no se siente cómodo. Yo le extiendo mi mano.]

Muchas gracias por su tiempo…

Hay… más.

Si no se siente cómodo hablando de…

No, por favor, está bien.

[Respira profundo.] Ella… ella no quiso huir, ya sabe. Ella insistió, a pesar de las objeciones del Parlamento, y se quedó en Windsor, en sus propias palabras, "hasta el final." Pensé que se trataba de un acto de nobleza mal enfocada, o que estaba paralizada por el miedo. Traté de razonar con ella, se lo pedí casi de rodillas. ¿Acaso ya no había hecho más que suficiente con el Decreto Balmoral, convirtiendo todas sus propiedades en zonas protegidas para cualquier persona que fuese capaz de defenderlas? ¿Por qué no se reunía con el resto de su familia en Irlanda, o en la Isla de Man, o, si insistía en quedarse en Gran Bretaña, por qué no se refugiaba en el cuartel general del norte, más allá de la Antonina?

¿Y ella qué respondió?

"No hay honor más alto que el servicio hacia los demás."**[Se aclara la garganta, y su labio tiembla por un segundo.]** Su padre había dicho esas mismas palabras; era la razón por la que no había huido hacia Canadá durante la Segunda Guerra Mundial, la razón por la que su madre había pasado todo el blitz visitando a los civiles que se refugiaban en los túneles y las estaciones bajo las calles de Londres, la misma razón por la que, hasta este día, seguimos siendo un *reino unido.* Su misión, su tarea, era personificar los ideales más grandes de nuestro espíritu nacional. Ellos deben ser siempre un ejemplo para el pueblo, mostrándonos la parte más fuerte, la más valiente, y la mejor de todos nosotros. En cierta forma, son ellos los que deben servirnos, en lugar de lo contrario, y deben sacrificarlo todo, *todo,* para soportar el peso de esa carga sobrehumana. ¿Si no, para qué? Podríamos deshacernos de la maldita tradición, desempolvar la maldita guillotina, y acabar de una vez con todo el asunto. La gente pensaba de ellos lo mismo que de los viejos castillos, supongo: los veían como reliquias obsoletas y derruidas, sin otra función más que la de ser una atracción turística. Pero cuando los cielos se oscurecieron y la nación los necesitó, todos recuperaron el verdadero sentido de su existencia. Los castillos protegieron nuestros cuerpos, y ellos, nuestras almas.

ATOLÓN **U**LITHI**, E**STADOS **C**ONFEDERADOS **D**E **M**ICRONESIA

[Durante la Segunda Guerra Mundial, este vasto atolón de coral sirvió como el principal puesto de avanzada para la Flota del Pacífico de los Estados Unidos. Durante la Guerra Mundial Z, no sólo fue un refugio para la armada naval norteamericana, sino también para cientos de barcos civiles. Una de esas naves fue el U.N.S. *Ural,* el primer centro de transmisión de la Radio Mundo Libre. Ahora convertido en un museo para los logros del proyecto, este barco es el tema principal del documental británico *Mundos en Guerra.* Una de las personas entrevistadas para dicho proyecto, es Barati Palshigar.]

El enemigo era la ignorancia. Mentiras y supersticiones, mala información y desinformación. A veces, ausencia total de información. La ignorancia mató a miles de millones de personas. La ignorancia fue la causa de la Guerra Zombie. Imagínese si hubiésemos sabido lo que sabemos ahora. Imagínese si el virus hubiese sido tan bien comprendido como, por ejemplo, la tuberculosis. Imagínese si lo ciudadanos, y al menos las personas encargadas de proteger a esos ciudadanos, hubiesen sabido exactamente a qué se enfrentaban. La ignorancia era el verdadero enemigo, y unos datos fríos y precisos eran la mejor arma.

Cuando llegué por primera vez a Radio Mundo Libre, todavía se llamaba Programa Internacional de Información en Seguridad y Salud. El nombre de "Radio Mundo Libre" surgió de las personas y los grupos que monitoreaban las transmisiones.

Era el primer proyecto de envergadura realmente internacional, iniciado apenas unos pocos meses después del plan sudafricano, y muchos años antes de la conferencia en Honolulu. De la misma manera en que el resto del mundo basó su estrategia de supervivencia en Redeker, nosotros nacimos del modelo de Radio Ubunye.[41]

¿Qué es Radio Ubunye?

Era el sistema de transmisión sudafricano para los habitantes en zonas aisladas. Como no tenían recursos para suministrarles ayuda material, la única asistencia que el gobierno pudo darles, fue información. Fueron los primeros, al menos hasta donde yo sé, en comenzar estas transmisiones regularmente y en varios idiomas. No sólo daban algunas claves básicas de supervivencia, sino que también reunían y discutían cada mito y mentira que circulaba entre los ciudadanos. Lo que nosotros hicimos fue tomar el modelo de Radio Ubunye y lo adaptamos a la comunidad global.

Yo llegué a bordo, literalmente, desde el principio, cuando los reactores del *Ural* estaban siendo puestos en línea por primera vez en años. El *Ural* había sido un barco de la flota soviética, y luego de la Armada Federal Rusa. En ese entonces, el SSV-33 sirvió como muchas cosas: como buque de comando y control, como plataforma de rastreo de misiles, como barco de vigilancia electrónica. Desafortunadamente, también era un elefante blanco, porque sus sistemas, según me cuentan, eran demasiado complicados hasta para su propia tripulación. Pasó la mayor parte de su vida anclado en un muelle de la base naval de Vladivostok, sirviendo sólo como generador auxiliar de energía para las instalaciones. No soy ingeniero, así que no sé cómo hicieron para reemplazar los bastones radioactivos desgastados, ni para adaptar los equipos de comunicación para que se conectaran con la red mundial de satélites. Yo soy un especialista en lenguas, específicamente en las del subcontinente hindú. Yo y el señor Verma, sólo nosotros dos, encargados de hablar con mil millones de personas… bueno… en ese entonces seguían siendo mil millones.

El señor Verma me encontró en un campo de refugiados en Sri Lanka. Él era un traductor, y yo un intérprete. Habíamos trabajado juntos por varios años para la embajada de nuestro país en Londres. En ese entonces pensábamos que era un trabajo duro; pero no teníamos idea. Los turnos eran enloquecedores, dieciocho, a veces hasta veinte horas al día. No sé a qué hora dormíamos. Había tantos datos sueltos, tantos informes que dar a toda hora. Casi todo tenía que ver con nociones básicas de supervivencia: cómo filtrar el agua, crear un invernadero en el interior de las casas, cultivar y procesar moho para extraer penicilina. Esos abrumadores textos solían estar llenos de palabras y nombres que nunca antes había escuchado. Nunca había oído hablar de lo que era un "quisling" o un "joven salvaje"; No tenía ni idea de lo que era un "Lobo" ni de las promesas falsas de cura que daba el Phalanx. Lo único que sabía era que un tipo en uniforme aparecía frente a mí, poniendo aquel montón de palabras frente a mis ojos y diciendo: "Necesitamos eso traducido al marathi, y listo para grabar en quince minutos."

¿Qué tipo de desinformación estaban tratando de combatir?

¿Por dónde quiere que comience? ¿La médica? ¿La Científica? ¿La Militar, espiritual, o psicológica? El aspecto psicológico era el más complicado. La gente estaba desesperada por antropomorfizar la plaga que camina. En la guerra, al menos en una guerra convencional, pasamos mucho tiempo tratando de deshumanizar al enemigo, de crear una distancia emocional de él. Nos inventamos historias y nombres derogatorios… cuando pienso en todas las cosas que mi padre solía decir de los musulmanes… pero en esta guerra, todo el mundo estaba tratando con desesperación de hallar al menos una leve conexión con el enemigo, de ponerle un rostro humano a algo que era evidentemente inhumano.

¿Podría darme algún ejemplo?

Había tantas ideas equivocadas: que los zombies eran de alguna manera inteligentes; que podían sentir y adaptarse, usar herramientas e incluso armas; que conservaban algún recuerdo de su existencia pasada; o que podíamos comunicarnos con ellos y entrenarlos como algún tipo de mascota. Era descorazonador, tener que desmentir un mito tras otro. La guía de supervivencia para civiles ayudaba, pero era terriblemente limitada.

¿En serio?

Ah sí. Se podía ver que había sido escrita por un norteamericano, por todas esas referencias a sus camionetas y las armas de fuego. No tenía en cuenta las diferencias culturales… las distintas soluciones y remedios que mucha gente creía que los salvarían de los muertos.

¿Cómo cuáles?

Preferiría no darle muchos detalles, para no condenar 8implícitamente a los pueblos en donde se originaron tales “soluciones.” Como hindú, tuve que contradecir muchos aspectos de mi propia cultura que se convirtieron en actos de autodestrucción. Por ejemplo, estaba Varanasi, una de las ciudades más antiguas de este planeta, cerca del lugar en el que Buda dio su primer sermón, y al que miles de peregrinos hindúes viajaban cada año para morir en paz. Antes de la guerra, en condiciones normales, el camino se veía literalmente pavimentado de cadáveres. Pero ahora, esos cadáveres se levantan y atacan. Varanasi se convirtió en una de las mayores Zonas Blancas, un foco de muertos vivientes. Esa

zona cubría casi toda la extensión del Ganges. Sus propiedades medicinales habían sido reconocidas por décadas antes de la guerra, y tenían algo que ver con una mayor oxigenación de las aguas.42 Una tragedia. Millones de personas se aglomeraron en sus orillas, y sirvieron sólo como leña para el fuego. Incluso después de que nuestro gobierno se retiró a los Himalayas, cuando el noventa por ciento del país se declaró oficialmente infectado, los peregrinajes seguían llegando. Todos los países tenían historias parecidas. Cada uno de los miembros de nuestro equipo internacional, vivió algún momento en el que tuvo que confrontar algún ejemplo de ignorancia suicida. Un norteamericano nos contó sobre una secta que se hacía llamar "Los Corderos de Dios," que creían que había llegado la hora del juicio y que entre más rápido se infectaran, más pronto llegarían al cielo. Una mujer —no diré a qué país pertenecía— hizo lo que pudo para desmentir la creencia de que tener relaciones sexuales con una virgen, podía "limpiar" la "maldición." No sé cuántas mujeres, cuantas niñas, fueron violadas como resultado de esa "cura." Todos estaban enojados con su propio pueblo. Todos sentían vergüenza. Uno de nuestros compañeros, del grupo de Bélgica, solía compararlo con el humo que llenaba cada vez más el horizonte. Él lo llamaba "la maldad de nuestro espíritu colectivo."

Pero supongo que no tengo derecho a quejarme. Mi vida nunca estuvo realmente en peligro, y mi estómago siempre estaba lleno. Quizá no dormía mucho, pero al menos podía dormir sin temor. Lo más importante fue que nunca tuve que trabajar en el departamento de RI del *Ural*.

¿RI?

Recepción de Información. Los datos que transmitíamos no se generaban aquí en el *Ural.* Llegaban de todo el mundo, de expertos y pensadores en las distintas zonas seguras de todos los gobiernos. Ellos le transmitían sus descubrimientos a nuestros operadores de RI y ellos, a su vez, los hacán llegar hasta nosotros. Gran parte de esos datos llegaba por canales abiertos y de uso civil, y muchas de esas frecuencias estaban saturadas de llamadas de auxilio y gritos de ayuda. Había millones de almas desamparadas regadas por todo el planeta, gritando y llorando a través de sus transmisores privados mientras sus hijos morían de hambre, sus casas ardían en llamas, o los muertos vivientes superaban sus defensas. Incluso si no entendías bien su idioma, como era el caso con muchos de los operadores, no se puede ignorar ese tono de angustia en la voz de otro ser humano. Pero no se les permitía responder; no había tiempo. Todas las transmisiones debían ser dedicadas a asuntos oficiales. No quiero ni imaginarme como eran las

cosas para los operadores de RI.

Cuando recibimos la última transmisión desde Buenos Aires, en la que ese famoso artista latino cantó una canción de cuna en español, fue demasiado para uno de nuestros operadores. Él no era Buenos Aires, ni siquiera era de Sur América. Ese pobre marinero ruso, de apenas dieciocho años, se voló los sesos de un tiro y los salpicó sobre sus instrumentos. Él fue sólo el primero, y desde de terminar la guerra, todos los demás operadores de IR siguieron su ejemplo. Actualmente no queda ni uno vivo. El último fue mi amigo belga. "Esas voces van contigo a todas partes," me dijo él una mañana. Estábamos parados en la cubierta, mirando esa enorme nube café, esperando una salida de sol que sabíamos que nunca veríamos. "Esos gritos estarán conmigo por el resto de mi vida, nunca callarán, nunca se irán, nunca dejarán de invitarme a que los acompañe."

ZONA DESMILITARIZADA: COREA DEL SUR

[Hyungchol Choi, director general de la Oficina Central de Inteligencia Coreana, señala hacia el montañosos y árido paisaje que se extiende hacia el norte. Uno podría confundirlo con cualquier terreno similar al sur de California, de no ser por las cajas de medicamentos abandonadas, las banderas descoloridas, y la cerca oxidada de alambre de púas que recorre todo el horizonte.]

¿Qué sucedió? Nadie sabe. Ningún país estaba mejor preparado para repeler la infección que Corea del Norte. Ríos al norte, océanos al oriente y occidente, y al sur **[señala nuevamente hacia la Zona Desmilitarizada],** la frontera mejor vigilada de todo el mundo. Se puede ver lo montañoso que es el terreno, lo fácil que resultaría defenderlo, pero lo que no se vé, es que esas montañas están repletas de lo mejor en infraestructura militar. El gobierno norcoreano aprendió unas valiosas pero duras lecciones tras sus campañas de bombardeo de los años 50s, y trabajó desde ese entonces para crear un sistema subterráneo que les permitiera librar otra guerra desde una ubicación

completamente segura.

Su población estaba fuertemente militarizada, entrenada hasta un nivel que hacía que Israel pareciese Islandia. Más de un millón de hombres y mujeres se encontraban en servicio activo, con cinco millones más como reservistas. Eso era una cuarta parte de la población total, por no mencionar el hecho de que cada individuo del país, en algún momento de su vida, había recibido un entrenamiento militar básico. Pero algo más importante que el entrenamiento, y lo más decisivo para este tipo de guerra, era un nivel casi sobrehumano de disciplina nacional. A los norcoreanos se los entrenaba desde el nacimiento para pensar que sus vidas no tenían sentido, que existían sólo para servir al Estado, a la Revolución, y al Gran Líder.

Era casi por completo lo opuesto a lo que vivíamos en el sur. Nosotros éramos una sociedad abierta. Teníamos que serlo. El comercio internacional era nuestra sangre vital. Éramos individualistas, quizá no tanto como ustedes los norteamericanos, pero también tuvimos una gran cantidad de protestas y manifestaciones públicas. Teníamos una estructura social tan libre y dividida, que tuvimos grandes dificultades para implementar la Doctrina Chang43 durante el Gran Pánico. Una crisis como esa habría sido inimaginable en el norte. Ellos eran un pueblo que, incluso cuando el gobierno ocasionó una hambruna que estuvo a punto de eliminarlos a todos, prefirieron comer niños44 antes que levantarse en su contra. Tenían un nivel de sumisión que ni siquiera Adolf Hitler podría haberse imaginado. Si le hubiesen dado a cada ciudadano una pistola, una piedra, o sólo sus manos desnudas, les hubiesen señalado la horda de zombies y les hubiesen dicho "¡ataquen!" todos habrían obedecido, desde la mujer más anciana hasta el niño más pequeño. Era un país criado para la guerra, planeándola, preparándose, listo para luchar desde el 27 de Julio de 1953. Si alguna vez existió un país capaz no sólo de sobrevivir, sino de triunfar en el Apocalipsis que vivimos, era la República Popular Democrática de Corea.

¿Entonces qué pasó? Más o menos un mes antes de que comenzaran los problemas, antes de que los primeros casos fueran reportados en Pusán, el norte cortó, de pronto y sin explicación, todas las relaciones diplomáticas. No nos dijeron por qué la línea ferroviaria, la única conexión terrestre entre los dos lados, fue cerrada de repente, ni por qué tantos de nuestros ciudadanos que habían estado esperando décadas para ver a sus familiares en el lado norte, vieron sus sueños destrozados por un simple sello de caucho. No se dio ningún tipo de explicación. Lo único que obtuvimos fue la excusa de que "es un asunto de seguridad estatal" de siempre.

A diferencia de muchos, yo no estaba convencido de que aquel fuese un acto de guerra. Cada vez que el norte amenazaba con iniciar hostilidades, las señales eran claras. Pero ésta vez ninguna de las trasmisiones por satélite, nuestras o de los norteamericanos, mostraban intenciones hostiles. No había movimiento de tropas, ni aviones cargando combustible, ni despliegue de barcos o submarinos. De hecho, nuestras fuerzas a lo largo de la Zona Desmilitarizada comenzaron a ver que en el lado opuesto había cada vez menos gente. Los conocíamos, a todos los guardias fronterizos. Los habíamos fotografiado muchas veces a lo largo de los años, dándoles sobrenombres como Ojos de Serpiente o Cara de Perro, y hasta teníamos archivos completos sobre sus edades aproximadas, antecedentes y supuesta personalidad. Pero luego desaparecieron, se desvanecieron tras unas trincheras bien protegidas y unas torretas de vigilancia.

Nuestros detectores sísmicos estaban igual de silenciosos. Si el norte hubiese estado excavando túneles, o incluso reuniendo vehículos pesados al otro lado de "La Zona," habríamos podido escucharlos como si fueran la Compañía Nacional de Ópera.

Panmunjom es el único punto de la Zona Desmilitarizada en el que los lados opuestos pueden verse cara a cara para negociar. Tenemos soberanía conjunta sobre los salones de conferencias, y los soldados de cada lado tratan de impresionar los del otro, formándose a sólo unos pocos metros los unos de los otros en el patio compartido. Los guardias eran rotados constantemente. Una noche, cuando el grupo norcoreano entró en las barracas, no salió ninguna otra unidad a reemplazarlos. Las puertas se cerraron, las luces se apagaron, y nunca más volvimos a verlos.

También observamos un alto total en las operaciones humanas de infiltración e inteligencia. La llegada de los espías del norte era tan regular y tan predecible como las estaciones. Casi siempre eran fáciles de identificar, porque llevaban ropa pasada de moda, o preguntaban el precio de artículos que todo el mundo sabe cuánto valen. Los agarrábamos todo el tiempo, pero desde que comenzaron las infecciones, su número se redujo a cero.

¿Y qué pasó con sus propios espías en el norte?

Desaparecieron, todos ellos, más o menos al mismo tiempo que todos los equipos electrónicos de vigilancia comenzaron a fallar. Y no me refiero a que las señales de radio fueran confusas, sino a que no había

ninguna en absoluto. Uno por uno, todos los canales civiles y militares dejaron de transmitir. Las imágenes de satélite mostraban cada vez menos campesinos en los sembrados, menos peatones en las calles, hasta menos trabajadores "voluntarios" en los proyectos públicos de construcción, cosa que *nunca* había pasado antes. De pronto, cuando menos lo pensamos, no quedó ni una sola persona entre el Yalú y la Zona Desmilitarizada. Desde el punto de vista de la oficina de inteligencia, parecía que todo el país, cada hombre, mujer y niño de Corea del Norte, simplemente había desaparecido.

Ese misterio sólo sirvió para avivar nuestra creciente ansiedad, debido a lo que teníamos que enfrentar aquí. Para ese entonces teníamos epidemias en Seúl, P'ohang y Taejón. Mokpo había sido evacuada, Kangnung estaba en cuarentena, y, por supuesto, habíamos tenido nuestra propia versión de Yonkers en Inchón, y todo eso agravado por el hecho de que la mitad de nuestras fuerzas estaban ocupadas vigilando la frontera norte. Mucha gente en el Ministerio de Defensa estaba convencida de que en Pyongyang estaban listos para la guerra, que estaban esperando ansiosamente nuestro peor momento para bajar marchando por el paralelo 38. Nosotros, en las oficinas de inteligencia, no podíamos estar más en desacuerdo. Les decíamos todo el tiempo que, si acaso ellos estaban esperando nuestro peor momento, ese momento había llegado ya.

La República estaba al borde del colapso. Se estaban elaborando planes secretos para una reubicación total, como la de los japoneses. Los equipos de avanzada estaban explorando posibles zonas en Kamchatka. Si la Doctrina Chang no hubiese dado resultado… si tan sólo unas cuantas unidades más hubiesen caído, o si algunas zonas seguras no hubiesen resistido…

Quizá le debemos nuestra supervivencia al norte, o por lo menos al temor que le teníamos. Mi generación nunca vió al norte como una amenaza real. Hablo de los civiles, si me entiende, la gente de mi edad, que veían al norte como una nación retrógrada, pobre y fracasada. Mi generación había vivido siempre en medio de la paz y la prosperidad. A lo único que le temíamos era a una reunificación como la de Alemania, que traería una oleada de ex-comunistas sin hogar y buscando trabajo.

Pero los que estuvieron antes que nosotros no eran así… nuestros padres y nuestros abuelos… que habían vivido con el fantasma muy real de una invasión flotando sobre sus cabezas, sabiendo que en cualquier momento podían sonar las alarmas, podían apagarse las luces, y todos los banqueros, profesores y choferes de taxi podían ser llamados a

tomar las armas y defender a su país. Sus mentes y corazones estaban siempre en alerta, y al final, fueron ellos, no nosotros, los que revivieron el espíritu nacional.

Yo sigo insistiendo que debemos organizar una expedición al norte. Pero siempre rechazan mi propuesta. Me dicen que hay demasiado trabajo por hacer. El país todavía está destrozado. También están los compromisos internacionales, sobre todo la repatriación de todos esos refugiados de vuelta a Kyushu… **[Se ríe.]** Esos japos tienen una enorme deuda con nosotros.

Yo ni siquiera estoy pidiendo todo un equipo de reconocimiento. Que me den un solo helicóptero, o un barco pesquero; al menos que me abran la puerta de Panmunjom y me dejen ir sólo y a pié. ¿Y qué tal si activas alguna trampa? responden ellos. ¿Qué tal si es un dispositivo nuclear? ¿Qué pasará si abres las puertas de alguna ciudad subterránea, y veintitrés millones de zombies salen gimiendo de allí? Sus argumentos no son del todo descabellados. Sabemos que la Zona Desmilitarizada está llena de minas. El mes pasado, un avión de carga que se acercó demasiado a su espacio aéreo fue derribado por un misil tierra-aire. Fue lanzado desde una plataforma automática, una de las que diseñaron como una medida de retaliación en caso de que toda su población fuese aniquilada.

El común de la gente piensa que todos evacuaron hacia sus instalaciones subterráneas. Si eso es cierto, entonces nuestras estimaciones sobre el tamaño y la profundidad de esos refugios eran tremendamente inexactas. Quizá sea cierto que toda la población se encuentra bajo tierra, trabajando incansablemente en una nueva maquinaria de guerra, mientras su "Gran Líder" se embrutece con licores occidentales y pornografía norteamericana. ¿Ya se habrán dado cuenta de que la guerra terminó? ¿Acaso sus líderes les siguen mintiendo, diciéndoles que el mundo que conocían ya no existe? Quizá la llegada de los muertos vivientes fue algo "bueno" para ellos, una excusa para apretar el yugo de una sociedad construida con base en la sumisión ciega. El Gran Líder siempre había querido convertirse en un Dios viviente, y ahora, como dueño no sólo de la comida que come el pueblo y del aire que respiran, sino también de la luz de sus soles artificiales, quizá su loco ideal se ha convertido por fin en realidad. O quizá ese era su plan original, pero algo le salió desastrosamente mal. Mire lo que pasó en la "ciudad de los topos" bajo París. ¿Qué tal si eso mismo sucedió en el norte, pero con toda la población del país? Quizá esas cavernas están a reventar con veintitrés millones de zombies, esclavos emancipados, gimiendo en la oscuridad y esperando sólo a ser

liberados.

KYOTO**, J**APÓN

[La vieja fotografía de Kondo Tatsumi muestra un adolescente flaco y lleno de acné, con ojos apagados y enrojecidos, y algunos mechones aclarados entre su cabellera revuelta. El hombre con el que hablo no tiene cabello. Está afeitado, bronceado y en muy buen estado físico, y su mirada aguda y firme nunca se aparta de mí. Aunque sus modales son cordiales y su tono casual, este monje guerrero dá la impresión de ser un animal salvaje que simplemente está descansando mientras acecha.]

Yo era un "*otaku*." Ya sé que ese término significa muchas cosas para mucha gente, pero para mí simplemente quería decir "diferente." Yo sé que los norteamericanos, sobre todo los más jóvenes, se sienten atrapados por las presiones de la sociedad. Todos los humanos nos sentimos así. Sin embargo, si entiendo bien cómo funciona su cultura, el individualismo es algo que es alentado. Ustedes admiran a los "rebeldes," a los "fuertes," a los que se diferencian de la masa. Para ustedes, el individualismo es como una medalla de honor. Para nosotros, es una marca de vergüenza. Nosotros vivíamos, sobre todo antes de la guerra, dentro de un complejo e infinito laberinto de prejuicios sociales. La apariencia, la forma de hablar, todo desde la carrera profesional hasta la manera como uno estornudaba, tenía que ser organizado y planeado según la estricta doctrina confucionista. Algunos tenían la fuerza necesaria, o la debilidad, para aceptar esa doctrina. Otros, como yo, elegimos el exilio en un mundo mejor. Ese mundo era el ciberespacio, y parecía hecho a la medida para los *otaku* japoneses.

No puedo opinar acerca de su sistema educativo, ni el de ningún otro país, pero el nuestro se basaba casi exclusivamente en la retención de datos. Desde el primer día en que poníamos un pié en un salón de clases, a los niños japoneses nos llenaban con volúmenes y volúmenes de hechos e imágenes que no tenían ninguna repercusión práctica en

nuestras vidas. Eran datos sin ningún componente moral, sin contexto social, sin relación con el mundo exterior. No tenían más razón de ser, que el hecho de que su dominio nos permitía ascender. Antes de la guerra, a los niños japoneses no se les enseñaba a pensar, se les enseñaba a memorizar.

Usted puede entender cómo ese tipo de educación se presta para una existencia en el ciberespacio. En un mundo de información sin contexto, en donde en estatus está basado en su adquisición y acumulación, la gente de mi generación gobernaba como Dioses. Yo era un *sensei*, un maestro de todo lo que leía, ya fuera descubrir el tipo de sangre de todo el gabinete del Primer Ministro, o las facturas de impuestos de Matsumoto y Hamada,45 o la localización y el estado de todas las espadas shin-gunto de la Guerra del Pacífico. No tenía que preocuparme por mi apariencia, mi comportamiento en sociedad, mis calificaciones, ni mis planes para el futuro. Nadie podía juzgarme, nadie podía lastimarme. En ese mundo, yo tenía el poder, y lo más importante, ¡estaba a salvo!

Cuando la crisis llegó a Japón, mis compañeros, y todos los demás, olvidamos nuestras anteriores obsesiones y nos dedicamos por completo al asunto de los muertos vivientes. Estudiamos su fisiología, su comportamiento, sus debilidades, y la respuesta del mundo ante su ataque contra la humanidad. Ese último aspecto era la especialidad de mi círculo, la posibilidad de contener la amenaza en las islas de Japón. Reuní estadísticas de población, redes de tráfico, el entrenamiento de la policía. Memoricé de todo, desde el tamaño de la flota mercante japonesa, hasta cuántas balas puede cargar un rifle de asalto tipo 89 del ejército. Ningún dato era irrelevante o desconocido. Teníamos una misión, y casi no dormíamos. Cuando eventualmente cancelaron las clases, nos dieron la oportunidad de estar conectados casi las veinticuatro horas del día. Yo fui el primero en conseguir acceso a los registros personales en el disco duro del doctor Komatsu, y leí esos datos una semana antes de que los presentara en su informe al gobierno. Fue todo un logro. Sirvió para elevar mi estatus entre aquellos que ya me admiraban.

¿El doctor Komatsu fue el primero en recomendar la evacuación?

Sí. Al igual que nosotros, él había estado reuniendo los mismos datos. Pero mientras que nosotros sólo los memorizábamos, él los analizaba. Japón era una nación superpoblada: ciento veintiocho millones de personas apretadas en menos de trescientos setenta mil kilómetros

cuadrados de islas, casi todas montañosas y con poco terreno urbanizable. El bajo índice de criminalidad había resultado en la fuerza policial más pequeña y más débilmente armada del mundo industrializado. Japón era además un estado casi totalmente desmilitarizado. Debido a la "protección" norteamericana, nuestras fuerzas armadas no habían visto un combate real desde 1945. Ni siquiera las tropas que fueron enviadas al Golfo participaron en acciones bélicas, y pasaron casi todo su tiempo activo dentro de las paredes de sus campamentos. Teníamos acceso a toda esa información, pero no teníamos la capacidad de ver hacia dónde señalaba. En realidad nos sorprendió mucho la declaración pública del doctor Komatsu, en la que decía que la situación no tenía salida, y que todo Japón debía ser evacuado de inmediato.

Debió ser aterrador.

¡Para nada! Desencadenó una explosión frenética de actividad, una carrera para descubrir dónde podía reubicarse nuestra población. ¿Acaso sería en el sur, en los atolones de coral del Pacífico Central, o quizá en el norte, colonizando los Kuriles, Sakhalin, o en algún lugar en Siberia? El que lograra descubrir la respuesta sería un Dios entre los *otaku* del ciberespacio.

¿Y nunca se preocupó por su propia seguridad?

Claro que no. Japón estaba condenado, pero yo no vivía en Japón. Yo vivía en un mundo de información libre. Los *siafu*,46 así era como llamábamos a los infectados, no eran algo que debía ser temido, sino algo digno de estudio. Usted no tiene idea del tipo de desconexión con la realidad que yo sufría. Mi cultura, mi crianza, y luego mi estilo de vida de *otaku*, todos eso se combinaba para aislarme completamente. Japón podía ser evacuado, Japón podía ser destruido, y yo lo estaría observando todo desde la cima de mi montaña digital.

¿Y qué hacían sus padres?

¿Qué hay con ellos? Vivíamos en el mismo apartamento, pero nunca hablaba con ellos en realidad. Seguramente pensaban que estaba estudiando. Incluso después de que cerraron la escuela, les dije que debía estudiar para los exámenes. Nunca lo cuestionaron. Mi padre y yo nunca hablábamos. En las mañanas, mi madre dejaba una bandeja con el desayuno frente a mi puerta, y en la noche me llevaba la cena. El primer día en que no me llevó nada, no pensé nada raro. Me desperté esa mañana, como siempre; me masturbé, como siempre; me conecté

en línea, como siempre. Ya era mediodía cuando comencé a sentir hambre. Detestaba esas sensaciones, hambre, cansancio, o la peor, deseo sexual. Eran distracciones físicas. Me molestaban. Muy a mi pesar, me alejé de la computadora y abrí la puerta de mi cuarto. No había comida. Llamé a mi madre. No hubo respuesta. Fui hasta la cocina, preparé un paquete de ramen, y volví a mi escritorio. Hice lo mismo esa noche, y una vez más a la mañana siguiente.

¿Nunca se preguntó en dónde podían estar sus padres?

La única preocupación que tenía eran los preciosos momentos que estaba perdiendo por tener que preparar mi propia comida. En mi mundo estaban sucediendo cosas muy emocionantes.

¿Y qué pasaba con los demás otaku? ¿Ellos no discutían sus temores?

Compartíamos hechos, no sentimientos, y eso no cambio ni siquiera cuando comenzaron a desaparecer. De pronto alguien ya no respondía mis e-mails, o dejaba de subir mensajes. Notaba que algunos llevaban más de un día sin conectarse, o sus servidores estaban caídos.

¿Y eso no lo preocupó?

Me molestó. No sólo estaba perdiendo una fuente de información, sino que también estaba perdiendo posibles admiradores. Pegar un nuevo dato sobre las zonas de evacuación para Japón, y obtener cincuenta respuestas en lugar de sesenta era muy molesto, y luego esas cincuenta se convirtieron en cuarenta y cinco, y en treinta…

¿Cuánto tiempo continuó así?

Unos tres días. El último mensaje, de otro *otaku* en Sendai, decía que los muertos salían por montones del Hospital Universitario Tohoku, ubicado en el mismo *cho* que su casa.

¿Y eso tampoco lo preocupó?

¿Por qué? Yo estaba ocupado tratando de enterarme de todo lo posible sobre el proceso de evacuación. ¿Cómo iban a implementarlo y qué organizaciones gubernamentales estaban involucradas? ¿Los campos de refugiados serían en Kamchatka o en Sakhalin, o en ambos lugares? ¿Y qué era toda esa información sobre una oleada de suicidios a lo largo y ancho del país?[47] Tanta información, tantos datos por recoger. Me

maldije por tener que irme a dormir esa noche.

Cuando me desperté, la pantalla estaba en blanco. Traté de ingresar de nuevo. Nada. Traté reiniciando. Nada. Noté que la computadora estaba trabajando con batería auxiliar. No había problema. Tenía suficiente energía de reserva para diez horas de trabajo. También noté que la intensidad de mi señal era cero. No podía creerlo. Kokura, al igual que todo Japón, tenía la mejor infraestructura inalámbrica del mundo, y se suponía que era a prueba de fallos. Un servidor podía caerse, quizá hasta un puñado de ellos, ¿pero toda la red? Deduje que debía tratarse de mi computadora. Tenía que serlo. Saqué mi portátil e intenté conectarme. Sin señal. Lo insulté y me levanté para decirles a mis padres que tenía que usar su computadora por un rato. No estaban en casa. Frustrado, levanté el teléfono para llamar a celular de mi madre. Era inalámbrico, y la base requería energía eléctrica. Intenté con mi celular. Tampoco tenía señal.

¿Sabe que sucedió con ellos?

No, y hasta este día, no tengo idea. Sé que no me abandonaron, estoy seguro. Quizá a mi padre lo agarraron en el trabajo, y también a mi madre, mientras hacía las compras. Quizá murieron juntos, mientras iban o venían de la oficina de reubicación. Pudo haberles pasado cualquier cosa. No me dejaron ni una nota, nada. He tratado de investigarlo desde ese entonces.

Fui hasta el cuarto de mis padres, sólo para confirmar que no estaban allí. Intenté nuevamente con el teléfono. Todavía no me sentía mal. Todavía sentía que podía controlar la situación. Traté de conectarme de nuevo. ¿No es gracioso? En lo único que pensaba era en escapar de nuevo, regresar a mi mundo, en donde estaba a salvo. Pero no funcionó. Comencé a sentir pánico. "Ya," comencé a gritar, tratando de hacer funcionar la computadora con mi fuerza de voluntad. "Ya, ya, ¡YA! ¡YA! ¡YA!" Le dí unos golpes al monitor. Mis nudillos se reventaron, y la imagen de mi propia sangre me aterrorizó. No había practicado ningún deporte cuando era niño, nunca me había lastimado, era demasiado para mí. Levanté el monitor y lo arrojé contra la pared. Estaba llorando como un bebé, gritando, hiperventilando. Comencé a temblar y vomité en el piso. Me levanté y me acerqué dando tumbos hasta la puerta. No sé que estaba buscando, sólo sabía que tenía que salir de allí. Abrí la puerta y me quedé mirando hacia la oscuridad.

¿No intentó llamar a la puerta del vecino?

No. ¿No le parece curioso? Incluso en lo peor de mi crisis, mi ansiedad social era tan grande que cualquier contacto personal seguía siendo tabú. Di unos cuantos pasos, me resbalé, y caí sobre algo suave. Estaba frío y resbaloso, se pegó en mis manos y en mi ropa. Apestaba. Todo el pasillo apestaba. De pronto fui consciente de un leve y persistente sonido, como un carraspeo, como si algo estuviese arrastrándose lentamente por el suelo.

Traté de llamarlo, "¿hola?" Escuché un suave y gutural gemido. Mis ojos apenas estaban comenzando a acostumbrarse a la oscuridad. Comencé a reconocer una figura, grande, humana, arrastrándose sobre el abdomen. Me quedé paralizado, quería salir corriendo, pero al mismo tiempo quería… estar seguro. La puerta abierta de mi casa dibujaba un rectángulo de luz tenue y grisácea contra la pared del pasillo. Cuando esa cosa llegó hasta la luz, al fin pude ver su rostro, completamente intacto, perfectamente humano, excepto por su ojo derecho, que se balanceaba colgando del nervio. El ojo izquierdo estaba fijo en mí, y su gemido se convirtió en un áspero grito. Me levanté, entré corriendo a mi apartamento, y cerré la puerta a mis espaldas.

Mi mente estaba clara, quizá por primera vez en muchos años, y de repente me di cuenta de que podía escuchar unos gritos lejanos, y que el aire olía a humo. Me acerqué a la ventana y abrí las cortinas.

Kokura se había convertido en un infierno. Los incendios, los autos chocados… y los siafu en todas partes. Los ví entrando por las puertas, invadiendo apartamentos, devorando a gente que se escondía en esquinas y balcones. Ví a mucha gente saltando al vacío, hacia la muerte, o rompiéndose las piernas o la columna al aterrizar. Se quedaban tirados en el pavimento, sin poder moverse, gritando en agonía mientras los muertos se acercaban a ellos por todos lados. Un hombre, en el apartamento justo frente al mío, trató de enfrentarse a ellos con un palo de golf. Se dobló como si nada contra la cabeza de un zombie, mientras que otros cinco lo derribaban.

Y entonces… un golpe en la puerta. Mi puerta. Un… **[sacude su puño**] bom-bombom-bom… en la base, cerca del suelo. Podía escuchar esa cosa gimiendo allá afuera. Escuchaba también otros ruidos, en los demás apartamentos. Eran mis vecinos, la gente que siempre había tratado de evitar, cuyas caras y nombres casi ni podía recordar. Gritaban, imploraban, luchaban y lloraban. Escuché una voz, una mujer joven o un niño, en el apartamento directamente sobre el mío, repetía el nombre de alguien, pidiéndole que se detuviera. Pero la voz se perdió entre un coro de gemidos. Los golpes en mi puerta se hicieron más

fuertes. Habían llegado más siafu. Traté de contener la puerta moviendo los muebles de la sala. Un esfuerzo inútil. Nuestro apartamento estaba, según sus estándares, casi desocupado. La puerta comenzó a ceder. Podía escuchar cómo crujían las bisagras. Deduje que sólo tendría unos cuantos minutos para tratar de escapar.

¿Escapar? Pero si no podía abrir la puerta…

Por la ventana, al balcón del apartamento de abajo. Pensé que podría amarrar unas sábanas para hacer una cuerda… **[sonríe inocentemente]**… lo escuché de un *otaku* que era fanático de las películas norteamericanas de fugas. Sería la primera vez que utilizaría el conocimiento que había acumulado.

Afortunadamente, el tejido resistió. Me descolgué por el balcón y comencé a bajar hacia el otro apartamento. De inmediato comencé a sentir calambres en los músculos. Nunca les había prestado mucha atención, y ahora ellos me lo estaban haciendo pagar caro. Luché para controlar mis movimientos y para no pensar en el hecho de que estaba a diecinueve pisos sobre el suelo. El viento era terrible, caliente y seco por culpa de todos esos incendios. Una corriente me sacudió y me arrojó contra la pared del edificio. Reboté contra el concreto y estuve a punto de soltarme. Pude sentir las puntas de mis pies rozando el riel del balcón de abajo, y tuve que hacer un gran esfuerzo para relajarme y dejarme caer esos pocos centímetros que faltaban. Aterricé sobre mi trasero, tosiendo y jadeando por culpa del humo. Podía escuchar ruidos en mi propio apartamento, los muertos habían derribado la puerta. Miré hacia arriba y ví una cabeza, el siafu de un solo ojo estaba tratando de pasar por el espacio entre el riel y el piso del balcón. Se quedó allí colgado por un momento, la mitad en el aire, la mitad adentro, y con un último empujón se desplomó por un costado. No puedo dejar de pensar que seguía tratando de agarrarme mientras caía, una imagen de pesadilla, cayendo hacia el suelo con los brazos extendidos hacia mí, y el ojo colgante pegado contra su frente.

Podía escuchar a los otros siafu en mi balcón, y me dí la vuelta para ver si había alguno en aquel apartamento. Afortunadamente, la puerta del frente había sido asegurada como la mía. No se escuchaba ningún ruido de atacantes en el exterior. También fue un alivio ver una capa de polvo y cenizas sobre la alfombra. Era gruesa y sin huellas, lo que me indicaba que nada ni nadie había caminado por allí en un par de días. Por un momento creí estar solo, hasta que noté el olor.

Abrí la puerta del baño y fui rechazado por una nube invisible de

podredumbre. Había una mujer en la bañera. Se había cortado las venas, unas heridas largas y verticales a lo largo de las arterias, para asegurarse de que lo había hecho bien. Se llamaba Reiko. Era la única vecina que me había esforzado por conocer. Era una acompañante muy solicitada en un club para hombres de negocios extranjeros. Siempre había fantaseado sobre cómo se vería desnuda. Ahora lo sabía.

Fue curioso, lo que más me perturbó fue que no pude recordar ninguna oración para los muertos. Había olvidado todo lo que mis abuelos habían tratado de enseñarme de niño, rechazándolo como datos obsoletos. Era una vergüenza, lo poco que sabía sobre las costumbres de mi gente. Lo único que pude hacer fue quedarme allí como un idiota, y murmurar una torpe disculpa por tomar sus sábanas.

¿Sus sábanas?

Necesitaba más cuerda. Sabía que no podría quedarme allí por mucho tiempo. Además del riesgo para la salud que representa un cadáver descompuesto, no sabía cuánto tardarían los siafu de los otros pisos en sentir mi presencia y atacar la barricada. Tenía que salir del edificio, salir de la ciudad, y con algo de suerte, encontrar una manera para salir de Japón. Todavía no tenía un plan bien pensado. Sólo sabía que tenía que seguir bajando, un piso a la vez, hasta llegar a la calle. Pensé que el entrar en varios apartamentos me daría la oportunidad de reunir algunas provisiones, y aunque mi método de la cuerda de sábanas era arriesgado, no podía ser peor que todos esos siafu que seguramente estarían acechando en las escaleras y los pasillos del edificio.

¿Pero no sería más peligroso cuando llegara a la calle?

No, es más seguro. **[Se fija en mi reacción.]** No, en serio. Era una de las cosas que había aprendido en línea. Los muertos vivientes son lentos y es fácil escapar de ellos, incluso caminando. En un lugar cerrado, se corre el riesgo de quedar atrapado en un rincón estrecho, pero en un espacio abierto las opciones son infinitas. Mejor aún, en los reportes de los sobrevivientes que leí en línea, aprendí que el caos de una infección a gran escala puede ser utilizado como ventaja. Con tantos humanos aterrados y desorganizados distrayendo a los siafu, ¿qué posibilidades había de que se fijaran en mí? En tanto me fijara en donde pisaba, caminara rápidamente, y no tuviera la mala suerte de ser atropellado por algún conductor estúpido o herido por una bala perdida, tenía una enorme oportunidad de navegar con seguridad entre el caos de las calles. El problema era llegar hasta ellas.

Me tardé tres días en llegar hasta el piso de abajo. Eso se debió en parte a mi vergonzoso estado físico. Para un atleta entrenado, mis piruetas con cuerdas improvisadas habrían sido todo un reto, así que puede imaginarse lo que fueron para mí. En retrospectiva, es todo un milagro el no haber caído al vacío, o no haber sufrido una infección mortal, con todas las heridas y raspaduras que soporté. Mi cuerpo se sostuvo gracias a la adrenalina y a un montón de analgésicos. Estaba agotado, nervioso, y no había dormido en esos tres días. No pude descansar apropiadamente. Cuando oscurecía, movía todo lo que podía contra la puerta del apartamento de turno, y me sentaba en un rincón, llorando, limpiando mis heridas, y maldiciendo mi debilidad hasta que el cielo volvía a aclarar. Una noche sí logré cerrar los ojos, incluso dormí por algunos minutos, pero los golpes de los siafu contra la puerta me hicieron saltar de inmediato por la ventana. Pasé el resto de la noche tirado en el piso del apartamento de más abajo. La puerta de vidrio deslizante estaba asegurada y no tuve la fuerza ni el valor para romperla.

La segunda causa de mi demora fue mental, no física, y se debió a mi necesidad obsesivo-compulsiva de buscar cosas que me ayudaran a sobrevivir, sin importar cuánto me tardara. Mi vida en línea me había enseñado todo lo que había que saber sobre las armas adecuadas, ropa, comida y medicamentos. El problema era encontrarlos en un edificio de apartamentos donde sólo vivían asalariados de ciudad.

[Se ríe.]

Debí verme muy gracioso, bajando por esas cuerdas de sábanas con el abrigo de un traje de oficina, y la mochila rosada de “Hello Kitty” de Reiko. Me tomó mucho tiempo, pero para el tercer día tenía casi todo lo que necesitaba, todo menos un arma decente.

¿No había nada?

[Sonríe.] Esto no es Norteamérica, en donde había más armas de fuego que personas. Es verdad —un *otaku* de Kobe sacó esa información directamente de los registros de su Asociación Nacional de Armas de Fuego.

Pero quizá una herramienta, un martillo, una barra de acero…

¿Y qué asalariado promedio le hace mantenimiento a su propia casa? Pensé en usar un palo de golf —de esos sí había muchos— pero recordé lo que le había pasado al hombre del apartamento del frente. Encontré

un bate de béisbol hecho de aluminio, pero había sido usado tanto y estaba tan deformado, que ya no servía para nada. Busqué en todas partes, créame, pero no había nada lo suficientemente fuerte, duro o afilado como para defenderme. Pensé que una vez que llegara a la calle, quizá tendría mejor suerte —un bastón de un policía muerto, o hasta el arma de algún soldado.

Ese tipo de pensamientos fue lo que casi me cuesta la vida. Estaba a sólo cuatro pisos de altura, ya casi terminaba, y ya no me quedaba más cuerda. Cada sección que hacía me permitía alcanzar varios pisos, y en el de más abajo, conseguía más sábanas para hacer otra cuerda. Sabía que aquel sería el último tramo. Para ese momento tenía mi plan de escape bien organizado: aterrizar en el balcón del cuarto piso, entrar en el apartamento a buscar más sábanas (ya me había dado por vencido con la idea de conseguir un arma), bajar hasta la acera, robar la motocicleta más decente que viera (aunque no tenía ni idea de cómo conducir una), alejarme hacia el horizonte como uno de esos viejos *bosozoku,*48 y quizá hasta recoger una mujer o dos en el camino. **[Se ríe.]** Mi mente ya no estaba funcionando bien. Incluso si la primera parte del plan hubiese funcionado y hubiese llegado al suelo sin problemas, con mi cabeza en ese estado… bueno, lo que importa es que no lo logré.

Aterricé en el balcón del cuarto piso, iba a abrir la puerta deslizante, y me encontré mirando directamente el rostro de un siafu. Era un hombre joven, de veintitantos años, con un traje hecho pedazos. Le habían arrancado la nariz de un mordisco, y apretaba su rostro ensangrentado contra el cristal. Salté hacia atrás, me agarré de la cuerda, y traté de subir de nuevo. Mis brazos no me respondieron. No sentí dolor ni calambres —mis músculos simplemente habían llegado a su límite. El siafu comenzó a gemir y a golpear el cristal con sus puños. Desesperado, traté de columpiarme de un lado al otro, tratando de desplazarme por la pared del edificio, y quizá aterrizar en el balcón de al lado. El cristal se rompió y el siafu trató de agarrarme de las piernas. Me impulsé con las piernas contra la pared, solté la cuerda, y me lancé con todas mis fuerzas contra el otro balcón… y fallé.

La única razón por la que estoy aquí hablando con usted, es porque mi caída en diagonal me llevó hasta el balcón de más abajo. Aterricé sobre mis piernas, me tropecé, y estuve a punto de caer por el otro lado. Entré al apartamento y de inmediato comencé a buscar si había otros siafu. La sala estaba vacía, y el único mueble era una mesa baja tradicional que estaba apoyada contra la puerta. El dueño debía haberse suicidado como los demás. No olía nada raro, así que supuse que se

había lanzado por la ventana. Concluí que estaba solo, y esa pequeña sensación de alivio fue suficiente para que mis piernas dejaran de sostenerme. Me apoyé contra la pared de la sala, casi delirando por el cansancio. Había una colección de fotografías decorando la pared del otro lado. El dueño del apartamento había sido un anciano, y las fotografías daban cuenta de una vida muy activa. Había tenido una gran familia, muchos amigos, y había viajado a lo que parecían lugares exóticos e interesantes por todo el mundo. Yo ni siquiera había pensado en salir de mi propio dormitorio, mucho menos en vivir una vida como esa. Me prometí que si lograba salir vivo de aquella pesadilla, no sólo iba a dedicarme a sobrevivir, ¡iba a *vivir*!

Mi atención se dirigió al otro objeto que decoraba el cuarto, un *Kami Dana*, un altar tradicional de Shinto. Había algo en el piso bajo el altar, supuse que era una carta de suicidio. El viento seguramente la derribó cuando abrí la puerta del balcón. No me pareció correcto dejarla allí tirada, así que crucé el cuarto como pude y me agaché para recogerla. Muchos *Kami Dana* tienen un pequeño espejo en el centro. Mis ojos captaron un movimiento en el espejo, algo que salía cojeando de uno de los cuartos a mis espaldas.

La adrenalina me invadió al mismo tiempo que me daba la vuelta. El anciano todavía estaba en casa, y los vendajes sobre su rostro indicaban que no llevaba mucho tiempo reanimado. Se lanzó sobre mí; y me agaché. Mis piernas seguían débiles, y alcanzó a agarrarme por el pelo. Me retorcí, tratando de liberarme. Comenzó a tirar de mi cabeza, acercándola a su cara. Era sorprendentemente fuerte para su edad, con una musculatura igual, o incluso mayor que la mía. Pero sus huesos eran frágiles, y los escuché romperse cuando agarré el brazo que me sostenía. Le dí una patada en el pecho y salió despedido hacia atrás, su brazo roto aún sosteniendo un mechón arrancado de mi pelo. Golpeó contra la pared, y las fotografías cayeron sobre él, cubriéndolo de pedazos de vidrio. Se levantó y se lanzó nuevamente sobre mí. Retrocedí, me preparé, y lo agarré del brazo que seguía bueno. Se lo retorcí por la espalda, agarré con mi otra mano la parte de atrás de su cuello, y con un rugido que no creí posible en mí, lo empujé, corrí, y lo llevé hasta el balcón, arrojándolo sobre el riel. Aterrizó de frente contra el pavimento, su cabeza seguía gimiendo y mirándome, a pesar de que el resto de su cuerpo estaba completamente destrozado.

De pronto hubo unos golpes en la puerta, otros siafu habían escuchado nuestra lucha. Comencé a trabajar llevado sólo por el instinto. Corrí hasta el cuarto del anciano y quité las sábanas de su cama. Decidí que no necesitaba muchas, sólo tenía que bajar tres pisos, y entonces…

entonces me detuve, me quedé congelado, tan inmóvil como una fotografía. Eso precisamente era lo que había llamado mi atención, una fotografía que colgaba de la pared de su cuarto. Era en blanco y negro, granulosa, y mostraba una familia vestida con atuendo tradicional. Había una madre, un padre, un niño, y un joven en uniforme militar, supongo que se trataba del anciano. Tenía algo en la mano, algo que hizo que mi corazón se detuviera por un momento. Me incliné ante el hombre de la fotografía, y le dirigí un sincero "*arigato*," casi a punto de llorar.

¿Qué tenía en la mano?

La encontré en el fondo de un baúl, bajo una pila de papeles amarrados y los restos remendados del uniforme de la fotografía. La funda era verde, abollada, hecha de aluminio al estilo militar, y con un mango improvisado de cuero reemplazando la piel de tiburón original, pero la hoja… brillante como la plata, y era forjada, no cortada a máquina… con una leve curvatura como un *torii*, y una larga y aguda punta. Unas líneas gruesas y rectas recorrían toda la cresta, decorada con el kiku-sui, el Crisantemo Imperial, y un río auténtico, no grabado con ácido, demarcando el borde afilado. Una artesanía exquisita, y era claro que había sido hecha para combatir.

[Yo señalo hacia la espada que descansa a un lado, y Tatsumi sonríe.]

KYOTO**, J**APÓN

[El *sensei* Tomonaga Ijiro sabe exactamente quién soy, incluso antes de que entrar al salón. Al parecer, yo camino, huelo, y hasta respiro como un norteamericano. El fundador de los Tatenokai del Japón, o "Sociedad del Escudo," me saluda con una inclinación y un apretón de manos, y luego me invita a sentarme frente a él como otro de sus estudiantes. Kondo Tatsumi, segundo hombre al mando después de Tomonaga, nos sirve el té y se sienta al lado del anciano maestro. Tomonaga comienza nuestra entrevista con una disculpa por cualquier incomodidad que pueda causarme su apariencia. Los ojos sin vida del *sensei*

no han visto la luz desde que era un adolescente.]

Yo soy un "*hibakusha*." Perdí la vista a las 11:02 de la mañana, el 9 de Agosto de 1945, según su calendario. Estaba en la cima del monte Kompira, a cargo de la estación de alerta aérea junto con otros muchachos de mi clase. Ese día estaba nublado, así que escuché, pero no ví, el B-29 que pasaba sobrevolando nuestras cabezas. Era un solo *B-san,* probablemente en un vuelo de reconocimiento, y no valía la pena reportarlo. Me reí cuando mis compañeros saltaron dentro de la trinchera. Mantuve mis ojos fijos sobre el Valle de Urakami, con la esperanza de ver, al menos por un instante, el bombardero norteamericano. Lo único que ví fue un gran destello, la última cosa que vería en mi vida.

En Japón, los *hibakusha*, los "sobrevivientes de la bomba," ocupan un lugar único en la escalera social del país. Nos trataban con simpatía y con comprensión: víctimas y héroes a la vez, y símbolos de toda lucha política. Sin embargo, como seres humanos, éramos poco más que indeseables. Ninguna familia permitía que sus hijos o hijas se casaran con nosotros. Los *hibakusha* eran impuros, manchas de sangre en las cristalinas aguas del *onsen*49 genético del Japón. Yo sentía esa vergüenza en un nivel mucho más personal. Yo no sólo era un *hibakusha*, sino que mi ceguera me convertía también en un estorbo.

A través de las ventanas del hospital, podía escuchar los sonidos de nuestra nación luchando por reconstruirse. ¿Y cuál era mi contribución a ese esfuerzo? ¡Nada!

Muchas veces traté de conseguir cualquier clase de empleo, un trabajo, sin importar qué tan pequeño o denigrante fuera. Pero nadie me recibía. Seguía siendo un *hibakusha*, y conocí montones de palabras corteses e hipócritas de rechazo. Mi hermano me pidió que me quedara con él, insistiendo en que él y su esposa me cuidarían y me encontrarían alguna labor "útil" en la casa. Para mí eso era peor que el hospital. Lo acababan de licenciar en el ejército, y él y su esposa estaban tratando de concebir otro bebé. Me resultaba impensable imponerles una carga como esa. Por supuesto, también pensé en acabar con mi propia vida. De hecho lo intenté en varias ocasiones. Pero algo me lo impedía, deteniendo mi mano cada vez que tomaba un puñado de píldoras o un vidrio roto. Concluí que debía ser debilidad, ¿qué otra cosa podía ser? Un *hibakusha*, un parásito, y además un cobarde sin honor. Mi vergüenza no conocía fin en esos días. Tal y como el Emperador lo dijo en su carta de

rendición, en verdad estaba "soportando lo insoportable."

Abandoné el hospital sin decírselo a mi hermano. No sabía hacia dónde ir, sólo sabía que tenía que alejarme lo más posible de mi vida, de mis recuerdos, y de mí mismo. Viajé mucho, casi todo el tiempo pidiendo limosnas… ya no tenía honor qué perder… hasta que me establecí en Sapporo, en la isla de Hokkaido. Ese territorio frío del norte siempre ha sido la prefectura menos habitada de Japón, y con la pérdida de Sakhalin y las Kuriles, se había convertido, como dicen los occidentales, en "el final del camino."

En Sapporo conocí a un jardinero ainú, Ota Hideki. Los ainú son el grupo indígena más antiguo del Japón, y en la escala social del país están mucho más abajo incluso que los coreanos.

Quizá fue por eso que se compadeció de mí, otro paria expulsado de la gran tribu de Yamato. Quizá también lo hizo porque no tenía nadie más a quién heredarle sus conocimientos. Su hijo nunca regresó de Manchuria. Ota-san trabajaba en el Akakaze, un antiguo hotel de lujo que había sido convertido en un centro de repatriación para los exiliados japoneses de China. Al principio, la administración se quejó de que no tenían fondos suficientes para pagar otro jardinero. Ota-san me pagó de su propio bolsillo. Era mi maestro y mi único amigo, y cuando murió, yo mismo pensé en seguirlo a la tumba. Pero como era un cobarde, no pude reunir las fuerzas para hacerlo. En lugar de eso continué viviendo, trabajando en silencio mientras el Akakaze dejaba de ser un centro de repatriación y volvía a ser un hotel de lujo, y Japón pasaba de ser un basurero conquistado a ser una superpotencia económica.

Yo seguía trabajando en el Akakaze cuando escuché sobre la primera infección en nuestro territorio. Estaba podando los arbustos cerca del restaurante, cuando escuché a algunos de los clientes discutiendo sobre los asesinatos de Nagumo. De acuerdo con su conversación, un hombre había asesinado a su esposa, y luego se había lanzado sobre el cadáver como un perro hambriento. Fue la primera vez que escuché hablar de la "Rabia Africana." Traté de ignorarlos y de seguir con mi trabajo, pero al día siguiente hubo más conversaciones, más voces susurrantes en el jardín y junto a la piscina. Nagumo era una noticia vieja comparado con el grave contagio en el Hospital Sumitomo de Osaka. Y al día siguiente hablaban de Nagoya, y luego Sendai, y de Kyoto. Traté de alejar sus conversaciones de mi mente. Había ido a Hokkaido para apartarme del mundo, para vivir allí mis días de vergüenza y de ignominia.

La voz que finalmente me convenció del peligro fue la del administrador

del hotel, un empleado sumamente serio que no toleraba las estupideces, y que siempre hablaba lento y de forma muy educada. Después de la epidemia en Hirosaki, organizó una reunión de personal para desmentir, de una vez por todas, todos esos rumores sobre los muertos que volvían a la vida. Yo sólo podía escuchar su voz, pero uno puede saber todo acerca de una persona por lo que pasa cuando abre su boca. El señor Sugawara estaba pronunciando sus palabras con demasiado cuidado, sobre todo las consonantes fuertes y agudas. Hacía eso para compensar por una dificultad del habla que había tenido muchos años antes, una dificultad que amenazaba con manifestarse nuevamente cada vez que sentía ansiedad. Yo había detectado antes ese mecanismo de defensa en el casi imperturbable Sugawara-san, una vez durante el terremoto del 95, y otra vez en el 98, cuando Corea del Norte había enviado un "misil de prueba" nuclear y de largo alcance sobre nuestro territorio. La cuidadosa articulación de Sugawara-san había sido casi imperceptible en aquel entonces, pero en esta ocasión podía escucharla tan claro como las sirenas de bombardeo de mi juventud.

Y así, por segunda vez en mi vida, decidí escapar. Pensé en avisarle a mi hermano, pero había pasado tanto tiempo que no tenía idea de cómo contactarlo, o si seguía con vida. Ese fue el último, y quizá el más grande de todos mis actos deshonrosos, el peso más grande que voy a llevarme a la tumba.

¿Por qué escapó? ¿Acaso tenía miedo de morir?

¡Claro que no! ¡Incluso lo deseaba! Morir, la idea de librarme de una vida miserable era demasiado buena como para ser cierta… Lo que temía era que, una vez más, podía convertirme en una carga para la gente a mi alrededor. Podía retrasar a alguien que tratara de ayudarme, ocuparía el lugar de alguien más digno en los vehículos de evacuación, pondría en peligro las vidas de aquellos que trataran de salvar a un viejo ciego que no merecía ser salvado… ¿Y qué tal si esos rumores sobre los muertos volviendo a la vida eran ciertos? ¿Qué tal si resultaba infectado y volvía de entre los muertos a amenazar la vida de mis compatriotas? No, ese no iba a ser el destino de este miserable *hibakusha*. Si iba a morir, sería de la misma manera en que había vivido todo el tiempo. Olvidado, aislado y solo.

Me fui esa noche y comencé a caminar hacia el sur por la Autopista Central de Hokkaido. Lo único que llevaba conmigo era una botella de agua, algo de ropa limpia, y mi *ikupasuy*,50 una pala de jardinería larga y plana, similar a una vara de media-luna shaolín, y que por muchos

años me había servido también como bastón. Todavía había mucho tráfico terrestre por esos días —el petróleo de Indonesia y del Golfo seguía llegándonos— y muchos conductores de camión y motociclistas fueron muy amables al darme un "aventón." Con cada uno de ellos, la conversación se centraba en la crisis: "¿Ya supo que las Fuerzas de Defensa fueron movilizadas?"; "El gobierno va a tener que declarar un estado de emergencia"; "¿Se enteró de que anoche hubo un ataque aquí mismo, en Sapporo?" Nadie estaba seguro de qué pasaría al día siguiente, qué tanto iba a extenderse el desastre, ni quién sería la próxima víctima, y sin embargo, sin importar con quién hablara o qué tan asustados estuvieran, todas las conversaciones terminaban inevitablemente con un "…pero estoy seguro de que las autoridades nos dirán qué hacer." Un camionero incluso me dijo, "en cualquier momento, ya verá, es sólo cuestión de esperar y no hacer un alboroto." Esa fue la última voz humana que escuché, el día en que abandoné la civilización y me interné en las Montañas Hiddaka.

Conocía muy bien ese parque nacional. Ota-san me había llevado allí todos los años a recoger *sansai*, un tipo de verdura salvaje que atraía a los botánicos, caminantes, y cocineros de todas las demás islas. Al igual que un hombre que se levanta en medio de la noche recuerda cómo están dispuestas todas las cosas en su dormitorio, yo conocía cada río, cada roca, cada árbol y cada parche de musgo de aquella zona. Recordaba también la localización de cada *onsen* que brotaba sobre la superficie, y por lo tanto nunca me faltaba un baño mineral fresco y revitalizante. Todos los día me repetía "Es un lugar perfecto para morir, pronto tendré un accidente, algún tipo de caída, o me enfermaré, me contagiaré de algo o comeré una raíz venenosa, o quizá me decida por fin a tomar el camino más honorable y dejaré de comer." Sin embargo, todos los días me bañaba y conseguía comida, me abrigaba bien y cuidaba cada paso. A pesar de que deseaba la muerte, tomaba todas las medidas necesarias para evitarla.

No tenía forma de saber lo que estaba pasando en el resto del país. Podía escuchar algunos sonidos distantes, helicópteros, cazas, el chillido firme y lejano de los aviones comerciales. Pensé que podía haberme equivocado, quizá la crisis ya había pasado. A pesar de todo, quizá las "autoridades" habían salido victoriosas, y el peligro ya había sido olvidado por todo el mundo. Quizá mi apresurada huída sólo había abierto una vacante para el empleo de jardinero en el Akakaze, y a lo mejor, una mañana, me despertarían los gritos de unos guardabosques, o las risas y los susurros de unos estudiantes en excursión. En efecto, algo sí me despertó una mañana, pero no era un grupo de estudiantes indisciplinados, y no, tampoco era uno de *ellos*.

Era un oso, uno de los muchos osos *higuma*, grandes y pardos, que viven en los bosques de Hokkaido. Los *higuma* habían llegado originalmente desde la Península de Kamchatka, y tenían la misma ferocidad y fuerza de sus primos siberianos. Aquel era enorme, pude saberlo por el tono y la resonancia de su respiración. Calculé que estaba a no más de cuatro o cinco metros de mí. Me levanté lentamente y sin temor. A mi lado descansaba mi *ikupasuy*. Era lo más aproximado que tenía a un arma, y supongo que si la hubiese usado, habría podido oponer una extraordinaria defensa.

Pero no la usó.

No quería hacerlo. Aquel animal no era un depredador hambriento encontrado por azar. Era mi destino, o eso creí. Aquel encuentro sólo podía ser la voluntad de los *Kami*.

¿Quiénes son los Kami?

Qué son los Kami. Los Kami son los espíritus que habitan cada faceta de nuestra existencia. Les rezamos, los honramos, y esperamos complacerlos y ganarnos su favor. Son los mismos espíritus que hacen que las corporaciones japonesas bendigan el terreno en el que construirán una fábrica, y la razón por la que los japoneses de mi generación respetábamos al Emperador como a un Dios. Los Kami son la base del Shinto, que literalmente significa "El Camino de los Dioses," y el respeto por la naturaleza es uno de sus principios más antiguos y sagrados.

Por eso estaba seguro de que se trataba de su voluntad. Al irme a vivir en el bosque, había contaminado de alguna manera la naturaleza. Después de deshonrarme a mí mismo, a mi familia, y a mi país, había dado el último paso y había deshonrado a los Dioses. Ellos habían enviado a un asesino para hacer lo que yo no había sido capaz, para borrar la mancha que yo había dejado. Agradecí a los Dioses por su misericordia. Lloré un poco mientras me preparaba para recibir el golpe final.

Pero no llegó. El oso se quedó allí, resoplando, y luego emitió un suspiro agudo, casi como el de un niño. "¿Qué pasa contigo?" le grité a aquel carnívoro de trescientos kilos. "¡Ven y acaba conmigo!" El oso siguió quejándose como un perro asustado y luego se alejó corriendo, como una presa que huye aterrorizada. En ese momento escuché el gemido. Giré, y traté de concentrarme en mis oídos. Por la posición de

la boca, supe que era más alto que yo. Escuché un pié arrastrándose por la tierra suave y húmeda, y el aire que burbujeaba a través de una herida abierta en su pecho.

Lo escuchaba acercándose, gimiendo y manoteando. Logré esquivar su torpe intento de agarrarme y tomé mi *ikupasuy*. Concentré mi ataque en el origen de los gemidos. Fue un golpe rápido, y el crujido resonó a lo largo de mis brazos. La criatura cayó sobre la tierra mientras yo daba un triunfante grito de "¡Diez Mil Años!"

Resulta difícil describir lo que sentí en ese momento. La furia había estallado en mi corazón, una fuerza y un valor que habían expulsado mi vergüenza como el sol expulsa a la noche de los cielos. De inmediato supe que los Dioses me habían favorecido. El oso no había sido enviado para matarme, había sido enviado como advertencia. No entendí la razón en ese momento, pero sabía que tendría que sobrevivir hasta el día en que esa razón me fuese revelada.

Y eso fue lo que hice durante los meses siguientes: sobreviví. Dividí mentalmente la reserva de Hiddaka en una serie de varios cientos de *chi-tai*.51 Cada *chi-tai* contenía algún objeto que representaba una protección física —un árbol, o una roca alta y plana— lugares en los que podía dormir sin estar expuesto al peligro de un ataque repentino. Siempre dormía durante el día, y sólo viajaba, buscaba comida, y cazaba de noche. No sabía si las bestias dependían de la visión tanto como los humanos, y no quería darles ni la más mínima ventaja.52

La pérdida de mi visión me había preparado para estar siempre alerta mientras caminaba. Las personas que pueden ver tienden a ser descuidadas, y a dar por sentada su seguridad al moverse; ¿Si no es así, entonces cómo pueden tropezarse con algo que está a plena vista? El problema no está en los ojos sino en la mente, en un proceso de pensamiento perezoso, alimentado por toda una vida de dependencia de los ojos. Pero eso no pasa con la gente como yo. Yo tenía que estar en guardia todo el tiempo, cuidándome de cualquier peligro potencial, concentrado, alerta, y "midiendo cada uno de mis pasos," por así decirlo. Añadir un peligro más a todo eso no era ningún problema. Cada vez que caminaba, lo hacía sólo por unos cuantos cientos de pasos a la vez. Luego me detenía, escuchaba, olía el aire, y a veces hasta presionaba mi oreja contra el suelo. Ese método nunca me falló. Nunca me sorprendieron, nunca me encontraron con la guardia baja.

¿Alguna vez tuvo problemas para detectarlos en la distancia, por no poder ver a los que estaban a varios kilómetros?

Mis actividades nocturnas habrían sido un problema incluso para alguien con una visión normal, y cualquier bestia a varios kilómetros de distancia no representaba más peligro para mí que el que yo representaba para ella. No tenía que ponerme en guardia sino hasta que entraban en lo que yo llamo el "círculo de seguridad sensorial," que es la distancia que podía percibir con mis oídos, mi nariz, mis manos y mis pies. En un buen día, cuando las condiciones eran propicias y Haya-ji53 estaba de buen humor, ese círculo se extendía casi medio kilómetro a mi alrededor. En los días malos, esa distancia podía acortarse a no más de quince o treinta pasos. Pero esos incidentes eran escasos, y ocurrían sólo cuando hacía enfurecer a los Kami, auque no alcanzo a imaginarme la razón. Las bestias también me ayudaban a su manera, y siempre tenían la decencia de avisarme antes de atacar.

Ese aullido que lanzan en el momento en que detectan una presa no sólo me advertía de la presencia de una de esas criaturas, sino que también me indicaba su dirección, distancia, y momento exacto del ataque. Escuchaba su gemido resonando por las colinas y los campos, y sabía que, quizá en media hora, uno de los muertos vivientes estaría pasando a visitarme. En ocasiones como esa me detenía y me preparaba pacientemente para el ataque. Dejaba mi mochila a un lado, estiraba las piernas y los brazos, y algunas veces buscaba un lugar tranquilo para meditar. Siempre sabía cuándo estaban lo suficientemente cerca para atacar, y siempre me despedía de ellos con una inclinación y les agradecía por tener la cortesía de avisarme primero. Casi sentía lástima por esa pobre escoria inmunda, cruzando a pié todo aquel lugar, lenta y metódicamente, sólo para terminar su viaje con una cabeza partida o un cuello cercenado.

¿Siempre acababa con sus enemigos de un solo golpe?

Siempre.

[Imita una estocada con una *ikupasuy* imaginaria.]

Golpear de frente, nunca en arco. Al principio apuntaba hacia la base del cuello. Luego, cuando mis habilidades mejoraron con el tiempo y la experiencia, aprendí a golpear aquí…

[Extiende su mano horizontalmente, apoyándola en la depresión entre la frente y la nariz.]

Era un poco más difícil que la simple decapitación, con todo ese hueso

duro en el medio, pero servía para destrozar el cerebro de una sola vez, a diferencia de lo que ocurría con la decapitación, porque la cabeza seguía viva y requería de un segundo golpe.

¿Y qué pasaba cuando había más de un atacante? ¿Era más problemático?

Sí, al comienzo. Cuando sus números aumentaron, me encontré rodeado en más de una ocasión. Esas primeras batallas eran… “sucias.” Debo admitirlo, permitía que mis emociones tomaran el control de mis manos. Era como un remolino, no como un relámpago. Durante un combate en Tokachi-dake, destruí a cuarenta y uno de ellos en ese mismo número de minutos. Estuve limpiando fluidos corporales de mi ropa toda la noche. Después, cuando comencé a desarrollar más creatividad con mis tácticas, permitía que los Dioses me asistieran en el combate. Llevaba a las bestias hasta la base de una roca alta, y aplastaba sus cabezas desde arriba. Otras veces buscaba una roca estrecha que les permitiera subir a buscarme, no todos a la vez, como comprenderá, sino de uno en uno, y así podía empujarlos y destrozarlos contra el terreno rocoso de más abajo. Siempre agradecía al espíritu de la roca, el desfiladero, y la cascada que los recibía después de cientos de metros de caída. Claro que traté de que ese último incidente en la cascada no se convirtiera en costumbre. La escalada para bajar a recuperar el cuerpo fué muy difícil.

¿Usted bajó a buscar en cadáver?

Para enterrarlo. No podía dejarlo allí contaminando el río. No habría sido… “adecuado.”

¿Entonces siempre enterraba los cuerpos?

Hasta el último de ellos. En una ocasión, después de Tokachi-dake, tuve que cavar por tres días. Las cabezas siempre las cortaba; la mayoría de las veces las quemaba, pero en Tokachi-dake, las arrojé dentro de un cráter volcánico para que la furia de Oyamatsumi54 limpiara su pestilencia. Nunca entendí del todo por qué lo hacía. Sólo sentía que era lo correcto, para separar los cuerpos de la fuente del mal.

La respuesta llegó a mí durante la víspera de mi segundo invierno en el exilio. Era la última noche que dormiría en las ramas de un frondoso árbol. Cuando comenzara a caer la nieve, tendría que regresar a la caverna en la que había pasado el invierno anterior. Me había acabado de acostar y esperaba a que el calor del amanecer me arrullara hasta

dormirme. Entonces escuché el sonido de unos pasos, demasiado rápidos y fuertes como para ser los de una bestia. Haya-ji quiso mostrarse favorable conmigo. Me llevó el olor de lo que sólo podía ser otro ser humano. Había aprendido que los muertos vivientes carecían casi por completo de olor. Sí claro, tenían un leve olor a carne descompuesta, quizá un poco más fuerte si el cuerpo se había reanimado hacía mucho tiempo, o si la carne masticada había pasado a través de su abdomen y se había acumulado en un montón podrido entre sus pantalones. Pero aparte de eso, los muertos vivientes poseen lo que yo llamo "una peste inodora." No producen sudor, orina, ni heces en un sentido convencional. Ni siquiera tienen las bacterias en el estómago y la boca que producen el mal aliento en los humanos. Pero nada de eso se aplicaba a la criatura de dos patas que corría hacia mi refugio. Su boca, su cuerpo, su ropa… era evidente que ninguna de ellas había sido lavada en mucho tiempo.

Todavía estaba oscuro, así que no me vio. Sabía que su recorrido lo llevaría justo bajo las ramas de mi árbol. Me agaché en silencio. No sabía si se trataba de alguien hostil, un demente, o alguien recién contagiado. No iba a correr riesgos.

[En ese momento, Kondo nos interrumpe.]

KONDO: Cayó sobre mí sin darme tiempo de reaccionar. Mi espada salio volando, y mis pies cedieron bajo mi propio peso.

TOMONAGA: Lo golpeé directamente entre los omoplatos, no tan fuerte como para causar daño permanente, pero lo suficiente como para sacar todo el aire de su cuerpo débil y desnutrido.

KONDO: Me inmovilizó boca abajo, con el rostro contra el suelo, y el filo de la pala esa apoyado firmemente contra la parte de atrás de mi cuello.

TOMONAGA: Le dije que se quedara quieto, que lo mataría si se movía.

KONDO: Traté de hablar, balbuciendo a pesar de la tos, diciéndole que era inofensivo, que no sabía que él estaba allí, y que sólo quería seguir huyendo por mi cuenta.

TOMONAGA: Yo le pregunté hacia dónde iba.

KONDO: Le dije que hacia Nemuro, el principal puerto de evacuación de Hokkaido, donde quizá habría todavía algún transporte, un barco pesquero, o… cualquier cosa que me permitiera ir a Kamchatka.

TOMONAGA: No le entendí. Le ordené que me explicara.

KONDO: Le conté todo, sobre la plaga, y la evacuación. Lloré cuando le dije que todo Japón había sido abandonado, que Japón ya no existía.

TOMONAGA: Y entonces lo supe. Supe por qué los Dioses me habían quitado la vista, por qué me habían enviado a Hokkaido a aprender a cuidar la tierra, y por qué habían enviado al oso a despertarme.

KONDO: Se comenzó a reír mientras me ayudaba a levantarme y a limpiarme el polvo de la ropa.

TOMONAGA: Le dije que Japón no había sido abandonado, que todavía quedaban las personas que los Dioses habían elegido como sus jardineros.

KONDO: Al principio no entendí…

TOMONAGA: Así que le expliqué que, como con cualquier jardín, no podíamos permitir que Japón se marchitara y muriera. Íbamos a cuidarlo, abonarlo, y a aniquilar la plaga andante que lo invadía. Restauraríamos toda su belleza y pureza, para el día en que sus hijos regresaran.

KONDO: Pensé que era un viejo loco, y se lo dije de frente. ¿Sólo nosotros dos contra millones de siafu?

TOMONAGA: Le devolví su espada; su peso y balance se sintieron casi familiares. Le dije que quizá íbamos a enfrentar a cincuenta millones de demonios, pero que esos demonios estarían luchando contra los Dioses.

CIENFUEGOS**, C**UBA

[Sergio García Álvarez me sugiere que nos reunamos en su oficina. “La vista es grandiosa,” según me dice. “No se decepcionará.” Ubicada en el piso sesenta y nueve del edificio de la Caja de Ahorros de Malpica, el segundo edificio más alto de

Cuba después de la Torre José Martí de La Habana, la oficina del señor Álvarez tiene una espectacular vista hacia la brillante metrópolis y el concurrido puerto más abajo. Es la "hora mágica" para los edificios de energía independiente como el Malpica, la hora del día en que sus ventanas fotovoltáicas capturan la luz del sol poniente, y se tiñen de un casi imperceptible tono magenta. El señor Álvarez tiene razón. La vista no me decepciona.]

Cuba ganó la Guerra Zombie; quizá no es una declaración muy humilde, teniendo en cuenta lo que pasó en los demás países, pero tan sólo mire cómo estábamos hace veinte años y cómo estamos hoy.

Antes de la guerra, vivíamos en un estado casi total de aislamiento, peor que durante el auge de la Guerra Fría. Al menos en los tiempos de mi padre se podía contar con un considerable bienestar económico gracias a la Unión Soviética y a sus títeres dentro de la Comunidad Económica Internacional. Pero desde la caída del bloque comunista, nuestra existencia había sido una vida de privaciones permanentes. Racionamiento de comida, de combustible… lo más parecido que se me ocurre fue lo que pasó con Gran Bretaña durante el Blitz, y al igual que esa isla, nosotros también vivíamos todo el tiempo a la sombra de nuestros enemigos.

El bloqueo de los Estados Unidos, aunque ya no era tan estricto como en la guerra fría, seguía impidiendo el flujo de nuestra sangre vital al castigar a cualquier país que intentara comerciar abierta y libremente con nosotros. Aunque la estrategia norteamericana era exitosa, su mayor logro fue el permitir que Fidel siguiera en el poder, usando al opresor del norte como excusa. "Vean lo difícil que es la vida," nos decía. "El bloqueo es el culpable, los yanquis son los culpables, y de no ser por mí, ¡ya estarían invadiendo nuestras playas!" Era un genio, habría sido el hijo favorito de Maquiavelo. Él sabía que no lo derrocaríamos mientras el enemigo estuviera a nuestras puertas, y por eso soportamos las dificultades y la opresión, las largas filas y las murmuraciones. Así era la Cuba en la que crecí, La única Cuba que podía imaginarme. Claro, hasta que los muertos comenzaron a caminar.

Los casos fueron pocos y se controlaron de inmediato, casi todos eran refugiados chinos y uno que otro hombre de negocios europeo. La entrada de viajeros de los Estados Unidos aún estaba prohibida, y eso nos evitó el impacto de una migración en masa durante los primeros días. La naturaleza represiva de nuestra sociedad permitió que el

gobierno tomara las medidas necesarias para que la infección no se extendiera. Se suspendió todo el transporte local, y se movilizaron tanto el ejército como las milicias regionales. Como Cuba tiene una tasa tan alta de médicos por cabeza, nuestro líder conocía la verdadera naturaleza de la infección apenas unas semanas después del primer caso.

Para cuando llegó el Gran Pánico y el mundo comenzó a abrir los ojos a la pesadilla que tocaba a sus puertas, Cuba ya estaba lista para la guerra.

El sólo hecho de nuestra localización geográfica nos evitó tener que lidiar con grandes hordas terrestres. Nuestra invasión venía por mar, y se debía específicamente a un montón de refugiados en barcos. No solamente traían en contagio, al igual que sucedió en todo el mundo, sino que algunos estaban firmemente convencidos de que llegarían a gobernar un nuevo mundo, como conquistadores modernos.

Mire lo que pasó en Islandia, un paraíso de la preguerra, tan seguro y tranquilo que nunca vieron la necesidad de tener un ejército propio. ¿Qué hicieron después de que el ejército norteamericano se retiró? ¿Cómo iban a detener el caudal de refugiados que llegó desde Europa y Rusia occidental? No me extraña que ese paraíso ártico se haya convertido en un caldero de sangre congelada e infectada, y que, hasta este día, siga siendo la Zona Blanca más grande del planeta. Eso podría habernos pasado a nosotros, por supuesto, de no ser por el ejemplo que nos dieron nuestros hermanos en las pequeñas islas que nos rodean.

Esos hombres y mujeres, desde Anguila hasta Trinidad, pueden sentirse orgullosos de haber sido los más grandes héroes de nuestra guerra. Primero erradicaron montones de brotes a lo largo del archipiélago, y luego, sin apenas tener tiempo de recuperarse, combatieron no sólo los zombies que llegaban por mar, sino también las hordas de invasores humanos. Derramaron su sangre para que nosotros no tuviéramos que hacerlo con la nuestra. Obligaron a todos esos prospectos de latifundista a reconsiderar sus planes, y a darse cuenta de que, si unos civiles con armas cortas y machetes podían defender su tierra de esa manera, ¿qué podían esperar de una isla que tenía de todo, desde tanques de guerra hasta misiles marítimos guiados por radar?

Por supuesto, los habitantes de las Antillas Menores no luchaban por los intereses del pueblo cubano, pero su sacrificio nos permitió el lujo de imponer nuestras propias reglas a los inmigrantes. Cualquiera que viniera buscando refugio sería recibido con esa frase tan común entre

los padres norteamericanos, “mientras vivas bajo mi techo, obedecerás mis reglas.”

No todos los refugiados eran yanquis; teníamos un montón de gente de toda Latinoamérica, de Europa Occidental, sobre todo de España — muchos españoles y canadienses venían todo el tiempo a Cuba, de vacaciones o por negocios. Había conocido a muchos antes de la guerra, buena gente, muy educados, no como esos alemanes orientales que conocí en mi juventud, que acostumbraban arrojar un montón de dulces al suelo y se reían mientras los niños peleaban por ellos como ratas.

De todas formas, la mayoría de la gente que venía en barco era de los Estados Unidos. Cada día llegaban más, en grandes buques o en botes privados, e incluso en balsas improvisadas que nos hacían sonreír ante la ironía. Eran tantos, cinco millones en total, casi la mitad de nuestra población nativa, y junto con la gente de las otras nacionalidades, fueron puestos bajo la jurisdicción del “Programa de Cuarentena y Reubicación” del gobierno.

Yo no me atrevería a llamar prisiones a los Campos de Reubicación. No eran nada comparados con lo que tenían que vivir nuestros disidentes políticos; todos esos escritores y maestros… Yo tuve un “amigo” que fue encerrado por homosexual. Sus historias de la prisión no se comparan en lo más mínimo, ni siquiera con el peor de los Centros de Reubicación.

Pero tampoco eran un paraíso. Toda esa gente, sin importar su clase social ni profesión antes de la guerra, fueron puestos a trabajar inicialmente como auxiliares en el campo, doce a catorce horas por día, cultivando vegetales en lo que antes eran las plantaciones azucareras del gobierno. Al menos el clima estaba a su favor. La temperatura estaba bajando, los cielos se oscurecían. La Madre Naturaleza fue amable con ellos. Sin embargo, los guardias no lo eran. “Agradezcan que están vivos,” les gritaban después de cada golpe o patada. “¡Sigan quejándose y los echaremos a los zombies!”

En cada centro se corría el rumor de que había un “pozo de zombies” en el que arrojaban a los alborotadores. El Director General de Inteligencia había infiltrado prisioneros entre la población general para que difundieran esas historias, diciendo que habían visto cómo bajaban lentamente a alguien, cabeza abajo, en un hueco lleno de muertos. Era para mantener a la gente en orden, si me entiende, nada de eso era cierto… claro que… hubo algunos rumores sobre los “blancos de Miami.” La mayoría de los cubanos que vivían en Norteamérica fueron recibidos con los brazos abiertos. Yo tenía algunos familiares en Daytona que

lograron huir justo a tiempo. Las lágrimas de esos reencuentros durante los primeros días podrían haber llenado de nuevo el Caribe. Pero cuando comenzaron a llegar los inmigrantes posrevolucionarios —esa élite de ricos que habían florecido en el antiguo régimen, y que pasaron toda su vida hablando mal del país que ayudaron a construir— en lo que respecta a esos malditos aristócratas… no estoy diciendo que de verdad hayan arrojado sus culos gordos y hediondos de Bacardí blanco a los zombies… pero si lo hicieron, ojalá que le estén chupando las bolas a Batista en el infierno.

[Una ligera sonrisa de satisfacción se dibuja en sus labios.]

Por supuesto, nosotros nunca habríamos alentado ese tipo de castigo con la gente. Los rumores y las amenazas eran una cosa, pero de ahí al hecho… si uno abusa mucho de la gente, no importa quiénes sean, se corre el riesgo de provocar una revuelta. ¿Cinco millones de yanquis, todos levantándose en una revolución? Era impensable. Ya teníamos a todas nuestras tropas ocupadas en los centros, y quizá eso fue lo que facilitó la lenta invasión yanqui de Cuba.

No teníamos suficiente gente para vigilar a cinco millones de detenidos y cuatro mil kilómetros de costa al mismo tiempo. No podíamos pelear una guerra en dos frentes. Por eso se tomó la decisión de empezar a disolver los centros y permitir que el diez por ciento de la población yanqui trabajara por fuera de ellos, en un programa especializado de fianzas. Esos detenidos harían los trabajos que los cubanos ya no querían hacer —cultivar, lavar platos, barrer las calles— y aunque su pago era casi nada, sus horas laboradas se convertían en puntos que les permitían pagar la libertad de otros detenidos.

Era una idea muy ingeniosa —se le ocurrió a un cubano llegado de Florida— y los centros fueron vaciados en tan sólo seis meses. Al principio, el gobierno trató de seguirles la pista a todos ellos, pero resultó imposible. En menos de un año se habían integrado por completo entre la población, y los "nortecubanos" pasaron a formar parte de todos los aspectos de nuestra sociedad.

Oficialmente, los centros habían sido creados para contener el avance de la "infección," pero en realidad no se trataba de la plaga que transmitían los muertos.

Al principio no se notaba, no mientras estuvimos sitiados. El asunto se hablaba tras puertas cerradas, en susurros. En los años que siguieron, lo que ocurrió no fue tanto una revolución, sino más bien una evolución;

una reforma económica aquí, un periódico privado y legal por allá. La gente comenzó a ser más atrevida al pensar, al hablar. Lentamente y en silencio, las semillas comenzaron a retoñar. Seguro que a Fidel le habría encantado aplastar con su puño de hierro nuestras nacientes libertades. Seguramente lo habría hecho, si la situación mundial no se hubiese puesto a nuestro favor. Cuando los gobiernos de todo el mundo decidieron tomar la ofensiva, todo cambió para siempre.

De repente nos habíamos convertido en el "Arsenal de la Victoria." Nos volvimos la despensa, el centro de manufactura, el campo de entrenamiento, y el puesto de avanzada del mundo. Éramos el punto de enlace aéreo hacia Suramérica y Norteamérica, el puerto principal de diez mil barcos.55 Teníamos dinero, una gran cantidad, lo cual creó una nueva clase media y una floreciente economía capitalista que necesitaba de las habilidades y la experiencia de los Nortecubanos.

Tenemos un lazo que no podrá romperse jamás. Nosotros los ayudamos a recuperar su nación, y ellos a recuperar la nuestra. Nos mostraron el significado de la democracia… la libertad, no sólo como un término vago y abstracto, sino en un nivel real, humano y personal. La libertad no es algo que se tiene porque sí, hay que desear algo primero, y luego luchar por la libertad de tenerlo. Esa fue la lección que aprendimos de los Nortecubanos. Todos tenían sueños tan grandiosos y estaban dispuestos a dar sus vidas por la libertad de hacer esos sueños realidad. ¿Por qué cree que El Jefe les tenía tanto miedo?

No me sorprendió que Fidel supiera que una oleada de libertad venía a sacarlo del poder. Me sorprende la manera como lo enfrentó.

[Se ríe, señalando una fotografía en la pared en la que aparece un anciano Castro dando un discurso en el Parque Central.]

¿Puede imaginarse los cojones de ese hijo de puta? No sólo para aceptar la nueva democracia del país, ¡sino para darse crédito por ello! Un genio. Él mismo presidió las primeras elecciones libres de Cuba, y su último acto oficial fue renunciar al poder. Por eso lo recordamos con una estatua, y no con una mancha de sangre contra la pared. Por supuesto que la nueva superpotencia latinoamericana está lejos de ser perfecta. Tenemos cientos de partidos políticos, y más grupos con intereses privados que arena en nuestras playas. Hay huelgas, disturbios, protestas, y parece que fueran todos los días. Uno entiende por qué El Che se retiró después de la revolución. Es más fácil dinamitar trenes que hacerlos llegar a tiempo a la estación. ¿Qué era lo que decía mister Churchill? "La democracia es la peor forma de gobierno, excepto por

todas las demás.”**[Se ríe.]**

MONUMENTO **A** **L**OS **P**ATRIOTAS**,** **C**IUDAD **P**ROHIBIDA**,** **B**EIJING**,** **C**HINA

[Sospecho que el almirante Xu Zhicai ha escogido éste lugar en particular para evitar que algún fotógrafo pudiese estar presente. Aunque nadie se ha atrevido a cuestionar su patriotismo o el de su tripulación desde que terminó la guerra, él prefiere no correr riesgos ante los ojos de los “lectores extranjeros.” Aunque al comienzo desconfiaba un poco, aceptó concederme esta entrevista con la condición de que escucharía objetivamente “su versión” de la historia, y lo sigue repitiendo, incluso después de asegurarle que no existe ninguna otra versión.]

[Nota: Se usarán términos y rangos navales occidentales en lugar de los originales chinos, en aras de una mayor claridad.]

No fuimos unos traidores —quiero dejar eso claro antes de decir cualquier otra cosa. Amábamos nuestro país, amábamos a nuestra gente, y aunque no amábamos precisamente a las personas que nos gobernaban, teníamos una lealtad incuestionable hacia nuestros líderes inmediatos.

Ni siquiera habríamos pensado en hacer lo que hicimos, si la situación no se hubiese vuelto tan desesperada. Cuando el capitán Chen nos comentó su propuesta por primera vez, ya no teníamos ninguna otra salida. Estaban en cada ciudad, en cada aldea. En los nueve millones y medio de kilómetros cuadrados de nuestro país, no se podía encontrar ni un solo centímetro en paz.

Los del ejército, malditos bastardos arrogantes, insistían en que tenían la situación bajo control, que con cada día las cosas iban mejorando, y que antes de las primeras nieves tendrían todo el país en calma. Era típico del ejército: demasiado agresivos y demasiado confiados. Lo único

que se necesita es tomar un grupo de hombres, o mujeres, darles ropas iguales, unas horas de entrenamiento, algo parecido a un arma, y se tiene un ejército, quizá no el mejor, pero un ejército al fin y al cabo.

Pero eso no sucede en al Armada Naval, en ninguna parte del mundo. Para construir y tripular cualquier barco, sin importar qué tan pequeño, se requiere de una cantidad considerable de materiales, trabajo y entrenamiento. El ejército puede reemplazar su carne de cañón en cuestión de horas; pero a nosotros nos toma años. Esa razón nos hace más pragmáticos que nuestros compatriotas de verde. Nosotros evaluamos las situaciones con un poco más de… no sé cómo decirlo, cautela, o quizá con una estrategia más conservadora. Retirarse, consolidarse, racionar los recursos. Nuestro pensamiento siempre había seguido la filosofía que ahora proponía el Plan Redeker, pero por supuesto, el ejército no quiso escuchar.

¿Rechazaron el Plan Redeker?

Sin pensarlo dos veces ni someterlo a votación. ¿Cómo iba a perder nuestro ejército? Con su enorme arsenal de armas convencionales, con su "fuente infinita" de nuevos reclutas… "fuente infinita," es imperdonable. ¿Sabe por qué tuvimos una explosión demográfica tan grande durante los años 50s? Porque Mao creía que esa era la única manera de triunfar en una guerra nuclear. Es la verdad, no sólo propaganda política. Se sabía que cuando la ceniza radioactiva se asentara por fin, sólo quedarían unos miles de sobrevivientes norteamericanos y rusos, y serían arrasados por decenas de millones de sobrevivientes chinos. Ganar en número, esa era la filosofía de la generación de mis abuelos, y fue la estrategia que nuestro ejército adoptó después de que los soldados con mayor experiencia fueron devorados en las primeras etapas del contagio. Nuestros generales, malditos criminales enfermos, se refugiaron en un búnker mientras enviaban ola tras ola de adolescentes conscriptos a combatir. ¿Acaso no vieron que cada soldado muerto era un zombie más? ¿Acaso no pensaron que, en lugar de ahogarlos con nuestra fuente inagotable, nosotros éramos los que nos estábamos ahogando, y que por primera vez en la historia, la nación más poblada de la Tierra corría el peligro fatal de ser superada en número?

Eso fue lo que animó al capitán Chen a hacer lo que hizo. Él sabía lo que pasaría si la guerra seguía su curso como iba, y cuál sería nuestra oportunidad de sobrevivir. Si él hubiese creído que había alguna esperanza, habría tomado un rifle y se habría lanzado de primero contra los muertos vivientes. Pero él estaba convencido de que pronto no

quedaría más gente en China, y quizá, con el tiempo, tampoco en ninguna otra parte. Por eso comentó sus intenciones con nosotros, los demás oficiales, y sostuvo que quizá esa era la única oportunidad de conservar alguna parte de nuestra civilización.

¿Usted estuvo de acuerdo con su propuesta?

Al principio no lo creía. ¿Escapar en nuestra nave, nuestro submarino nuclear? No se trataba sólo de deserción, de huir en medio de la guerra para salvar nuestros pellejos. Íbamos a robar uno de los recursos militares más valiosos de nuestra patria. El *Almirante Zheng He* era uno de los tres submarinos disponibles con capacidad para misiles balísticos, y era el más nuevo de los que en occidente llaman Clase 94. Era hijo de cuatro padres: expertos rusos, tecnología del mercado negro, datos de nuestro espionaje en Norteamérica, y no lo olvidemos, la culminación de casi cinco mil años de historia china. Era la máquina más costosa, más avanzada, y más poderosa que nuestra nación había construido. Tomarla así, como un bote salvavidas mientras el barco de la China naufragaba, era algo inconcebible. Sólo la increíble personalidad del capitán Chen, su profundo y fanático patriotismo, lograron convencerme de que era nuestra única alternativa.

¿Cuánto tiempo les tomó preparase?

Tres meses. Fue un infierno. Qingdao, nuestro puerto base, estuvo sitiado todo el tiempo. Cada vez llegaban más y más unidades del ejército para mantener el orden, y cada una de ellas estaba menos entrenada, menos equipada, y era un poco más joven o más vieja que la anterior. Los capitanes de algunos barcos tuvieron que donar su tripulación "pescindible" para establecer bases de defensa. Nuestro perímetro era atacado casi a diario, y con todo eso, nosotros teníamos que aprovisionar nuestro submarino para hacernos a la mar. Se suponía que íbamos a hacer una patrulla de rutina; así que tuvimos que cargar a escondidas los equipos de emergencia y a nuestros familiares.

¿Familiares?

Claro, es era la piedra clave de todo el plan. El capitán Chen sabía que la tripulación no abandonaría el puerto a menos que sus familias pudiesen acompañarlos.

¿Y cómo hicieron eso?

¿Encontrarlos, o subirlos a bordo?

Ambos.

Encontrarlos fue lo más difícil. Casi todos teníamos familiares regados por todo el país. Hicimos lo que pudimos para comunicarnos con ellos, reactivar una línea telefónica o enviarles un mensaje con las tropas que iban hacia esos territorios. El mensaje siempre era el mismo: íbamos a salir a patrullar pronto, y necesitábamos que estuvieran presentes en la ceremonia. Algunas veces o hacíamos parecer más urgente, diciéndoles que alguien estaba moribundo y quería verlos. Era lo único que podíamos hacer. A nadie se le permitió salir a buscarlos personalmente: era muy arriesgado. Nosotros no teníamos múltiples tripulaciones para cada nave como ustedes. Cualquier hombre perdido nos haría mucha falta una vez en el mar. Sentí lástima por mis compañeros, la agonía de toda esa espera. Yo tuve la suerte de que mi esposa y mis hijas…

¿Hijas? Yo pensaba que…

¿Que sólo nos permitían tener un hijo? Esa ley fue modificada unos años antes de la guerra, una solución práctica al desequilibrio social de una nación de hijos únicos. Yo tenía dos hijas, gemelas. Tuve suerte. Mi esposa y mis hijas estaban en la base cuando comenzaron los problemas.

¿Y el capitán? ¿Él tenía familia?

Su esposa lo había abandonado en los ochentas. Fue un escándalo devastador, sobre todo para la época. Todavía me sorprende cómo hizo para levantar nuevamente su carrera, y criar a su hijo.

¿Tenía un hijo? ¿Estuvo con ustedes?

[Xu evade la pregunta.]

La espera fue la peor parte para casi todos, el saber que, incluso si ellos llegaban hasta Qingdao, podían llegar después de que hubiésemos partido. Imagínese ese sentimiento de culpa. Decirles a tus familiares que salgan de donde están para reunirse contigo, quizá dejando atrás un sitio relativamente seguro, y que al final lleguen para encontrar sólo un muelle abandonado.

¿Llegaron muchos?

Más de los que creímos al principio. Los introducíamos a escondidas, de

noche, disfrazados con uniformes. Algunos —los niños y los más viejos— teníamos que subirlos dentro de cajas.

¿Sus familias sabían lo que estaba pasando? ¿Lo que iban a hacer?

No lo creo. Cada uno de los miembros de nuestra tripulación tenía órdenes estrictas de mantener silencio. Si el Ministerio llegaba a escuchar cualquier detalle de lo que estábamos planeando, los muertos vivientes serían el menor de nuestros problemas. Todo aquel secreto nos obligaba también a zarpar según nuestro calendario de patrullas habitual. El capitán Chen quería esperar hasta el último momento, los familiares que faltaban podían estar sólo a unos días de camino, a unas horas. Pero sabía que eso podía poner en riesgo todo el plan, así que, contra su voluntad, dio la orden de zarpar. Trató de ocultar esos sentimientos, y creo que ante casi todo el mundo lo logró. Pero yo pude verlo en sus ojos, mientras reflejaban los fuegos que se alejaban en Qingdao.

¿Hacia dónde se dirigían?

Inicialmente íbamos hacia nuestro sector de patrulla designado, para que todo pareciera muy normal. Después de eso, nadie lo sabía.

Hacia un nuevo hogar, al menos temporalmente, eso estaba claro. Para ese momento la plaga se había extendido por todos los rincones del planeta. Ningún país neutral, sin importar cuán remoto, podía garantizarnos la seguridad.

¿Y no pensaron en venir a nuestro lado, a Norteamérica o cualquier otro país occidental?

[Me dirige una fría y dura mirada.]

¿En serio? El *Zheng* cargaba dieciséis misiles balísticos JL-2; todos, excepto uno, tenían cuatro ojivas de reentrada múltiple, cada una con un poder de noventa kilotones. Esa sola nave tenía el mismo poder que algunas de las naciones más grandes del mundo, suficiente para arrasar ciudades enteras con sólo girar una llave. ¿Cómo íbamos a entregarle semejante poder a otro país, y sobre todo al único país en la historia que hasta ese momento había usado armas nucleares como ofensiva? Una vez más, y se lo repito por última vez, nosotros no éramos traidores. Sin importar qué tan dementes se hubieran vuelto nuestros líderes, seguíamos siendo marineros chinos.

Entonces estaban solos.

Completamente. Sin hogar, sin amigos, sin un puerto seguro, no importaba qué tan fuertes fueran las tormentas. El *Almirante Zheng He* se convirtió en todo nuestro universo: cielo, tierra, sol y luna.

Debió ser muy difícil.

Los primeros meses fueron como cualquier patrulla de rutina. Los submarinos de misiles están diseñados para permanecer ocultos, y eso hicimos. Muy profundo y en silencio. No sabíamos si nuestros propios submarinos estaban buscándonos. Probablemente nuestro gobierno enfrentaba otros problemas. Sin embargo, realizábamos simulacros regulares de combate, y los civiles fueron entrenados en la disciplina del silencio. El ingeniero de a bordo ideó un sistema de blindaje sonoro para el comedor, y así podía ser usado como escuela y patio de recreo para los niños. Ellos, sobre todo los más jóvenes, no tenían idea de lo que estaba sucediendo. Muchos habían atravesado las zonas infestadas con sus familiares, y algunos estuvieron a punto de morir. Lo único que sabían era que los monstruos habían desaparecido, y sólo volvían ocasionalmente como pesadillas. Estaban a salvo, y eso era lo único que importaba. Supongo que todos nos sentíamos así en esos primeros meses. Estábamos vivos, juntos, y a salvo. Teniendo en cuenta lo que pasaba en el resto del planeta, ¿qué más podíamos desear?

¿Tenían alguna manera de monitorear la crisis?

No al principio. Nuestro objetivo era permanecer ocultos, evitando las rutas marítimas comerciales y las zonas de patrulla de los otros submarinos… nuestros y de ustedes. Pero sí especulábamos. ¿Qué tan rápido se esparcía el contagio? ¿Cuáles eran los países más afectados? ¿Alguien había recurrido al ataque nuclear? Si así era, significaría el final para todos nosotros. En un planeta irradiado, los muertos vivientes podrían ser las únicas criaturas “vivas.” No estábamos seguros de lo que una alta dosis de radiación podía hacerle a cerebro de un zombie. ¿Acaso los mataría eventualmente, llenando de tumores su materia gris? Eso es lo que pasaría con un cerebro humano normal, pero como los muertos vivientes parecían contradecir todas las leyes de la naturaleza, ¿por qué iba a ser diferente en este caso? Algunas noches, en la cafetería, mientras hablábamos susurrando entre sorbos de té, conjurábamos imágenes de zombies rápidos como guepardos, ágiles como monos, zombies con cerebros mutantes que se expandían y palpitaban, superando el tamaño del cráneo que los alojaba. El teniente

comandante Song, el oficial a cargo del reactor, había subido a bordo sus acuarelas y había pintado un cuadro de una ciudad en ruinas. Él dijo que no era ninguna ciudad en particular, pero todos reconocimos los restos humeantes de los edificios de Pudong. Song había crecido en Shanghai. El cielo brillaba de un leve color magenta, contra un fondo completamente oscuro, un invierno nuclear. Una lluvia de ceniza espolvoreaba los bloques de ruinas que se levantaban entre lagos de vidrio derretido. Por el centro de aquel escenario apocalíptico, corría un río, una serpiente gris y parda que se extendía hasta una cabeza formada por miles de cuerpos entrelazados: piel destrozada, cerebros expuestos, colgajos de carne sobre manos huesudas que se extendían desde sus bocas abiertas y sus ojos rojos y brillantes. No sé desde cuándo había comenzado el comandante Song a pintar esa imagen, pero la expuso en secreto ante unos cuantos de nosotros cuando llevábamos tres meses en el mar. Él no quería que la viera el capitán Chen. Sabía lo que pasaría. Pero alguien debió decírselo, y el viejo le puso fin al asunto.

A Song se le ordenó pintar algo alegre sobre su obra, una puesta de sol sobre el lago Dian. Luego siguió pintando otros murales más "positivos" sobre cualquier superficie libre de la nave. El capitán Chen también nos ordenó que evitáramos cualquier especulación que no fuese parte de nuestros deberes oficiales. "Es perjudicial para la moral de la tripulación." De todas formas, creo que todo eso lo llevó, finalmente, a tratar de establecer alguna forma de contacto con el mundo exterior.

¿Se refiere a comunicación activa, o simple vigilancia?

Lo segundo. Él sabía que la pintura de Song y nuestras especulaciones apocalípticas eran resultado de nuestro prolongado aislamiento. La única manera de evitar más "pensamientos peligrosos" era reemplazar la especulación con hechos reales. Habíamos estado desconectados por más de cien días y noches. Necesitábamos saber lo que estaba pasando, incluso si era tan oscuro y terrible como la pintura de Song.

Hasta ese momento, nuestros oficiales de sonar y su equipo eran los únicos que sabían algo del mundo más allá de nuestro casco. Esos hombres escuchaban el mar: las corrientes, los "elementos biológicos" como peces y ballenas, y el lejano zumbido de otras hélices. Ya le había dicho que nuestra ruta nos había llevado hasta los confines más remotos de los océanos del mundo. Habíamos escogido a propósito las zonas en las que ningún barco se aventuraba normalmente. Sin embargo, durante esos meses, el equipo de Liu había registrado un número cada vez mayor de contactos, al parecer aleatorios. Miles de naves llenaban la

superficie, muchas de ellas con registros sonoros que no coincidían con nada en nuestra base de datos.

El capitán nos ordenó subir hasta profundidad de periscopio. El mástil del ESM subió, y fue inundado con cientos de señales de radar; la radio debió sufrir un efecto similar. Finalmente, los dos periscopios, el de exploración y el de ataque, salieron a la superficie. No es como se ve en las películas, un tipo extendiendo unas manijas y mirando a través de un tubo con un visor. Los periscopios actuales no atraviesan el casco interno. Cada uno de ellos es en realidad una cámara de video que puede enviar su señal a cualquiera de los monitores de la nave. No podíamos creer lo que estábamos viendo. Era como si la humanidad le hubiese apostado todo al mar. Había buques petroleros, de carga, cruceros. Vimos botes remolque arrastrando plataformas flotantes, vimos hidroalas, botes de recolección de basura, dragas, y todo eso apenas en una hora.

En las siguientes semanas, vimos también docenas de buques militares. Cualquiera de ellos podría habernos detectado, pero a ninguno parecía importarle. ¿Conoce el USS *Saratoga?* Lo vimos, remolcado a través del Atlántico Sur con su cubierta convertida en un campamento de tiendas provisionales. Vimos un barco que tenía que ser el HMS *Victory,* surcando las olas gracias a un bosque de mástiles y velas improvisadas. Vimos al *Aurora,* ese barco de la Primera Guerra Mundial cuyo motín había iniciado la Revolución Bolchevique. No sé cómo lo lograron sacar de San Petersburgo, ni dónde encontraron suficiente carbón para mantener sus calderas funcionando.

Había tantos cascos deteriorados, que deberían haberse retirado del mar hace tanto tiempo: lanchas, ferrys y veleros que habían pasado toda su vida en lagos y ríos tierra adentro, buques costeros que nunca deberían haberse alejado de los puertos y las aguas bajas para las que fueron diseñados. Vimos un dique flotante del tamaño de un rascacielos acostado, con su cubierta invadida de armazones de construcción que servían como apartamentos improvisados. Estaba flotando a la deriva, sin remolques ni barcos de apoyo a la vista. No sé cómo sobrevivió esa gente, o si acaso lo lograron. Había muchos barcos a la deriva, con sus depósitos de combustible vacíos, sin recursos para generar energía.

Vimos muchos botes privados, yates y cruceros amarrados entre sí, formando unas enormes islas sin rumbo. Vimos también muchas balsas improvisadas, hechas de troncos y de neumáticos.

Hasta vimos una especia de tugurio flotante, construido sobre cientos

de bolsas de basura llenas con bolitas de espuma de poliestireno. Nos recordó a la "Flota de Ping-Pong," esos refugiados que, durante la Revolución Cultural, trataron de huir hacia Hong Kong en costales llenos de bolas de ping-pong.

Sentimos lástima por esa gente, por sus destinos sin esperanza. A la deriva en medio del océano, presas del hambre, la sed, la insolación, y del mismo mar… el comandante Song lo llamó "la gran regresión de la humanidad." "Salimos de los mares," decía él, "y ahora regresamos huyendo." Esa era una afirmación muy precisa. Era obvio que esa gente no había pensado con claridad en lo que harían una vez que alcanzaran la "seguridad" de las olas. Sólo se imaginaron que sería mejor que ser destrozados vivos en tierra. En medio del pánico, no se dieron cuenta de que sólo estaba prolongando lo inevitable.

¿Alguna vez trataron de ayudarlos? Darles comida o agua, o remolcarlos…

¿A dónde? Aunque hubiésemos sabido de algún puerto seguro, el capitán no se habría arriesgado a que nos detectaran. No sabíamos quién de ellos tenía una radio, y quién más podía escuchar nuestra señal. No sabíamos si nuestro país nos seguía buscando. Además había otro peligro: el riesgo inmediato de los muertos. Vimos muchos barcos infectados, en algunos, la tripulación seguía luchado por sobrevivir, en otros sólo quedaban los muertos. Una vez frente a Dakar, en Senegal, nos encontramos un crucero de lujo de cuarenta y cinco mil toneladas llamado el *Nordic Empress.* La imagen de nuestro periscopio era tan detallada, que se podía ver cada mancha de sangre en las ventanas de los dormitorios, cada mosca que se posaba en los huesos y la carne de la cubierta. Los zombies se lanzaban al océano, uno cada par de minutos. Parecían reaccionar a algún movimiento en la distancia, quizá un avión, o la estela de nuestro periscopio, y caían al tratar de alcanzarlo. Eso me dio una idea. Su emergíamos a unos cuantos cientos de metros y hacíamos todo lo posible por llamar su atención, podíamos limpiar el barco sin necesidad de hacer ni un disparo. ¿Quién sabe qué cosas podían tener a bordo los refugiados? El *Nordic Empress* podía convertirse en una despensa flotante para nosotros. Le presenté mi propuesta al oficial de armamento, y ambos hablamos con el capitán.

¿Y él qué dijo?

"Claro que no." No sabíamos cuántos zombies había a bordo del crucero. Peor aún, señaló la pantalla del monitor e hizo un acercamiento a los zombies que caían por la borda. "Miren," nos dijo, "no todos se

hunden." Tenía razón. Algunos se habían reanimado con los chalecos salvavidas puestos, y otros estaban hinchados por los gases de la descomposición. Era la primera vez que veía a un zombie flotante. Debía imaginarme que se volverían algo común. Incluso si sólo el diez por ciento de los barcos estaban infestados, era el diez por ciento de un total de decenas de miles de naves. Había millones de zombies cayendo al mar poco a poco, o por montones cuando uno de esos buques se volcaba por el mal clima. Después de una tormenta, los veíamos cubriendo el mar hasta el horizonte, enormes olas de cabezas desmadejadas y brazos agitándose. Una vez levantamos el periscopio y sólo vimos una mancha gris y verdosa. Al principio creímos que se debía a un desperfecto técnico, que la cámara había sido golpeada por basura flotante, pero el periscopio secundario nos reveló que habíamos atravesado a un zombie, clavándole el periscopio justo en medio del pecho. Y seguía moviéndose, incluso después de que lo bajamos. Si alguna vez sentimos esa amenaza cerca…

¿Pero no estaban bajo el agua? ¿Cómo podían…?

Cuando emergíamos, algunos quedaban atorados sobre la cubierta o en el puente. La primera vez que abrí la escotilla, una mano fétida e hinchada apareció de pronto y me agarró por la muñeca. Me resbalé y tropecé con el vigía que venía subiendo detrás de mí, y ambos caímos en la cubierta inferior con la mano desprendida todavía agarrada a mi uniforme. Sobre nosotros, como una silueta en el disco de luz de la escotilla abierta, pude ver al dueño de la mano. Saqué mi arma y disparé hacia arriba sin pensar. Nos bañó una lluvia de pedazos de hueso y de cerebro infectado. Tuvimos suerte… si cualquiera de los dos hubiese tenido una herida expuesta… la reprimenda que me dieron fue justa, y me merecía algo mucho peor. Desde ese momento, siempre hacíamos una revisión con el periscopio después de subir. Yo diría que en al menos una de cada tres veces aparecían algunos de ellos atorados en el casco.

Eso fue durante nuestros días como espectadores, cuando sólo nos dedicábamos a ver y escuchar el mundo a nuestro alrededor. Además de los periscopios, podíamos monitorear las transmisiones civiles de radio y algunos canales de televisión vía satélite. Las cosas no se veían bien. Las ciudades caían, y a veces hasta países enteros. Escuchamos la última transmisión radial de Buenos Aires y nos enteramos de la evacuación de las islas japonesas. Nos llegaron algunos rumores sobre los motines en el ejército ruso. Escuchamos algunos informes del "intercambio nuclear limitado" entre Irán y Pakistán, y nos sorprendimos tristemente, porque todos estábamos seguros de que serían ustedes, o

los rusos, los primeros en girar esa llave. No había ninguna transmisión de China, ni del gobierno ni de las estaciones ilegales. Seguíamos recibiendo transmisiones de la marina, pero todos los códigos habían sido modificados desde nuestra partida. Aunque eso constituía una amenaza permanente —no sabíamos si nuestras flotas tenían órdenes de buscarnos y hundirnos— por lo menos demostraba que nuestra nación no había perecido por completo ante las bocas de los muertos vivientes. En medio de nuestro exilio, cualquier noticia era bienvenida.

La comida amenazaba con convertirse en un problema, no de inmediato, pero ya era hora de comenzar a buscar alternativas. Las medicinas eran nuestro mayor problema; tanto las drogas modernas como los remedios tradicionales estaban comenzando a escasear, debido en parte a los civiles a bordo. Muchos de ellos tenían necesidades médicas especiales.

La señora Pei, la madre de uno de nuestros torpederos, sufría de problemas bronquiales crónicos, una reacción alérgica a alguna sustancia del submarino, quizá la pintura o el aceite, en todo caso era algo que no podíamos retirar del ambiente. Estaba consumiendo nuestros antihistamínicos a una velocidad alarmante. El teniente Chin, el oficial a cargo del armamento, sugirió fríamente que debíamos sacrificar a la anciana. El capitán reaccionó poniéndolo a él en detención por una semana, con sólo la mitad de las raciones y sin ningún tipo de tratamiento médico, excepto en caso de vida o muerte. Chin era un maldito insensible, pero su sugerencia nos hizo reevaluar cuáles eran nuestras opciones. Teníamos que encontrar una manera de prolongar la vida de nuestros consumibles, y quizá encontrar una manera de reciclarlos eficientemente.

Asaltar barcos seguía estando prohibido. Incuso aunque encontráramos lo que parecían ser naves desiertas, se podía escuchar el ruido de lo que seguramente eran varios zombies bajo la cubierta. La pesca era una alternativa, pero no teníamos los materiales adecuados para improvisar una buena red, y no podíamos pasar horas enteras en la superficie, tratando de pescar con líneas y anzuelos.

La solución la encontraron los civiles, no la tripulación. Algunos de ellos habían sido campesinos y médicos tradicionales antes de la crisis, y habían subido a bordo unos cuantos paquetes y bolsas con semillas. Si podíamos suministrarles el equipo adecuado, ellos podrían cultivar suficiente comida para abastecernos durante años. Era un plan ambicioso, pero no carecía de mérito. El depósito de misiles era lo suficientemente grande como para alojar un jardín. Podíamos fabricar

macetas y terrarios con los materiales que teníamos, y las lámparas ultravioletas que usábamos para el tratamiento de vitamina D de la tripulación, servirían como luz solar artificial para las plantas.

El único problema era la tierra. Ninguno sabía nada sobre sistemas hidropónicos, aeropónicos, ni ningún otro método similar de agricultura. Necesitábamos tierra, y sólo había una manera de conseguirla. El capitán tuvo que pensarlo mucho. Enviar un equipo a tierra era tan peligroso, si no más, que abordar una nave infestada. Antes de la guerra, más de la mitad de la civilización humanan vivía junto o cerca de las costas. Las epidemias sólo lograron aumentar ese número, con todos los refugiados que trataron de buscar la seguridad en el mar.

Comenzamos nuestra exploración en medio de la costa Atlántica de Suramérica, desde Georgetown, hasta las costas de Surinam y la Guyana Francesa. Encontramos varios kilómetros de jungla deshabitada, al menos así se veía por el periscopio, y la costa parecía estar limpia. Subimos a la superficie e hicimos una segunda inspección visual desde el puente. Una vez más, nada. Solicité permiso para ir a tierra con un grupo de búsqueda. El capitán no parecía convencido. Ordenó sonar la sirena… fuerte y por un largo rato… y entonces aparecieron.

Al principio eran unos pocos, desgarbados, con los ojos abiertos, tropezando mientras salían de entre la jungla. No parecían notar el agua, y las olas los derribaban, arrojándolos de vuelta a la playa o arrastrándolos hacia el mar. Uno de ellos se estrelló contra las rocas, su pecho destrozado, sus costillas rotas asomándose a través de la carne. Una nube de espuma negra salió de su boca mientras gemía, todavía tratando de caminar, de arrastrase, siempre hacia nosotros. Llegaron más, por docenas; en unos pocos minutos había cientos de ellos tambaleándose entre las olas. Así era siempre en cualquier parte que emergiéramos. Todos los refugiados que no habían tenido la suerte de hacerse a la mar, formaban una barrera letal en cualquier costa que visitáramos.

¿Entonces nunca trataron de desembarcar?

[Sacude la cabeza.] Muy peligroso, incluso peor que en los barcos infestados. Decidimos que nuestra única opción era tratar de encontrar suelo fértil en alguna isla remota.

Pero seguramente sabían lo que estaba pasando en todas las islas alrededor del mundo.

Quizá se sorprenda. Después de salir de nuestra estación de patrulla del Pacífico, restringimos nuestros movimientos sólo a los océanos Atlántico e Índico. Habíamos escuchado transmisiones o efectuado contacto visual con muchas de esas porciones de tierra. Sabíamos de la superpoblación, la violencia… incluso vimos los fogonazos de los disparos en las Islas de Barlovento. Esa noche, en la superficie, podíamos oler el humo que era arrastrado por los vientos desde el Caribe. También supimos de otras islas que no tuvieron tanta suerte. Las islas de Cabo Verde, frente a la costa de Senegal, ni siquiera las tuvimos a la vista antes de escuchar los gemidos. Demasiados refugiados, muy poca disciplina; sólo hacía falta una persona infectada. ¿Cuántas islas siguen estando en cuarentena después de la guerra? ¿Cuántos pedazos de roca congelada en el norte, siguen estando marcados como Zonas Blancas en el mapa?

Nuestra opción más viable era volver al Pacífico, pero eso nos dejaría justo frente a las puertas de nuestra nación.

Una vez más, no sabíamos si la marina china nos estaba dando caza, y ni siquiera sabíamos si todavía existía la marina china. Sólo sabíamos que necesitábamos provisiones, y también ansiábamos un contacto más directo con otros seres humanos. Nos tomó bastante tiempo convencer al capitán. Lo último que necesitábamos era evitar una confrontación directa con las fuerzas de nuestro país.

¿Él seguía siendo leal al gobierno?

Sí. Además había otra… razón más personal.

¿Personal? ¿Por qué?

[Xu esquiva también esta pregunta.]

¿Alguna vez estuvo en Manihi?

[Niego con la cabeza.]

No existe un mejor ejemplo del paraíso tropical de la preguerra. Unos islotes planos y cubiertos de palmeras, llamados "*motus*", forman un anillo alrededor de una laguna cristalina. Solía ser uno de los pocos lugares del planeta en el que se cultivaban perlas negras. Yo le había comprado un par de esas a mi esposa cuando visitamos las islas en nuestra luna de miel, así que mi conocimiento de primera mano convirtió a aquel atolón en nuestro próximo destino.

Manihi había cambiado mucho desde que la conocí como un cadete recién casado. Ya no había perlas, la gente se había comido todas las ostras, y la laguna estaba abarrotada con cientos de pequeños botes privados. Los *motus* estaban cubiertos con tiendas o chozas de techo de palma. Docenas de canoas improvisadas navegaban a vela o remo, yendo y viniendo entre el arrecife exterior y una docena de enormes barcos anclados en aguas más profundas. Aquella la escena era típica de lo que los historiadores de la posguerra llaman "El Continente Pacífico," toda una nueva cultura de refugiados que se extendía por todas las islas, desde Palau hasta la Polinesia Francesa. Era una nueva sociedad, una nueva nación, refugiados de todas partes del mundo unidos bajo la bandera de la supervivencia.

¿Y cómo se integraron ustedes a esa sociedad?

Gracias al trueque. El comercio era el pilar central del Continente Pacífico. Si tu barco tenía una destilería, vendías agua potable. Si tenías un taller, te volvías mecánico. El *Espíritu de Madrid,* un buque de transporte de gas natural, vendió su carga como combustible para cocinar. Eso le dio al viejo señor Song una idea acerca de cuál podía ser nuestro "nicho de mercado." Él era el padre del comandante Song, y había sido director de subastas de Shenzhen. Se le ocurrió la idea de tender líneas flotantes de energía hasta la laguna, y alquilarles el poder de nuestro reactor.

[Sonríe.]

Nos volvimos millonarios, bueno… al menos el equivalente a eso en una economía de intercambio: comida, medicinas, cualquier parte de repuesto que necesitáramos, o por lo menos los materiales para fabricarlas. Pudimos instalar nuestro invernadero, así como una planta de recolección de desechos en miniatura, para convertir nuestros excrementos en un valioso fertilizante. "Compramos" equipos para un gimnasio, un sauna, y centros de entretenimiento para el comedor y el salón de reuniones. Los niños pudieron disfrutar de juguetes y dulces, los que quedaban, y lo más importante, pudieron continuar su educación en las diferentes barcazas que habían sido convertidas en escuelas internacionales. Éramos bienvenidos en cualquier casa, en cualquier bote. Todos nuestros hombres, incluso algunos de los oficiales, tenían acceso gratis a cualquiera de los cinco barcos de "diversión" de la laguna. ¿Y por qué no? Los iluminábamos de noche, hacíamos funcionar sus máquinas. Les trajimos de vuelta algunos lujos ya olvidados, como aire acondicionado y refrigeradores. Hicimos que las computadoras

volvieran a funcionar, y les dimos la primera ducha caliente que habían tomado en meses. Nuestra colaboración fue tan bien recibida que el concejo de las islas nos eximió, aunque nosotros no lo aceptamos, de tener que participar en las rondas de seguridad alrededor del atolón.

¿Contra los zombies acuáticos?

Esos eran un peligro permanente. Todas las noches aparecían caminando por los *motus*, o subiendo por la cuerda del ancla de algún barco pequeño. Parte de las "obligaciones ciudadanas" de los que se quedaban en Manihi, incluían el patrullar las playas y los barcos buscando zombies.

Usted mencionó las cuerdas de las anclas. ¿Acaso los zombies no son malos trepadores?

No cuando el agua los ayuda a vencer la gravedad. Sólo es cuestión de agarrar una cuerda y arrastrarse por ella hasta la superficie. Si esa cuerda lleva hasta un bote cuya cubierta está a sólo unos centímetros sobre el agua… había ataques tanto en la laguna como en el mar. Las noches eran lo peor. Esa era otra de las razones por las que nos recibieron así. Nuestra llegada alejó la oscuridad de la noche, tanto en la superficie como bajo el agua. Es aterrador apuntar una linterna bajo la superficie, y ver la silueta verde azulada de un zombie subiendo por el ancla.

¿Pero la luz no atraía a muchos más que antes?

Sí, por supuesto. Los ataques nocturnos se duplicaban cuando los barcos dejaban las luces encendidas. Pero los civiles nunca se quejaron por eso, ni tampoco nadie en el concejo. Creo que la mayoría preferían enfrentar a un enemigo real en la luz, que a sus temores en medio de la oscuridad.

¿Cuánto tiempo se quedaron en Manihi?

Varios meses. No sé si sea correcto llamarlos los mejores meses de nuestras vidas, pero en ese entonces parecía así. Comenzamos a bajar la guardia, dejamos de pensar que éramos unos fugitivos. Encontramos algunas familias chinas, no expatriados ni taiwaneses, sino verdaderos ciudadanos de la República Popular. Nos dijeron que la situación en casa se había puesto tan mala que el gobierno ni siquiera podía mantener unida la nación. No creían posible que, con más de la mitad de la población infectada y las reservas del ejército acabándose, ellos

malgastarían su tiempo y sus recursos buscando un submarino perdido. Durante algún tiempo parecía que podríamos quedarnos en aquella comunidad de islas, vivir allí hasta el final de la crisis, y quizá hasta el fin del mundo.

[Por un instante, él mira el monumento que se levanta frente a nosotros, construido en el lugar exacto en el que, supuestamente, fue destruido el último zombie de Beijing.]

Song y yo estábamos de patrulla la noche en que ocurrió. Nos detuvimos junto a una fogata para escuchar la radio de uno de los isleños. Estaban transmitiendo algo sobre cierto desastre natural en China. Nadie sabía exactamente qué había pasado, pero había suficientes rumores como para ponernos a especular. Estaba concentrado en la radio, dándole la espalda a la laguna, cuando el mar frente a mis ojos comenzó a brillar. Me volví justo a tiempo para ver explotar el *Espíritu de Madrid*. No sé cuánto gas natural tenía aún adentro, pero la bola de fuego salió disparada hacia arriba, expandiéndose e incinerando todo en los dos *motus* más cercanos. Mi primer pensamiento fue "un accidente," alguna válvula oxidada, o un operario descuidado. Pero el comandante Song había estado vigilando todo el tiempo, y había visto la estela del misil. Medio segundo después, sonó la sirena del *Almirante Zheng He*.

Mientras corríamos hacia la nave, esa muralla de tranquilidad, esa sensación de seguridad, se desmoronó a mi alrededor. Sabía que aquel misil tenía que ser de otro de nuestros submarinos. La única razón por la que había golpeado al *Madrid* era porque estaba más cerca de la superficie, y eso lo convertía en un blanco mayor en el radar. ¿Cuánta gente había a bordo? ¿Cuánta gente había en los *motus*? De pronto me di cuenta de que cada segundo que pasábamos allí ponía a los civiles en peligro de otro ataque. El capitán Chen debió pensar lo mismo. Cuando llegamos a cubierta, la orden de zarpar llegó desde el puente. Cortaron las líneas de poder, llamamos a lista, y cerramos las escotillas. Pusimos rumbo hacia mar abierto y nos sumergimos a profundidad de combate.

A noventa metros, desplegamos nuestro sistema de sonar e inmediatamente detectamos el crujido que produce el casco de otro submarino al sumergirse. No era el flexible "pop-craaaaack-pop" del acero, sino un rápido "pop-pop-pop" del titanio. Sólo dos países en el mundo usaban cascos de titanio en los submarinos de combate: la Federación Rusa y nosotros. El sonido de la hélice confirmó que era de los nuestros, un nuevo Cazador Tipo 95. Sólo había dos de esos en servicio cuando salimos del puerto. No estábamos seguros de cuál era

este.

¿Acaso importaba?

[Una vez más, evita la pregunta.]

Al comienzo, el capitán no quería luchar. Decidió llevar la nave hasta el fondo, apoyarla sobre una planicie arenosa en el límite de nuestra profundidad máxima. El Tipo 95 comenzó a rastrearnos con su sistema de sonar activo. Los pulsos sonoros retumbaban bajo el agua, pero no podían localizarnos gracias al suelo oceánico. El 95 inició una búsqueda pasiva, escuchando con sus poderosos hidrófonos, esperando a que hiciéramos cualquier ruido. Redujimos el reactor hasta la potencia mínima, apagamos todos los equipos innecesarios, y detuvimos el movimiento de toda la tripulación. Como el sonar pasivo no emite ninguna señal, no podíamos saber dónde estaba el 95 o si ya se había ido. Tratamos de rastrear su hélice, pero era tan silencioso como nosotros. Esperamos media hora, sin movernos, casi sin atrevernos a respirar.

Yo estaba en la cabina del sonar con mis ojos fijos en el techo, cuando el teniente Liu me dio un golpecito en el hombro. Había detectado algo en los equipos de cubierta, no era el otro submarino, sino algo más cerca, rodeándonos. Me puse un par de audífonos y escuché unos rasguños, como un motón de ratas. Le hice una señal al capitán para que escuchara. No sabíamos qué era. No era la arena del fondo contra el casco, pues la corriente era demasiado débil. Si era vida marina, como cangrejos u otro contacto biológico, tenían que ser miles. Comencé a sospechar algo… solicité permiso para hacer una inspección por periscopio, sabiendo bien que el sonido del tubo retráctil podía alertar a nuestros perseguidores. El capitán aceptó. Apretamos nuestros dientes mientras la cámara se deslizaba hacia arriba. Luego, esa imagen.

Zombies, cientos de ellos, apretados contra el casco. Llegaban más y más cada segundo, cojeando a través de aquel desierto de arena, amontonándose unos sobre otros para arañar, golpear, y hasta morder el acero del *Zheng*.

¿Podrían haber entrado? Al abrir una escotilla o…

No, todas las escotillas se aseguraban desde adentro, y los tubos de los torpedos están protegidos por cubiertas externas. Sin embargo, lo que sí nos preocupaba era el reactor. El sistema de refrigeración funcionaba

haciendo circular agua de mar. Los ductos de entrada, aunque no eran tan grandes como para permitir el paso de un cuerpo humano, sí podían ser obstruidos por uno. Y claro, una luz de alerta comenzó a parpadear silenciosamente en el monitor del ducto número cuatro. Algún zombie había destrozado la rejilla protectora y se había quedado atascado en el conducto. La temperatura del reactor comenzó a subir. Si lo apagábamos, nos quedaríamos sin energía. El capitán Chen decidió que teníamos que movernos de ahí.

Nos separamos del fondo, tratando de ir tan lento y tan en silencio como era posible. Pero no fue suficiente. Comenzamos a recibir el sonido de las hélices del 95. Nos habían escuchado y se preparaban para atacar. Escuchamos cuando uno de tubos de torpedos se inundó, y el *clic* de la cubierta exterior abriéndose. El capitán Chen nos ordenó activar nuestro propio sonar, revelando así nuestra posición exacta, pero dándonos también un tiro seguro hacia el 95.

Disparamos al mismo tiempo. Nuestros torpedos se cruzaron, mientras ambos submarinos tratábamos de alejarnos. El 95 era un poco más rápido, un poco más maniobrable, pero no tenían un capitán como el nuestro. Él sabía exactamente cómo esquivar un "pez" en movimiento, y lo esquivamos con facilidad mientras el nuestro acertaba en su objetivo.

Escuchamos el casco del 95, chillando como una ballena moribunda, y toda su estructura colapsó a medida que los compartimentos hacían implosión uno tras otro. Dicen que sucede tan rápido que la tripulación ni siquiera se da cuenta; que el choque del cambio de presión los deja inconscientes en un segundo, y que la explosión hace que todo el aire se encienda. La muerte es rápida, sin dolor, o al menos eso queríamos creer. Lo que sí fue muy doloroso, fue ver como la luz en los ojos de mi capitán se apagaba con los sonidos del submarino destruido.

[Xu se anticipa a mi siguiente pregunta, apretando sus puños y respirando con fuerza.]

El capitán Chen crió a su hijo él solo, y lo educó para ser un buen marinero, para amar y servir al Estado, sin cuestionar sus órdenes, y para ser el mejor oficial que la Armada Naval China había conocido. El día más feliz de su vida fue cuando su hijo, el comandante Chen Zhi Xiao, fue asignado a uno de los nuevos Cazadores Tipo 95.

¿Uno como el que los atacó?

[Asiente.] Esa era la razón por la que el capitán Chen hizo todo lo

posible por evitar cualquier encuentro con nuestra flota. Por eso era tan importante saber cuál era el submarino que nos atacó. Siempre es mejor saber la verdad, sin importar cuál pueda ser la respuesta. Él ya había traicionado su juramento, su patria, y era posible que esa traición lo hubiera llevado a matar a su propio hijo…

Al día siguiente, cuando el capitán Chen no apareció a reportarse en servicio, fui hasta su dormitorio para asegurarme de que estaba bien. La luz estaba apagada, así que lo llamé. Para mi alivio, me respondió, pero cuando salió a la luz… su cabello había perdido su color, era tan blanco como la nieve de antes de la guerra. Su piel estaba pálida, sus ojos hundidos. Se había convertido en un anciano, destrozado y marchito. Esos monstruos que se levantaron de entre los muertos no son nada comparados con los que llevamos en nuestros corazones.

A partir de ese día, interrumpimos todo contacto con el mundo exterior. Nos dirigimos hacia los hielos del Ártico, el rincón más alejado, frío y desolado que pudimos encontrar. Tratamos de seguir con nuestras actividades cotidianas: hacerle mantenimiento a la nave; cultivar comida; educar, criar y tranquilizar a nuestros niños como mejor podíamos. Cuando el capitán perdió su motivación, también la perdió la tripulación del *Almirante Zheng*. Yo era el único que hablaba con él en ese entonces. Le llevaba la comida, recogía su ropa, le informaba a diario sobre la condición de la nave, y transmitía sus órdenes al resto de la tripulación. Era una rutina, día tras día.

Nuestra monotonía sólo se disolvió el día en que nuestro sonar detectó otro submarino Tipo 95 aproximándose. Corrimos a nuestras estaciones de batalla, y por primera vez en muchos meses, el capitán Chen salió de su dormitorio. Tomó su lugar en el centro de comando, ordenó que buscáramos el objetivo, y que cargaran los torpedos de los tubos uno y dos. El sonar reportó que el submarino enemigo no estaba haciendo lo mismo. El capitán Chen pensó que teníamos la ventaja. Esta vez no había lugar a dudas en su cabeza. El enemigo moriría antes de tener la oportunidad de disparar. Justo cuando iba a dar la orden, detectamos una señal en el "*gertrude*," es el sobrenombre del teléfono submarino. Era el comandante Chen, el hijo del capitán, declarando sus intenciones pacíficas y solicitando que abandonáramos nuestra posición hostil. Nos habló de la Represa de las Tres Gargantas, que había sido la causa de todos esos rumores sobre un "desastre natural" que escuchamos en Manihi. Nos explicó que nuestra batalla con el otro 95 había sido parte de una guerra civil que se había originado por la destrucción de la represa. El submarino que nos había atacado había sido parte de las fuerzas leales al gobierno. El comandante Chen se había aliado con los

rebeldes. Su misión era encontrarnos y llevarnos de vuelta a casa. Creo que nuestros gritos de triunfo se escucharon hasta en la superficie. Cuando emergimos entre el hielo, y las dos tripulaciones se encontraron frente a frente bajo la penumbra del ártico, pensé que por fin podríamos ir a casa, recuperar nuestro país, y expulsar a los muertos vivientes. Por fin, todo había terminado.

Pero no fue así.

Teníamos un último deber qué cumplir. Los miembros del Politburó, esos malditos ancianos que habían causado ya tanta miseria, seguían escondidos en su búnker de mando en Xilinhot, y todavía controlaban más de la mitad de la poca fuerza terrestre que quedaba en nuestro país. No se iban a rendir, eso lo sabía todo el mundo; seguirían aferrándose ciegamente al poder, masacrando lo que quedaba de nuestro ejército. Si la guerra civil se extendía mucho más, lo único que quedaría vivo en China, serían los muertos vivientes.

Así que decidieron terminar con la guerra.

Éramos los únicos que podíamos hacerlo. Nuestros silos en tierra estaban infestados, nuestra fuerza aérea había sido neutralizada, y los dos submarinos de misiles que quedaban, habían sido invadidos mientras seguían anclados en sus puertos, los hombres se quedaron esperando órdenes como buenos marineros, mientras los muertos entraban por sus escotillas. El comandante Chen nos informo que éramos el único recurso con capacidad nuclear que tenían los rebeldes. Cada segundo de demora les costaba cien vidas, cien balas que podrían haber sido utilizadas contra los muertos vivientes.

Y atacaron su propia nación, para poder salvarla.

Una última culpa qué llevar a cuestas. El capitán debió notar mis temblores en el momento del lanzamiento. "Es mi orden," anunció, "mi responsabilidad." El misil tenía una sola ojiva, inmensa, de varios megatones. Era una ojiva experimental, diseñada para penetrar la cubierta protectora de sus instalaciones de NORAD en las Montañas Cheyenne de Colorado. Irónicamente, el búnker del Politburó había sido construido imitando el de ustedes en casi todos los detalles. Mientras nos preparábamos para movernos de nuevo, el comandante Chen nos confirmó que Xilinhot había recibido un impacto directo. Cuando nos deslizamos bajo la superficie, escuchamos que las fuerzas leales al gobierno se habían rendido y se habían unido a los rebeldes para luchar contra el verdadero enemigo.

¿Usted sabía que ellos ya habían comenzado a aplicar su propia versión del Plan Sudafricano?

Escuchamos de eso después, cuando salimos de entre el hielo. Esa mañana, al comenzar mi turno, encontré al Capitán Chen en el centro de comando. Estaba sentado en su silla con una taza de té en la mano. Parecía tan cansado, observando en silencio a la tripulación a su alrededor, sonriendo como sonríe un padre al ver la felicidad de sus hijos. Noté que el té se había enfriado y le pregunté si deseaba otra taza. Él me miró, aún sonriendo, y sacudió su cabeza lentamente. "Muy bien, señor," le dije, y me dispuse a tomar mi lugar. Él extendió su mano y tomó la mía, me miró fijamente, pero no me reconoció. Su susurro fue tan débil que casi no pude escucharlo.

¿Qué le dijo?

"Eres un buen chico, Zhi Xiao, un gran hijo." Seguía sosteniendo mi mano cuando cerró sus ojos para siempre.

SYDNEY**, A**USTRALIA

[El Clearwater Memorial es el hospital más nuevo de Australia, y el más grande que se ha construido desde el final de la guerra. La habitación de Terry Knox queda en el piso diecisiete, que muchos llaman la "Suite Presidencial." Sus lujosas instalaciones y los costosos medicamentos que necesita, los cuales son casi imposibles de conseguir hoy en día, son lo menos que el gobierno puede darle al primer, y hasta el momento, el único comandante australiano de la Estación Espacial Internacional. En sus propias palabras, "No está nada mal para ser el hijo de un minero de ópalos de Andamooka."

Su cuerpo demacrado parece revivir durante nuestra conversación. Su piel recupera algo de su color original.]

Ojalá algunas de las historias que cuentan sobre nosotros fueran ciertas. Nos hacen parecer más heroicos. **[Sonríe.]** La verdad es que no estábamos "varados," al menos no en el sentido de quedarnos atrapados allí sin previo aviso. Nadie sabía lo que estaba pasando mejor que nosotros. Nadie se sorprendió cuando la tripulación de reemplazo de Baikonur no pudo despegar, o cuando Houston nos ordenó que nos metiéramos en el X-38[56] para evacuar la estación. Desearía poder decirle que desafiamos nuestras órdenes o que peleamos para decidir quién se quedaría. Lo que sucedió en realidad es mucho más mundano y razonable. Ordené que todo el equipo científico, y cualquier otro personal no esencial regresara a La Tierra, y le di al resto del grupo la opción de irse o quedarse. Una vez que el "bote salvavidas" X-38 se fuera, quedaríamos técnicamente varados en órbita, pero cuando se piensa en todo lo que estaba en juego, creo que ninguno de nosotros quería irse.

La EEI es una de las grandes maravillas de la ingeniería humana. Hablamos de una plataforma orbital tan grande que podía ser vista desde La Tierra a simple vista. Para construirla, se había requerido del esfuerzo de dieciséis países durante más de diez años, más de doscientas caminatas espaciales, y más dinero del que cualquier político de atrevería a admitir en público. ¿Qué se necesitaría para construir otra, si tal cosa llegaba a ser posible otra vez?

Pero más importante que la estación en sí, era el incalculable, e igualmente irreemplazable recurso de la red mundial de satélites. En ese entonces había unos tres mil en órbita, y la humanidad dependía de ellos para todo, desde comunicaciones, navegación y vigilancia, hasta algo tan mundano y normal, pero tan vital como la predicción del clima. Esa red es tan importante para el mundo moderno como los caminos lo fueron para la antigüedad, o como las vías férreas para la revolución industrial. ¿Qué iba a pasarle a la humanidad, si esos sistemas de enlace tan importantes comenzaban a caer del cielo?

Nuestro plan nunca fue salvarlos a todos. Eso era poco realista e innecesario. Sólo teníamos que concentrarnos en los sistemas que eran vitales para el esfuerzo de la guerra, y para eso, sólo tenían que permanecer en el aire una docena de pájaros. Nada más por eso valía la pena el riesgo de quedarse.

¿Alguna vez les prometieron rescatarlos?

No, y no lo esperábamos. Nuestra preocupación no era cómo volver a La Tierra, sino cómo íbamos a hacer para sobrevivir allá arriba. Incluso

con nuestros tanques de O2 y las velas de perclorato de emergencia,57 y con nuestro sistema de reciclaje de agua58 operando al máximo de su capacidad, sólo teníamos comida para unos veintisiete meses, y eso incluía también los animales experimentales del laboratorio. Ninguno había sido usado para probar vacunas, así que su carne seguía siendo comestible. Todavía puedo escuchar sus chillidos, y ver las pequeñas gotas de sangre flotando en microgravedad. Allá arriba no se podía desperdiciar ni la sangre. Traté de verlo como científico, calculando el valor nutricional de cada pequeño punto rojo flotante que me tragaba. Me repetía constantemente que era por el bien de la misión, y no sólo por el hambre atroz que me invadía.

Dígame más sobre la misión. Si estaban atrapados en la estación, ¿cómo mantenían los satélites en órbita?

Usábamos el VAT59 "Julio Verne III," la última cápsula de abastecimiento que fue lanzada antes de que la Guayana Francesa fuese invadida. Originalmente había sido diseñado como un vehículo desechable, y después de depositar su carga, lo llenaríamos de basura y lo dejaríamos caer hacia La Tierra para que se quemara en la atmósfera.60 Lo modificamos con controles manuales de vuelo y un asiento para un piloto. Ojalá hubiésemos podido instalarle una ventana. Navegar por video no era nada divertido; tampoco lo era el realizar todas mis actividades extra vehiculares, todas esas caminatas espaciales, usando el delgado traje de reentrada, porque la cápsula no tenía suficiente espacio para llevar el equipo EVA adecuado.

Casi todas mis excursiones fueron hacia el ASTRO,61 que era básicamente una estación de servicio en medio del espacio. Algunos satélites, los militares y de vigilancia, a veces tienen que cambiar de órbita para enfocar nuevos objetivos. Lo logran activando sus propulsores de maniobras, y al hacerlo gastan pequeñas cantidades de combustible de hidracina. Antes de la guerra, el ejército norteamericano resolvió que era más rentable tener una estación automática de abastecimiento y mantenimiento en órbita, en lugar de enviar un montón de misiones tripuladas. Por eso crearon a ASTRO. Nosotros lo modificamos para propulsar a los demás satélites, los modelos civiles que sólo necesitaban un empujón de vez en cuando para no caer de sus órbitas. Era una máquina maravillosa: nos ahorró mucho trabajo. Teníamos un montón de tecnología similar. Estaba el "Canadarm," una oruga robótica de quince metros que realizaba muchas labores de mantenimiento en la cubierta exterior de la estación. Estaba el "Boba," un robot operado a través de una interfaz de realidad virtual y equipado con propulsores, con el que podíamos trabajar alrededor de la estación y

también enviarlo hacia los satélites. También teníamos un pequeño escuadrón de APSs,62 unos robots multipropósito que simplemente flotaban a la deriva, más o menos de a misma forma y tamaño de una toronja. Toda esa maravillosa tecnología había sido diseñada para hacernos la vida más fácil. Ojalá no hubiese funcionado tan bien.

Siempre había una hora cada día, y hasta dos, en las que no teníamos nada qué hacer. Uno podía dormir, ejercitarse, releer los mismos libros, escuchar la Radio Mundo Libre o la música que habíamos llevado a bordo (una y otra y otra vez). No sé cuántas veces escuché esa canción de Redgum que dice, "*God help me, I was only nineteen.*" Era la favorita de mi padre, le recordaba sus días en Vietnam. Yo sólo deseaba que todo ese entrenamiento militar le sirviera para mantenerlos vivos a él y a mamá. No había sabido nada de ellos, ni de nadie más en Oz desde que el gobierno se había trasladado a Tasmania. Quería creer que estaban bien, pero después de ver lo que estaba sucediendo en La Tierra, que era lo que casi todos hacíamos cuando estábamos descansando, era casi imposible mantener las esperanzas.

Dicen que durante la guerra fría, los satélites espías norteamericanos podían leer una copia del *Pravda* en las manos de un ciudadano soviético. No sé si eso era verdad. No conozco bien las características de la tecnología de esa época. Pero sí puedo asegurarle que los de ahora, cuyas señales pirateábamos a través de las repetidoras —esos nos permitían ver la carne desgarrándose y los huesos partiéndose. Podían leerse los labios de las víctimas que suplicaban, y ver el color de sus ojos cuando se dilataban con el último aliento. Podía verse cuando la sangre de las heridas comenzaba a ponerse negra, y lo diferente que se veía sobre el cemento de Londres y sobre las arenas de Cape Cod.

No podíamos controlar lo que los satélites espías enfocaban. Sus objetivos eran definidos por los militares. Vimos un montón de combates —Chongqing, Yonkers; observamos a toda una tropa de soldados de la India tratando de rescatar a los civiles atrapados en el Estadio Ambedkar de Delhi, para luego quedar ellos mismos atrapados y tener que retirarse hasta el Parque Gandhi. Ví como su comandante los hacía formar en un cuadrado parecido al que los ingleses usaban en la época de la colonia, y funcionó, al menos por un tiempo. Eso era lo más frustrante de la vigilancia satelital; sólo podíamos ver, no escuchar. No sabíamos que a los hindúes se les estaban acabando las balas, sólo veíamos que los zombies se acercaban cada vez más. Un helicóptero aterrizó cerca y el comandante comenzó a discutir con sus subordinados. No sabíamos que se trataba del general Raj-Singh, nunca habíamos oído hablar de él. No crea ni una de las palabras que los

críticos dicen de ese hombre, que escapó cuando las cosas se pusieron difíciles. Nosotros lo vimos. Él trató de resistirse, quería pelear, pero uno de sus hombres lo golpeó en la cara con la culata del rifle. Estaba inconsciente cuando lo subieron al helicóptero. Era una sensación horrible, verlo todo tan de cerca sin poder hacer nada.

Nosotros también teníamos con qué observar, a través de los satélites civiles de investigación y los equipos de la estación. Las imágenes que obteníamos no eran ni la mitad de detalladas que las de los militares, pero seguían siendo aterradoramente claras. Nos permitieron ver por primera vez los gigantescos enjambres sobre Asia y las planicies de Norteamérica. Eran de verdad enormes, se extendían por kilómetros, como dicen que alguna vez lo hicieron los bisontes americanos.

Vimos la evacuación de Japón y no pudimos evitar maravillarnos ante el tamaño de esa empresa. Cientos de barcos, miles de botes pequeños. Perdimos la cuenta de cuántos helicópteros iban y venían entre los techos y las bases militares, y cuántos aviones hicieron su último vuelo hasta el norte de Kamchatka.

Fuimos los primeros en descubrir los agujeros zombies, los pozos que los muertos vivientes excavan para buscar animales subterráneos. Al principio creímos que eran sólo incidentes aislados, hasta que notamos que aparecían por todo el mundo; algunas veces aparecían unos muy cerca de los otros. Había un campo en el sur de Inglaterra —supongo que allí vivían un montón de conejos— que quedó completamente agujereado, montones de huecos de diferentes tamaños y profundidades. Casi todos tenían estas enormes y oscuras manchas a su alrededor, y aunque nunca pudimos verlas de cerca, estábamos seguros de que era sangre. Para mí, ese era el ejemplo más horripilante de la voluntad de nuestro enemigo. No tenían ningún tipo de conciencia, sólo el instinto más básico. Una vez vi a un Z excavando tras algo, seguramente un topo dorado, en el Desierto de Namibia. El topo se había enterrado en la pendiente de una duna. Aunque el muerto trató de seguirlo, la arena se deslizaba y cubría el agujero constantemente. El zombie no se detuvo, no reaccionó de ninguna manera, simplemente siguió cavando. Lo observé durante cinco días, esa imagen borrosa de un Z cavando, y cavando, y cavando, y una mañana simplemente se detuvo, se paró, y se alejó cojeando como si nada hubiese pasado. Seguramente le perdió el rastro. Bien por el topo.

Pero a pesar de tener todos esos equipos ópticos, nada tenía tanto impacto como lo que veíamos con nuestros propios ojos. El simple hecho de mirar por la ventana hacia nuestra frágil biosfera. Al

presenciar esa masiva devastación ecológica, uno entiende por qué el movimiento ambientalista comenzó sólo después del inicio de la era espacial. Había tantos fuegos, y no sólo me refiero a los edificios en llamas, los bosques, y los pozos petroleros ardiendo fuera de control —es increíble que los malditos saudíes hayan sido capaces de eso[63]— Me refiero también a las fogatas de los campamentos, había al menos mil millones de esas, como pequeñas manchas naranjadas cubriendo la superficie, en donde antes se veían sólo luces eléctricas. Todos los días, todas las noches, parecía que todo el plantea ardía en llamas. No podíamos ni calcular la cantidad de cenizas, pero nos atrevimos a adivinar que debían ser el equivalente a un pequeño intercambio nuclear entre los Estados Unidos y la antigua Unión Soviética, y eso sin contar el intercambio nuclear que sí ocurrió entre Irán y Pakistán. También vimos y grabamos ese, los destellos y el fuego que me dejaron viendo puntos luminosos durante varios días. El otoño nuclear se había esparcido por todo el globo, y la alfombra gris se hacía más gruesa cada día.

Era como estar viendo otro planeta, o el mundo prehistórico durante la última extinción en masa. Eventualmente, los equipos ópticos convencionales fueron inútiles por culpa de la contaminación, dejándonos sólo con los sensores termales y el radar. Los tonos naturales de la superficie se desvanecieron tras una caricatura de colores primarios. Fue a través de uno de esos sistemas, el sensor Aster a bordo del satélite Terra, que vimos colapsar la Represa de las Tres Gargantas.

Eran más o menos *doce mil billones* de litros de agua, arrastrando escombros, lodo, rocas, árboles, autos, casas, ¡y los pedazos de la represa, que eran cada uno más grandes que una casa! Estaba viva, como un dragón pardo y blanco recorriendo China hacia el Mar Oriental. Cuando pienso en la gente que estaba en su camino… atrapados dentro de edificios fortificados, sin poder escapar de la inundación por culpa de los Zs frente a sus puertas. Nadie sabe cuánta gente murió esa noche. Todavía siguen encontrando cadáveres.

[Una de sus manos esqueléticas se cierra en un puño, y con la otra presiona el botón de “automedicación.”]

Cuando pienso en la manera en que el gobierno trató de explicarlo todo… ¿Alguna vez ha leído la trascripción del discurso del presidente chino? Nosotros lo vimos en vivo, en una señal pirateada de su satélite Sinosat II. Lo llamó una “tragedia inesperada.” ¿De verdad? ¿Inesperada? ¿No habían previsto que la represa había sido construida sobre una falla activa? ¿No habían previsto que el enrome peso de otros

embalses gigantes había provocado varios terremotos en el pasado,64 y que se habían detectado grietas en los cimientos meses antes de terminar la obra?

También lo llamo un "accidente inevitable." Maldito. Tenían suficientes tropas para librar una guerra abierta en todas sus ciudades, ¿pero no podían disponer de un par de policías de tránsito para evacuar y evitar una tragedia que estaba anunciada? ¿No se imaginaban las repercusiones que tendría el abandonar las estaciones de monitoreo sísmico y las compuertas de emergencia? Y luego trataron de cambiar la historia, diciendo que habían hecho todo lo posible para salvar la represa, y que, en el momento del desastre, hombres valientes del Ejército de Liberación Popular habían dado sus vidas para defenderla. Pues bien, yo llevaba más de un año observando personalmente las Tres Gargantas, y los únicos miembros del ELP que vi, habían perdido la vida mucho, mucho antes. ¿De verdad creyeron que la gente se tragaría una mentira tan descarada? ¿De verdad se esperaban algo diferente a una rebelión generalizada?

Dos semanas después del comienzo de la revolución, recibimos nuestra primera y única señal de la estación espacial china, Yang Liwei. Era la única estación tripulada que quedaba en órbita aparte de la nuestra, pero no se podía comparar con nosotros en ningún sentido. Había sido construida a las carreras, con módulos Shenzhou y un montón de tanques de combustible Long March soldados juntos, como una versión gigante del viejo Skylab.

Llevábamos meses tratando de contactarlos. Ni siquiera estábamos seguros de que hubiera alguien allí. Lo único que recibíamos siempre, era un mensaje pregrabado en inglés con acento de Hong Kong, advirtiéndonos que mantuviéramos nuestra distancia para no provocar una respuesta de "fuerza letal." ¡Qué increíble desperdicio! Podríamos haber trabajado juntos, intercambiado provisiones, conocimientos técnicos. Quién sabe qué podríamos haber logrado si tan sólo hubiésemos ignorado la política y nos hubiésemos reunido como malditos seres humanos.

Después de un tiempo, nos convencimos de que la estación estaba abandonada y que su amenaza de "fuerza letal" era sólo un truco. No podríamos habernos sorprendido más cuando una señal llegó a través de nuestra radio de onda corta.65 Era una voz humana, cansada, asustada, y se interrumpió tras unos pocos segundos. Esa fue toda la motivación que necesité para abordar el Verne y dirigirme hacia la Yang.

Tan pronto como apreció en el horizonte, noté que su órbita había cambiado radicalmente. Al acercarme, pude ver por qué. La compuerta de su módulo de escape había sido expulsada, pero como todavía estaba acoplado a la bahía de presión, toda la estación se había despresurizado en cuestión de segundos. Como precaución, solicité permiso para abordar. Nada. Al subir a bordo, vi que aunque la estación era lo suficientemente grande para una tripulación de siete u ocho personas, sólo tenía literas y artículos personales para dos. La Yang estaba repleta de equipos para emergencia, suficiente comida, agua, y velas de oxígeno para cinco años cuando menos. Lo que no pude entender era para qué todo eso. No había instrumentos científicos a bordo, ni equipos de vigilancia o recolección de datos. Era como si el gobierno chino hubiese enviado a dos hombres al espacio sólo con el propósito de tenerlos allí. A los quince minutos de mi caminata, encontré la primera de varias cargas de demolición. Esa estación espacial no era más que una gigantesca bomba de negación orbital. Si las cargas hubiesen detonado, los escombros de aquella estación espacial de cuatrocientas toneladas métricas no sólo habrían dañado o destruido cualquier otra plataforma flotante, sino que habrían impedido cualquier otro lanzamiento durante años. Era parte de una política china de "Espacio de Nadie", "si nosotros no podemos subir allí, nadie más podrá."

Todos los sistemas de la estación seguían funcionando. No había ocurrido un incendio, no había daño estructural, nada que hubiese podido causar el accidente con la compuerta del módulo de escape. Encontré el cuerpo de un taikonauta con su mano aún cerrada alrededor de la palanca de expulsión de la compuerta. Tenía puesto uno de esos trajes presurizados para escapes de emergencia, pero el visor había sido atravesado por una bala. Supongo que el arma y su dueño fueron expulsados hacia el espacio. Me gusta pensar que la revolución china no se limitó únicamente a La Tierra, que ese hombre que abrió la compuerta fue el mismo que trató de contactarnos. Quizá su compañero era un partidario del viejo gobierno, un nacionalista al que le habían ordenado detonar las cargas de demolición. Entonces Zhai —ese era el nombre marcado en sus objetos personales— Zhai trató de arrojar a su compañero al espacio, y recibió un disparo en el intento. Es una buena historia, creo. Así es como quiero recordarla.

¿Así pudieron prolongar su estadía? ¿Usando los provisiones de la Yang?

[Hace un gesto de aprobación con el pulgar.] Utilizamos cada fragmento que pudimos extraer de ella como partes de repuesto y materia prima. Nos habría gustado conectar las dos plataformas, pero

no teníamos ni el equipo ni el personal necesario para ese trabajo. Podríamos haber usado su módulo de escape para regresar a La Tierra. Tenía un escudo térmico adecuado y espacio para tres. Fue muy tentador. Pero la órbita de la estación estaba cayendo rápidamente y teníamos que hacer una elección de inmediato, escapar a La Tierra o reabastecer la EEI. Ya sabe cuál fue nuestra elección.

Antes de abandonarla para siempre, presentamos nuestros respetos a nuestro amigo Zhai. Aseguramos su cuerpo a una litera, empacamos sus objetos personales, y tras regresar a la EEI, dijimos algunas palabras en su honor mientras la Yang se quemaba al entrar en la atmósfera. Pensándolo bien, él podía haber sido el nacionalista, no el rebelde, pero de todas formas sus acciones nos permitieron seguir con vida. Permanecimos otros tres años en órbita, tres años que no habrían sido posibles sin esos productos de China.

Sigo pensando que una de las grandes ironías de la guerra fue que nuestra tripulación de reemplazo llegó a bordo de un vehículo espacial privado. El *Spacecraft Three,* esa nave que había sido diseñada como el primer vehículo de turismo espacial. El piloto tenía un enorme sombrero vaquero y una sonrisa yanqui de confianza. **[Intenta imitar un acento de Texas.]** "¿Alguien pidió un domicilio?"**[Se ríe, pero hace una mueca de dolor y se automedica otra vez.]**

Algunas veces nos preguntan si lamentamos nuestra decisión de quedarnos a bordo. No puedo hablar por mis compañeros. En sus lechos de muerte, los dos dijeron que lo volverían a hacer. ¿Cómo no voy a estar de acuerdo? No me arrepiento de la terapia física que tuvimos que soportar luego, tener que endurecer todos mis huesos otra vez y recordar por qué el Señor me dio un par de piernas al nacer. No lamento haberme expuesto a toda esa radiación, en esos EVAs sin escudo adecuado, todo ese tiempo allá afuera con el poco blindaje de la EEI. No me arrepiento de esto. **[Señala el cuarto de hospital a nuestro alrededor, y las máquinas conectadas a su cuerpo.]** Fue nuestra elección, y me gustaría pensar que al final, logramos hacer la diferencia. No está nada mal para ser el hijo de un minero de ópalos de Andamooka.

[Terry Knox murió tres días después de esta entrevista.]

ANCUD**, I**SLA **G**RANDE **D**E **C**HILOE**, C**HILE

[Aunque la capital oficial se ha establecido otra vez en Santiago, esta base de refugio sigue siendo el centro económico y cultural del país. Ernesto Holguín tiene su hogar en una casa de playa en la Peninsula de Lacuy, aunque sus deberes como capitán de un barco mercante lo mantienen en el mar la mayor parte del año.]

Los libros de historia la llaman “La Conferencia de Honolulu,” pero en realidad debería haberse llamado “La Conferencia de Saratoga” porque fue lo único que la mayoría de nosotros vió en todos esos días. Pasamos catorce días en esos camarotes apretados y pasillos inundados. El USS *Saratoga:* un portaaviones, luego un casco desmantelado, luego un barco de transporte de refugiados, y finalmente la Oficina Central Flotante de las Naciones Unidas.

Tampoco deberían haberlo llamado “conferencia.” En realidad, más pareció una emboscada. Se suponía que íbamos a intercambiar estrategias y tecnología. Todo el mundo estaba ansioso por conocer el sistema británico para construir avenidas fortificadas, que parecía tan emocionante como la demostración en vivo de Mkunga Lalem.[66] También íbamos a tratar de reintroducir algún sistema para el comercio internacional. Esa era mi tarea específica, integrar lo que quedaba de nuestra flota naval para formar una infraestructura de trasporte marítimo internacional. En realidad no sabía qué esperar de mi tiempo a bordo del *Super Sara*. Creo que nadie estaba preparado para lo que sucedió en realidad.

En el primer día de la conferencia, nos reunimos para las presentaciones. Hacía calor y estaba cansado, y le pedía a Dios que pudiéramos evitarnos todos esos interminables discursos. Pero entonces el embajador norteamericano se levantó, y el mundo dejó de girar de improviso.

Era la hora de atacar, dijo él, de que todos saliéramos de nuestras zonas seguras y comenzáramos a recuperar los territorios infestados. Al principio pensé que hablaba de operaciones aisladas: colonizar más islas deshabitadas o, quizá, abrir nuevamente los canales de Suez y Panamá. Mis suposiciones no duraron mucho. Dejó muy en claro que no estaba hablando de una serie de incursiones tácticas menores. Los Estados

Unidos planeaban entrar en ofensiva permanente, marchando y avanzando cada día, hasta que, según dijo, "encontremos cada rastro, lo limpiemos, y si es necesario, lo hagamos volar de la superficie de la Tierra." Quizá pensó que plagiar a Churchill le daría un mayor impacto emocional. Pero no. En lugar de eso, todo el salón comenzó a discutir de inmediato.

Por un lado, preguntaban por qué debíamos arriesgar más vidas y sufrir más bajas innecesarias, cuando lo único que debíamos hacer era quedarnos en un lugar seguro esperando a que nuestro enemigo se pudriera. ¿Acaso no estaba comenzando ya? ¿No veían que los primeros casos ya empezaban a mostrar signos de descomposición avanzada? El tiempo estaba de nuestro lado, no del de ellos. ¿Por qué no dejábamos que la naturaleza hiciera el trabajo por nosotros?

Los del otro lado respondían que no todos los muertos de estaban pudriendo. ¿Qué iban a hacer con los casos más recientes, los que seguían fuertes e intactos? ¿No bastaba con uno sólo para revivir nuevamente la epidemia? ¿Y qué haríamos con los que plagaban los países septentrionales? ¿Cuánto tiempo iban a tener que esperar allá? ¿Décadas? ¿Siglos? ¿Los refugiados de esos países, iban a tener alguna vez la oportunidad de regresar a casa?

Y ahí fue cuando las cosas se pusieron feas. Muchos de esos países nórdicos eran parte de lo que se solía llamar "El Primer Mundo." Un delegado de un país "en desarrollo" sugirió, con algo de enojo, que quizá ese era su castigo por invadir y saquear "las naciones oprimidas del sur." Quizá, según dijo él, si la "hegemonía blanca" tenía que lidiar con sus propios problemas, la invasión de los muertos vivientes ayudaría para que el resto del mundo se desarrollara "sin la intervención imperialista." A lo mejor los muertos iban a traer algo más que destrucción al mundo. Quizá a fin de cuentas, traerían justicia social para el futuro. Ahora bien, mi gente siente muy poco aprecio por los gringos del norte, y mi familia sufrió tanto bajo el régimen de Pinochet como para que ese odio sea algo personal, pero llega un momento en el que las emociones personales deben abrirle paso a los hechos reales. ¿Cómo podíamos hablar de una "hegemonía blanca" cuando las economías de mayor crecimiento antes de la guerra habían sido China e India, y la más grande durante la guerra era, sin duda, Cuba? ¿Cómo podían decir que el problema del frío era exclusivo de los países del norte, cuando había tanta gente luchando por sobrevivir en los Himalayas, o en los Andes de mi querido Chile? No, ese hombre, y todos los que estuvieron de acuerdo con él, no querían justicia para el futuro. Ellos querían venganza por el pasado.

[Suspira.] Después de todo lo que habíamos pasado, seguíamos siendo incapaces de sacar nuestras cabezas de nuestros traseros y de alejar nuestras manos del cuello de los demás.

Yo estaba sentado junto a la delegada de Rusia, tratando de evitar que se subiera a la mesa a gritar, cuando escuché otra voz norteamericana. Era su presidente. Aquel hombre no gritó, y ni siquiera trató de pedir orden. Sólo siguió hablando en ese tono de voz firme y tranquilo, que no creo que ningún otro líder haya podido imitar desde entonces. Incluso agradeció a sus "amigos delegados" por sus "valiosas opiniones" y admitió que, desde un punto de vista puramente militar, no había ninguna razón para "abusar de nuestra suerte." Habíamos enfrentado a los muertos vivientes hasta llegar a un empate, y eventualmente, las generaciones futuras podrían habitar nuevamente el planeta con muy poco o ningún riesgo. Sí, era cierto que nuestras estrategias de defensa habían salvado la raza humana, ¿pero qué pasaría con el espíritu humano?

Los muertos vivientes nos habían quitado mucho más que nuestras tierras y a nuestros seres queridos. Nos habían quitado nuestra confianza como la forma de vida dominante del planeta. Estábamos abatidos, destrozados, al borde de la extinción, y la única esperanza que teníamos era que el mañana trajera un poco menos de sufrimiento que el día de hoy. ¿Ese iba a ser el legado que le pasaríamos a nuestros hijos, un estado de temor y duda que nuestra raza no había experimentado desde que nuestros ancestros más lejanos se refugiaban en las copas de los árboles? ¿Qué clase de mundo les tocaría reconstruir? ¿Sí llegarían a reconstruirlo? ¿Serían capaces de seguir progresando, sabiendo que su especie había sido incapaz de luchar por su futuro? ¿Y qué tal si en el futuro ocurría otro levantamiento de los muertos? ¿Nuestros descendientes los enfrentarían en batalla, o simplemente se arrodillarían derrotados y aceptarían lo que en sus mentes sería una extinción inevitable? Nada más por esa razón teníamos que recuperar nuestro planeta. Teníamos que probarnos a nosotros mismos que sí podíamos, y en esta guerra, esa prueba sería un recordatorio más grande que cualquier monumento. Caminar un largo y difícil camino para recuperar nuestra humanidad, o regresar a nuestro primitivo e indefenso estado de primates. Esas eran las alternativas, y había que escoger de inmediato.

Era tan típico de los norteamericanos, tratando de alcanzar las estrellas con el culo todavía atorado en un pantano. Supongo que de haber estado en una película gringa, algún idiota se habría puesto de pié y

habría comenzado a aplaudir lentamente, y luego todos se habrían unido y una lágrima habría bajado en cámara lenta por la mejilla de alguien, o alguna otra mierda por el estilo. Pero todo el mundo se quedó callado. Nadie se movió. El presidente de la Organización anunció que habría un descanso por la tarde para considerar las propuestas, y que nos reuniríamos al anochecer para una votación general.

Como agregado naval, yo no participaría en esa votación. Mientras el embajador decidía el destino de nuestro Chile, yo no tenía nada más qué hacer, excepto disfrutar una puesta de sol sobre el Pacífico. Me senté en la cubierta del portaaviones, entre los generadores de turbina y los paneles solares, pasando el rato junto con mis pares de de Francia y Sudáfrica. Tratamos de no hablar de lo mismo de siempre, buscando algún tema lo más alejado de la guerra que fuese posible. Se nos ocurrió que el vino era terreno seguro. Por casualidad, los tres habíamos vivido, trabajado, o crecido en una familia conectada con un viñedo: Aconcagua, Stellenboch, y Burdeos. Ese era nuestro legado en común, pero como cosa rara, terminamos hablando de la guerra.

El viñedo de Aconcagua había sido destruido, incendiado durante los desastrosos experimentos de nuestro país con napalm. En Stellenboch ahora se cultivan vegetales para alimentar a los sobrevivientes. Las uvas eran consideradas un lujo injustificable, cuando toda la población estaba a punto de morir de hambre. Burdeos estaba infestado, los muertos habían arrasado con el terreno, así como con casi toda la Francia continental. El comandante Emile Renard era mórbidamente optimista. ¿Quién sabe qué clase de nutrientes aportarían al suelo todos esos cadáveres? Quizá mejoraría el sabor de las cosechas una vez que recuperaran Burdeos, si es que lo recuperaban. Cuando el sol comenzó a ocultarse, Renard sacó algo de su mochila de viaje, una botella de Chateau Latour, 1964. No podíamos creer lo que estábamos viendo. La del 64 había sido una cosecha muy escasa. Por simple casualidad, las uvas de su viñedo habían madurado temprano esa estación, y se había realizado la cosecha a finales de agosto en lugar de septiembre, como era tradición. Justo ese septiembre vino acompañado por lluvias devastadoras que inundaron los otros viñedos, e hicieron del Chateau Latour de ese año algo tan preciado como el Santo Grial. La botella en manos de Renard bien podía ser la última de su tipo, el mejor símbolo de un mundo que quizá nunca volveríamos a ver. Era el único objeto personal que había podido rescatar durante la evacuación. La llevaba consigo a todos lados, y planeaba conservarla para… para siempre, supongo, ya que al parecer ninguna plantación volvería a fabricar vinos nunca más. Pero ese día, después del discurso del presidente yanqui…

[Involuntariamente se pasa la lengua por los labios, como saboreando el recuerdo.]

No se había conservado en las mejores condiciones, y las tazas de plástico no ayudaban mucho. Pero no nos importaba. Disfrutamos y saboreamos cada sorbo.

¿Tenían tanta confianza en el resultado de la votación?

No me esperaba que fuese unánime, y tuve razón. Diecisiete "No" y treinta y un "En blanco." Al menos los que votaron "no" estaban preparados para sufrir las consecuencias a largo plazo de su decisión… y lo hicieron. Si tenemos en cuenta que la nueva ONU sólo se componía de setenta y dos delegados, el apoyo fue bastante pobre. Pero eso no me importaba, y tampoco a mis compañeros de aquella cata improvisada. Para nosotros, para nuestros países y nuestros hijos, la decisión ya había sido tomada: atacar.

GUERRA TOTAL

A BORDO **D**EL ***M****AURO* ***A****LTIERI*,
A CIEN **M**ETROS **S**OBRE **V**AALAJARVI**, F**INLANDIA

[Estoy de pié junto al general D'Ambrosia en el CIC, el Centro de Información de Combate, la versión europea del impresionante dirigible de comando y control D-29 de los Estados Unidos. La tripulación trabaja en silencio frente a sus monitores titilantes. De vez en cuando, alguno de ellos dice algo al micrófono, una rápida y clara confirmación en francés, alemán, español o italiano. El general se inclina sobre el mapa, en una mesa que es en realidad una pantalla de video, observando toda la operación en lo más cercano que hay a lo que vería Dios.]

"Ataquen"— cuando escuché esa palabra, mi primera reacción fue "mierda." ¿Acaso le sorprende?

[Antes de que yo pueda responder…]

Seguro que sí. Lo más probable es que todo el mundo piense que "el duro" estaba feliz con la noticia, toda esa sangre y esas tripas, esa basura de "agárrenlos por la nariz mientras les pateamos el trasero" y todo eso.

[Sacude su cabeza.] No sé quién creó el estereotipo de los generales brutos, agresivos y con cara de entrenador de fútbol de secundaria. Quizá fue culpa de Hollywood, o de la prensa civil, o de nosotros mismos, al permitir que esos payasos insípidos y egocéntricos —los MacArthurs, Halseys y Curtis E. LeMays— representaran nuestra imagen frente al resto del mundo. El caso es que esa era la imagen que teníamos todos los de uniforme, y no podía estar más alejada de la verdad. Me estaba muriendo del miedo ante la idea de llevar a nuestras fuerzas armadas a la ofensiva, sobre todo porque no sería sólo mi pellejo el que se quemaría en el fuego. Estaría enviando a muchas personas a morir, y esto es a lo que se tendrían que enfrentar.

[Voltea para mirar una pantalla en la pared, le hace un gesto a uno de los operarios, y la imagen se disuelve, reemplazada por un mapa de los Estados Unidos como era durante la guerra.]

Doscientos millones de zombies[67]. ¿Quién puede imaginarse una cantidad de esas, y no hablemos de combatirlos? Al menos esta vez sabíamos a qué nos enfrentábamos, pero si se suma toda la experiencia, los datos que habíamos reunido sobre su origen, su fisiología, sus debilidades y fortalezas, su motivación y su mentalidad, seguíamos teniendo una muy escasa esperanza de victoria.

El manual de la guerra, ese que hemos estado escribiendo desde que un mono le dio una palmada en la cara a otro, era completamente inútil para esta situación. Teníamos que escribir un nuevo manual desde cero.

Todos los ejércitos, no importa si tienen la mejor tecnología o son guerrilleros en la selva, tienen que someterse a tres restricciones básicas: tienen que hacerse, alimentarse y liderarse. Hacerse: se necesitan soldados, o de lo contrario no hay ejército; alimentarse: una vez que se tiene un ejército, hay que darles lo que necesitan para sobrevivir; y liderarse: sin importar lo descentralizada que sea una unidad de combate, tiene que haber alguien entre ellos con la autoridad de decir "síganme." Hacer, alimentar y liderar; y ninguna de esas restricciones afecta a los muertos vivientes.

¿Alguna vez leyó *Sin Novedad en el Frente?* Remarque describió una imagen muy vívida de una Alemania "vacía," porque hacia el final de la

guerra, simplemente se estaban quedando sin soldados para enviar. Se pueden estirar los números, enviar a los viejos y a los niños, pero eventualmente se va a llegar a un límite… a menos que cada vez que se mate a un enemigo, éste regrese a la vida a pelear del lado de uno. Así es como opera Zack, ¡aumentando sus números al acabar con los nuestros! Y la cosa sólo funciona en un sentido. Infecta a un humano, y se convierte en zombie. Mata a un zombie, y se convierte en un cadáver. Nosotros sólo podíamos debilitarnos, mientras que ellos se volvían cada vez más fuertes.

Todos los ejércitos humanos necesitan abastecerse, pero ese ejército no. Nada de comida, ni municiones, ni combustible, ¡ni siquiera agua para beber y aire para respirar! No había líneas logísticas qué cortar, ni depósitos para destruir. No se los podía rodear y esperar a que se murieran de hambre, ni que se "secaran en el árbol." Uno encierra a cien de ellos en un cuarto vacío, y tres años después salen de allí igual de letales.

Es irónico que la única manera de matar a un zombie sea destruir su cerebro, porque como grupo, no tienen ningún cerebro que los coordine. No había líderes, ni cadenas de mando, ni comunicaciones o cooperación de ningún tipo. No había ningún presidente qué asesinar, ni un búnker para bombardear. Cada zombie es en sí mismo una unidad autónoma e independiente, y esa última ventaja es la que resume todo el conflicto.

Habrá escuchado la expresión "guerra total"; es algo muy común en la historia de la humanidad. Más o menos una vez cada generación, algún idiota presume de que su pueblo le ha declarado una "guerra total" a algún enemigo, queriendo decir con eso que cada hombre, mujer, y niño de la nación, están trabajando cada segundo de sus vidas por la victoria. Es una estupidez por dos razones básicas. Primero que todo, porque ningún grupo ni país puede dedicarse en un cien por ciento a la guerra; no es físicamente posible. Se puede tener un gran porcentaje a favor, un montón de gente haciendo lo que pueden por apoyar, ¿Pero toda la gente y todo el tiempo? ¿Qué hay de los disidentes, o los objetores de conciencia? ¿Qué hay de los enfermos, los heridos, los muy viejos, o los muy jóvenes? ¿Qué pasa cuando la gente está durmiendo, comiendo, duchándose, o yendo al baño? ¿Acaso es una "cagada en pro de la victoria"? Esa es la primera razón por la que una guerra total es imposible para los humanos. La segunda es que todas las naciones tienen algún límite. Puede que haya individuos dentro del grupo dispuestos a sacrificar sus vidas; incluso puede que se trate de una buena cantidad de la población, pero la población como un todo llegará tarde o temprano hasta un punto de quiebre psicológico y emocional.

Los japoneses llegaron al suyo con un par de bombas atómicas norteamericanas. Los vietnamitas habrían legado al suyo con otro par68, pero gracias a Dios nosotros llegamos al nuestro primero. Esa es la naturaleza de la guerra: dos bandos, cada uno tratando de empujar al otro hasta los límites de su resistencia, y no importa cuánto nos guste hablar de una guerra total, ese límite siempre está ahí… a menos que uno sea un muerto viviente.

Por primera vez en nuestra historia, nos enfrentábamos a un enemigo que de verdad estaba declarándonos la guerra total. No tenían límites de resistencia. Nunca se detendrían a negociar ni se rendirían. Lucharían hasta el final porque, a diferencia de nosotros, cada uno de ellos, cada segundo de cada día, lo dedicaban a consumir toda la vida animal de la Tierra. Ese era el enemigo que nos estaba esperando detrás de Las Rocosas. Ese era el tipo de guerra que debíamos pelear.

DENVER**, C**OLORADO**, E**STADOS **U**NIDOS

[Acabo de terminar mi cena en la casa de los Wainio. Allison, la esposa de Todd, está arriba ayudando a su hijo Addison con la tarea. Todd y yo nos quedamos abajo, en la cocina, lavando los platos.]

Era como devolverse en el tiempo, ese nuevo ejército. No podía ser más diferente del ejército con el que yo había peleado, y con el que casi me muero en Yonkers. Ya no había casi nada mecánico —nada de tanques, artillería, gusanos69, nada de nada, ni siquiera los Bradleys. Esos estaban guardados, siendo modificados para cuando tuviéramos que recuperar las ciudades. No, los únicos vehículos que teníamos, los Humvees y algunos M-Tres-Siete ASV70, eran usados sólo para llevar municiones y equipo. Caminábamos todo el tiempo, marchando en columnas como se vé en esas pinturas de la Guerra Civil. Todo el tiempo se hacían bromas sobre “los azules” contra “los grises,” seguramente por el color de la piel de Zack y el de nuestros nuevos UCs. Ya no se preocupaban por los diseños del camuflaje; ¿para qué? Además, supongo que el azul marino era el color más barato que les quedaba. El

nuevo UC se parecía más a los uniformes de los equipos SWAT. Era ligero y confortable, y estaba tejido con fibras de Kevlar, sí, creo que era Kevlar71, fibras a prueba de mordiscos. Tenía unos guantes y una máscara que cubría toda la cara como accesorios opcionales. Mucho después, en combate mano a mano dentro de las ciudades, esos accesorios salvaron un montón de vidas.

Todo lo que llevábamos encima tenía un aspecto *retro*. Nuestros Lobos parecían algo sacado de, no sé, ¿de *El Señor de los Anillos*? La orden era de usarlos sólo cuando fuera necesario, pero créame, fue necesario *muchas veces.* Simplemente se sentía bien, ya sabe, sacudir ese pedazo de acero sólido. Hacía que las cosas fueran personales, te daba fuerza. Uno sentía cuando el cráneo se partía. Era emocionante, como si uno estuviera recuperando su vida con cada golpe, ¿entiende? Y no es que me molestara tirar del gatillo.

Nuestra arma principal era el REI, el Rifle Estándar de Infantería. La culata de madera lo hacía ver como un arma de la Segunda Guerra Mundial; supongo que los materiales sintéticos seguían siendo difíciles de producir. No estoy seguro de dónde sacaron el REI. Me han dicho que fue una modificación del AK. También me han dicho que era una versión reducida del XM8, el rifle que el ejército planeaba introducir en la siguiente generación. Incluso escuché que fue inventado, probado, y producido por primera vez durante el asalto a la Ciudad de los Héroes, y que los planos fueron transmitidos a Honolulu. Sinceramente, no tengo idea y tampoco me importa. Pateaba como una mula y sólo disparaba en semiautomático, ¡pero era preciso y nunca, nunca se atascaba! Uno podía arrastrarlo por un pantano, enterrarlo en la arena, tirarlo al mar y dejarlo allí por días. No importaba lo que uno le hiciera a ese bebé, nunca fallaba. Los únicos adornos que tenía era un equipo de partes de repuesto, culatas intercambiables y barriles de distintas longitudes. Uno podía ser francotirador de larga distancia, Lugo volverlo rifle de mediano alcance y carabina de corto, todo dentro de una misma hora, y todo cabía en el bolsillo de la mochila. También tenía una bayoneta de veinte centímetros, retráctil, que se podía usar en una emergencia si no se tenía el Lobo a la mano. A veces bromeábamos diciendo "cuidado, le vas a sacar un ojo a alguien con eso," y por supuesto, sacábamos muchos ojos. El REI era también una maravillosa arma de combate cuerpo a cuerpo, incluso sin contar la bayoneta, y si se tienen en cuenta todas las demás cosas que lo hacían excelente, entenderá por qué le decíamos, siempre con respeto, "El Rey."

La munición estándar era la OTAN 5.56 "EDP Cereza." EDP quiere decir explosivo de detonación pirotécnica. El diseño era fenomenal. Se partía

y se incineraba al entrar en la cabeza de Zack, y los fragmentos le cocinaban el cerebro. No había ningún riesgo de que expulsaran materia gris infectada, y no había necesidad de quemarlos después. Cuando tocaba hacer SC72, ni siquiera había que decapitarlos antes de enterrarlos. Sólo se cavaba la trinchera y se podía echar el cuerpo entero adentro.

Sí, era un ejército nuevo, y la gente también había cambiado. El reclutamiento era diferente, y ser un soldado raso era una cosa completamente distinta. Todavía estaban los requisitos de antes —resistencia física, competencia mental, la motivación y la disciplina para enfrentar retos difíciles en condiciones extremas— pero nada de eso importaba si no se podía enfrentar el shock-Z a largo plazo. Ví a muchos de mis viejos compañeros perder la cabeza por los nervios. Algunos colapsaron, otros se metieron un tiro en la cabeza, y otros se llevaron a alguien más con ellos. No tenía nada que ver con ser valiente ni nada por el estilo. Una vez leí una guía de supervivencia inglesa que hablaba sobre la personalidad del "guerrero," de cómo tu familia debía ser financiera y emocionalmente estable, y que una buena señal era que no te interesaran las mujeres cuando eras joven. **[Todd resopla.]** Guías de supervivencia… **[Mueve su mano en un movimiento como de masturbación.]**

Las caras nuevas podían haber salido de cualquier parte: tus vecinos, tu tía, ese maestro sustituto con cara de idiota, o el gordo perezoso de la oficina de tránsito. Desde vendedores de seguros, hasta un tipo que estoy seguro que era Michael Stipe, aunque él nunca quiso admitirlo. Supongo que tenía mucho sentido; ningún incapaz habría podido llegar tan lejos de todas formas. Todos los que seguíamos vivos éramos veteranos de cierta manera. Mi compañera de equipo, la hermana Montoya, tenía cincuenta y dos años y había sido monja, o todavía lo era, supongo. Medía sólo un metro con sesenta de altura, pero había protegido a los niños de su clase de catequesis durante nueve días, usando sólo un candelabro de hierro de dos metros de longitud. No sé cómo hizo para cargar con su mochila, pero lo hizo sin quejarse, desde nuestro cuartel en Needles hasta nuestro punto de encuentro justo en las afueras de Esperanza, en Nuevo México.

Esperanza. En serio, así se llamaba el pueblo.

Dicen que "el duro" lo escogió por el terreno, que era plano y abierto, con el desierto al frente y las montañas detrás. Perfecto, decían, para un encuentro frente a frente, y que el nombre no había tenido nada que ver. Sí, claro.

El duro quería que toda esa operación de prueba saliera bien. Iba a ser la mayor batalla a campo abierto desde Yonkers. Era uno de esos momentos, ya sabe, como, cuando un montón de detalles logran cambiar todo…

¿Decisivos?

Sí, supongo. Toda esa gente nueva, el equipo, el entrenamiento, el plan —se suponía que todo eso funcionaría junto para darnos una victoria inicial y una motivación para el resto.

Encontramos un par de docenas de Gs en el camino. Los perros rastreadores los encontraban y sus entrenadores los despachaban con armas silenciadas. No queríamos atraer ningún otro hasta que estuviéramos bien instalados. Queríamos jugar con nuestras propias reglas.

Comenzamos a sembrar el "jardín": filas de estacas de campamento con cinta anaranjada brillante cada diez metros. Eran nuestros marcadores de distancia, mostrándonos exactamente dónde calibrar nuestras miras. Algunos tenían otras tareas ligeras como cortar los arbustos y organizar las cajas de municiones.

El resto de nosotros no tenía nada más que hacer, sólo esperar, comer algo, recargar las cantimploras, o meternos un rato en la bolsa, si es que éramos capaces de dormir. Habíamos aprendido mucho desde Yonkers. El duro nos quería bien frescos y descansados. El problema era que nos dejaba mucho tiempo para pensar.

¿Ya vio la película, esa que Elliot hizo sobre nosotros? ¿Esa escena con la fogata y todos los soldados hablando y diciendo bromas, sus historias y sus planes para el futuro, y el tipo al fondo con la armónica? Viejo, nada de eso fue así. Primero que todo, estábamos a mediodía, nada de fogatas ni armónica bajo las estrellas, y además todo el mundo estaba en silencio. Uno sabía lo que todos estábamos pensando, "¿Qué diablos estamos haciendo aquí?" Esa era la casa de Zack, y podía quedarse con ella si quería. Habíamos tenido un montón de charlas de motivación sobre el "futuro del espíritu humano." Habíamos visto el discurso del presidente, Dios sabe cuántas veces, pero al presi no le tocaba pararse allí en el patio de Zack. Todo estaba bien detrás de Las Rocosas. ¿Qué diablos hacíamos allá afuera?

A las 1300 horas, las radios comenzaron a chillar. Eran los

entrenadores de los perros que habían hecho contacto. Recargamos, quitamos el seguro, y tomamos nuestro lugar en la línea de fuego.

Esa era la pieza central de nuestra nueva doctrina de combate, de vuelta al pasado como todo lo demás. Nos formábamos en una línea recta, en dos filas: una activa, y otra detrás como reserva. La reserva servía para que, cuando alguien de la línea frontal necesitara recargar su arma, su puesto en la formación no se quedara vacío. En teoría, con todo el mundo disparando o recargando, podíamos seguir derribando a Zack mientras las municiones aguantaran.

Podíamos escuchar los ladridos, los Ks los estaban atrayendo. Comenzamos a ver Gs en el horizonte, cientos de ellos. Comencé a temblar, y eso que no era la primera vez que enfrentaba a Zack desde Yonkers. Había participado en las operaciones de limpieza en Los Ángeles. Había servido un tiempo en Las Rocosas cuando el verano derritió la nieve de los caminos. Pero siempre volvían los mismos temblores.

Los perros fueron recogidos, protegidos detrás de nuestras líneas. Activamos nuestro Mecanismo Primario de Provocación. Para ese entonces, todos los ejércitos tenían alguno. Los británicos usaban gaitas, los chinos trompetas, los sudafricanos golpeaban sus rifles con las assegais[73] y entonaban cantos de guerra zulúes. Pero nosotros, lo nuestro era Iron Maiden. Bueno, en lo personal nunca he sido muy fanático del metal. Lo mío es el rock clásico, y "*Driving South*" de Hendrix es lo más pesado que escucho. Pero tengo que admitir que allí parado, con el viento del desierto y "*The Trooper*" retumbando en el pecho, la cosa funcionó. El MPP no tenía nada que ver con atraer a Zack. Era para ponernos a volar a nosotros, para espantarle la vibra a Zack, ya sabe, "sacarle el miedo," como dicen los ingleses. Para cuando Dickinson estaba cantando la parte de "*As you plunge into a certain death*…" yo estaba listo, con el REI recargado y en posición, y los ojos fijos en la horda que crecía y se acercaba. Por mi cabeza sólo pasaba un pensamiento: "¡Vamos, Zack, hagamos esto de una vez, carajo!"

Justo antes de que llegaran a primer marcador, la música comenzó a desvanecerse. Los líderes de cada escuadrón gritaron, "¡Línea frontal, lista!" y los de la primera fila se arrodillaron. Luego vino la orden de "¡apunten!" y entonces, mientras todos conteníamos el aliento y la música se apagaba, escuchamos "¡FUEGO!"

La línea frontal estalló como una ola de fuego, retumbando como una ametralladora en automático y derribando a todos los Gs que cruzaron

el primer marcador. Las órdenes eran estrictas, sólo disparar a los que cruzaban la línea. Esperar a los demás. Habíamos estado entrenando por meses y se había convertido en puro instinto. La hermana Montoya levantó su arma sobre la cabeza, la señal de que se había quedado sin balas. Cambiamos de lugar, quité el seguro y busqué mi primer objetivo. Era una verde[74], no debía llevar muerta más de un año. Su pelo rubio y sucio colgaba en parches de una piel delgada y correosa. La barriga hinchada sobresalía bajo una camiseta negra y desteñida que decía *G IS FOR GANGSTA*. Centré mi mira en medio de sus ojos hundidos, azules y lechosos… los ojos no se les ponen de ese color por el virus, en realidad es por un montón de diminutos arañazos de polvo en la superficie, miles de ellos, porque Zack no parpadea ni produce lágrimas. Ese par de canicas azules me miraron cuando tiré del gatillo. El impacto la tumbó de espaldas y una nube de vapor salió del agujero en su frente. Respiré, busqué mi siguiente objetivo, y eso fue todo, estaba en automático.

El entrenamiento nos enseña que hay que hacer un disparo cada segundo. Lento, continuo, como una máquina.

[Comienza a tronar los dedos.]

En el campo de tiro practicábamos con metrónomos, todo el tiempo los instructores nos decían "ellos no tienen prisa, ¿ustedes por qué sí?" Era una manera de conservar la calma, de tranquilizarse. Teníamos que ser tan lentos y tan robóticos como ellos. "Ser más G que los G," era lo que nos decían.

[Sus dedos siguen sonando con un ritmo perfecto.]

Disparar, cambiar, recargar, tomar un sorbo de la cantimplora, agarrar un paquete de proveedores de los "*Sandlers*."

¿Sandlers?

Sí, los equipos de recarga, era una unidad especial de reserva cuyo único trabajo era asegurarse de que no se nos acabaran las balas. Uno sólo podía cargar unos cuantos proveedores a la vez, y tomaba mucho tiempo volver a cargarlos cuando todos estaban vacíos. Los Sandlers recorrían la línea de lado a lado recogiendo los proveedores vacíos, recargándolos en los contenedores de municiones, y entregándoselos de vuelta a cualquiera que les hiciera una señal. Dicen que cuando el ejército comenzó a entrenar los equipos de recarga, uno de los reclutas comenzó a hacer una imitación de Adam Sandler, ya sabe, como en

"*The Water Boy.*" Los oficiales no estaban muy contentos con el sobrenombre, pero a los equipos de recarga les encantó. Los Sandlers nos salvaron la vida, y se movían como si fueran un maldito ballet. Creo que en todo ese día y esa noche, nadie se quedó sin balas.

¿Esa noche?

Ellos seguían llegando, era un enjambre en cadena.

¿Así le dicen a un ataque a gran escala?

Era más que eso. Un G te vé, camina hacia tí, y gime. A un kilómetro de distancia, otro G escucha el gemido, lo sigue, y gime también, luego otro un kilómetro más adelante, luego otro. Viejo, si el área está bien poblada y la cadena no se rompe, quién sabe desde qué tan lejos pueden llegar. Y eso es sólo si hay uno cada kilómetro. Imagíneselo con diez de ellos cada kilómetro, o cien, o mil.

Comenzaron a amontonarse, formando una barrera artificial en la primera línea de defensa, un muro de cadáveres que se hacía más y más alto cada minuto. Estábamos construyendo una fortaleza de muertos, una situación en la que lo único que teníamos que hacer, era dispararle a cada cabeza que se asomaba lentamente sobre el borde. El duro había planeado justamente eso. Tenían una especie de torre-periscopio75 que les permitía a los oficiales ver sobre el muro. También tenían señales directas de satélite y aviones de reconocimiento, aunque nosotros, los soldados rasos, no teníamos idea de qué era lo que estaban viendo. *Land Warrior* ya no existía, así que sólo teníamos que concentrarnos en lo que teníamos frente a nuestras narices.

Comenzamos a registrar contactos por todos lados, los que llegaban rodeando el muro, o atraídos por los costados e incluso la retaguardia. De nuevo, el duro había previsto eso y nos ordenó que nos formáramos en un RS.

Un Recuadro Seguro.

O un "Raj-Singh," creo que le dicen así por el tipo que lo inventó. Nos organizamos formando un cuadrado, todavía en dos filas, con nuestros vehículos y todo lo demás en el centro. Fue una apuesta arriesgada, encerrarnos de esa manera. Está bien, la razón por la que no funcionó la primera vez en India, fue porque se les acabaron las balas. Pero no había ninguna garantía de que lo mismo no nos iba a pasar a nosotros. ¿Qué tal si el duro se había equivocado, si no nos habían empacado

suficientes balas o habían subestimado a Zack? Podría haber sido otro Yonkers, o peor, porque esta vez nadie podría salir vivo de allí.

Pero sí tenían suficientes municiones.

Más que suficientes. Los vehículos estaban cargados hasta el techo. Teníamos agua, y teníamos reemplazos. Si uno necesitaba tomarse cinco minutos de descanso, simplemente levantabas una mano y uno de los Sandlers saltaba a tomar tu puesto en la línea de fuego. Uno podía comer un bocado de Raciones-I,76 mojarse la cara, estirarse, y cambiarle el agua al pájaro. Nadie se ofrecía voluntariamente para tomar un descanso, pero teníamos estos equipos KO77, médicos de combate que evaluaban el desempeño de cada uno de nosotros. Habían estado con nosotros desde los primeros días de entrenamiento, se sabían hasta cada uno de nuestros nombres, y sabían, no me pregunte cómo, cuándo la fatiga del combate comenzaba a afectar nuestro desempeño. Nosotros ni siquiera nos dábamos cuenta, al menos yo no. Quizá era porque fallaba el tiro un par de veces, o porque perdía el ritmo de disparo y tiraba cada medio segundo en vez de un segundo entero. Entonces uno de ellos me daba una palmadita en el hombro y tenía que irme a descansar un momento. Pero funcionaba. A los cinco minutos estaba de vuelta en la línea, con la vejiga vacía, el estómago lleno, y menos temblores y calambres. La diferencia era enorme, y cualquiera que crea que se podía seguir sin ese descanso, debería intentar dispararle a un blanco móvil, una vez cada segundo, por quince horas seguidas.

¿Y qué hacían en la noche?

Usábamos las luces exploradoras de los vehículos, unos rayos intensos y rojos para que no afectaran nuestra visión nocturna. Lo más aterrador de pelear de noche, aparte de las luces rojas, es el brillo de las balas cuando estallan dentro de la cabeza. Por eso las llamábamos "EDP Cereza," porque si la mezcla de la pólvora no estaba bien hecha, producía un brillo tan fuerte al estallar que hacía que los ojos les brillaran de color rojo. Eso era capaz de aflojarte los intestinos, sobre todo después, cuando a uno le tocaba hacer rondas de guardia, y uno de ellos brincaba desde la oscuridad a agarrarte. Esos ojos rojos, congelados en el aire durante un segundo antes de caer. **[Se estremece.]**

¿Cómo supieron que la batalla había terminado?

¿Cuando dejábamos de disparar? **[Se ríe.]** No, es una buena pregunta.

Más o menos, no sé, alrededor de las 0400 las cosas comenzaron a calmarse. Ya no se veían tantas cabezas sobre el muro. El gemido comenzó a desaparecer. Los oficiales no nos dijeron que el ataque estaba por terminar, pero uno podía verlos mirando por los periscopios y hablando por la radio. Uno podía verles el alivio en la cara. Creo que el último disparo fue casi a la madrugada. Después de eso, simplemente nos quedamos esperando el amanecer.

Daba un poco de miedo, ver el sol levantándose sobre un anillo montañoso de cadáveres. Estábamos completamente encerrados, por todos los lados había un muro de al menos seis metros de alto, y de más de treinta de grosor. No estoy seguro de cuántos matamos ese día, los número varían según a quién le pregunte.

Unos Humvees con palas en el frente tuvieron que abrir un camino a través de la muralla para dejarnos salir. Todavía había algunos Gs vivos, algunos retrasados que habían llegado tarde a la fiesta, o que habían tratado de trepar sobre sus compañeros muertos y no pudieron lograrlo. Cuando comenzamos a apartar los cuerpos, algunos salieron retorciéndose. Esa fue la única vez que el señor Lobo entró en acción.

Por lo menos no nos tocó quedarnos para hacer el SC. Había otra unidad esperando en reserva para la limpieza. Supongo que el duro pensó que ya habíamos hecho más que suficiente ese día. Caminamos veinticinco kilómetros hacia el occidente y montamos un campamento con torres de vigilancia y paredes de concertina78. Estaba acabado. No recuerdo la ducha química de limpieza, ni cuando entregué mi equipo para desinfectarlo y mi arma para inspección: no se atascó ni una sola vez, ni a nadie del escuadrón. Ni siquiera recuerdo cómo me metí en mi bolsa de dormir.

Nos dejaron dormir todo lo que quisimos al día siguiente. Eso fue genial. Eventualmente me despertaron unas voces; todo el mundo hablaba, se reía y contaba historias. Era una vibra diferente, ciento ochenta grados comparada con la del día anterior. No puedo decirle exactamente lo que estaba sintiendo, quizá era lo que el presidente había dicho sobre “reclamar nuestro futuro.” Sólo sabía que me sentía bien, mejor que cualquier día de la guerra. Sabía que el camino por delante iba a ser jodidamente difícil. Sabía que nuestra campaña a lo largo y ancho de Norteamérica apenas estaba comenzando, pero bueno, como el presi lo dijo esa misma noche, era el comienzo del fin.

AINSWORTH**, N**EBRASKA**, E**STADOS **U**NIDOS

[Darnell Hackworth es un hombre tímido de voz débil. Él y su esposa dirigen una granja de retiro para los veteranos de cuatro patas de la guerra, los miembros de la división K-9 del ejército. Hace diez años, granjas como éstas podían encontrarse en todos los estados de la unión. Ahora, ésta es la única que queda.]

Yo creo que nunca les dan suficiente crédito. Está ese cuento, *Dax,* y es un bonito libro para niños, pero es muy simple y se trata sólo de un dálmata que cuidó a un huérfano hasta que llegó a un lugar seguro. "Dax" ni siquiera estaba en el ejército, y rescatar a los niños fue sólo una pequeña parte de la contribución de los perros para la guerra.

Para lo primero que usaron a los perros fue para la selección, para olfatear a los infectados. La mayoría de los países copió el sistema israelí de dejar pasar la gente al lado de las jaulas de los perros. Había que tenerlos en jaulas, o de lo contrario podían atacar a la persona, atacarse entre ellos, o incluso al entrenador. Eso ocurrió mucho, sobre todo al principio, perros que se volvían locos. No importaba si eran del ejército o de la policía. Es el instinto, un terror genético e involuntario. Era cuestión de huir o pelear, y esos perros habían sido criados para pelear. Un montón de entrenadores perdieron las manos, los brazos, y a muchos les destrozaron la garganta. No culpo a los perros. De hecho, los israelíes dependían de ese instinto, y probablemente salvó millones de vidas.

Era un buen programa, pero nuevamente, era sólo una pequeña muestra de lo que los perros podían hacer. Mientras que los israelíes, y después otros países trataron sólo de aprovechar ese terror instintivo, nosotros pensábamos que podíamos integrarlo en su entrenamiento y enseñarles a controlarlo. ¿Y por qué no? Nosotros habíamos aprendido a hacerlo, ¿y acaso éramos mucho más evolucionados?

Todo era cuestión de entrenamiento. Había que comenzar desde que eran jóvenes; porque incluso los perros más disciplinados y bien entenados de la preguerra, perdían el control y eso ya era imposible de cambiar. Los perros que nacieron después de la crisis, salieron del vientre literalmente oliendo a los muertos. Estaba en el aire, nosotros no podíamos sentirlo porque eran sólo unas cuantas moléculas, pero

para ellos era una iniciación subconsciente. Claro que eso no los convertía automáticamente en guerreros. La introducción inicial era la fase más importante. Uno tomaba un grupo de cachorros, escogidos al azar o una camada completa, y se los ponía en un cuarto que tenía una reja de alambre en la mitad. Ellos quedaban a un lado, y Zack en el otro. No había que esperar mucho para obtener una respuesta. Al primer grupo lo llamábamos los Bs. Eran los que comenzaban a aullar, llorar y a quejarse. No servían. No eran como los As. Esos cachorros fijaban sus ojos en Zack, y esa era la clave. No retrocedían, le enseñaban los dientes y emitían este gruñido grave que quería decir, "¡atrás o te mato!" Eran capaces de controlarse, y esa era la base de todo nuestro programa.

Ahora bien, El hecho de que pudieran controlarse no quería decir que nosotros pudiéramos controlarlos. El entrenamiento básico era prácticamente el mismo que se usaba antes de la guerra. ¿Eran capaces de soportar el EF?[79] ¿Obedecían las órdenes? ¿Tenían la inteligencia y la disciplina de unos buenos soldados? Era difícil, y teníamos un índice de fracasos del sesenta por ciento. A veces los reclutas salían lastimados, o morían. Muchas personas hoy en día nos critican por inhumanos, y no parecen sentir mucha simpatía por los entrenadores. Sí, pero nosotros también teníamos que pasar por lo mismo junto a los perros, desde los primeros días del entrenamiento básico, y otras diez semanas en EIA.[80] Era difícil, sobre todo los ejercicios con enemigos reales. ¿Sabía que fuimos los primeros en usar a Zack "vivos" en nuestros campos de entrenamiento, antes que la infantería, las Fuerzas Especiales, y que los pilotos de Willow Creek? Era la única manera de saber si podíamos soportarlo, como individuos y como equipo.

¿Cómo más podíamos prepararlos para tantas misiones? Teníamos los Cebos, que se volvieron famosos en la Batalla de Esperanza. Era simple; tu compañero busca a Zack y lo atrae hasta la línea de fuego. Los Ks eran muy rápidos en las primeras misiones, salían a la carrera, ladraban, y volvían corriendo tras la línea de fuego. Después se volvieron más confiados. Aprendieron a quedarse siempre a unos cuantos metros de distancia, ladrando y retrocediendo lentamente, asegurándose de atraer la mayor cantidad posible de blancos. En ese sentido, eran ellos los que decidían a quién teníamos que dispararle.

También estaban los Señuelos. Digamos que necesitas organizar una posición de fuego, y no quieres que Zack llegue temprano a la fiesta. Tu compañero corría en círculos alrededor de la zona infestada, y ladraba sólo cuando estaba en el lado opuesto al tuyo. Funcionó bien en un montón de combates, y fue la inspiración para la táctica de los

“lemmings”.

Durante la reconquista de Denver, encontraron un enorme edificio en el que unos doscientos o trescientos refugiados se quedaron encerrados con algunos infectados, y los habían contagiado a todos. Antes de que nuestra gente abriera la puerta, uno de los Ks salió corriendo por su propia cuenta hasta la terraza del edificio de enfrente, y comenzó a ladrar para hacer que Zack subiera a los pisos superiores. Funcionó de maravilla. Casi todos los Gs subieron hasta el techo, vieron una presa, se lanzaron hacia ella, y cayeron al vacío por un costado del edificio. Después de Denver, la táctica de los lemmings fue añadida al manual. Hasta la infantería la utilizaba cuando no había Ks a la mano. No era raro ver a un soldado parado en el techo de un edificio, gritando hacia otro edificio cercano.

Pero la principal y más común misión de los equipos K era la exploración, tanto en BL como PLA. BL es Barrido y Limpieza, como parte de una unidad regular de infantería. Ahí era donde más valioso resultaba el entrenamiento. No sólo podían oler a Zack a kilómetros de distancia, sino que los sonidos que hacían nos indicaban qué íbamos a encontrar. Uno podía saber todo lo necesario por el tono del gruñido y la frecuencia de los ladridos. A veces, cuando había que hacer silencio, el lenguaje corporal servía igual de bien. El arco del lomo y los pelos erizados eran suficiente señal. Después de algunas misiones, cualquier entrenador competente, y todos lo eran, podía leer todas las señales de su compañero. Los exploradores que encontraron zombies sumergidos en los pantanos, o sin piernas en medio de la hierba, salvaron muchas vidas. Yo perdí la cuenta de las veces que un soldado nos agradeció personalmente por encontrar un G oculto que en otras condiciones le habría arrancado un pié de un mordisco.

PLA es Patrulla de Largo Alcance, cuando tu compañero era enviado a patrullar más allá de las líneas de fuego, a veces viajando por días enteros para recolectar datos del territorio infestado. Llevaban un arnés especial con una cámara de video con enlace satelital y GPS, que nos daba datos en tiempo real sobre el número y localización exacta de los objetivos. Así uno podía predecir la posición de Zack en un mapa, sincronizando con lo que veía tu compañero y los datos del GPS. Supongo que desde el punto de vista técnico, era impresionante, espionaje en tiempo real como el de antes de la guerra. Al duro le encantaba, pero a mí no; siempre me preocupaba más lo que podía pasarle a mi compañero. No se imagina lo difícil que era, estar allí parado en un cuarto lleno de computadoras y con aire acondicionado —a salvo, confortable, y totalmente impotente. Mucho después, los arneses

fueron equipados con un sistema de radio para que el entrenador pudiese dar órdenes, o en el peor de los casos, abortar la misión. Yo nunca trabajé con esos. Los equipos tenían que entrenar con ellos desde el principio. Uno no podía devolverse a entrenar nuevamente un K que ya sabía hacer lo suyo. No se le pueden enseñar trucos nuevos a un perro viejo. Lo siento, es un mal chiste. Tuve que aguantar un montón de malas bromas por parte de los idiotas de inteligencia; parado detrás de ellos mientras miraban sus malditos monitores, fascinados con las maravillas de sus "Recursos de Inteligencia Portátiles." Se creían muy simpáticos por haber inventado ese nombre para el arnés. Como si para nosotros fuera muy gracioso tener un RIP pegado en el lomo de nuestros compañeros.

[Sacude la cabeza.]

Y yo tenía que quedarme allí, apretando los puños, mirando lo que veía mi compañero mientras cruzaba bosques, pantanos o pueblos. Los pueblos y las ciudades, esas eran lo peor. Esa era la especialidad de mi división. Ciudad Perro. ¿Alguna vez escuchó hablar de ella?

¿La Escuela K-9 de Combate Urbano?

Sí, esa, y era una ciudad de verdad: Mitchell, en Oregon. Acordonada, abandonada, y llena de Gs activos. Ciudad Perro. En realidad debieron haberla llamado Ciudad Terrier, porque casi todos los Ks que criábamos en Mitchell eran terrier. Diminutos escoceses, norwich y yorkshires, buenos para moverse entre los escombros y espacios estrechos. En lo personal, Ciudad Perro me suena bastante bien. Yo trabajaba con un *dach*. Eran los mejores guerreros urbanos. Eran duros, inteligentes y, sobre todo los minis, se sentían perfectamente cómodos en espacios cerrados. De hecho, para eso habían sido criados originalmente; "perro tejonero," eso es lo que significa *dachshund* en alemán. Por eso los ciaron con esa forma de salchicha, para poder cazar en las estrechas madrigueras de los tejones. Entenderá por qué esa raza era la mejor para los agujeros de ventilación y los pasadizos de un campo de guerra urbano. La habilidad de pasar por una tubería, un ducto de aire, dentro de una pared falsa, lo que fuera y sin perder la calma, esa era una característica muy valiosa.

[Nos interrumpen. Como si entendiera de qué estamos hablando, una pequeña perra llega cojeando hasta Darnell. Es vieja. El hocico está completamente blanco, y el pelo de las orejas y la cola se ha caído casi por completo.]

[Hablándole al perro.] Hola niña.

[Con mucho cuidado, Darnell la levanta y la pone sobre sus rodillas. No debe pesar más de cuatro kilos y medio. Aunque se parece a un dachshund en miniatura, el lomo es más corto de lo normal en esa raza.]

[Sigue hablando con el perro.] ¿Estás bien, Maze? ¿Cómo te sientes? **[Se dirige hacia mí.]** Su nombre completo es Maisey, pero nunca le decíamos así. "Maze" nos parecía mucho mejor, ¿no cree?

[Con una mano le frota las patas traseras, mientras que con la otra le acaricia el cuello. Ella lo mira con unos ojos lechosos y apagados, y le lame una mano.]

Los de raza pura eran un fracaso garantizado. Demasiado neuróticos, con demasiados problemas de salud, lo que uno se esperaría de unos animales que fueron criados sólo por su aspecto. Los de la nueva generación **[señala al perro sobre sus rodillas]** siempre eran cruzados, cualquier mezcla que incrementara su resistencia física o su estabilidad mental.

[La perrita se está quedando dormida. Darnell habla en voz baja.]

Eran duros y necesitaban mucho entrenamiento, no sólo individual, sino también en grupo, para trabajar en las misiones de PLA. Esas, sobre todo en territorio salvaje, eran muy peligrosas. No sólo había que preocuparse por Zack, sino también por los perros salvajes. ¿Recuerda lo feroces que eran? Todas esas mascotas y perros callejeros que se agruparon en manadas. Siempre eran un riesgo y rondaban sobre todo en las zonas poco infestadas, siempre buscando algo qué comer. Tuvimos que abortar un montón de misiones de PLA, hasta que introdujimos los perros escoltas.

[Señala al perro dormido.]

Ella tenía dos escoltas. Pongo, que era mitad pitbull y mitad rottweiler, y Perdi… que no tengo idea de qué diablos era Perdi, mitad pastor alemán y mitad estegosaurio, supongo. Nunca la habría dejado acercarse a ese par de monstruos si no hubiese realizado todo el entrenamiento con sus dueños. Resultaron ser escoltas de primera. Ahuyentaron manadas salvajes en catorce ocasiones, y dos veces se metieron a pelear con ellos. Una vez, Perdi salió persiguiendo a un mastín de cien kilos, le

agarró la cabeza entre las mandíbulas, y pudimos escuchar cómo le quebraba el cráneo a través el micrófono del arnés.

La parte más complicada era hacer que Maze se limitara a cumplir con la misión. Ella siempre quería unirse a las peleas. **[Sonríe mientras mira a la dachshund dormida.]** Eran un buen par de escoltas, siempre se aseguraban de que llegara hasta su objetivo, la esperaban afuera, y siempre la traían de vuelta sana y salva. Incluso se encargaban de uno que otro G en el camino.

¿Pero la carne de los zombies no es tóxica?

Sí, claro… no, no, no, ellos nunca los mordían. Eso habría sido fatal. Uno veía un montón de perros muertos al principio de la guerra, simplemente tirados, sin heridas, y era porque habían mordido a alguien infectado. Esa es otra de las razones por las que el entrenamiento era tan importante. Tenían que aprender cómo defenderse. Físicamente, Zack tiene un montón de ventajas, pero el equilibrio no es una de ellas. Los Ks siempre podían embestirlos por la espalda, o en la nuca, y los derribaban boca abajo. Los minis también tenían algunas opciones para hacerlos caer, metiéndoseles entre las piernas, o embistiendo la parte de atrás de las rodillas. Maze era una especialista en eso, ¡los hacía caer de espaldas todo el tiempo!

[El perro se mueve.]

[Hablándole a Maze.] Ah, lo siento niña. **[La acaricia en la parte de atrás del cuello.]**

[Nuevamente hacia mí.] Para cuando Zack se volvía a levantar, ella le llevaba cinco, diez, o hasta quince segundos de ventaja.

Claro que también sufríamos muchas bajas. Algunos Ks se caían, se quebraban algún hueso… Si estaban cerca del lugar, el entrenador podía ir a recogerlos y sacarlos de allí vivos. Muchas veces se recuperaban y regresaban al servicio.

¿Y las otras veces?

Si estaban lejos, un Cebo o en PLA… muy lejos para un rescate y demasiado cerca de Zack… nosotros pedimos que les instalaran cargas de misericordia, una pequeña carga explosiva asegurada al arnés para poder sacrificarlos si no veíamos posibilidad de rescate. Pero nunca las aprobaron. "Un desperdicio de valiosos recursos." Hijos de puta. Mostrar

algo de misericordia por un soldado herido era un desperdicio de recursos, ¡pero convertirlos en K-bombas, eso sí les parecía razonable!

¿Perdón?

"K-bombas." Era el nombre extraoficial de un programa que estuvieron a punto, *a punto* de aprobar. Algún imbécil leyó que los rusos habían usado "perros bomba" durante la Segunda Guerra Mundial, amarrándoles explosivos en el lomo y entrenándolos para meterse bajo los tanques Nazis. La razón por la que Iván canceló ese proyecto fue la misma por la que nosotros no aprobamos el nuestro: la situación todavía no era tan desesperada. ¿Qué tan desesperado hay que estar para pensar en una mierda como esa?

Ellos nunca van a admitirlo, pero creo que lo que los detuvo fue el riesgo de provocar otro incidente Eckhart. Eso los despertó. ¿Usted se enteró de eso, no? La sargento Eckhart, que Dios la bendiga. Era una entrenadora de alto rango, operaba con la DAN.[81] Yo nunca la conocí personalmente. Su compañero estaba en una misión de Cebo en las afueras de Little Rock, pero se cayó en un hueco y se quebró una pata. El enjambre estaba a sólo unos pasos de distancia. Eckhart agarró un rifle y trató de ir a rescatarlo. Un oficial se le paró al frente y comenzó a recitar reglamentos y justificaciones. Ella le vació la mitad del proveedor en la cabeza. La Policía Militar se lanzó sobre ella y la inmovilizaron. Y todo ese tiempo, ella estuvo escuchando por la radio a los muertos lanzándose sobre su compañero.

¿Qué pasó con ella?

La ahorcaron, ejecución pública, con mucho escándalo y todo eso. Pero los entiendo, no, de verdad los entiendo. La disciplina era lo más importante, obedecer la ley, era lo único que teníamos. Pero créame cuando le digo que hubo muchos cambios. A los entrenadores se les permitió ir a buscar a sus compañeros, incluso si eso ponía en riesgo sus propias vidas. Dejaron de considerarnos sólo como activos militares, y nos comenzaron a ver como personal. Por primera vez, el ejército se dio cuenta de que éramos un equipo, y que un perro no era simplemente una máquina que podía reemplazarse si se rompía. Comenzaron a ver las estadísticas de los entrenadores que se habían suicidado tras perder a un compañero. ¿Sabía que tuvimos la tasa más alta de suicidio entre todas las ramas del servicio militar? Más que las Fuerzas Especiales, más que en la patrulla de cementerios, incluso más que esos locos de China Lake.[82] En Ciudad Perro conocí entrenadores de trece países diferentes. Todos decían lo mismo. No importaba de dónde fueras, ni

cuál fuera tu cultura y tu educación, los sentimientos eran los mismos. ¿Quién podía sufrir una pérdida de esas y seguir como si nada? Alguien capaz de eso no se habría convertido en entrenador en primer lugar. Eso era lo que nos hacía diferentes, la habilidad para conectarnos tan profundamente con alguien que ni siquiera es de nuestra especie. La misma razón que hizo que tantos se volaran la cabeza, fue también lo que nos convirtió en una de las ramas más exitosas del ejército de los Estados Unidos.

Los del ejército vieron esa habilidad en mí un día, en una carretera del desierto junto a las Montañas Rocosas de Colorado. Había estado viajado a pié desde que salí de mi apartamento en Atlanta, tres meses corriendo, escondiéndome, comiendo basura. Estaba raquítico, con fiebre, y pesaba menos de cincuenta kilos. Me encontré con estos dos tipos bajo un árbol. Estaban encendiendo una fogata. Detrás de ellos, en el suelo, había un pequeño chandoso. Le habían amarrado las patas y el hocico con cordones de zapato. Tenía un parche de sangre seca sobre la cabeza. Estaba allí tirado nada más, con los ojos vidriosos, quejándose suavemente.

¿Y qué pasó?

¿Sabe qué? en realidad no me acuerdo. Creo que le dí a uno de ellos con mi bate de béisbol. Lo encontraron roto sobre su hombro. A mí me encontraron encima del otro tipo, machacándole la cara con mis puños. Cuarenta y ocho kilos, medio muerto, y aún así estuve a punto de matar a ese infeliz. Los guardias tuvieron que agarrarme, esposarme al chasis abandonado de un auto, y darme un par de golpes para que reaccionara. Eso sí lo recuerdo. Uno de los tipos que ataqué se agarraba el brazo, y el otro estaba allí tirado, desangrándose. "Ya cálmese," dijo el teniente que me interrogó, "¿Qué es lo que le pasa? ¿Por qué estaba atacando a sus amigos?" "¡Él no es amigo nuestro!" dijo el tipo del brazo roto, "¡es un jodido loco!" Y lo único que yo decía era "¡No lastimen al perro! ¡Que no lastimen al perro!" Recuerdo que los guardias se rieron. "Jesús," dijo uno de ellos, mirando a los otros dos tipos. El teniente asintió con la cabeza, y me miró. "Amigo," me dijo, "creo que tengo un trabajo para tí." Y así fue como me reclutaron. Algunas veces uno encuentra su vocación, otras veces ella lo encuentra a uno.

[Darnell acaricia a Maze. Ella abre un ojo, y sacude su cola pelada.]

¿Qué pasó con el perro?

Ojalá pudiera contarle un final tipo Disney, como que se convirtió en mi compañero y salvamos a todo un orfanato de un incendio o algo así. Le habían pegado con una piedra en la cabeza. Sus canales auditivos se llenaron de líquido. Quedó sordo de un oído y escuchando muy mal por el otro. Claro que su nariz estaba bien, y se convirtió en un buen perro ratonero en la casa que lo adoptó. Cazó suficientes ratas para alimentar a toda la familia durante el invierno. Bueno, supongo que sí es un final tipo Disney, con sopa de Mickey Mouse. **[Se ríe un poco.]** ¿Quiere que le diga algo bien raro? Yo antes odiaba a los perros.

¿En serio?

Los detestaba; sucios, apestosos, unas bolas de pelo y babas que se frotaban contra tu pierna y hacían que la alfombra oliera a orines. Dios, los odiaba. Yo era de esos tipos que entraba a una casa y no quería que el perro se me acercara. Era el que me burlaba de los compañeros de trabajo que tenían una foto de su perro en el escritorio. Ya sabe, de esos que siempre amenazan con llamar a la policía cuando el perro del vecino comienza a ladrar de noche.

[Se señala con un dedo.]

Yo vivía a una calle de una tienda de mascotas. Pasaba junto a ella todos los días cuando iba a trabajar, y me preguntaba cómo era que algunos perdedores incompetentes podían gastar tanto dinero en un hámster sobrealimentado que sólo sabía ladrar. Durante el Pánico, los muertos comenzaron a rodear la tienda de mascotas. No sé qué pasó con el dueño. Las rejas de metal estaban cerradas, pero todos los animales seguían adentro. Los escuchaba desde la ventana de mi apartamento. Todo el día y toda la noche. Unos cachorros, ya sabe, apenas de un par de semanas de nacidos. Unos bebés asustados que llamaban a sus mamás, o a cualquiera, para que fueran y los salvaran.

Los escuché morir, uno por uno cuando se les acabó el agua y la comida. Los muertos nunca lograron entrar. Seguían agolpados contra la vitrina frontal cuando yo escapé y pasé corriendo a su lado sin detenerme a mirar. ¿Qué podía hacer? Estaba desarmado, sin entrenamiento. Además no podía cuidar de ellos. Apenas fui capaz de cuidar de mí mismo. ¿Qué podía hacer?… No, pude haber hecho algo.

[Maze suspira dormida. Darnell la acaricia suavemente.]

Pude haber hecho algo.

SIBERIA**, S**AGRADO **I**MPERIO **R**USO

[La gente de estos tugurios vive en las condiciones más primitivas. No tienen electricidad ni agua corriente. Las chozas están agrupadas dentro de un muro construido con troncos de árboles. La más pequeña pertenece al padre Sergei Ryzhkov. Es un milagro que el viejo sacerdote siga siendo capaz de moverse. Su cojera revela una innumerable cantidad de heridas, de antes y durante la guerra. Su apretón de manos me permite notar que todos los huesos de su mano han estado rotos alguna vez. Y su intento de sonrisa muestra que los pocos dientes que no están negros y podridos, se cayeron hace ya mucho tiempo.]

Para poder entender por qué nos convertimos en un "estado religioso," y cómo ese estado comenzó con un hombre como yo, tiene que entender la naturaleza de nuestra guerra contra los muertos vivientes.

Al igual que en muchos otros conflictos, nuestro más grande aliado fue el general Invierno. El terrible frío, reforzado y alargado por el cielo oscuro de todo el planeta, nos dio el respiro necesario para preparar nuestra tierra para la liberación. A diferencia de los Estados Unidos, nosotros peleábamos una guerra en dos frentes distintos. Teníamos la barrera de los Urales en el occidente, y las hordas asiáticas en el sudeste. Liberia ya había sido estabilizada, por fin, pero estaba lejos de ser totalmente segura. Teníamos tantos refugiados de India y de China, tantos zombies congelados que se reanimaban cada primavera. Necesitábamos esos largos meses de invierno para reorganizar nuestras fuerzas, armar a nuestra población, para inventariar y repartir nuestras grandes reservas de equipo militar.

No teníamos la misma industria de guerra que otros países. No teníamos un Departamento para el uso Estratégico de Recursos aquí en Rusia: no teníamos ninguna industria más allá de tratar de darle a nuestra población algo qué comer. Lo que sí teníamos era nuestro legado como un estado militar e industrial. Yo sé que en occidente se reían de nosotros por esa estrategia. "Iván el paranoico" —así era como

nos decían— "construyendo tanques y bombas mientras su gente pide pan y mantequilla." Sí, la Unión Soviética era retrógrada e ineficiente, y sí, eso quebró nuestra economía y la enterró bajo montañas de equipo militar, pero cuando la Madre Patria las necesito, esas mismas montañas fueron lo que salvó a nuestros hijos.

[Señala hacia un desteñido cartel pegado a la pared. En él aparece la imagen fantasmal de un viejo soldado soviético, bajando de los cielos para entregarle una oxidada ametralladora a un joven y agradecido muchacho ruso. La frase en la parte de abajo dice "*Dyedooshka, spaciba*" (Gracias, abuelo).]

Yo era el capellán de la trigésimo segunda división motorizada de artilleros. Éramos una unidad de Clase D; equipo de cuarta categoría, las armas más viejas de todo nuestro arsenal. Parecíamos extras de una película de la Guerra Patriótica, con nuestras sub-ametralladoras PPSH y nuestros rifles de percusión Mosin-Nagant. No teníamos sus nuevos y bien diseñados uniformes de combate. Usábamos las mismas túnicas que nuestros abuelos: lana áspera, mohosa, y llena de polillas que apenas si podía mantener el frío a raya, y no servía para proteger contra las mordidas.

Teníamos un porcentaje de bajas muy alto, casi todo el combate era en las ciudades, y casi todas las muertes eran por culpa de las municiones defectuosas. Esas balas eran más viejas que cualquiera de nosotros; algunas habían pasado décadas en sus cajas, expuestas a los elementos desde que Stalin todavía respiraba. Uno nunca sabía cuándo tendría un "*cugov*," cuándo se atascaría el arma justo en el momento en que un muerto estaba sobre uno. Eso pasaba mucho en la trigésimo segunda división motorizada de artilleros.

No éramos tan metódicos y organizados como su ejército. No teníamos sus bonitas y eficientes formaciones Raj-Singh ni su doctrina de combate de "un disparo, un muerto". Nuestras batallas eran torpes y brutales. Despedazábamos al enemigo con ametralladoras pesadas DShK, los incinerábamos con lanzallamas y misiles Katyusha, y los aplastábamos con las orugas de nuestros prehistóricos tanques T-34. Era un desperdicio ineficiente, y resultaba en un montón de muertes innecesarias.

Ufa fue la primera gran batalla de nuestra operación ofensiva. Fue la razón por la que dejamos de entrar a las ciudades, y mejor nos dedicábamos a amurallarlas durante el invierno. Aprendimos muchas lecciones durante esos primeros meses, avanzando entre los escombros

después de horas de ataques de artillería pesada, peleando manzana tras manzana, casa tras casa, cuarto tras cuarto. Siempre había demasiados zombies, demasiadas balas perdidas, y demasiados muchachos recién infectados.

Nosotros no teníamos las Píldoras L83 de su ejército. La única cura que teníamos para la infección era una bala. ¿Pero quién iba a tirar del gatillo? No iba a hacerlo uno de los otros soldados. Matar a uno de tus camaradas, incluso en un caso de misericordia como la infección, les recordaba mucho a los diezmos. Era una terrible ironía. Los diezmos le habían dado a nuestras Fuerzas Armadas el valor y la disciplina para hacer cualquier cosa que les ordenaran, cualquier cosa menos eso. Pedirle, o incluso ordenarle a un soldado que matara a otro, era cruzar un línea que podía llevar a un nuevo motín.

Por un tiempo, esa responsabilidad recayó en nuestros líderes, los oficiales y los sargentos mayores. No podríamos haber tomado una decisión más perjudicial. Tener que mirar a esos hombres a la cara, esos niños que estaban bajo tu responsabilidad, que habían combatido a tu lado, compartido tu pan y tu bolsa de dormir, a los que les habías salvado la vida, o que te habían salvado en más de una ocasión. ¿Quién puede concentrarse en sus responsabilidades de liderazgo después de cometer un acto como ese?

Comenzamos a ver problemas notables entre nuestros oficiales de campo. Deserción, alcoholismo, suicidio —el suicidio se volvió casi una epidemia entre ellos. Nuestra división perdió cuatro líderes con experiencia, tres tenientes y un mayor, apenas durante la primera semana de campaña. Dos de los tenientes se metieron un tiro, uno justo después del hecho, y otro a la noche siguiente. Nuestro tercer líder eligió un método más pasivo, lo que más adelante llamamos “suicidio en el combate.” Se ofrecía de voluntario para misiones cada vez más peligrosas, actuando de manera irresponsable en vez de cómo un líder. Murió tratando de acabar con una docena de zombies usando sólo una bayoneta.

El mayor Kovpak sólo desapareció. Nadie supo exactamente cuándo. Sabemos que ellos no se lo llevaron. El área había sido barrida por completo y nadie, absolutamente nadie podía salir del perímetro sin un escolta. Todos sabemos más o menos lo que le pudo haber pasado, pero el coronel Savichev hizo una declaración oficial en la que dijo que el mayor había sido enviado a una misión de reconocimiento y nunca regresó. Incluso lo recomendó para una condecoración póstuma de la Orden de la Rodino, primera clase. No se pueden detener los rumores

una vez que comienzan, y no hay nada peor para la moral de una unidad que el saber que uno de sus oficiales ha desertado. No lo culpo, no puedo. Kovpak era un buen hombre, un gran líder. Antes de la crisis había estado tres veces en Chechenia y una vez en Dagestán. Cuando los muertos comenzaron a levantarse, no sólo evito que su compañía se sublevara, sino que los llevó a todos, a pié, con provisiones y con todos sus heridos desde Curta, en las Montañas Salib, hasta Manaskent en el Mar Caspio. Sesenta y cinco días, treinta y siete enfrentamientos. ¡Treinta y siete! Podría haberse convertido en instructor —se lo había ganado por mucho— e incluso lo habían llamado a formar parte del *stavka* por su experiencia en combate. Pero no, él se ofreció como voluntario para seguir combatiendo. Y ahora es considerado un desertor. Mucha gente los llamó "los segundos diezmos," porque más o menos uno de cada diez oficiales se suicidó por esos días, un diezmo que estuvo a punto de poner fin a nuestros esfuerzos de guerra.

La alternativa más lógica, la única que quedaba, era permitir que los muchachos lo hicieran ellos mismos. Aún recuerdo sus rostros, sucios y llenos de acné, con los ojos abiertos y enrojecidos mientras cerraban la boca alrededor de sus rifles. ¿Qué más podíamos hacer? No pasó mucho tiempo para que comenzaran a suicidarse en grupo. Todos los que habían sido mordidos en una batalla se reunían en el patio del hospital para tirar del gatillo al mismo tiempo. Supongo que era reconfortante, saber que no iban a morir solos. Probablemente era lo único que los tranquilizaba un poco. Porque estoy seguro de que yo no lo conseguía.

Yo era un hombre de Fé en un país que había perdido la suya mucho tiempo atrás. Las décadas de comunismo seguidas por una democracia materialista habían creado toda una generación de rusos que no conocían, ni necesitaban, del "opio del pueblo." Como capellán, mis deberes se limitaban a recoger las cartas de los muchachos condenados para sus familias, y repartirles algo de vodka, si es que había. Mi labor era casi por completo inútil, lo sabía, y tal y como iban las cosas en nuestro país, no esperaba que nada pudiera cambiarlo.

Pero todo cambió justo después de la batalla de Kostroma, apenas unas semanas antes del asalto oficial contra Moscú. Había ido a un hospital a administrar los últimos ritos a los infectados. Estaban en cuarentena, algunos de ellos con graves heridas, y otros aparentemente saludables y lúcidos. El primer muchacho que ví no podía tener más de diecisiete años. No había sido mordido, eso habría sido menos trágico. Los brazos de un zombie habían sido arrancados por las orugas de una torreta móvil SU-152, y lo único que quedó fueron unos jirones de carne colgando de unos huesos rotos, agudos y afilados como lanzas. Los

huesos habían atravesado la túnica del muchacho, en un punto en el que unas manos sólo habrían podido agarrarlo. Estaba tirado en un catre, sangrando por la herida en su vientre, con el rostro pálido y el rifle temblando entre sus manos. Detrás de él había una fila de cinco muchachos infectados. Seguí el protocolo y les dije que rezaría por sus almas. Ellos se encogieron o asintieron cortésmente. Recibí sus cartas, como siempre, les ofrecí un trago, y les entregué un par de cigarrillos de parte de su oficial al mando. Aunque lo había hecho ya muchas veces, esa vez me sentí diferente. Algo se revolvía en mi interior, una sensación tensa y cosquilleante que se abrió paso a través de mi corazón y mis pulmones. Comencé a sentir que todo mi cuerpo temblaba mientras esos soldados apoyaban la boca de sus rifles bajo sus barbillas. "A las tres," dijo el mayor de ellos. "Uno… dos…" No pudo seguir contando. El niño de diecisiete años salió volando hacia atrás y cayó al suelo. Los otros se quedaron mirando el agujero de bala en su frente, y luego la pistola humeante en mi mano, en la mano de Dios.

Dios me estaba hablando, podía sentir sus palabras retumbando en mi cabeza. "No más pecadores," me decía, "no más almas condenadas al infierno." Era tan sencillo, tan simple. Las muertes a manos de los oficiales nos habían costado nuestros mejores hombres, y las muertes a manos de los propios soldados le estaban costando al Señor demasiadas almas buenas. El suicidio era un pecado a los ojos de Dios, y nosotros, sus sirvientes —los pastores de sus rebaños en la tierra— éramos los únicos que debíamos cargar con la cruz de liberar las almas de esos cuerpos infectados. Esa fue la explicación que le dí al comandante de la división cuando descubrió lo que había hecho, y el mensaje que enviamos a cada capellán en el campo de batalla, y luego a cada sacerdote civil a lo largo y ancho de la Madre Rusia.

Lo que más tarde fue conocido como el acto de "Purificación Final" fue sólo el primer paso de una nueva ola de fervor religioso que superaría incuso a la revolución iraní de los 80s. Dios sabía que sus hijos habían sido privados de su amor por demasiado tiempo. Necesitaban una guía, algo que les diera valor y esperanza. Podría decirse que esa es la razón por la que resurgimos de esta guerra como una Nación de Fé, y hemos seguido reconstruyendo nuestro Estado con la Fé como piedra angular.

¿Son ciertas las historias de que esa filosofía se pervirtió en ocasiones, por razones políticas?

[Hace una pausa.] No comprendo.

El presidente declarándose como cabeza única de la iglesia…

¿Acaso el líder de una nación no puede sentir el amor de Dios como todo el mundo?

¿Es cierto que se organizaron "escuadrones de la muerte" formados por sacerdotes, para asesinar gente con la excusa de que se estaban "purificando víctimas infectadas"?

[Otra pausa.] No sé de qué me está hablando.

¿Acaso no es esa la razón por la que usted se alejó de Moscú? ¿La razón por la que vive aquí?

[Hay un largo silencio. Se escucha el ruido de unos pass que se aproximan. Alguien toca a la puerta. El padre Sergei abre, y aparece un niño flaco y andrajoso. Su cara pálida y asustada está cubierta con manchas de barro. Habla rápidamente en el dialecto local, gritando y señalando hacia la carretera. El viejo sacerdote asiente solemnemente, pone una mano en el hombro del niño, y se dirige hacia mí.]

Gracias por venir. ¿Me disculpa, por favor?

[Mientras me levanto para marcharme, él abre un enorme cofre de madera que descansa a los pies de su cama, y saca una vieja Biblia y una pistola de la Segunda Guerra Mundial.]

A BORDO **D**EL **U.S.S. *H***OLO ***K***AI**, C**ERCA **D**E **L**AS **C**OSTAS **D**E **H**AWAII

[El *Deep Glider 7* parece más un avión de fuselaje doble que un mini-submarino. Me tiendo sobre mi estómago en la cubierta de estribor, mirando hacia el exterior a través de una claraboya frontal gruesa y transparente. Mi piloto, el suboficial mayor Michael Choi, me saluda desde la cubierta de babor. Choi es un marinero de la "vieja escuela," y es quizá el buzo más experimentado del Equipo de Combate Profundo (ECP) de la Armada Naval de los Estados Unidos. Sus patas de gallo y sien encanecida contrastan fuertemente con su entusiasmo de

adolescente. Mientras el barco nodriza nos baja hacia la superficie del Pacífico, creo percibir un rastro de hawaiano en el casi neutral acento de Choi.]

Mi guerra nunca terminó. En el mejor de los casos, podría decirse que se hace cada vez peor. Todos los meses incrementamos nuestras operaciones y aumentamos nuestros recursos materiales y humanos. Dicen que todavía deben quedar entre veinte y treinta millones, que siguen apareciendo de vez en cuando en las playas, o enganchados en las redes de los pescadores. No se puede trabajar en una plataforma petrolera, o reparar un cable trasatlántico, sin encontrarse con un enjambre. Para eso son estas inmersiones: para tratar de encontrarlos, rastrearlos, y predecir sus movimientos, y quizá así tener un poco de ventaja.

[Atravesamos la superficie con un alarmante golpe. Choi sonríe, revisa sus instrumentos, y alterna las frecuencias de su radio entre la mía y la del barco nodriza. El agua frente a mi se revuelve blanca por un segundo, y luego se torna azul clara cuando empezamos a sumergirnos.]

¿No me vá a preguntar acerca de escafandras autónomas y trajes de cota de malla contra tiburones, verdad? Porque esa basura no tuvo nada que ver con nuestra guerra. Los arpones, las bengalas y las redes anti-zombies en los ríos… no puedo ayudarle con nada de eso. Si quiere información sobre esas cosas de civiles, hable con los civiles.

Pero los militares sí usaron esos métodos.

Sólo en las operaciones de agua dulce, y fueron los idiotas del ejército. En lo personal, jamás me he puesto un traje de malla ni una careta… bueno… al menos no en combate. En la guerra usábamos exclusivamente el TBA. Traje de Buceo Atmosférico. Es como una mezcla de traje de astronauta y armadura medieval. En realidad, la tecnología es de hace unos doscientos años, cuando a alguien[84] se le ocurrió inventar un barril con una ventana y unos agujeros para sacar los brazos. Después de eso vinieron cosas como el Tritonia y el Neufeldt-Kuhnke. Parecían algo salido de una película de ciencia ficción de los 50s, como “Robby el robot” y esas cosas. Pero todo eso desapareció después… ¿En verdad le sirve esa información?

Sí, por favor…

Bueno, esa tecnología cayó en desuso cuando inventaron la escafandra autónoma de buceo, y sólo la revivieron cuando los buzos tuvieron que ir hondo, de verdad hondo, para trabajar en las bases de las plataformas petroleras en alta mar. Verá… entre más se baja, mayor es la presión; entre mayor es la presión, más peligroso es usar una escafandra o cualquier otro equipo en el que se respira una mezcla de gases. Uno tiene que pasar días, a veces hasta semanas, en una cámara de descompresión, y si por alguna razón hay que salir rápido a la superficie… se sufren embolias, burbujas de gas en la sangre y en el cerebro… y no hablemos de los riesgos a largo plazo, como la necrosis ósea, por respirar tanto tiempo una mierda que no deberíamos respirar en primer lugar.

[Hace una pausa para revisar sus instrumentos.]

La forma más segura de bajar, de ir más profundo y de quedarse abajo más tiempo, es encerrar todo tu cuerpo en una burbuja con la misma presión que la superficie.

[Señala el compartimiento que nos rodea.]

Justo como estamos nosotros —seguros, protegidos, y en lo que respecta a nuestros cuerpos, igual que en la superficie. Eso mismo pasa en un TBA, La profundidad y la duración de la inmersión están limitadas sólo por el grosor de la armadura y por el equipo de soporte vital.

¿Entonces es como un submarino personal?

"Sumergible." Un submarino puede estar abajo por años, tiene su propio suministro de poder y fabrica su propio oxígeno. Un sumergible sólo puede hacer inmersiones de corta duración, como los de antes de la Segunda Guerra Mundial, o éste en el que estamos.

[El agua comienza a oscurecerse, volviéndose de un púrpura oscuro.]

La misma naturaleza de una TBA, el hecho de que es básicamente una armadura, lo hacen ideal para el combate en aguas claras y oscuras. No estoy descontando los otros trajes, ya sabe, los de tiburones y otras cotas de malla. Tienen diez veces más maniobrabilidad, velocidad, y agilidad, pero tienen que restringirse a trabajar en aguas poco profundas, y si por alguna razón un par de esos desgraciados te agarran… Ví un montón de buzos con los brazos y las costillas rotas, y

tres con el cuello fracturado. O ahogados… cuando lograban dañar el tubo de aire o les arrancaban el regulador de la boca. Incluso con un casco completo y un traje de neopreno cubierto de malla, lo único que ellos tienen que hacer es agarrarte fuerte, hasta que se te acabe el aire. Muchos tipos terminaron así, o cuando trataban de huir hacia la superficie, y la embolia acababa el trabajo que Zack había comenzado.

¿Le pasaba muy seguido a los buzos con cotas de malla?

Algunas veces, sobre todo al principio, pero eso *nunca* nos pasó a nosotros. No teníamos ningún riesgo de sufrir daños físicos. Tanto tu cuerpo como tu equipo de soporte vital están encerrados en una cubierta de aluminio colado o algún material compuesto de alta dureza. Las articulaciones de casi todos los modelos son de acero y aluminio. Sin importar hacia qué dirección te torciera Zack los brazos, si acaso lograba agarrarte bien, lo cual ya era raro considerando lo liso y redondeado que es el traje, era físicamente imposible que te rompiera algún hueso. Si por alguna razón había que salir rápido a la superficie, sólo tenías que soltar el lastre o usar un propulsor, si tenías uno… todos esos trajes tienen una gran flotabilidad. Suben disparados como un corcho. El único riesgo era que Zack se agarrara a ti durante el ascenso. Un par de veces, mis compañeros subieron a la superficie con polizones aferrados al traje, agarrados luchando por sus vidas… o sus muertes. **[Se ríe.]**

Ese tipo de salida nunca fue necesaria en combate. Casi todos los modelos de TBA cuentan con soporte vital para cuarenta y ocho horas. Sin importar cuántos Gs te rodearan, o que un montón de escombros te cayeran encima, o que tu pierna se enredara en un cable submarino, uno podía simplemente sentarse, cómodo y seguro, y esperar a que llegara la caballería. Nadie entra sólo, nunca, y creo que el máximo que un buzo de TBA tuvo que esperar por apoyo, fue seis horas. Hubo ocasiones, más de las que puedo contar con mis dedos, en las que uno de nosotros quedaba atascado, lo reportaba, y decía que no había ningún peligro inmediato, y que el resto del equipo podía ir a ayudarlo *sólo* después de que terminaran la misión.

Usted habló de los modelos de TBA. ¿Había más de un tipo?

Teníamos un montón: civiles, militares, viejos, nuevos… bueno… relativamente nuevos. No podíamos fabricar más unidades durante la guerra, así que tuvimos que trabajar con lo que ya existía. Algunos de los más viejos eran de los 70s, los JIMs y los SAMs. Me alegra no haber tenido que operar nunca en uno de esos. Esos sólo tenían articulaciones

libres y pequeñas escotillas en los costados y el frente del casco de metal, en lugar de un visor completo. Al menos así eran los primeros JIMs. Conocí a un tipo del Servicio Naval Especial Británico. Tenía un círculo de ampollas sangrantes alrededor de la entrepierna, en el punto donde que las articulaciones del JIM le pellizcaban la carne. Tremendos buzos esos del SNEB, pero nunca cambiaría mi trabajo por el de ellos.

Nosotros teníamos los tres modelos básicos de la Marina Norteamericana: el traje rígido 1200, el 2000, y el exoesqueleto Mark 1. Ese era el mío, un exo. ¿Le gusta la ciencia ficción? Esa cosa parecía diseñada para luchar contra las termitas gigantes del espacio. Era mucho más delgado que los trajes rígidos, y tan liviano que uno hasta podía nadar. Esa era la mayor ventaja sobre los rígidos, y sobre todos los demás sistemas de TBA. Ser capaz de operar flotando sobre el enemigo, incluso sin la ayuda de flotadores y propulsores, y eso compensaba de sobra el hecho de que uno no se podía rascar si le picaba en alguna parte. Los trajes rígidos eran lo suficientemente grandes como para que uno metiera los brazos en la cavidad central, y así te permitían operar equipos secundarios.

¿Qué clase de equipos?

Luces, video, sonares de barrido lateral. Los trajes rígidos eran unidades de trabajo pesado, mientras que los exos eran sólo para respaldo y labores pequeñas. Uno no tenía que preocuparse por un montón de lecturas y de maquinaria. No teníamos la distracción de todas las tareas que tenían que hacer los de los rígidos. El exo era esbelto y sencillo, y te permitía concentrarte en tu arma y en el campo frente a tí.

¿Qué tipo de armas usaban?

Al principio teníamos la M-9, una especie de copia barata y modificada del APS ruso. Digo "modificada" porque los TBA no tienen nada parecido a manos. Uno tenía garras de cuatro puntas, o simples abrazaderas industriales. Ambas funcionaban bien en el combate cuerpo a cuerpo —sólo había que agarrar la cabeza de un G y apretar— pero era imposible disparar un arma con esas cosas. La M-9 estaba soldada al antebrazo, y se disparaba con un interruptor eléctrico. Tenía una mira láser para precisión, y cilindros de aire comprimido que impulsaban unos dardos de acero de diez centímetros de largo. El principal problema era que estaban diseñadas para operar en aguas poco profundas. A las profundidades en las que trabajábamos, colapsaban como cáscaras de huevo. Casi un año después conseguimos un modelo más eficiente, la

M-11, diseñada por el mismo tipo que había inventado los trajes rígidos y el exo. Ojalá que a ese canadiense loco le hayan dado una tonelada de medallas por lo que hizo por nosotros. El único problema fue que DEstRe consideró que la producción era demasiado costosa. Todo el tiempo nos decían que con las garras y nuestras herramientas de construcción, teníamos suficientes armas para manejar a Zack.

¿Qué los hizo cambar de parecer?

Troll. Estábamos en el Mar del Norte, reparando una plataforma noruega de extracción de gas natural, y de pronto llegaron… por supuesto que estábamos esperando algún tipo de ataque —el ruido y las luces de un trabajo de construcción siempre atraían al menos a un puñado de ellos. Pero no sabíamos que teníamos a todo un enjambre cerca. Uno de nuestros centinelas sonó la alarma, nos dirigimos hacia su posición, y de pronto nos vimos inundados. Luchar mano a mano bajo el agua es una cosa horrible. La arena del fondo se remueve, uno no vé absolutamente nada, es como pelear dentro de un vaso de leche. Los zombies no se mueren así sin más cuando uno los aplasta, casi todo el tiempo se despedazan, fragmentos de hueso, músculo, órganos y cerebro, mezclados con la arena que dá vueltas a tu alrededor. Los niños de estos días… maldita sea, ya sueno como mi papá, pero es cierto, los niños de estos días, los nuevos buzos de TBA con sus Mark 3 y 4, tienen estos "EDVCs" —Equipos de detección para visibilidad cero— con representación visual de sonar y equipos de visión nocturna. La imagen digital es superpuesta en una pantalla transparente fijada en el visor, como en la cabina de un avión de combate. Súmele a eso un par de hidrófonos en estéreo, y se tiene una ventaja sensorial sobre Zack. Las cosas no eran así cuando yo trabajé con los exo. No podíamos ver, no podíamos escuchar —ni siquiera podíamos sentir si un G nos estaba agarrando por la espalda.

¿Por qué?

Porque una de las fallas fundamentales de cualquier TBA es un total aislamiento táctil. El simple hecho de que el traje sea una coraza rígida, implica que uno no puede sentir nada del mundo exterior, ni siquiera si un G te tiene bien agarrado. A menos que Zack esté tirando con fuerza, tratando de halarte o darte la vuelta, uno no lo nota sino hasta que su cara está frete a la tuya. Esa noche en Troll… las luces de los cascos sólo consiguieron empeorar el problema, dibujando un haz de luz que proyectaba las sombras de sus manos y cabezas muertas. Esa fue la única vez que sentí escalofríos… no miedo, como le expliqué antes, sino escalofríos, manoteando entre una nube de tiza disuelta, y viendo de

repente una cara podrida apretada contra mi visor.

Los buzos civiles de las plataformas petroleras no volvieron al trabajo, ni siquiera bajo amenazas, hasta que nosotros, sus escoltas, estuvimos mejor armados. Ya habían perdido suficientes hombres, atacados en medio de la oscuridad. No me imagino cómo era eso. Estar metido en uno de esos trajes de neopreno, trabajando casi por completo a oscuras, con los ojos ardiéndote por la luz de la soldadura autógena, con el cuerpo dormido por el frío, o quemado por el agua caliente que bombeaban a través de las tuberías. De pronto sientes unas manos sobre tí, o dientes. Forcejeas, pides ayuda, tratas de pelear o de nadar mientras tiran de tí. A veces, lo único que regresaba a la superficie eran unos pedazos del traje, o una línea de seguridad rota. Por eso el ECP se convirtió en una división oficial de la armada. Nuestras primeras misiones fueron para proteger a los obreros de las plataformas, para seguir extrayendo petróleo. Luego nos expandimos con tareas como asegurar las playas y limpiar los puertos.

¿A qué se refiere con asegurar las playas?

Básicamente, era ayudar para que los marines pudieran desembarcar vivos. La cosa más importante que aprendimos en Bermuda, nuestro primer desembarque anfibio, fue que la playa era atacada constantemente por Gs que salían de entre las olas. Había que establecer un perímetro, una red semicircular alrededor del área de desembarco, a suficiente profundidad para que los barcos pudieran pasar sobre ella, pero lo suficientemente alta para contener a Zack.

Eso era lo que hacíamos nosotros. Dos semanas antes de la fecha del desembarco, una nave echaba anclas a algunos kilómetros mar adentro y comenzaba a barrer con su sonar activo. Eso era para atraer a Zack y alejarlos de las playas.

¿Pero el sonar no atraía a los Zombies de aguas más profundas?

El duro nos dijo que eso era un "riesgo aceptable." Supongo que no tenían ninguna idea mejor. Por eso era un trabajo para los TBA, demasiado arriesgado para buzos con trajes flexibles. Uno sabía que se estaba formando una horda bajo ese barco, y que una vez que apagaran el sonar, uno sería el único objetivo cercano. Pero en realidad fue lo más parecido que tuvimos a unas vacaciones. La frecuencia de los ataques fue la más baja que habíamos registrado, y cuando la red estuvo lista, su tasa de éxito fue casi perfecta. Sólo se necesitaba una pequeña patrulla para vigilarla constantemente, y quizá despacharse a uno que

otro G que trataba de subir por la red. En realidad no nos necesitaban para una operación como esa. Después de los primeros tres desembarcos, siguieron usando buzos con cotas de malla.

¿Y la limpieza de puertos?

Esas sí que *no* fueron vacaciones. Eso fue en las etapas finales de la guerra, cuando no se trataba sólo de despejar una playa, sino de rehabilitar los puertos para el transporte y el comercio. Eran operaciones gigantes y conjuntas: buzos convencionales, unidades de TBA, incluso voluntarios civiles equipados sólo con carteas y arpones. Yo ayudé a limpiar Charleston, Norfolk, Boston, el maldito Boston, y la madre de todas las pesadillas submarinas, la Ciudad de los Héroes. Yo sé que los soldados se quejan de lo malo que era pelear en una ciudad, pero imagínese cómo era en una ciudad submarina, una ciudad formada por barcos hundidos, autos, aviones y toda la basura que se pueda imaginar. Durante la evacuación, cuando un montón de barcos mercantes estaban tratando de abrir todo el espacio posible para los refugiados, muchos simplemente lanzaron su carga por la borda. Sofás, hornos, montañas y montañas de ropa. Los televisores de plasma siempre se rompían cuando uno les caminaba por encima, y siempre me imaginaba que eran huesos. También me imaginaba que veía a Zack detrás de cada lavadora y secadora, trepando sobre cada montaña de aires acondicionados. Algunas veces era sólo mi imaginación, pero otras veces… lo peor… lo peor era tener que limpiar un barco hundido. Siempre había algunos que se habían hundido saliendo del puerto. Uno que otro, como el *Frank Cable,* esta enorme plataforma móvil para el mantenimiento de submarinos, habían naufragado cuando apenas se estaba alejando de la orilla. Antes de poder subirla, teníamos que hacer un barrido compartimiento por compartimiento. Esa fue la única vez que sentí que mi exo era un estorbo, una mole gigante. No me golpeé la cabeza con el dintel de todas las puertas, pero sentía que estaba a punto de hacerlo todo el tiempo. Muchas de las compuertas estaban bloqueadas por escombros. Teníamos que abrirnos paso entre la basura, o por las cubiertas y a través de las escotillas. Algunas cubiertas habían quedado debilitadas por algún impacto o la corrosión. Estaba pasando a través de un corredor sobre el cuarto de máquinas del *Cable*, cuando el piso se derrumbó bajo mi peso. Antes de poder salir nadando, antes siquiera de poder pensar… había cientos de ellos en el cuarto de máquinas. Estaba rodeado, ahogándome en un mar de piernas, brazos y pedazos de carne. Si tuviera una pesadilla recurrente, y no digo que la tenga, porque no, pero si la tuviera, sería estar metido otra vez allí, sólo que completamente desnudo… esa sería.

[Me sorprende lo rápido que llegamos al fondo. Parece una llanura desértica, con un leve brillo blanco entre la permanente oscuridad. Veo fragmentos de corales tubulares por todas partes, rotos y pisoteados por los muertos vivientes.]

Ahí están.

[Volteo para ver el enjambre, más o menos unos sesenta de ellos, caminando entre la eterna noche de aquel desierto.]

Y aquí vamos nosotros.

[Choi maniobra hasta ponernos sobre ellos. Ellos tratan de alcanzar nuestras luces, con los ojos abiertos y las mandíbulas frenéticas. Puedo ver el suave resplandor del rayo láser, mientras se enfoca sobre nuestro primer objetivo. Un segundo después, un pequeño dardo sale disparado hacia su pecho.]

Uno…

[Luego enfoca el rayo en un segundo espécimen.]

Dos…

[Sigue recorriendo el enjambre, disparándole a cada uno con un tiro que no es letal.]

Me muero de las ganas de matarlos. Es decir, ya sé que la idea es estudiar sus movimientos, y así poder organizar un buen sistema de alarmas. Ya sé que si tuviéramos los recursos para acabar con todos ellos lo haríamos. Pero…

[Dispara el sexto dardo. Al igual que los demás, su objetivo ignora por completo el pequeño agujero que éste abre en su esternón.]

¿Cómo lo hacen? ¿Cómo es que siguen por aquí? Nada en este mundo corroe tanto como el agua de mar. Estos Gs deberían haberse podrido antes que los de tierra firme. Sus ropas sí desaparecieron, cualquier cosa orgánica, como tela o cuero.

[Las figuras de abajo están completamente desnudas.]

¿Entonces por qué no se pudren ellos? ¿Es la temperatura de las

profundidades, o la presión? ¿Y cómo es que tienen tanta resistencia a la presión? A esta profundidad, el sistema nervioso de un humano se convertiría en gelatina. Ni siquiera deberían estar de pié, mucho menos caminar y "pensar" o lo que sea que ellos hacen en vez de pensar. ¿Cómo lo logran? Estoy seguro de que alguien por allá arriba tiene las respuestas, y que la única razón por la que no me lo dicen es…

[De pronto se distrae con una luz parpadeante en su tablero de instrumentos.]

Hey, hey, hey. Mire esto.

[Observo mi propio tablero. Las lecturas son incomprensibles.]

Tenemos uno caliente, con una lectura de radiación bastante alta. Debe venir del Océano Índico, de Irán o Pakistán, o quizá de ese submarino chino que hundieron en Manihi. ¿Qué le parece?

[Dispara otro dardo.]

Tiene suerte. Esta es una de nuestras últimas inmersiones de reconocimiento tripuladas. A partir del próximo mes, serán puros VCR, vehículos operados 100% a control remoto.

Ha habido mucha controversia sobre el uso de los VCR para el combate.

Eso nunca ocurrirá. El Esturión[85] tiene mucha influencia. Ella nunca dejará que el Congreso nos reemplace por robots.

¿Hay alguna validez en esos argumentos?

¿Qué quiere decir? ¿Que si los robots son mejores combatientes que unos buzos en TBAs? Claro que no. Todo eso de "limitar la pérdida de vidas humanas" es pura mierda. Nunca perdimos un solo hombre en combate, ¡ni uno! Ese tipo del que todos hablan, Chernov, se murió después de la guerra, en tierra firme, porque se emborrachó y se quedó dormido en las vías de un tren. Jodidos políticos.

Quizá los VCRs son más rentables, pero nunca serán *mejores.* Y no me refiero sólo a la cuestión de la inteligencia artificial; hablo del corazón, el instinto, la iniciativa, todo lo que nos hace lo que somos. Por eso sigo aquí, igual que el Esturión, y que casi todos los veteranos que se echaron al agua durante la guerra. Casi todos seguimos trabajando

porque hay que hacerlo, porque nadie ha podido inventarse un circuito y unos datos que nos reemplacen. Créame, cuando lo hagan, no sólo no voy a volver a ponerme un exotraje, sino que voy a retirarme del ejército y a hacer un Alfa-Alfa-Noviembre.

¿Qué es eso?

Es por *Acción en el Atlántico Norte,* una vieja película de guerra en blanco y negro. Hay un tipo en ella, ¿Recuerda al "Skipper" de *La Isla de Gilligan*? Es su padre.86 Él decía algo en la película…"Voy a cargar un remo sobre mi hombro y a internarme en tierra firme. Y en el primer lugar en que alguien me pregunte '¿Qué es esa cosa que llevas en el hombro?' ahí voy a quedarme por el resto de mi vida."

QUEBEC**, C**ANADÁ

[La pequeña granja no tiene cerca, barras en las ventanas, ni cerrojo en la puerta. Cuando le pregunto al dueño sobre su vulnerabilidad, él sólo se ríe y siegue comiendo. André Renard, hermano del legendario héroe de guerra Emil Renard, me ha pedido que mantenga en secreto su localización exacta. "No me importa si los muertos me encuentran," me dice sin emoción, "pero no quiero a ningún vivo por aquí." Este ciudadano francés emigró a Canadá después del cese oficial de las hostilidades en Europa Occidental. A pesar de las muchas invitaciones oficiales del gobierno francés, nunca ha regresado.]

Todos son unos mentirosos, cualquiera que le diga que su campaña fue "la más dura de toda la guerra." Todos esos mandriles ignorantes que se golpean el pecho y presumen sobre la "guerra en las montañas" o "guerra en la jungla" o "operaciones urbanas." ¡Las ciudades, les encanta hablar de las ciudades! "¡Nada más aterrador que pelear en una ciudad!" ¿En serio? Que lo intenten debajo de una.

¿Sabe por qué en el horizonte de París no se veía ningún rascacielos? Hablo del París de verdad, antes de la guerra. ¿Sabe por qué esas

monstruosidades de acero y cristal estaban todas en *La Defense*, tan lejos del centro de la ciudad? Sí claro, estaba la estética, una sensación de continuidad histórica y orgullo cívico… no como ese adefesio arquitectónico de Londres. Pero la verdad, la razón lógica y práctica para que París no tuviera esos monolitos al estilo norteamericano, era porque la tierra bajo nuestros pies estaba demasiado perforada como para soportar su peso.

Estaban las tumbas romanas, las canteras que proveían piedra caliza para casi toda la ciudad, e incluso los búnkeres de la Segunda Guerra Mundial usados por *la resistance*, y sí, ¡claro que tuvimos un movimiento de resistencia! Luego teníamos el Metro moderno, las líneas telefónicas, las tuberías de gas, las de agua… y entre todo eso, estaban las catacumbas. Ahí estaban enterrados unos seis millones de cuerpos, sacados de los cementerios de antes de la revolución, donde los restos eran simplemente arrojados en fosas comunes como basura. Las catacumbas tenían paredes enteras cubiertas de cráneos y huesos organizados en patrones macabros. Su disposición era incluso funcional, en partes en las que rejas de huesos entrelazados sostenían pilas enteras de otros restos. Los cráneos siempre parecían estar burlándose de mí.

No puedo culpar a los civiles que trataron de sobrevivir en aquel mundo subterráneo. En ese entonces no existía el manual de supervivencia civil, no teníamos la Radio Mundo Libre. Era el Gran Pánico. Quizá unas cuantas almas que creían conocer los túneles pensaron en probar suerte, algunas otras los siguieron, y luego unas cuantas más. El rumor se extendió, "bajo tierra es más seguro." Un cuarto de millón en total, eso es lo que los cuentahuesos han calculado, doscientos cincuenta mil refugiados. Quizá si hubiesen estado bien organizados, llevado comida y herramientas, o al menos si hubiesen tenido la sensatez de sellar las entradas y de asegurarse de que los que entraron no estuvieran infectados…

¿Cómo pueden decir que experimentaron algo similar a lo que nosotros tuvimos que soportar? La oscuridad y esa peste… no teníamos suficientes equipos de visión nocturna, sólo uno o dos por pelotón, y eso si teníamos suerte. Además, las baterías para nuestras linternas se estaban agotando. Algunas veces teníamos sólo una luz para todo el escuadrón, sólo para el hombre que iba al frente, abriendo la oscuridad con aquel haz de color rojo.

El aire era una mezcla tóxica de gases de aguas negras, químicos y carne podrida… las máscaras de gas eran un chiste, casi todos los filtros

se habían vencido muchos años atrás. Usábamos cualquier cosa que pudiéramos encontrar, viejos modelos militares o cascos de bombero que cubrían toda la cabeza, te ponían a sudar como una sauna y te volvían sordo además de casi ciego. Uno nunca sabía en dónde se encontraba, mirando a través de esos visores nublados, escuchando las voces ahogadas de los compañeros de equipo y la carrasposa voz en el teléfono.

Teníamos que usar equipos de comunicación con cables, pues no podíamos confiar en las transmisiones de radio por aire. Usábamos viejos telefónicos, de cobre, no de fibra óptica. Simplemente arrancábamos las canaletas de las paredes y usábamos los que había, y llevábamos también unos enormes rollos para extender nuestro alcance. Era la única manera de mantener el contacto, y de vez en cuando, también era la única manera de no perderse.

Perderse era muy fácil. Todos los mapas que teníamos eran de la preguerra, y no incluían las modificaciones hechas por los refugiados, todos los túneles comunicantes y las habitaciones improvisadas, los agujeros en el suelo que aparecían de pronto frente a uno. Uno se extraviaba al menos una vez por día, a veces más, y entonces había que devolverse siguiendo en cable de comunicaciones, revisar la ubicación en el mapa, y tratar de descubrir qué había salido mal. Algunas veces era cuestión de nos cuantos minutos, otras veces eran horas, o hasta días.

Cuando otro escuadrón era atacado, uno escuchaba sus gritos por el teléfono, o el eco resonando por los túneles. La acústica era endiabladamente buena; y era aterrador. Los gritos y los gemidos llegaban por todos lados. Uno nunca sabía de dónde venían. Al menos con el teléfono, uno podía tratar, quizá, de confirmar la posición de tus compañeros. Si no estaban en pánico, claro, y si estaban seguros de dónde estaban, y si uno sabía en dónde estaba…

Y entonces había que correr allí: uno pasaba junto a un montón de desviaciones, se golpeaba contra el techo bajo, tenía que arrastrarse de rodillas, y todo el tiempo rezándole a la Virgen para que tus compañeros aguantaran un poco más. Uno llegaba hasta el lugar, sólo para descubrir que se había equivocado, que era un cuarto vacío, y que los gritos de ayuda se escuchaban todavía lejos.

Y luego llegábamos por fin, quizá para descubrir sólo huesos y sangre. A veces se tenía la suerte de encontrar todavía a los zombies, y entonces uno podía vengarse… pero si uno se tardaba mucho en llegar,

esa venganza tenía que incluir a tus propios compañeros reanimados. Era combate cuerpo a cuerpo. Tan cerca como…

[Se inclina sobre la mesa, acercando su cara a sólo centímetros de la mía.]

No teníamos ningún equipo estándar; era lo que cada uno creía que podía servir. No podíamos usar armas de fuego, como comprenderá. El aire, los gases, era demasiado volátil. El simple fogonazo de una pistola…

[Imita el sonido de una explosión.]

Teníamos la Beretta-Grechio, una carabina italiana de aire comprimido. Era una versión para la guerra de los modelos de balines con pipetas de dióxido de carbono que coleccionaban los niños. Uno podía derribar a cinco de ellos, seis o siete si uno se las ponía directo contra la cabeza. Una buena arma, pero nunca teníamos suficientes. ¡Y había que dispararla con cuidado! Si uno fallaba, si el balín golpeaba una roca, si la roca estaba seca, si se producía una chispa… se extendían a lo largo de túneles enteros, explosiones que enterraban vivos a los hombres, o bolas de fuego que derretían las máscaras contra la piel. Mano a mano siempre era lo mejor. Mire…

[Se levanta de la mesa para mostrarme algo que descansa sobre la chimenea. El mango del arma está rodeado por una semiesfera de acero que cubre la mano. Desde aquella cubierta, se extienden dos púas de acero de veinte centímetros colocadas en ángulo recto una respecto a la otra.]

¿Entiende por qué, no? No había suficiente espacio para usar nada con filo. Era rápido, a través del ojo, o clavando la cabeza desde arriba.

[Me lo demuestra con una rápida combinación de golpe y estocada.]

Yo mismo la diseñé, una versión moderna de la que usó mi bisabuelo en Verdún, ¿lo vé? Usted recuerda Verdún —"*On ne passé pas*"— ¡No pasarán!

[Sigue comiendo su almuerzo.]

Sin espacio, sin advertencias, de pronto estaban sobre uno, a veces justo frente a tus ojos, o agarrándote desde un pasadizo lateral que no

debería estar ahí. Todos llevábamos algún tipo de armadura… cotas de malla o mandiles de cuero… casi siempre eran demasiado pesadas, te sofocaban, chaquetas y pantalones de cuero, camisas cubiertas con argollas de metal. Uno tenía que pelear, pero se agotaba desde antes, algunos hombres se quitaban las máscaras, tratando de respirar mejor, y aspiraban toda esa basura. Muchos murieron antes de poder sacarlos a la superficie.

Yo usaba grebas, protección aquí (señala sus antebrazos) y guantes, cuero cubierto de argollas, fácil de quitar cuando no había que combatir. Esos también los diseñé yo. No teníamos los uniformes de combate de los norteamericanos, pero teníamos botas pantaneras, largas e impermeables, con fibras de metal a prueba de mordidas en la cubierta interior. Esas eran indispensables.

El agua subió muy alto ese verano; las lluvias fueron abundantes y el Sena era un torrente sin control. Siempre estábamos mojados. Crecían hongos entre tus dedos, en los pies, en la ingle. El agua subía hasta los tobillos casi todo el tiempo, como mínimo, y otras veces hasta las rodillas o la cintura. A veces uno iba al frente, caminando o gateando —teníamos que arrastrarnos con ese vómito hediondo cubriéndonos hasta los hombros— y de pronto el suelo desaparecía. Uno caía chapoteando, de cabezas, en algún agujero que no aparecía en los mapas. Sólo se tenían un par de segundos para volver a salir antes de que la máscara de gas se inundara. Uno pataleaba y se retorcía, y tus compañeros tenían que ir a agarrarte y sacarte de ahí. Ahogarnos era lo que menos nos preocupaba. Alguien podía estar chapoteando, luchando por flotar con todo ese equipo pesado encima, y de pronto sus ojos se abrían y uno escuchaba sus gritos ahogados. Uno podía sentir el momento en que los agarraban: el tirón y el crujido de los huesos rotos, y empezábamos a halar hasta que el pobre infeliz salía y caía sobre uno. Si acaso no llevaba puestas las pantaneras… salía sin un pié, o sin la pierna; o si se había estado arrastrando y había caído de cabeza al agua… a veces les arrancaban la cara antes de poder sacarlos.

Esas eran las veces en que ordenábamos la retirada hasta una posición de defensa y esperábamos a los Cousteaus, buzos entrenados para trabajar y pelear específicamente en esos túneles inundados. Llevaban sólo una linterna y un traje contra tiburones, si tenían suerte, y apenas unas dos horas de aire. Se suponía que debían llevar también una línea de seguridad, pero la mayoría preferían no usarla. Las líneas se enredaban y dificultaban el avance de los buzos. Esos hombres, y mujeres, tenían sólo una oportunidad entre veinte de salir vivos de allí, el índice más bajo de todo el ejército, y no me importa si alguien dice lo

contrario.87 ¿Todavía les sorprende que todos sus miembros recibieran automáticamente la Legión de Honor?

¿Y eso de qué sirvió? Quince mil, muertos o desaparecidos. No sólo los Cousteaus, todos nosotros, el grueso del ejército. Quince mil almas en apenas tres meses. Quince mil, en un momento en que la guerra ya se estaba calmando en el resto del mundo. "¡Vamos! ¡Vamos! ¡A luchar! ¡A luchar!" No tenía por qué ser así. ¿Cuánto tiempo se tardaron los ingleses en limpiar todo Londres? Cinco años, ¿más o menos tres años después de que terminó oficialmente la guerra? Fueron lentos y seguros, una sección por vez, metódicos, pocas peleas, pocas bajas. Lentos y seguros, como en todas las ciudades grandes. ¿Por qué nosotros no? Ese general inglés, él mismo lo dijo al hablar de nosotros: "Suficientes héroes muertos para toda una eternidad…"

"Héroes," eso éramos, y eso era lo que nuestros líderes querían, lo que nuestra gente creía necesitar. Después de todo lo que había sucedido, no sólo en esta guerra, sino en las anteriores: Algeria, Indochina, los Nazis… quizá entienda a lo que me refiero… ¿puede ver todo el arrepentimiento y la vergüenza que había en juego? Entendíamos lo que el presidente norteamericano dijo sobre "recuperar la confianza"; lo entendíamos mejor que la mayoría. Necesitábamos héroes, nuevos nombres y campos de batalla para reconstruir nuestro orgullo.

El Osario de Douaumont, el Corredor de Port Mahon, el Hospital… ese fue nuestro momento de gloria… el Hospital. Los nazis lo habían construido para albergar a los enfermos mentales, o eso dicen, y los dejaban morir de hambre tras esas paredes de concreto. Al comienzo de nuestra guerra, lo habían convertido en una enfermería para los recién infectados. Más adelante, cuando se comenzaron a reanimar y la compasión de los sobrevivientes se extinguió como sus lámparas eléctricas, simplemente siguieron arrojando a los infectados, y quién sabe a quién más, dentro de aquella inmensa bóveda llena de muertos vivientes. Uno de nuestros equipos de avanzada perforó una pared sin darse cuenta de lo que había al otro lado. Podrían haberse retirado, haber volado el túnel, sellándolo de nuevo… Un solo escuadrón contra trescientos zombies. Un solo escuadrón, comandado por mi hermano menor. Su voz fue lo último que escuchamos antes de que la señal del teléfono se apagara para siempre. Sus últimas palabras: *"¡On ne passé pas!"*

DENVER**, C**OLORADO

[El clima es perfecto para un día de campo en Victory Park. El hecho de que no se haya reportado ni un solo contacto durante esta primavera, les da a todos una razón más para celebrar. Todd Wainio está en el jardín exterior del campo de béisbol, esperando una bola alta que, según él, "nunca llegará." Quizá tiene razón, porque a nadie parece importarle que yo me pare a su lado.]

La campaña fue llamada "El camino a Nueva York" y de verdad fue un largo, largo camino. Teníamos tres grupos principales en el ejército: Norte, Centro, y Sur. La maravillosa estrategia era avanzar como una sola unidad a través de las Grandes Planicies, cruzar todo el oeste por el medio, y luego separarnos en los Apalaches, los flancos se abrirían paso hacia el norte y el sur, hacia Maine y Florida, y luego recorrerían la costa para reunirse con el grupo central, que llegaría recorriendo lentamente por las montañas. Nos tardamos tres años.

¿Por qué tan lento?

Viejo, la lista es larga: el viaje a pié, el terreno, el clima, los enemigos, la doctrina de combate… La doctrina nos decía que había que avanzar en dos filas estrechas, una detrás de la otra, abarcando desde Canadá hasta Aztlán… No, México, todavía no se llamaba Aztlán. ¿Usted ha visto que, cuando un avión se cae, todos esos bomberos y voluntarios tienen que recorrer el lugar buscando cada pieza del fuselaje? Tienen que ir en fila, muy despacio, asegurándose de no saltarse ni un centímetro de terreno. Así éramos nosotros. No nos saltamos ni un milímetro entre Las Rocosas y el Atlántico. En cualquier lugar en que encontráramos a Zack, ya fuera solos o en grupo, una unidad de RAF se detenía…

¿RAF?

Respuesta Adecuada de Fuerza. Uno no podía hacer detener a todo el Grupo sólo por uno o dos zombies. Muchos de los Gs más viejos, los primeros infectados en la guerra, estaban comenzando a desbaratarse, todos desinflados, con partes del cráneo expuestas, huesos asomados entre la carne. Algunos ya ni eran capaces de mantenerse de pié, y de

esos eran de los que más teníamos qué cuidarnos. Llegaban arrastrándose sobre la panza, o simplemente chapoteaban sin moverse en un pantano. Hacíamos detener una sección, un pelotón, o incluso toda una compañía dependiendo de cuántos se encontraran, los suficientes para deshacerse de ellos y sanear el lugar. El agujero en la fila dejado por tu unidad de RAF era llenado por un número igual de soldados de la fila secundaria, que marchaba kilómetro y medió detrás. Así no se rompía nunca la fila frontal. Estuvimos relevándonos así todo el camino a lo ancho del país. Funcionó, sin duda, pero vaya que nos demoramos. La noche también nos detenía, y por completo. Una vez que se ocultaba el sol, no importaba qué tan confiados estuviéramos o qué tan segura fuese la zona, la función cerraba hasta el amanecer del día siguiente.

Y también estaba la niebla. No sabía que la niebla podía ser tan densa tierra adentro. Siempre quise preguntarle a un meteorólogo o a alguien así sobre el asunto. Toda la línea frontal podía quedar detenida, algunas veces durante días. Sólo nos quedábamos sentados, con visibilidad cero, hasta que uno de los Ks comenzaba a ladrar o algún hombre de la fila gritaba "¡Contacto!" Uno escuchaba los gemidos y comenzaban a aparecer las sombras. Quedarse allí sentado esperándolos era muy difícil. Una vez ví una película,88 un documental de la BBC en el que mostraban que, como Inglaterra tiene tanta niebla todo el tiempo, el ejército británico no podía detenerse como nosotros. Había una escena en la que las cámaras filmaron un ataque de verdad, y sólo se veían los fogonazos de las armas y unas siluetas borrosas que caían. No tenían necesidad de ponerle esa música de fondo.89 Casi me orino del susto nada más viéndolo.

Otra cosa que nos detuvo fue el tener que seguirle el paso a los países de al lado, los mexicanos y los canadienses. Ninguno de los dos ejércitos tenía el poder suficiente para limpiar todo su país. El trato fue que ellos mantendrían la frontera segura mientras nosotros limpiábamos la casa. Cuando los Estados Unidos estuvieran seguros, les daríamos toda la ayuda que necesitaban. Ese fue el comienzo de la Fuerza Multinacional de la ONU, pero a mí me enviaron a casa mucho antes de eso. Para mí, siempre fue cuestión de correr y luego esperar, marchando por terrenos empinados y pueblos abandonados. Ah, y si quiere hablar de cosas que nos retrasaban, nada como el combate urbano.

La estrategia siempre era rodear primero la zona. Levantar defensas semipermanentes, hacer reconocimiento con de todo, desde satélites hasta Ks rastreadores, hacer todo el ruido necesario para sacar a Zack y derribarlo, y sólo entrar cuando estábamos *completamente seguros* de

que no saldría nadie más. Astuto, seguro, y relativamente fácil. ¡Sí, claro!

En cuanto a lo de rodear "la zona," ¿alguien quiere decirme en dónde exactamente comienza y termina cada zona? Las ciudades ya o eran ciudades en realidad, ya sabe, sino que habían crecido hasta convertirse en un gigantesco pulpo de suburbios. La señora Ruiz, una de nuestras médicas, lo llamaba "relleno." Ella había trabajado vendiendo bienes raíces antes de la guerra, y nos explicó que las propiedades más calientes estaban siempre en el terreno entre dos ciudades principales. El jodido "relleno," todos aprendimos a odiar ese término. Para nosotros, quería decir que tendríamos que limpiar cuadras y cuadras de suburbios antes de poder pensar siquiera en establecer un perímetro de cuarentena. Negocios de comidas rápidas, centros comerciales, kilómetros interminables de casas baratas y todas iguales.

Y en invierno la cosa no era ni más segura ni mejor. Yo estaba en el Grupo Norte. Al principio pensé que la teníamos ganada, ya sabe. No tendría que ver ni un G vivo durante seis meses de cada año, ocho en realidad, teniendo en cuenta cómo era el clima en ese entonces. Pensé que, bueno, cuando baje la temperatura, nuestro trabajo sería prácticamente el de unos recolectores de basura: encontrarlos, aplicarles el Lobo, marcarlos para que los entierren cuando la nieve se descongele, sin problemas. Deberían haberme abierto la cabeza a mí por pensar que Zack iba a ser el único problema que encontraríamos allá afuera.

Estaban los quislings, iguales a un G de verdad, pero capaces de atacar en invierno. Teníamos unas Unidades de Recuperación de Humanos, básicamente una perrera de tamaño grande. Hacían lo que podían para dormir a los quislings que encontrábamos, amarrarlos, y enviarlos a clínicas de rehabilitación; en ese entonces pensábamos que sí se podían rehabilitar.

Los salvajes eran una amenaza mucho mayor. Muchos de ellos ya no eran niños, había muchos adolescentes, y otros eran adultos. Eran rápidos, astutos, y si decidían pelear en vez de huir, podían fregarte el día. Por supuesto, los de las URH siempre trataban de darles con un dardo tranquilizante, pero eso no siempre funcionaba. Cuando un macho salvaje de cien kilos se lanza con todo sobre tí, un par de centímetros cúbicos de tranquilizante no lo van a detener antes de que llegue a su objetivo. Mucha gente de RH salió gravemente herida, y a un par de ellos tuvimos que devolverlos en bolsas. El duro tuvo que intervenir y les asignó un equipo de escoltas. Si el dardo no los detenía, nosotros sí.

Nada en este mundo chilla tanto como un salvaje con un tiro de EDP en la panza. A los de RH no les gustaba. Todos ellos eran voluntarios y tenían este código de que la vida humana, cualquier vida humana, merecía ser salvada. Supongo que la historia les dio algo de razón, ya sabe, por todos esos salvajes que se lograron recuperar, y que nosotros simplemente habríamos matado. Si hubiéramos tenido los recursos, habríamos podido hacer lo mismo con todos esos animales.

Viejo, las manadas de animales salvajes, eso me aterraba más que cualquier otra cosa. Y no estoy hablando solamente de los perros. Con los perros siempre sabíamos qué hacer. Los perros siempre anunciaban cuando iban a atacar. Me refiero a los gatos "mosca"[90]: eran como gatos salvajes, pero parecían un cruce entre un león de montaña y un jodido dientes de sable de la era del hielo. Quizá sí eran leones de montaña, muchos se veían idénticos, o quizá eran las crías gordas de los gatos domésticos que habían sido tan duros como para sobrevivir todo ese tiempo. Escuché que eran mucho más grandes en el norte, por alguna ley de la naturaleza o de la evolución.[91] En realidad yo no entiendo mucho de esas cosas, excepto por algún documental que ví hace mucho tiempo. Escuché que las ratas eran como las nuevas cebras; eran rápidas y lo suficientemente inteligentes para alejarse de Zack, se alimentaban de cadáveres limpios, y se reproducían por millones en los árboles y entre los escombros. Se habían vuelto increíblemente peligrosas, así que cualquier cosa capaz de cazarlas tenía que volverse mucho peor. Eso eran las "moscas", casi dos veces más grandes que un gato doméstico, con garras, dientes, y un gusto voraz por la sangre caliente.

Debieron ser todo un problema para los perros rastreadores.

¿Lo dice en serio? A ellos les encantaba, incluso a los pequeños *dach*, porque los hacía sentir de nuevo como lobos. El problema era para nosotros, porque se nos lanzaban desde las ramas de un árbol, o desde un techo. No te perseguían como los perros salvajes, sino que esperaban, sabían quedarse quietos hasta que uno estaba tan cerca que no podía ni apuntarles con el arma.

Afuera de Minneápolis, mi escuadrón estaba limpiando un centro comercial. Entré por la ventana de un Starbucks y tres de esos se lanzaron sobre mí desde detrás del mostrador. Me derribaron, comenzaron a destrozarme los brazos y la cara. ¿Cómo cree que conseguí ésta?

[Señala la cicatriz en su mejilla.]

Supongo que la única víctima ese día fueron mis pantalones. Tengo que agradecerle a los UCs a prueba de mordidas, los nuevos chalecos antibalas, y los cascos que recién nos habían entregado… Llevaba tanto tiempo sin usar ese tipo de protección. Uno se olvida de lo incómodo que es, después de tantos años de no llevar casi nada encima.

¿Acaso los salvajes sabían cómo usar armas de fuego?

No sabían hacer nada remotamente humano, por eso les decían "salvajes." No, la armadura era para protegernos de la gente normal que encontrábamos. No de los rebeldes organizados, sino de uno que otro LaMOE,92 Siempre había uno o dos de esos en cada zona, un tipo o una vieja que habían logrado sobrevivir solos. Leí en alguna parte que en los Estados Unidos tuvimos más que en cualquier otro país del mundo, que tenía que ver con nuestro individualismo reprimido o algo por el estilo. Esa gente llevaba tanto tiempo sin ver a una persona viva, que muchos de los disparos iniciales eran accidentales o por costumbre. Casi todo el tiempo lográbamos razonar con ellos. A esos los llamaban en realidad RCs, Robinson Crusoes —ese era el término para los que resultaban ser buena gente.

Les decíamos LaMOEs a los que estaban demasiado acostumbrados a ser los reyes de su pequeño mundo. ¿Reyes de qué? No tengo idea, supongo que de los Gs, quislings y salvajes, pero ellos creían que se estaban dando la gran vida, y que nosotros habíamos llegado a acabar con eso. Uno de esos estuvo a punto de matarme.

Estábamos avanzando hacia la Torre Sears en Chicago. Chicago, esa ciudad me dio suficientes pesadillas para tres vidas. Estábamos a mitad del invierno, el viento del lago era tan fuerte que uno casi no podía sostenerse de pié, y de pronto sentí como si el martillo de Thor me pegara en la cabeza. Un proyectil de un rifle de caza. Nunca más volví a quejarme por lo incómodo de los cascos. La gente de la torre tenía su propio reino allá arriba, y no estaban dispuestos a entregárselo a nadie. Esa fue una de las pocas veces en que volvimos a usar todo lo de antes; ametralladoras, granadas, ahí fue cuando los Bradleys volvieron al campo.

Después de Chicago, el duro se dio cuenta de que estábamos en una guerra múltiple y más peligrosa. Volvieron las armaduras y la protección para todo el cuerpo, incluso en verano. Muchas gracias, jodida Ciudad de los Vientos. A todos los escuadrones nos entregaron panfletos con la "Pirámide de Riesgos."

Estaba clasificada según la probabilidad de encontrarlos, no qué tan peligrosos eran. Zack estaba en la base, luego los animales, luego los salvajes, quislings, y los LaMOEs en la cima. Muchos de los tipos del Grupo Sur dicen que ellos tenían la peor parte, porque cuando llegaba el invierno, los del Grupo Norte ya no teníamos que preocuparnos por Zack en la pase de la pirámide. Sí, claro, pero Zack era reemplazado por una amenaza peor: ¡el invierno!

¿Cuánto dicen que bajó la temperatura promedio? ¿Diez grados, quince en algunas partes?93 Sí, claro, era más fácil para nosotros, enterrados hasta el culo en nieve gris, y sabiendo que por cada cinco Zack que uno se despachara, aparecerían otros diez cuando se derritiera el hielo. Al menos la gente del sur sabía que cuando limpiaban una zona, ésta seguiría limpia. Ellos no tenían que preocuparse por ataques desde la retaguardia un par de meses después. Tuvimos que barrer cada zona al menos tres veces. Usamos desde varillas y Ks rastreadores hasta lo mejor en equipos de resonancia. Una y otra vez, y siempre en lo peor del invierno. Perdimos a más gente por el congelamiento que por cualquier otra cosa. Y sin embargo, todas las primaveras, uno sabía, siempre… siempre era, "mierda, aquí vamos de nuevo." Incluso hasta el día de hoy, con todas esas limpiezas y los grupos de voluntarios, la primavera sigue siendo lo que antes era el invierno, el momento en que la naturaleza te dice que se acabó lo bueno.

Hábleme de la liberación de las zonas aisladas.

Siempre era difícil, en todas ellas. Recuerde que esas zonas seguían rodeadas, cientos, quizá hasta miles de ellos. La gente que se refulgió en los edificios cercanos de Comerica Park y Ford Field, tenían un foso combinado —así les decíamos, fosos— de al menos un millón de Gs. Fue una carnicería de tres días seguidos, e hizo que Esperanza pareciera una simple pelea callejera. Fue la única vez que de verdad creí que nos iban a superar. Se amontonaron tan alto que pensé que íbamos a quedar enterrados vivos, literalmente, en una avalancha de cadáveres. Las batallas como esa te dejan frito, acabado, el cuerpo y la mente no pueden más. Quería dormir, nada más, no quería pensar ni en comida, ni en un baño, ni en sexo. Uno sólo quería encontrar un lugar caliente y seco, cerrar los ojos, y olvidarse de todo.

¿Cuál era la reacción de la gente que liberaban?

Un poco de todo. En las zonas militares, la cosa no era muy animada. Un montón de ceremonias formales, subir y bajar banderas, "Lo relevo,

señor — entendido,” mierda por el estilo. También aprovechaban para lucirse un poco. Ya sabe, “en realidad no necesitábamos que nos rescataran” y todo eso. Los entiendo. Todo soldado quiere ser el héroe que cabalga sobre la colina, nadie quiere ser la víctima que espera en el fuerte. Por supuesto que no necesitabas que te recatáramos, amigo.

Aunque a veces era cierto. Como los de la base en las afueras de Omaha. Eran un centro estratégico de entrega de provisiones, con vuelos regulares llegando casi en horas puntuales. En realidad estaban viviendo mejor que cualquiera de nosotros: comida fresca, agua caliente, camas limpias. Casi sentí que *nosotros* habíamos sido rescatados cuando llegamos allí. Pero en el otro extremo, estaban los marines de Rock Island. Nunca quisieron admitir lo duro que les tocó, y eso no tiene nada de malo. Después de lo que vivieron, no podían negarles el derecho a presumir. Nunca conocí personalmente a uno de ellos, pero he escuchado las historias.

¿Y qué hay de las zonas civiles?

La historia era muy diferente. ¡Allá éramos lo máximo! Nos recibían gritando y celebrando. Era como uno se imagina que debe ser, como en esas películas viejas con los soldados entrando a París. Éramos como estrellas de rock. Tuve más… bueno… digamos que si vé un montón de niños desde aquí hasta la Ciudad de los Héroes que se parecen mucho a mí… **[Se ríe.]**

Pero hubo excepciones.

Sí, supongo. No era todo el mundo, pero había una o dos personas entre la gente, unos rostros enojados que te gritaban. “¿Por qué diablos se tardaron tanto?” “¡Mi esposo murió hace dos semanas!” “¡Mi madre se murió esperándolos!” “¡Perdimos la mitad de nuestra gente el verano pasado!” “¿Dónde estaban cuando los necesitamos?” Gente sosteniendo fotografías. Cuando entramos a Janesville, en Wisconsin, Alguien sostenía una pancarta con la imagen de una niñita sonriendo. Las palabras bajo la foto decían: “¿Mejor tarde que nunca?” Al tipo lo lincharon los mismos pobladores; no debieron hacer eso. Esas son las cosas que nos toco ver, mierda que te mantiene despierto a pesar de no haber dormido en cinco días.

Muy de vez en cuando, casi nunca en realidad, entrábamos en alguna zona en la que de verdad no nos querían. En Valley City, Dakota del Norte, nos gritaban, “¡Jódanse, soldados! ¡Ustedes nos abandonaron, no los necesitamos!”

¿Esa era una zona separatista?

Oh no, al menos esa gente sí nos dejó pasar. Los rebeldes de verdad sólo te saludaban a tiros. Yo nunca estuve en una de esas zonas. El duro tenía unidades especiales para lidiar con los rebeldes. Nos encontramos con una de esas en el camino, iban hacia Black Hills. Era la primera vez que veía un tanque desde que cruzamos Las Rocosas. Una mala señal; uno sabía cómo iban a terminar.

Existen muchas historias sobre métodos de supervivencia muy cuestionables en algunas de las zonas aisladas.

¿Sí, y qué? Pregúnteles a ellos.

¿Usted vió alguno?

No, y no quiero saber nada de eso. La gente trataba de hablar, la gente que liberábamos. Estaban destrozados por dentro, y sólo querían sacarse ese peso del pecho. ¿Sabe qué les decía yo? "Mejor guárdatelo, tu guerra ya terminó." Yo no quería cargar más piedras en mi mochila, ¿me entiende?

¿Y después de la guerra? ¿Habló con alguno de ellos?

Sí, y también leí sobre los juicios.

¿Y cómo se sintió?

Mierda, no sé. ¿Quién soy yo para juzgar a esa gente? Yo no estaba allí, yo no tuve que vivir lo que ellos vivieron. Ésta conversación, preguntándome "qué tal si," en ese entonces no tenía tiempo de pensar en eso. Teníamos trabajo por hacer.

A los historiadores les gusta decir que el Ejército de los Estados Unidos tuvo una tasa de mortalidad muy baja durante el avance. Baja, comparada con la de otros países, China o los rusos. Baja, pero sólo si contamos las muertes debidas a Zack. Había millones de cosas que podían enterrarte en ese camino, y más de dos tercios de ellas no aparecían en la pirámide.

Las enfermedades eran una de las peores, epidemias y cosas que se suponía que habían desaparecido desde, no sé, desde la Edad Media más o menos. Claro, nos tomábamos nuestras pastillas, nos

vacunábamos, comíamos bien, y nos revisaban regularmente, pero había mucha mierda en todas partes, en el suelo, en el agua, en la lluvia, y en el aire que respirábamos. Cada vez que llegábamos a una ciudad o liberábamos una zona, perdíamos por lo menos a un hombre por alguna enfermedad, y aunque no se muriera, lo tenían que dar de baja para ponerlo en cuarentena. En Detroit perdimos un pelotón entero por culpa de la influenza española. El duro se asustó de verdad esa vez, y puso a todo el batallón en cuarentena por dos semanas.

También estaban las minas terrestres y las trampas, algunas eran civiles, y otras las habíamos puesto cuando huimos hacia el oeste. En ese entonces parecía razonable. Sólo sembrábamos kilómetro tras kilómetro y esperábamos que Zack estallara al seguirnos. El único problema es que las minas no funcionan así. No hacen estallar todo el cuerpo; sólo te quitan un pié, o una pierna, o las joyas de la familia. Para eso están diseñadas, no para matar, sino para lesionarte tanto que el ejército tenga que gastar valiosos recursos en mantenerte vivo, y luego mandarte a casa en una silla de ruedas para que Mamá y Papá Civiles piensen, cada vez que te vean, que quizá apoyar esa guerra no es tan buena idea. Pero Zack no tiene casa, ni Papá o Mamá Civiles. Lo único que hacen las minas convencionales es crear un montón de zombies inválidos que, a fin de cuentas, sólo te dificultan el trabajo porque uno los quiere de pié y fáciles de ver, no arrastrándose entre la hierba y esperado a ser pisados, convertidos ellos mismos en otro tipo de minas terrestres. El problema era que no sabíamos dónde habíamos sembrado la mayoría de las minas; muchas de las unidades que las habían puesto durante la retirada no las habían marcado bien, o se habían perdido las coordenadas, o no habían sobrevivido para avisarnos. Además estaban las malditas trampas de los LaMOEs, los agujeros con estacas, y escopetas con cables amarrados al gatillo.

Yo perdí a un compañero por culpa de una de esas, en un Wal-Mart en Rochester, Nueva York. Él había nacido en El Salvador pero creció en California. ¿Alguna vez escuchó sobre los Boyle Heights Boyz? Eran una banda de hard-core de Los Ángeles que fueron deportados hacia El Salvador porque, técnicamente, eran ilegales. Mi compañero era uno de ellos. Se abrió camino de vuelta a través de México durante los peores días del Pánico, a pié, solo con su machete. Ya no tenía familia, ni amigos, y lo único que quería era volver a la tierra en donde había crecido. Quería tanto este país. Me recordaba a mi abuelo, ya sabe, ese espíritu de inmigrante. Y todo para venir a morirse por un escopetazo en la cara, una trampa puesta por un LaMOE que ya ni siquiera debía estar vivo. Jodidas minas y trampas.

Y también estaba los accidentes. Todos esos edificios que se habían debilitado por la guerra. Súmele a eso los años de abandono y metros y metros de nieve acumulada. Techos enteros se derrumbaban sin aviso, toda la estructura se venía abajo. Perdí a alguien así. Había acabado de reportar un contacto, un salvaje salió corriendo hacia ella desde el otro lado de un estacionamiento. Le disparó con su arma, y con eso bastó. No sé cuántas toneladas de nieve y hielo le cayeron encima junto con el techo. Ella… nosotros… teníamos algo, ya sabe. Es sólo que nunca hicimos nada al respecto. Supongo que no queríamos hacerlo "oficial." Pensábamos que así sería más fácil si algo malo le llegaba a pasar a alguno de los dos.

[Todd mira hacia las tribunas, y le sonríe a su esposa.]

Pero no funcionó.

[Hace silencio por un momento, y suspira.]

Y por último teníamos las víctimas psiquiátricas. Fueron más que todas las otras combinadas. Algunas veces llegábamos a zonas bien fortificadas, y sólo encontrábamos esqueletos y ratas. Me refiero a zonas que no fueron arrasadas por Zack, sino que cayeron víctimas del hambre, o las enfermedades, o de la idea de que no valía la pena vivir un día más. Una vez entramos en una iglesia de Kansas, y todo lo que vimos nos indicó que los adultos habían matado a los niños antes de suicidarse ellos. Un tipo de nuestro pelotón, que era amish, leía todas las notas de suicidio que nos encontrábamos, las memorizaba, y se hacía un pequeño corte, un pequeño rasguño de un centímetro en alguna parte del cuerpo, según él para "nunca olvidarlos." El maldito loco terminó cubierto de cicatrices por todo el cuerpo, desde el cuello hasta los dedos de los pies. Cuando el teniente se enteró… lo dio de baja por sección ocho ese mismo día.

Casi todos los locos aparecieron ya terminando la guerra. No por el estrés, sino al contrario, por la calma. Sabíamos que todo terminaría pronto, y creo que toda esa gente que había estado tratando de no enloquecerse por tanto tiempo, comenzó a escuchar una vocecita en la cabeza que les decía, "hey, viejo, está bien, ya puedes dejarte ir."

Un tipo que conocí, un enorme gorilasaurio, había sido luchador profesional antes de la guerra. Estábamos patrullando en la autopista cerca de Pulaski, en Nueva York, cuando el viento nos llevó el olor de un camión que se había volcado cerca de allí. Estaba cargado hasta arriba de botellas de perfume, nada fino, sino una fragancia barata de esas

que se consiguen en cualquier parte. El tipo se congeló y comenzó a llorar como un niño. No era capaz de parar. Era un monstruo que había matado a más de dos mil, un ogro que una vez había agarrado a un G por las piernas y lo había usado como garrote para luchar contra otros tres. Tuvimos que cargarlo entre cuatro para subirlo a la camilla. El perfume debió recordarle a alguien, pero nunca supimos a quién.

También estaba este otro tipo, uno que no tenía nada de especial; de casi cincuenta años, calvo, y un poco panzón, al menos tanto como uno podía estarlo en esos días, como los que uno veía en las campañas contra la hipertensión. Estábamos en Hammond, Indiana, organizando los puestos de defensa para el ataque a Chicago. Pasamos cerca de una casa al final de una calle desierta, completamente intacta, excepto por las ventanas tapiadas y la puerta caída. Al tipo le apareció esta expresión en la cara, como una sonrisa. Debimos notarlo antes de que abandonara la formación, antes de escuchar el disparo. Lo encontramos sentado en la sala, en una vieja silla reclinable, con el REI entre las rodillas y la sonrisa todavía en el rostro. Miré las fotografías desteñidas sobre la chimenea. Era su casa.

Pero esos eran los ejemplos más extremos, los que hasta yo habría podido anticipar. Con muchos de los otros nunca se sabía. En mi opinión, no se trataba de saber quién se estaba enloqueciendo, sino quién no. ¿Tiene sentido?

Una noche en Portland, Maine, estábamos en el Parque Deering Oaks recogiendo pilas de huesos blanqueados que habían estado allí tirados desde el Pánico. Dos soldados recogieron unos cráneos y empezaron jugar con ellos, cantando una canción de ese disco infantil *Free to Be, You and Me,* el de los dos bebés. Yo la reconocí sólo porque mi hermano mayor tenía el disco, que estuvo de moda mucho antes de que yo naciera. Pero a algunos de los soldados más viejos, los de la generación X, les encantó. Comenzó a llegar más gente, y todo el mundo comenzó a reírse y a hablar con esas dos calaveras. "Hola-Hola-Soy un bebé.—¿Y qué crees que soy yo, un pedazo de pan?" Y cuando el diálogo terminó, todos comenzaron a cantar al mismo tiempo, "*There's a land that I see*…" jugando con fémures como si fueran guitarras. Miré a uno de los médicos de nuestra compañía. Nunca pude pronunciar bien su nombre, el doctor Chandra-algo.94 Lo miré fijamente y le hice este gesto, como diciendo, "hey, doc, los perdimos a todos, ¿no?" Debió entender lo que le estaba diciendo, porque me sonrió y sacudió la cabeza diciéndome "no." Eso sí me asustó; es decir, si los que actuaban así no estaban locos, ¿cómo íbamos a saber quién sí?

Como nuestra líder de escuadrón, quizá la conozca. Ella estuvo en *La Batalla de las Cinco Universidades.* ¿Recuerda esa amazona alta con el machete, la que cantó esa canción al final? Ya no se veía como en la película. Había perdido todas las curvas y se había rapado ese pelo negro, largo y brillante. Era una buena líder, "La Sargento Avalon." Un día encontramos una tortuga en el campo. Las tortugas eran como los unicornios en esos días, ya no se veían por ningún lado. Avalon la miró, no sé como decirlo, casi como una mirada de niña. Sonrió. Ella nunca sonreía. Escuché que le susurraba algo a la tortuga, pensé que era algo sin sentido: "*Mitakuye oyasin*." Después supe que quería decir "todos los que conocí" en lengua Lakota. No sabía que ella era en parte Sioux. Nunca hablaba de eso ni de nada personal. Pero de pronto, como un fantasma, apareció el doctor Chandra junto a ella, poniéndole el brazo sobre el hombro, y diciéndole su frase de costumbre para esos casos: "Vamos sargento, vamos a tomarnos un café."

Eso fue el mismo día en que se murió el presidente. Seguramente él también escuchó la vocecita: "hey, viejo, está bien, ya puedes dejarte ir." Yo sé que mucha gente no quería al vicepresi, y pensaban que nunca podría reemplazar al Gran Jefe. Yo lo comprendía perfectamente, porque estaba en esa misma posición. Al dar de baja a Avalon, me convirtieron en el líder del escuadrón.

No importaba que la guerra casi estuviera a punto de terminar. Aún había tantas batallas en el camino, tanta gente buena a la que tendríamos que decirle adiós. Para cuando llegamos a Yonkers, yo era el único que quedaba de los que habíamos estado en Esperanza. No sabía qué sentir, caminando entre todos esos escombros: los tanques abandonados, las camionetas aplastadas de los noticieros, los restos humanos. Creo que no sentí nada. Como líder de escuadrón, tenía muchas cosas qué hacer, muchas caras por las cuáles preocuparme. Podía sentir los ojos del doctor Chandra clavándose en mi espalda todo el tiempo. Pero nunca se me acercó, nunca me dio esa señal de que algo andaba mal conmigo. Cuando al fin abordamos las barcazas en las orillas del Hudson, lo miré fijamente a los ojos. Él sólo sonrió y sacudió su cabeza. Lo había logrado.

DESPEDIDAS

BURLINGTON**, V**ERMONT

[La nieve ha comenzado a caer. Muy a su pesar, "El Loco" da la vuelta y regresamos a su casa.]

¿Alguna vez oyó hablar de Clement Attlee? Claro que no, ¿por qué razón? El tipo era un perdedor, un mediocre de tercera que sólo aparece en los libros de historia porque sucedió a Winston Churchill antes del final oficial de la Segunda Guerra Mundial. La guerra en Europa había terminado, y los británicos sentían que ya habían sufrido más que suficiente, pero Churchill seguía insistiendo en ayudar a los Estados Unidos contra Japón, diciendo que una guerra no termina sino hasta que termina en todas partes. Y mire lo que pasó con el Viejo León. Nosotros no queríamos que pasara lo mismo con nuestra administración, y por eso decidimos declarar la victoria una vez que el territorio continental de los Estados Unidos estuvo seguro.

Todos sabían que la guerra no había terminado de verdad. Todavía teníamos que ayudar a nuestros aliados y recuperar partes del mundo que estaban completamente invadidas por los muertos vivientes. Había tanto trabajo por hacer, pero como nuestra casa ya estaba en orden, teníamos que darle a la gente la oportunidad de regresar a la suya. Fue por eso que creamos la Fuerza Multinacional de la ONU, y nos sorprendió gratamente la cantidad de voluntarios que se ofrecieron en la primera semana. Incluso tuvimos que devolver a algunos de ellos, poniéndolos en las listas de reserva, o asignándoles el entrenamiento de los nuevos reclutas que no habían participado en la operación de barrido a través del país. Yo sé que me criticaron mucho por haberle pasado el control a la ONU en lugar de hacerlo como un proyecto puramente norteamericano, pero para serle sincero, me importaba un carajo. Estados Unidos es un buen país y su gente espera ser tratada con justicia, y cuando los soldados cruzan marchando todo el territorio hasta las mismísimas playas del Atlántico, uno tiene que darles la mano, pagarles, y permitirles regresar a sus vidas privadas si eso es lo que quieren.

Quizá eso hizo que la campaña al otro lado del mar fuese más lenta. Nuestros aliados están recuperándose, pero todavía hay algunas Zonas Blancas por limpiar: cadenas montañosas, las islas del ártico, el fondo del océano, e Islandia… Islandia vá a ser difícil. Desearía que Iván nos ayudara con Siberia, pero bueno, Iván es Iván. Todavía tenemos algunos ataques aquí en casa, cada primavera, o de vez en cuando junto a los ríos y lagos. El número sigue bajando, gracias a Dios, pero

eso no quiere decir que la gente pueda bajar la guardia. Seguimos en guerra, y hasta que encontremos cada rastro, lo limpiemos, y si es necesario, lo hagamos volar de la superficie de la Tierra, todo el mundo tiene que ayudar y hacer bien su trabajo. Al menos toda esa miseria sirvió para que el mundo aprendiera esa lección. Estamos juntos en esto, así que ayuda y haz bien tu trabajo.

[Nos detenemos junto a un viejo roble. Mi compañero lo mira de arriba a abajo, dándole unos suaves golpecitos con su bastón. Luego le dice al árbol…]

Estás haciendo un buen trabajo.

KHUZHIR**, I**SLA **O**LKHON**, L**AGO **B**AIKAL**, S**AGRADO **I**MPERIO **R**USO

[Una enfermera interrumpe nuestra entrevista para asegurarse de que María Zhuganova se tome sus vitaminas prenatales. María tiene cuatro meses de embarazo. Éste será su octavo hijo.]

Lo único que lamento fue que no pude seguir en el ejército cuando comenzó la "liberación" de nuestras antiguas repúblicas. Libramos a la Madre Patria de la peste de los muertos, y había llegado la hora de seguir con la guerra más allá de nuestras fronteras. Desearía haber estado allí el día en que recuperamos Bielorrusia para el Imperio. Dicen que pronto reclamarán Ucrania, y después de eso, quién sabe qué más. Desearía haber participado de todo eso, pero tenía "otros deberes"…

[Suavemente, se acaricia el vientre.]

No sé cuántas clínicas como ésta hay en toda la Patria, pero no las suficientes, de eso sí estoy segura. Quedamos muy pocas mujeres jóvenes y fértiles, las que no caímos por culpa de las drogas, el SIDA, o la plaga de los muertos vivientes. Nuestro líder dice que el arma más poderosa que una mujer rusa puede esgrimir en esta guerra es su vientre. Y si eso significa que no puedo conocer a los padres de mis hijos, o…

[Sus ojos se clavan en el piso por un momento.]

… o a mis hijos, no importa. Soy útil a la Patria, y la sirvo de todo corazón.

[Me mira a los ojos.]

¿Se pregunta cómo es que esta "vida" puede estar de acuerdo con las creencias de nuestro nuevo estado fundamentalista? Bueno, no lo piense más, porque no lo está. Todo ese dogma religioso es para las masas. Es el opio para mantenerlos en calma. No creo que ninguno de los líderes, ni entre la Iglesia, crean en todo lo que predican. Quizá sólo un hombre lo creía, el viejo padre Ryzhkov, antes de que lo exiliaran. Él ya no tenía nada más que ofrecer, pero yo sí. Todavía puedo darle unos cuantos hijos más a la Patria. Por eso me tratan tan bien, y me permiten hablar con toda libertad.

[María observa el espejo de doble cara a mis espaldas.]

¿Qué me van a hacer? Para cuando ya no les sea útil, habré vivido más que casi cualquier mujer por acá.

[Le dirige un gesto obsceno al espejo.]

Además, ellos *quieren* que usted escuche esto. Por eso lo dejaron entrar a nuestro país, para escuchar nuestras historias, para hacer preguntas. A usted también lo están utilizando, ¿no vé? Su misión será contarle al mundo, hacerles ver lo que les pasará si se meten con nosotros. La guerra nos empujó de vuelta a nuestras raíces, nos hizo recordar lo que significa ser rusos. Somos fuertes otra vez, otra vez más nos tienen miedo, y para los rusos, eso sólo quiere decir una cosa, ¡que por fin estamos seguros! Por primera vez en casi cien años, podemos dormir tranquilos bajo el puño protector de un César, y estoy segura de que sabe muy bien cómo se dice César en ruso.

PUERTO **DE B**RIDGETOWN, **B**ARBADOS, **F**EDERACIÓN **D**E **L**AS **I**NDIAS **O**RIENTALES

[El bar está vacío. Casi todos los clientes se han ido por su propia voluntad, o han sido sacados por la policía. Los empleados del último turno recogen las sillas rotas, los vasos quebrados, y limpian la sangre del piso. En una equina, un sudafricano canta una emotiva y alcoholizada versión de "Asimbonaga" de Jhonny Clegg. T. Sean Collins tararea algunos de los versos, vacía de un trago su vaso de ron, y rápidamente pide otro.]

Soy un adicto a matar, y es la manera más elegante en que puedo decirlo. Quizá me diga que técnicamente no es así, que como ya están muertos, en realidad no los estoy matando. Pura mierda; es asesinato, y es más emocionante que cualquier cosa. Seguro, puedo hablar mal de todos esos mercenarios de antes de la guerra, los veteranos de Nam y los Ángeles del Infierno, pero ahora yo soy igual que ellos, no soy distinto de esos soldados que nunca regresaron a casa, aún cuando sus cuerpos sí volvieron, ni de esos brutos de la Segunda Guerra que cambiaron sus Mustangs por Jeeps. Matar es un vuelo tan increíble, te mantiene tan arriba todo el tiempo, que hacer cualquier otra cosa se siente como estar muerto.

Traté de reintegrarme, asentarme, conseguir amigos, un trabajo, y de hacer mi parte para que los Estados Unidos se levantaran. Pero estaba muerto, no podía pensar en otra cosa más que en matar. Comenzaba a mirar los cuellos de las personas, sus cabezas. Me ponía a pensar: "Vaya, ese tipo debe tener un hueso frontal duro, tengo que clavarlo a través del ojo," o "con un golpe fuerte en la nuca, esa vieja cae de una." Y cuando el nuevo presidente, "El Loco" —Jesús, ¿quién soy yo para decirle así a otra persona?— cuando lo escuché hablar en una reunión, pensé en más de cincuenta formas de asesinarlo en el estrado. Ahí fue cuando decidí retirarme, por mi propio bien y por el de los demás. Sabía que algún día llegaría a mi límite, que me emborracharía, me metería en una pelea, perdería el control. Sabía que cuando comenzara, no sería capaz de parar, así que mejor me despedí y me uní a los Impisi, un grupo con el mismo nombre que las Fuerzas Especiales Sudafricanas. Impisi: es "hiena" en zulú, los que se encargan de los muertos.

Somos una organización privada, nada de reglas ni de ceremonias, por eso me gustaron más que el trabajo con la ONU. Decidimos nuestros horarios, y escogemos nuestras propias armas.

[Me señala algo a su lado, un instrumento que parece un bate de

cricket, metálico y con un borde afilado.]

"*Pouwhenua*" —Me lo regaló un maorí que jugaba para los All Blacks antes de la guerra. Unos jodidos animales esos maoríes. En la batalla de One Tree Hill, quinientos de ellos se enfrentaron a la mitad de los zombies de Auckland. El pouwhenua es un arma difícil de usar, y eso que ésta es de metal y no de madera. Pero esa es otra de las ventajas de ser un soldado de la fortuna. ¿Qué tiene de emocionante tirar de un gatillo? Es mejor que sea difícil, peligroso, y entre más Gs haya que enfrentar, mucho mejor. Por supuesto, tarde o temprano ya no van a quedar más. Y cuando eso pase…

[En ese momento, el *Imfingo* hace sonar la sirena de partida.]

Yo me voy en ese.

[T. Sean le hace una señal al mesero, y deja un rand plateado sobre la mesa.]

Todavía tengo esperanza. Suena a locura, pero uno nunca sabe. Por eso ahorro casi todos mis pagos en lugar de invertirlos en alguna parte o derrocharlos en quién sabe qué. Puede pasar, que uno logre quitarse por fin ese mono de la espalda. Un amigo canadiense, "Mackee" MacDonald, después de limpiar la Isla Baffin decidió que ya había tenido suficiente. Escuché que ahora vive en Grecia, en un monasterio o algo así. Puede pasar. Quizá todavía haya una vida para mí, esperándome allá afuera. Bueno, ¿un hombre puede soñar, no? Pero claro, si las cosas no resultan, si algún día el mono sigue ahí pero ya no hay más Zack…

[Se pone de pié, echándose el arma al hombro.]

Entonces la última cabeza que reventaré, quizás sea la mía.

PARQUE **F**ORESTAL **D**E **L**A **P**ROVINCIA **D**E **S**AND **L**AKES**, M**ANITOBA**, C**ANADÁ

[Jesika Hendricks sube la última "presa" del día a un trineo, hay quince cadáveres y un montículo de partes desmembradas.]

Trato de no sentir rabia, por lo injusto de todo el asunto. Desearía poder comprenderlo. Una vez conocí a un ex-piloto iraní que vino a Canadá buscando un lugar para quedarse. Me dijo que los norteamericanos somos las únicas personas que conocía, que no aceptaban que a la gente buena le pueden pasar cosas malas. Quizá tiene razón. La semana pasada estaba escuchando la radio, y ahí estaba **[nombre omitido por razones legales]**. Estaba hablando de lo mismo de siempre —gases, insultos y de sexo como si fuera un adolescente— y recuerdo que pensé, "éste hombre sobrevivió y mis padres no." No, trato de no sentir rabia.

TROYA**, M**ONTANA**, E**STADOS **U**NIDOS

[La señora Miller y yo estamos en el balcón trasero, mirando unos niños que juegan en el patio central.]

Puede culpar a los políticos, a los hombres de negocios, a los generales, a la "maquinaria," pero en realidad, si hay que culpar a alguien, cúlpeme a mí. Yo soy Norteamérica, yo soy la maquinaria. Ése es el precio de vivir en una democracia; todos tenemos que asumir la culpa. Entiendo por qué China se demoró tanto en aceptarla, y por qué Rusia lo mandó todo al diablo y volvieron a lo que sea que tienen ahora. Debe ser agradable el poder decir, "no me miren a mí, yo no tengo la culpa." Pero sí. Fue mi culpa, y también la culpa de todos los de mi generación.

[Mira a los niños.]

Me pregunto qué dirán las generaciones futuras sobre nosotros. Mis abuelos sufrieron la Depresión, la Segunda Guerra Mundial, pero al regresar a casa construyeron la mejor clase trabajadora de todo el mundo. Dios sabe que no eran perfectos, pero vivieron mejor que nadie el Sueño Americano. Luego llegó la generación de mis padres y lo jodió todo —los del *baby boom*, la generación egoísta. Y luego vinimos nosotros. Sí claro, nosotros detuvimos la amenaza de los zombies, pero

también fuimos nosotros los que permitimos que se convirtieran en una amenaza. Al menos recogimos nuestro propio desorden, y quizá ese es el mejor epitafio al que podemos aspirar. "La Generación Z, recogieron su propio desorden."

CHONGQING**, C**HINA

[Kwang Jingshu hace si última visita del día, un niño con algún tipo de enfermedad respiratoria. La madre teme que sea otro caso de tuberculosis. El color regresa a su rostro cuando el anciano médico le asegura que es sólo una gripe. Su llanto y su gratitud nos siguen al salir a la calle.]

Es reconfortante ver a los niños, hablo de los que nacieron después de la guerra, los niños que sólo conocen un mundo que incluye a los muertos vivientes como algo normal. Saben que no deben jugar cerca del agua, y que no deben salir solos de noche en primavera y verano. Pero no viven con miedo, y ese es el mejor regalo, el único regalo que podemos dejarles.

Algunas veces pienso en esa anciana del Nuevo Dachang, las cosas que vivió, la lucha interminable que definió a su generación. Ahora yo soy igual, un anciano que ha visto a su país destrozado en más de una ocasión. Pero todas las veces hemos logrado recuperarnos, reconstruir y renovar nuestra nación. Y lo haremos de nuevo —China, y el resto del mundo. En realidad no creo en el más allá —seré un viejo revolucionario hasta el fin— pero si acaso existe, puedo imaginar que mi viejo camarada Gu se ríe de mí cada vez que digo, con toda sinceridad, que todo va a salir bien.

WENATCHEE**, W**ASHINGTON**, E**STADOS **U**NIDOS

[Joe Muhammad acaba de terminar su última obra, una estatuilla de treinta y dos centímetros de un hombre cojeando, con un destrozado cargador para bebés, mirando hacia el frente con unos ojos sin vida.]

No voy a decir que la guerra fue algo bueno. No soy así de insensible, pero tiene que admitir que sirvió para unir a la gente. Mis padres nunca dejaban de hablar de lo mucho que extrañaban lo estrecha y amable que era la gente en Pakistán, pero nunca hablaban con sus vecinos norteamericanos, nunca los invitaban a cenar, y no recordaban sus nombres excepto para quejarse por la música o por los ladridos del perro. Ya no vivimos en un mundo así. No se trata solo de tus vecinos, o de los países. En todas partes del mundo, con cualquier persona que hables, todos compartimos una poderosa experiencia en común. Hice un crucero hace dos años, la Línea Pan Pacífica a través de las islas. Había gente de todas partes, y aunque algunos detalles fueran diferentes, las historias eran todas muy parecidas. Quizá le suene demasiado optimista, y estoy seguro de que una vez que las cosas vuelvan "a la normalidad," cuando nuestros hijos y nietos crezcan en un mundo en paz, seguramente volverán a ser tan egoístas, intolerantes, y tan jodidos entre ellos como éramos nosotros. Pero bueno, ¿en realidad vamos a poder olvidar todo lo que tuvimos que sufrir? Alguna vez escuché un proverbio africano: "Uno no puede cruzar un río sin mojarse." Quiero creer en eso.

No me malinterprete, por supuesto que extraño algunas cosas del viejo mundo, pero se trata sólo de cosas, cosas que solía tener o esperaba conseguir algún día. La semana pasada le hicimos una despedida de soltero a uno de los muchachos del barrio. Alquilamos el único reproductor de DVD que encontramos, y un par de viejas películas porno. Hay una escena en la que a Lusty Canyon se la están tirando tres tipos sobre la tapa de un convertible gris BMW Z4, y lo único que pensé mientras la veía fue, "*Vaya, ya no hacen autos como ese hoy en día."*

TAOS**, N**UEVO **M**ÉXICO**, E**STADOS **U**NIDOS

[Los filetes están casi listos. Arthur Sinclair voltea las tajadas de carne, y comienzan a silbar y a echar humo.]

De todos los trabajos que he tenido, ser el policía del dinero ha sido el mejor. Cuando la nueva presidenta me pidió que retomara mi cargo como director de la Comisión de Comercio y Títulos Valores, estuve a punto de besarla frente a todo el mundo. Claro que sabía, lo mismo que en mis días con el DEstRe, que me dieron ese trabajo sólo porque nadie más quería hacerlo. Había tantos retos por delante, una gran parte del país seguía confiando en el intercambio. Hacer que la gente abandone el trueque, que vuelvan a confiar en el Dólar… no ha sido una tarea fácil. El Peso Cubano sigue siendo el rey, y la mayoría de nuestros ciudadanos más ricos todavía guardan su dinero en sus cuentas de La Habana.

La solución del enorme problema de inflación es trabajo suficiente para varias administraciones. La gente recogió tanto dinero después de la guerra, en cajas abandonadas, casas, y hasta en los cadáveres. ¿Cómo diferenciar a los saqueadores de la gente que sí guardó sus dólares bien ganados, sobre todo cuando los títulos de propiedad son tan raros como el petróleo? Es por eso que ser el policía del dinero es el trabajo más importante que he tenido. Tenemos que encerrar a esos malditos que están impidiendo que la gente recupere la confianza en la economía de los Estados Unidos, y no sólo a los saqueadores de poca monta, sino también a los peces gordos, esos aprovechados que están comprando tierras y casas antes de que los sobrevivientes las reclamen, o haciendo lobby para cambiar las regulaciones sobre la comida y otros artículos de primera necesidad… y gente como ese hijo de puta de Breckinridge Scott, sí, el rey del Phalanx, oculto como una rata en su fortaleza de mierda en la Antártida. Él todavía no lo sabe, pero hemos estado negociando con Iván para que no le renueven el alquiler. Mucha gente por aquí quiere volver a verlo, sobre todo el Departamento de Impuestos.

[Sonríe y se frota las manos.]

La confianza, esa es la gasolina que alimenta la maquinaria capitalista. Nuestra economía sólo puede funcionar si la gente cree en ella; como lo dijo Roosevelt, "Lo único que debemos temer, es al miedo mismo." Mi padre escribió esa frase para él. Bueno, eso era lo que él decía.

Las cosas ya comienzan a marchar, lentas pero seguras. Todos los días se abren algunas cuentas nuevas con bancos norteamericanos, se fundan algunas empresas privadas, y recuperamos algunos puntos en el Dow. Es como el clima. Con cada año, el verano se hace un poco más largo, y el cielo es un poco más azul. Las cosas están mejorando. Sólo espere y verá.

[Mete la mano en una nevera portátil, y saca dos botellas marrones.]

¿Cerveza de raíz?

KYOTO**, J**APÓN

[Es un día histórico para la Sociedad del Escudo. Por fin han sido aceptados oficialmente como una rama independiente de las Fuerzas de Defensa Japonesas. Su función principal será enseñarle a los ciudadanos japoneses a defenderse por sí mismos de los muertos vivientes. Su misión permanente será también el aprender las técnicas de combate armado y desarmado de las organizaciones por fuera de Japón, y enseñar sus propias técnicas al resto del mundo. La política contra el uso de armas de fuego de la Sociedad, así como su mensaje en pro de la internacionalización, han demostrado un éxito inmediato, atrayendo periodistas y dignatarios de todos los países de la ONU.

Tomonaga Ijiro encabeza el comité de bienvenida, sonriendo e inclinándose para saludar el largo desfile de invitados. Kondo Tatsumi sonríe también, observando a su maestro desde el otro lado del salón.]

¿Usted sabe que yo no creo en nada de esa mierda espiritual, verdad? En lo que a mí respecta, Tomonaga es sólo un viejo y loco *hibakusha*, pero ha creado algo maravilloso, algo que yo creo que es vital para el futuro del Japón. Los de su generación querían dominar el mundo, y los

de la mía dejábamos que el mundo, y con eso me refiero específicamente a su país, nos dominara. Ambos caminos estuvieron a punto de destruir nuestra tierra. Tiene que haber una mejor manera, un lugar en el medio en el que nos hagamos responsables de nuestra propia protección, pero no tanto que inspire temor y odio en las naciones vecinas. No puedo asegurarle que éste sea el camino correcto; el futuro es un sendero demasiado montañoso como para poder ver mucho hacia adelante. Pero seguiré al *sensei* Tomonaga por ese camino, yo y todos los demás que se unen a nuestras filas todos los días. Sólo "los Dioses" saben lo que nos espera al final.

ARMAGH**, I**RLANDA

[Philip Adler termina su bebida, y se levanta para irse.]

Cuando abandonamos a esas personas a los muertos vivientes, perdimos mucho más que gente. Eso es todo lo que voy a decir.

TEL **A**VIV**, I**SRAEL

[Termiamos de comer, y Jurgen me arrebata la cuenta.]

Por favor, yo escogí el restaurante, yo pago. Solía odiar estas cosas, me parecían como un buffet de vómito. Mis compañeros tuvieron que arrastrarme hasta aquí una tarde, estos jóvenes *sabras* con sus gustos exóticos. "Sólo pruébalo, viejo *yekke*," me decían. Así era como me llamaban, un "*yekke*." Quiere decir "terco," aunque originalmente quería decir "alemán judío." Tenían razón en las dos cosas.

A mí me subieron en el "*Kindertransport*," la última oportunidad que hubo de sacar a los niños judíos de la Alemania nazi. Fue la última vez que ví vivos a mis familiares. Hay un pequeño lago, en un pueblo de Polonia, en donde solían arrojar las cenizas. Las aguas del lago todavía son grises, más de medio siglo después.

Alguien dijo alguna vez que nadie sobrevivió al Holocausto, que incluso aquellos que lograron seguir técnicamente vivos, quedaron irremediablemente afectados, y sus espíritus, sus almas, las personas que eran antes, murieron para siempre. Me gustaría pensar que eso no es verdad. Pero si lo es, entonces nadie en éste planeta sobrevivió a La Guerra.

A BORDO DEL U.S.S. TRACY BOWDEN

[Michael Choi se apoya en el riel de la cubierta de popa, mirando al horizonte.]

¿Quiere saber quién perdió la Guerra Mundial Z? Las ballenas. Supongo que nunca tuvieron mucha oportunidad, no con todos esos millones de gente hambrienta en barcos, y la mitad de los navíos del mundo convertidos en barcos pesqueros. No hace falta mucho, tan sólo una carga de profundidad, no tan cerca como para herir al animal, pero sí para dejarlas sordas y atontadas. No veían los barcos balleneros hasta que era demasiado tarde. Podía escucharse desde kilómetros, la explosión, los chillidos. Nada conduce el sonido mejor que el agua.

Una terrible pérdida, y no hay que ser un genio bien arreglado y perfumado para notarlo. Mi papá trabajaba en Scripps, no, no la escuela de Claremont, sino el instituto oceanográfico en las afueras de San Diego. Por eso fue que me uní a la armada naval, y así fue como aprendí a amar el océano. Uno no podía dejar de admirar a las grises de California. Unos animales majestuosos. Por fin habían comenzado a recuperarse, después de ser cazadas casi hasta la extinción. Ya no nos tenían miedo, y a veces uno podía remar tan cerca que podía tocarlas.

Podrían habernos matado en un segundo, un golpe con esa cola de cuatro metros de ancho, o un empujón con su cuerpo de treinta y tantas toneladas. Los primeros balleneros las llamaba “peces del diablo” por lo feroces que eran cuando se las acorralaba. Pero ellas sabían que ya no queríamos lastimarlas. Incluso permitían que las acariciáramos, o si estaban cuidando un ballenato, nos empujaban con suavidad lejos de él. Tanto poder y tanta fuerza. Increíbles criaturas, esas grises de Californa, y ya no queda ninguna, se extinguieron junto con las azules, los rorcuales, las jorobadas y las francas. He escuchado de un par de avistamientos de belugas y narvales que lograron sobrevivir bajo los hielos del Ártico, pero probablemente no hay suficientes para sostener una población viable. Sé que todavía quedan algunos grupos intactos de orcas, pero con los niveles de contaminación que tenemos, y menos peces que en una piscina de Arizona, no me atrevo a ser muy optimista. Incluso si la Madre Naturaleza le facilita las cosas a las asesinas y se adaptan como lo hicieron algunos de los dinosaurios, los amables gigantes se fueron para siempre. Es como en esa película *Oh Dios* en la que el Todopoderoso reta a un hombre a crear un pescado desde cero. “No puedes,” le dice, y a menos que un ingeniero genético haya llegado antes que las cargas de profundidad, tampoco vamos a poder fabricar una ballena gris de California.

[El sol se oculta en el horizonte. Michael suspira.]

Así que la próxima vez que alguien le diga que las verdaderas víctimas de la guerra fueron “nuestra inocencia” o “nuestra humanidad”…

[Escupe al agua.]

Lo que digas, hermano. Ve y díselo a las ballenas.

DENVER**, C**OLORADO**, E**STADOS **U**NIDOS

[Todd Wainio me acompaña a tomar el tren, saboreando uno de los cigarrillos cubanos con 100% de tabaco que le dí como regalo de despedida.]

Sí, a veces pierdo la cabeza por unos cuantos minutos, quizá una hora. El doctor Chandra me dijo que era normal. Él atiende aquí mismo, en el centro para veteranos. Me dijo que es una cosa completamente saludable, como esos pequeños terremotos que ayudan a liberar la presión de una falla. Me dijo que los que no sufren de esos "temblores menores" son los realmente peligrosos.

No se necesita mucho para sacarme de base. A veces huelo algo conocido, o la voz de alguien me suena demasiado familiar. El mes pasado, mientras cenábamos, comenzó a sonar una canción en la radio, creo que ni siquiera era sobre mi guerra, el cantante no parecía de acá. El acento y algunos de los términos eran distintos, pero el coro…"*God help me, I was only nineteen.*"

[Una campana anuncia la salida de mi tren. La gente a nuestro alrededor comienza a subir.]

Lo más curiosos es que mi recuerdo más vívido, terminó convertido en el símbolo nacional de la victoria.

[Señala hacia el gigantesco mural a mis espaldas.]

Esos somos nosotros, parados al lado del río, en la orilla de Jersey, mirando el amanecer sobre Nueva York. Nos acababa de llegar la noticia de que se había declarado la victoria. No hubo gritos, ni celebraciones. Era sólo que no parecía real. ¿Paz? ¿Qué diablos quería decir eso? Llevábamos tanto tiempo teniendo miedo, peleando y matando, y esperando a morir, que supongo que ya lo habíamos aceptado como algo normal por el resto de nuestras vidas. Creí que era sólo un sueño, y algunas veces sigo pensando que lo es, cada vez que recuerdo ese día, ese amanecer sobre la Ciudad de los Héroes.

AGRADECIMIENTOS

Un agradecimiento muy especial a mi esposa, Michelle, por todo su amor y su apoyo.

A Ed Victor, por comenzarlo todo.

A Steve Ross, Luke Dempsey, y el equipo de Crown Publishers.

A T. M. por cuidar mi espalda.

A Brad Graham del *Washington Post* ; a los Drs. Cohen, Whiteman, y Hayward; los profesores Greenberger y Tongun; el rabino Andy; el padre Fraser; a STS2SS Burdeos (USN fmr); "B" y "E"; Jim; Jon; Julie; Jessie; Gregg; Honupo; y a papá, por "el factor humano."

Un agradecimiento final para los tres hombres cuya inspiración hizo posible este libro: Studs Terkel, el difunto general Sir John Hackett, y, por supuesto, al genio del terror George A. Romero.

Te quiero, mamá.

Para volver al texto correspondiente, haga click en "Volver."

1. De “Citas del Presidente Mao,” la frase estaba originalmente en “La Situación y Nuestra Política Después de la Guerra de Resistencia Contra Japón,” Agosto 13, 1945.
Volver.

2. Un automóvil de antes de la guerra, que era fabricado en la República Popular.
Volver.

3. El Instituto de Enfermedades Infecciosas y Parásitos del Primer Hospital Universitario, Facultad de Medicina, Universidad de Chongqing.
Volver.

4. Guokia Anquan Bu: El Ministerio de Seguridad Nacional, antes de la guerra.
Volver.

5. Shetou: Literalmente “cabezas de serpiente,” llamados así por ser los encargados de ingresar ilegalmente a las filas de “renshe” o “serpientes humanas” de refugiados e inmigrantes.
Volver.

6. Liudong renkou: La “población flotante” de desempleados chinos.
Volver.

7. Bao: La deuda que muchos refugiados adquirían para pagar por su viaje.
Volver.

8. Bad Brown: Un sobrenombre para la variedad de opio cultivado en la provincia de Badakhshan, en Afganistán.
Volver.

9. TEPT: Trastorno de estrés post-traumático.
Volver.

10. Se dice que antes de la guerra, los órganos sexuales de los hombres sudaneses condenados por adulterio, eran cortados y vendidos en el mercado negro.
Volver.

11. Hijos de Yasín: Una organización terrorista de jóvenes, llamada así en honor a jeque Ahmed Yasín, fundador del grupo Hamas. Parte de su estricto reglamento decía que ninguno de sus mártires podía tener más de dieciocho años.
Volver.

12. "Los seres peores, para Alá, son los que habiendo sido infieles en el pasado, se obstinan en su incredulidad." Del Sagrado Corán, capítulo 8, versículo 55.
Volver.

13. Para ese entonces, el gobierno de Israel ya había terminado con la operación "Moisés II," en la que se habían transportado todos los "Falasha" de Etiopía hasta Israel.
Volver.

14. Todavía no se sabía si el virus podía sobrevivir en los desechos

sólidos, por fuera del cuerpo humano.
Volver.

15. A diferencia de los tanques de guerra de casi todos los países, los “Merkava” israelíes cuentan con compuertas traseras para el despliegue de tropas.
Volver.

16. La CIA, llamada originalmente OSS, fue creada en Junio de 1942, seis meses después del ataque japonés a Pearl Harbor.
Volver.

17. Antes de la guerra, un juego de disparos en línea conocido como “America’s Army” fue publicado de forma gratuita por el gobierno norteamericano; algunos sostienen que el objetivo era conseguir nuevos reclutas.
Volver.

18. Es un mito; aunque los M&M rojos sí se dejaron de producir entre 1976 y 1985, no contenían colorante rojo No. 2.
Volver.

19. El BMP es un vehículo blindado de transporte de tropas inventado y usado por los soviéticos, y hoy en día por las fuerzas militares rusas.
Volver.

20. *Semnadstat* era una revista rusa dirigida a las jóvenes adolescentes. Su título, que literalmente significa *Diecisiete,* era una copia no autorizada de la publicación norteamericana con el mismo nombre.
Volver.

21. Aunque esto es una exageración, los registros indican que en Yonkers había más periodistas por cada militar presente que en cualquier otro campo de batalla de la historia.
Volver.

22. Antes de la guerra, cada contenedor estándar de 40-mm contenía 115 saetas.
Volver.

23. SAW: Una ametralladora ligera, silga en inglés para Squad Automatic Weapon.
Volver.

24. JSF: Los Joint Strike Fighters, nombre dado a los aviones caza F-35 Lightning II.
Volver.

25. JSOW: Joint Standoff Weapon, nombre clave de las bombas inteligentes AGM-154.
Volver.

26. La versión alemana del Plan Redeker.
Volver.

27. CCF: la Comisión de Carreteras Fronterizas.
Volver.

28. "El Oso" era el sobrenombre que se le daba al comandante del programa de seguridad comunitaria durante la Primera Guerra del Golfo.

Volver.

29. Vidkun Abraham Lauritz Jonsson Quisling: El presidente noruego instalado y manipulado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.
Volver.

30. El Imperio Interior de California fue una de las últimas zonas seguras en ser limpiada por completo.
Volver.

31. Malcolm Van Ryzin: Actualmente es uno de los más exitosos cineastas en Hollywood.
Volver.

32. DP: Director de Fotografía.
Volver.

33. Las JSOW fueron usadas en Yonkers, junto con otra gran variedad de armas aire-tierra.
Volver.

34. Esto es una ligera exageración. La cantidad de aviones "archivados" durante la Guerra Mundial Z no alcanza a las aeronaves perdidas durante la Segunda Guerra Mundial.
Volver.

35. AMARC: Siglas en inglés del Centro de Restauración y Mantenimiento Aeronáutico en las afueras de Tucson, Arizona.
Volver.

36. Meg era el sobrenombre dado por los pilotos a su arma de dotación estándar, una pistola automática calibre .22. Se cree que esto se debe a que la apariencia de arma, con el silenciador puesto, la culata móvil y la mira telescópica, era muy similar al juguete "Megatrón," de los Transformers de Hasbro. Este rumor aún no ha sido confirmado.
Volver.

37. En aquel punto de la guerra, los nuevos Uniformes de Combate (UCs) aún no se producían en masa.
Volver.

38. "Baby-Ls": Es una marca de analgésicos, pero debido a su efecto secundario de producir somnolencia, son usadas por algunos militares como píldoras para dormir.
Volver.

39. Aunque Machu Picchu permaneció aislada durante toda la guerra, los sobrevivientes en Vilcabamba sí tuvieron que enfrentar una pequeña epidemia dentro de la fortaleza.
Volver.

40. La principal línea de defensa británica fue establecida a lo largo de la antigua Muralla Antonina, construida por los romanos.
Volver.

41. Ubunye: la palabra Zulú para "Unión."
Volver.

42. Aunque existen opiniones divididas al respecto, muchos estudios de

antes de la guerra comprobaron que el alto índice de retención de oxígeno en las aguas del Río Ganges era la razón detrás de las curas “milagrosas” que se le atribuyen desde hace tanto tiempo.
Volver.

43. La versión surcoreana del Plan Redeker.
Volver.

44. Existen reportes de que hubo actos de canibalismo durante la hambruna de 1992, y que algunas de las víctimas fueron niños.
Volver.

45. Hitoshi Matsumoto y Masatoshi Hamada eran los comediantes de improvisación más famosos de Japón, antes de la guerra.
Volver.

46. “Siafu” es uno de los nombres dados a la hormiga legionaria africana. El término fue usado por primera vez para referirse a los zombies por el doctor Komatsu Yukio, en su informe al gobierno.
Volver.

47. Se ha confirmado el hecho de que la población de Japón sufrió el mayor índice de suicidios durante en Gran Pánico.
Volver.

48. *Bosozoku:* Pandillas juveniles de motociclistas. Alcanzaron su mayor auge en Japón entre los años 80s y 90s.
Volver.

49. *Onsen*: Un manantial de aguas termales, comúnmente usado como

baño público.
Volver.

50. *Ikupasuy*: El término se refiere literalmente a una pequeña vara ceremonial ainú. Cuando se le preguntó posteriormente sobre esta discrepancia, el señor Tomonaga respondió que ese nombre le fue enseñado por su maestro, el señor Ota. Si acaso Ota pretendió darle algún significado espiritual a su herramienta de jardinería, o si sólo estaba mal informado acerca de su propia cultura (como era el caso con muchos miembros del pueblo Ainú de su generación), es algo que nunca sabremos.
Volver.

51. *Chi-tai*: Zona.
Volver.

52. Hasta este día, se desconoce qué tanto dependen los muertos vivientes del sentido de la visión.
Volver.

53. *Haya-ji*: El Dios del viento.
Volver.

54. *Oyamatsumi*: Rey de las montañas y los volcanes.
Volver.

55. Aún se desconoce el número exacto de naves neutrales y aliadas que atracaron en los puertos cubanos durante la guerra.
Volver.

56. El “bote salvavidas” de la estación, para la reentrada a la atmósfera
Volver.

57. La EEI dejó de usar el proceso de electrólisis para generar oxígeno como una medida para conservar agua.
Volver.

58. Según estudios de antes de la guerra, la capacidad de reciclaje de agua de la EEI era del 95%.
Volver.

59. VAT: Vehículo Automático de Transferencia.
Volver.

60. Una función secundaria del VAT era usar sus propulsores para mantener en órbita a la estación.
Volver.

61. ASTRO: Sigla en inglés del Robot Orbital Autónomo para Transporte Espacial.
Volver.

62. APS: Asistente Personal por Satélite.
Volver.

63. Hasta la fecha, nadie sabe por qué la familia real de Arabia Saudita ordenó el incendio de todos sus pozos petroleros.
Volver.

64. El peso del embalse en la Represa Katse de Lesotho fue confirmado como la causa de varios fenómenos sísmicos desde su terminación en 1995.
Volver.

65. La Estación Espacial Internacional está equipada con una radio de onda corta de uso civil. Originalmente se instaló para que los niños de las escuelas hablaran con los astronautas.
Volver.

66. Mkunga Lalem (La Anguila y la Espada): El primer sistema de artes marciales desarrollado específicamente para luchar contra los zombies.
Volver.

67. Se ha confirmado que al menos veinticinco millones de ellos eran refugiados latinoamericanos que murieron tratando de llegar al norte de Canadá.
Volver.

68. Se dice que varios dirigentes de las fuerzas militares norteamericanas apoyaron abiertamente el uso de armas termonucleares durante el conflicto de Vietnam.
Volver.

69. Término usado para describir cualquier tipo de vehículo que se desplaza sobre orugas.
Volver.

70. M-Tres-Siete: Los vehículos blindados Cadillac Gage M1117.
Volver.

71. La composición química de las fibras del uniforme de combate del ejército (UC) sigue siendo información clasificada.
Volver.

72. SC: Saneamiento del campo.
Volver.

73. Assegai: Una herramienta multipropósito de acero, llamada así por su parecido con la lanza corta tradicional de los zulúes.
Volver.

74. Los zombies más nuevos, que habían sido reanimados después del Gran Pánico.
Volver.

75. La Unidad de Observación de Combate M43.
Volver.

76. Raciones-I o raciones inteligentes, diseñadas para brindar un máximo de eficiencia nutricional.
Volver.

77. KO: abreviatura de "Knock Out."
Volver.

78. Una barrera provisional prefabricada y hueca, hecha de Kevlar, que se rellena con tierra o escombros en el lugar.
Volver.

79. EF: entrenamiento físico.
Volver.

80. EIA: entrenamiento individual avanzado.
Volver.

81. DAN: División Armada del Norte.
Volver.

82. El centro de investigación y desarrollo de armas de China Lake.
Volver.

83. Píldora L (Letal): Término utilizado para describir cualquier cápsula de veneno, que era una de las opciones para los soldados infectados del ejército estadounidense durante la Guerra Mundial Z.
Volver.

84. John Lethbridge, alrededor de 1715.
Volver.

85. “El General Esturión”: Era el sobrenombre dado a la comandante general de la ECP, cuando todavía era una organización civil.
Volver.

86. Alan Hale, padre.
Volver.

87. Los índices de fatalidad entre las ramas del ejército aliado siguen siendo motivo de discusión.
Volver.

88. *Lion's Roar,* una producción de Foreman Films para la BBC.
Volver.

89. Una versión instrumental de "How Soon Is Now," escrita originalmente por Morrissey y Johnny Marr y grabada por los Smiths.
Volver.

90. El sobrenombre se les dio porque sus ataques sorpresa y sus saltos daban la impresión de que eran capaces de volar.
Volver.

91. Hasta el momento, no existen análisis científicos sobre los cambios ocurridos, según la Ley de Bergmann, en los animales que sobrevivieron durante la guerra.
Volver.

92. LaMOE: Acrónimo del término en inglés *Last Man on Earth*, o "último hombre sobre la tierra".
Volver.

93. Las estadísticas respecto a los cambios de clima durante la guerra aún no han sido oficialmente establecidas.
Volver.

94. El mayor Ted Chandrasekhar.
Volver.